JULIÁN CASANOVA

La historia social y los historiadores

¿Cenicienta o princesa?

Nueva edición actualizada



Barcelona

Primera edición en BIBLIOTECA DE BOLSILLO: enero de 2003

Diseño de la cubierta: Joan Batallé
Ilustración de la cubierta: Bart van der Leck, *La vuelta de la fábrica* (1908).
Rijksmuseum, Amsterdam
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.

CRÍTICA, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
e-mail: editorial@ed-critica.es
http://www.ed-critica.es
ISBN: 84-8432-411-7
Depósito legal: B. 48.620-2002
Impreso en España

2003. – ROMANYÀ/VALLS, S.A., Capellades (Barcelona)

EL SECANO ESPAÑOL REVISITADO

A comienzos del verano de 1990 entregué a la editorial Crítica el manuscrito «La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?», publicado casi un año después. El objeto fundamental de este libro era seleccionar, ordenar y discutir algunos de los ejes centrales de la evolución de la historia social, desde su nacimiento como reacción al historicismo y a la historia política tradicional hasta su plural y fragmentado crecimiento en la década de los setenta del siglo XX. *La historia social y los historiadores* recogía algunas de mis preocupaciones teóricas y metodológicas surgidas tras diez años de investigación, búsqueda y formación intelectual. Era también una incursión en el análisis historiográfico, un territorio apenas explorado hasta entonces por los historiadores españoles. Debía mucho ese libro a mi estancia en el Queen Mary College de Londres, a largas y fructíferas conversaciones con Paul Preston y Raphael Samuel y a la enseñanzas y amistad de José Álvarez Junco y Juan José Carreras.

Tras examinar un buena parte de la literatura disponible en inglés sobre la historia de la historia social, constaté que en la mayoría de los países occidentales se habían producido a partir de la segunda guerra mundial profundas transformaciones que modificaron las formas tradicionales de abordar el contenido y los métodos de la historia y contribuyeron a una rápida consolidación de los análisis de los procesos económicos y sociales. Excepto en Francia, siempre puesta como modelo pionero y extraordinario de ruptura con la historia «historizante", el avance de la historia social fue lento y desigual. Poco a poco, sin

embargo, los nuevos enfoques hicieron oír su voz y sobre todo propagaron sus ideas a través de revistas especializadas e interdisciplinarias. Así se consolidaron y alcanzaron fama internacional la escuela de *Annales* en Francia, los historiadores marxistas en Gran Bretaña y, con algo más de retraso, las variadas versiones de historia social en Estados Unidos y en Alemania.[1]

Para llegar a ser reconocidas, esas corrientes historiográficas tuvieron que abordar el conocimiento del pasado desde diversos frentes vinculados al debate conceptual y metodológico, a la investigación empírica, a la batalla por el acceso a nuevas fuentes y a la creación de marcos adecuados de discusión e intercambios intelectuales. La mayoría de los historiadores que hoy conocemos como sus mejores representantes, desde Marc Bloch a E. P. Thompson, pasando por Jürgen Kocka o Eugene D. Genovese, afrontaron los grandes problemas de la formación de sus estados y sociedades, establecieron un diálogo fructífero con las otras ciencias sociales y convirtieron, en suma, la historia en una fuente de inspiración y debate abierta a múltiples puntos de vista.

1. Los elementos primordiales para explicar el desarrollo tardío de la historia social en Alemania han sido examinados, desde ópticas muy similares, por Georg Iggers (introducción a *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West Germany Historical Writings Since 1945*, Berg, Leamington Spa, 1985, pp. 1-48), Jürgen Kocka («Theoretical Approaches to Social and Economic History of Modern Germany: Some Recent Trends, Concepts, and Problems in Western and Eastern Germany», *The Journal of Modern History*, 47, 1975, pp. 101-119) y Hans-Ulrich Wehler («Historiography in German Today», en Jürgen Habermas, ed., *Observations on «The Spiritual Situation of the Age». Contemporary German Perspectives*, The MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1984, pp. 221-259). Pude contar también con el trabajo entonces inédito de Juan José Carreras, «La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo y las nuevas tendencias», recogido en la selección que Carlos Forcadell ha hecho de los trabajos de Carreras con el título de *Razón de Historia. Estudios de Historiografía*, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, Madrid, 2000, pp. 58-72. El peso del trabajo histórico tradicional y la lenta expansión de la historia social en Estados Unidos ha sido subrayado por Peter Novick en *That Noble Dream. The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, p. 583. La expansión gradual de la historia social fue, por lo tanto, bastante general y no es en ese punto, como veremos, donde reside exactamente la peculiaridad del caso español.

Además de recorrer los diferentes caminos de la historia social y dedicarle un espacio relevante a la sociología histórica, el libro planteaba también algunas cuestiones que afectaban básicamente a la definición y ubicación de la historia social en el marco general de la historiografía; a la relación entre la teoría y la investigación empírica; a la construcción de teorías generales y específicas sobre la causalidad; a la conexión entre las estructuras sociales y el comportamiento humano, y a la subordinación o autonomía de la historia frente a las restantes ciencias sociales. En el capítulo final concebía la historia como una zona de «interacción» entre hechos, teorías y las diferentes disciplinas que los estudiaban y elaboraban. En mi opinión, algunos de los mejores trabajos de historia aparecidos a partir de los años cincuenta del siglo XX habían sido engendrados en esa zona amistosa, en ese cruce de caminos entre la sociología histórica y la historia social crítica.

LAS RAZONES DE AQUEL SECANO

Podía haber acabado el libro ahí. Opté, sin embargo, por añadir un breve apéndice titulado «El secano español». No se trataba de hacer un balance de lo mucho o poco que se había trabajado sobre diferentes temas o períodos históricos, algo que los historiadores españoles solemos hacer a menudo, sino de llamar la atención sobre la ausencia de señas de identidad de nuestra historiografía, que tampoco había podido exhibir, hasta después de la muerte de Franco en 1975, la consolidación de planteamientos alternativos de historia social.

Era muy común entonces, a finales de los años ochenta, dejar las cuestiones de historiografía y de teoría de la historia a «otros», filósofos y teóricos que no visitaban archivos o a los pocos especialistas que quisieran penetrar en ese territorio tan poco atractivo para la mayoría de los historiadores. Parecía, por lo tanto, un atrevimiento que un historiador joven, apenas diez años después de acabar la carrera, se metiera en una síntesis sobre la evolución de la historia social y, todavía más, sacara a la luz algunas de las supuestas carencias que habían jalonado la evolución de la historiografía española durante la dictadura de Franco y los primeros

años de la transición a la democracia. Lo que buscaba era un debate sobre las razones del atraso historiográfico español y las peculiaridades que entre nosotros habían tenido el auge y crecimiento de la historia social sobre los siglos XIX y XX. Casi nada existía en ese terreno. No había entrado en él ninguno de esos escasos historiadores españoles a los que ya se conocía por sus reflexiones sobre la historia de la historia, ni habían aparecido todavía los trabajos de Gonzalo Pasamar, el autor que estaba más dedicado ya en esos momentos a analizar con rigor la historiografía española sobre la segunda mitad del siglo XX.[2]

Varias cosas traté de ilustrar en esas páginas sobre el «secano español». En primer lugar, que la victoria franquista en abril

2. Cuando apareció *La historia social y los historiadores* se conocía, y mucho, el libro de Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, y llevaba poco más de un año en el mercado el de Santos Juliá, *Historia social/sociología histórica*, Siglo XXI, Madrid, 1989. Nada se decía en ellos sobre la producción historiográfica española, aunque Santos Juliá sí que daba una razón para no hacerlo: «en España no ha surgido ninguna corriente historiográfica original en lo que va de siglo», afirmación con la que yo estaba, y estoy, de acuerdo. Tampoco Juan José Carreras, el más notable impulsor en nuestras universidades de los estudios historiográficos, había dejado huella en ese campo. Un resumen de la tesis doctoral de Gonzalo Pasamar, defendida en 1986, apareció como libro cinco años después: *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1991. Ese mismo año vio también la luz su trabajo «Corrientes, influencias y problemáticas en la historiografía contemporánea española», *Studium*, Colegio Universitario de Teruel, que, gracias a Pasamar, yo ya conocía cuando redacté «El secano español» y que constituía entonces la única aproximación actualizada que había disponible. Estaba también el estudio de Ignacio Olabarri, «La recepción en España de la *revolución historiográfica* del siglo XX», en V. Vázquez de Prada, I. Olábarri y A. Floristán Imizcoz, eds., *La historiografía en Occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, EUNSA, Pamplona, 1985, pp. 87-109, y, sobre todo, las observaciones que sobre la evolución de la historiografía española desde la guerra civil a los últimos años del franquismo había hecho José María Jover Zamora en «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», trabajo incluido en el libro colectivo *Once ensayos sobre la historia*, Fundación Juan March, Madrid, 1976, pp. 217-247. No era un análisis de la producción historiográfica española, y por eso no era utilizado para ese propósito, la obra pionera de Manuel Tuñón de Lara, *Metodología de la historia social de España*, Siglo XXI, Madrid, 1973 (tercera edición corregida y aumentada en 1977).

de 1939 y las posteriores décadas de dictadura se manifestaron, por lo que a la historiografía se refiere, en la imposición de una perspectiva reaccionaria y antiliberal que ignoró en todo momento la esfera socioeconómica y que levantó un poderoso dique de contención frente a las nuevas corrientes en las ciencias sociales occidentales y a los análisis de fuerzas anónimas y colectivas. Cuando en los últimos años de la dictadura pudo salirse poco a poco de esa miseria, no había, sobre la edad contemporánea, tradición historiográfica que reivindicar y se tuvo que aportar en unos pocos años todo un nuevo repertorio de hipótesis, problemas y estudios empíricos. Reconocía allí las tres vías de renovación de la historiografía española con las que más deudas teníamos: la que contemplaba la historia económica como un ámbito especializado de la historia general distinta a la tendencia dominante de la historia política; la que amplió los campos de estudio de la historia política tradicional por medio de la utilización de conceptos prestados de la sociología y de la ciencia política, y la que mostró una creciente preocupación por desentrañar las claves de los conflictos sociales en la historia contemporánea más allá de la mera descripción de las luchas obreras.

Comparado con el de otros países, concluía, el proceso de edificación de un sólido y riguroso conocimiento histórico había estado marcado en España por múltiples carencias: unas, resultado del legado nefasto del franquismo; otras, expresión de una profesión histórica poco dada al debate intelectual y a la planificación ordenada de programas de investigación. No nos encontrábamos, pensaba yo, ante una crisis de crecimiento o cansados ya del modelo sociológico y estructural, que es lo que aparentemente había conducido en otros lugares a revisar la historia social y a pedir a algunos estudiosos, encabezados por Lawrence Stone, un repliegue de la historia desde los terrenos sociológicos hacia sus viejos cauces narrativos. A un campo con problemas de sequía, por lo tanto, no se le podían ofrecer las mismas soluciones utilizadas donde el exceso de abono o de producción habían causado ya su abandono.

Esas breves páginas que le dediqué al tema como «apéndice» de un estudio general sobre los orígenes y desarrollo de la historia social –en vez de elegir, para su difusión, una revista científica– significaban un toque de atención sobre las carencias de

nuestra práctica historiográfica, examinadas sólo desde el marco de la comparación y de los debates conceptuales y metodológicos, y en absoluto pretendían despreciar los resultados de las investigaciones de la mayoría de los colegas. Los autores que allí se nombraban servían para ilustrar mis argumentos, aunque podría haber añadido muchos más nombres, y todos, sin excepción, aparecían como protagonistas activos de la renovación historiográfica española hasta finales de los años setenta. Si algo identificaba a Jaume Vicens Vives, Jordi Nadal, Josep Fontana, Miguel Artola, José María Jover o Manuel Tuñón de Lara, por ejemplo, era que resumían perfectamente el cambio de rumbo de la historiografía española a partir de finales de los años sesenta y comienzos de los setenta del siglo XX.

Había terreno –y mucho– pero faltaba riego y una buena distribución del producto, dominada como estaba nuestra producción historiográfica por la historia local, por la ausencia de síntesis y por la escasa o nula dedicación a la historia de otros países. Mientras que cada vez eran más los historiadores españoles que conocían la historia local y regional elaborada en otras latitudes, los historiadores extranjeros, con la excepción de los hispanistas, poseían vaguísimos o nulos conocimientos de la historia regional aquí producida, porque no se traducía a otros idiomas y tampoco estábamos presentes en los debates internacionales y en las revistas científicas más conocidas. Parafraseando a Carlo Ginzburg y Carlo Poni, importábamos mucho y no exportábamos casi nada. Eso es lo que identificaba también al «secano español».[3]

3 Saqué ya estos temas, donde ampliaba las observaciones sobre el «secano español», en trabajos presentados en varios foros en 1993, publicados primero en catalán y más recientemente en castellano: «El futur de la història: balanç i perespectives», en Ángel San Martín, ed., *Fi de segle*, Ajuntament de Gandia-Universitat de Valencia, 1994, pp. 129-139 (versión en castellano en Javier Guerrero, comp., *Colombia y América Latina después del fin de la historia*, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, Colombia, 1997, pp. 37-45); y «Història local, història social i microhistòria», *Taller d'Història*, Valencia, 6 (2° semestre 1995), pp. 3-8 (versión en castellano en Pedro Rújula e Ignacio Peiró, coords., *La historia local en la España contemporánea. Estudios y reflexiones desde Aragón*, L'Avenç, Barcelona, 1999, pp. 17-28). Ginzburg y Poni habían constado en 1979 que, en su intercambio historiográfico con Francia, «Italia ha

La historia social se estaba consolidando en España en la década de 1980. Había un grupo numeroso de historiadores que la ponían en práctica, descubriendo nuevas fuentes, haciendo nuevas preguntas al material investigado y en bastantes ocasiones contestándolas. Pero hasta comienzos de los años noventa, carecíamos de una estructura institucional de asociaciones, congresos y revistas, vehículos esenciales para estimular buenos trabajos. *Historia Social*, reconocida hoy como una de las revistas más importantes de la historiografía profesional española, apareció a mediados de 1988. La Asociación de Historia Social, creada en 1989, celebró su primer Congreso en Zaragoza en 1990. La Asociación de Historia Contemporánea nació en 1990 y su publicación *Ayer* en 1991. En otros países, las revistas especializadas e interdisciplinarias llevaban ya años y años propagando las ideas de esa nueva historia social. Los ejemplos son numerosos, pero no hay que dejar de mencionar a las francesas *Annales* (1929) y *Mouvement Social* (1969); las británicas *Past and Present* (1958), *Social History* y *History Workshop*, que vieron la luz en 1976; las norteamericanas *Comparative Studies in Society and History* (1958), *Journal of Social History* (1967) y *Journal of Interdisciplinary History* (1970); la italiana *Quaderni Storici* (1966), o la alemana *Geschichte und Gesellschaft* (1975). España era también en ese sector de la producción un terreno poco abonado.[4]

Las reacciones que provocó ese apéndice sobre el «secano español» cumplieron con creces mi intención de provocar una discusión sobre el asunto. Alguno prefirió el insulto y la desca-

---

recibido mucho más de lo que ha dado» y pedían que se dejara de importar historias estructurales y seriales porque, por su historia y por las características de sus archivos, Italia constituía un excelente laboratorio para los ensayos microhistóricos: «Il nome e il come: scambio inequale e mercato storiografico», *Quaderni Storici*, 40 (1979), pp. 181-190 (traducción al castellano en *Historia Social*, 10, 1991, pp. 63-70).

4 No olvido, por supuesto, la importante tarea de difusión de los nuevos métodos de investigación que tuvo *Estudios de Historia Social* desde 1977 (y antes *Revista de Trabajo*), con Antonio Elorza a la cabeza, *Recerques* desde comienzos de los setenta o *Debats* (1982), ni el papel destacadísimo, cien veces señalado, de Manuel Tuñón de Lara y los Coloquios de Pau en esa década de los setenta. Pero lo que estoy planteando aquí es la precariedad

lificación, algo de lo que también se aprende,[5] otros lo consideraron breve y poco profundo, lo cual era bien cierto, e incluso «ocioso», pero lo que me parece que hoy puede afirmarse, vistos los resultados, es que muchos colegas sondearon, a partir de ese momento, las tradiciones historiográficas españolas anteriores al franquismo, antes de esa ruptura con la tradición liberal a la que se refería Gonzalo Pasamar, y que la década de 1990 presenciaron un crecimiento espectacular de los estudios historiográficos.[6] No eran reacciones al «secano español», sino reflejo

---

académica e intelectual que esa historiografía sobre la edad contemporánea tenía todavía en los años ochenta del siglo XX en comparación con las bases sólidas ya establecidas en otros países. Como veremos, una buena parte de los balances historiográficos de los noventa, que no han sido pocos, salieron de los congresos o de las publicaciones de esas asociaciones. Tampoco pongo en duda que existiera entre nosotros una «estructura de erudición profesional», algo que, según han demostrado Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, había acompañado a la profesionalización de la historia desde finales del siglo XIX: «La "vía española" hacia la profesionalización historiográfica», *Studium*, 3(1991), pp. 135-162.

5. Según Julio Aróstegui, yo era un ignorante y un papanatas «deslumbrado por la ciencia recién descubierta». Y todo, a no ser que hubiera otras razones no explícitas, porque en *La historia social y los historiadores* había dejado de lado la contribución de Manuel Tuñón de Lara. Tengo que admitir, visto el asunto años después, que debería haberle dedicado un espacio y reconocimiento más amplios a la obra de Tuñón, fundamental en la renovación de la historiografía española en los años setenta y ochenta, pero nunca pretendí en ese momento hacer un balance de la producción historiográfica, lo que hubiera requerido tocar muchos más temas y reconocer en profundidad a más autores. Asumida mi culpa, debo aclarar que tampoco fue mi intención mostrar «desinhibición» al titular ese apéndice «El secano español», ni mucho menos emplear alegremente la denominación «marxismo británico», entre otras razones porque hay afamados libros y artículos en revistas científicas que también lo hacen. Mi ignorancia y «papanatería» (papanatismo sería, en todo caso, la expresión) en Julio Aróstegui, «Manuel Tuñón de Lara y la construcción de una ciencia historiográfica», en *Manuel Tuñón de Lara y el compromiso con la historia. Su vida y su obra*, edición al cuidado de José Luis de la Granja y Alberto Reig Tapia, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, p. 171.

6. «Algo injusto y demasiado breve» le parecía a Mariano Esteban, «la historiografía española contemporánea en 1991», en Antonio Morales, ed., «La historia en el 91», *Ayer*, 6 (1992), p. 41. Esas tradiciones cortadas por el franquismo ya las nombraba Carlos Forcadell en una reseña de mi libro que apareció en el mismo número de *Ayer*, p. 151, e insistió en «Sobre

más bien de que muchas cosas se estaban moviendo en la historiografía española. Parece lógico que toda década traiga avances respecto a la anterior, pero los años noventa del siglo XX constituyen, en mi opinión, un punto de inflexión importantísimo en la historiografía española sobre la edad contemporánea. Expondré a continuación las razones por las que pienso eso.

EL RIEGO DE LOS NOVENTA

Cualquier disciplina intelectual necesita, para manifestarse con rigor y vitalidad, una estructura institucional y asociativa y un mínimo acuerdo sobre las cuestiones que sus miembros consideran importantes para ser investigadas y respondidas. Desde finales de los años ochenta, la historia social consiguió en España plataformas sólidas de discusión e intercambio intelectual ausentes hasta ese momento, con las que la historia económica, por ejemplo, contaba desde una década antes. El volumen de producción histórica que salió en la década de 1990 de los cuatro congresos organizados por la Asociación de Historia Social y

---

desiertos y secano: los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 105 y ss. La recuperación de la historiografía contemporánea desde sus orígenes es algo sobre los que se ha podido insistir recientemente gracias a los estudios de Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar (véase, por ejemplo, *Historiografía y práctica social en España*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1987). El epílogo sobre el «secano español» era «ocioso» (Santos Juliá, *El País*, 7-VIII-1991) porque, según aclaraba el mismo Juliá yo me «limitaba a lamentar lo mal que andaba todo» («La Historia social y la historiografía española», en Antonio Morales y Mariano Esteban, eds., *La historia contemporánea en España*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1996, p. 184. En realidad, mis lamentos ocupaban sólo nueve líneas de ocho páginas y sobre el «predominio de las conmemoraciones» y la «profusión de jornadas y ciclos de conferencias» (con ingresos «sustanciosos») se extendían mucho más que yo el propio Santos Juliá y José Álvarez Junco en «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia contemporánea», en *Tendencias en historia*, CSIC, Madrid, 1990, pp. 53-63. El balance que hacía Borja de Riquer sobre el «mundo universitario catalán» era todavía mucho más duro e insistía, con más argumentos, en algunas de las cosas que yo apuntaba: «Auge y estancamiento de la historiografía contemporánea catalana», *Historia Contemporánea* 7 (1992), pp. 129-131.

de los cinco celebrados por la Asociación de Historia Contemporánea, simbolizó ese gran cambio. Los historiadores españoles, como pasaba en otros países, comenzamos a escribir sobre los temas más variopintos de la actividad humana. Los balances que número tras número aparecieron en las revistas *Historia Contemporánea*, *Historia Social*, *Ayer* o *Studia Historica* han mostrado el irresistible crecimiento de las publicaciones.

Además, hemos ampliado el horizonte en el campo metodológico en términos inconcebibles unos años antes. La teoría de la historia y la historiografía, una rama de especialización completamente separada y transitada por unos pocos en los años ochenta, impenetrable para muchos historiadores por sus niveles de abstracción, ha dado un salto cualitativo sin precedentes. El libro de Josep Fontana *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* marcó casi en solitario el lento avance de ese tipo de reflexiones en los años ochenta. Tras los libros de Santos Juliá y el mío sobre la historia social, aparecieron en los años noventa varios estudios de referencia sobre el oficio del historiador, la teoría y el método en la investigación histórica debidos, entre otros, a Enrique Moradiellos, Julio Aróstegui, Elena Hernández Sandoica y Gonzalo Pasamar.[7]

7. Enrique Moradiellos, *El oficio del historiador*, Siglo XXI, Madrid, y *Las caras de Clío. Introducción a la historia y a la historiografía*, Universidad de Oviedo, 1992 (versión ampliada en Siglo XXI, Madrid, 2001); Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método*, Crítica, Barcelona, 1995; Elena Hernández Sandoica, *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*, Síntesis, Madrid, 1995, y Gonzalo Pasamar, *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, Síntesis, Madrid, 2000. Novedosos trabajos aparecieron en Pedro Ruiz Torres, ed., «La historiografía», *Ayer*, 12 (1993), En los años ochenta habían salido ya otros libros como el de Pelai Pagés (*Introducción a la historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios teóricos*, Barcanova, Barcelona, 1983), o el más breve de Julio Valdeón (*En defensa de la historia*, Ámbito, Valladolid, 1988), y difundía textos de pura historiografía Juan José Carreras, recogidos en la ya citada *Razón de historia* (2000). Tampoco hay que olvidar las aproximaciones de Juan Carlos Bermejo a la teoría de la historia (*Entre la historia y la filosofía*, Akal, Madrid, 1994), el examen de largo alcance de Antonio Morales Moya, «Historia de la historiografía española», en *Enciclopedia de Historia de España*, dirigida por Miguel Artola, Alianza, Madrid, 1993, vol. VII, pp. 583-684, y la importante obra de Ignacio Peiró sobre la historiografía de antes de la guerra civil, *Los guardianes de la historia. La historiografía*

Ese cambio sustancial en la historiografía española fue reforzado por el efecto acumulativo de relevantes investigaciones que alteraron el conocimiento histórico de algunas cuestiones básicas de la España contemporánea. La búsqueda de peculiaridades en las diversas historias nacionales había generado importantes debates en la historiografía occidental desde los años sesenta hasta comienzos de los años ochenta del siglo XX, especialmente en Gran Bretaña, con el cruce dialéctico abierto entre Perry Anderson y Edward P. Thompson, Alemania, sobre el mito o realidad de la revolución ausente, y Estados Unidos, con la actualización y revisión del ya clásico ensayo de Werner Sombart (1906) sobre la ausencia del socialismo y el excepcionalismo norteamericano.

Aunque con algo de retraso y menos controversias, un número considerable de historiadores españoles, procedentes en su mayor parte de la historia económica y agraria, ha cuestionado desde finales de los años ochenta lo que Santos Juliá denomina «el paradigma dominante de nuestra historia social: la historia de la sociedad como historia de una frustración /carencia». Los ingredientes básicos de esa interpretación sobre la frustración, y también sobre la gran crisis que culminó en la

---

académica de la Restauración, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1995. Balances recientes, una actividad que no cesa, en Jorge Uría, «La historia social y el contemporaneísmo español. Las deudas del pasado», en Esteban Sarasa y Eliseo Serrano, coords., *La historia en el horizonte del año 2000*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1997, pp. 95-141; Elena Hernández Sandoica, «La historia contemporánea en España: tendencias recientes», y Gonzalo Pasamar, «Los historiadores españoles y la reflexión historiográfica», ambos en *Hispania*, LVIII/1, nº 198 (1998), pp. 65-95 y 12-48; Francisco Sevillano Calero, «La historia contemporánea en España: viejas polémicas y nuevos enfoques historiográficos», en Conxita Mir, ed., «La represión bajo el franquismo», *Ayer*, 43 (2001), pp. 225-244. Casi todas las ponencias publicadas en Santiago Castillo y Roberto Fernández, coords., *Historia social y ciencias sociales. Actas del IV Congreso de Historia Social de España*, Milenio, Lleida, 2001, contienen revisiones temáticas y por períodos muy útiles. En ese terreno de los balances destaca, sin duda, el libro colectivo *Tuñón de Lara y la historiografía española*, edición al cuidado de José Luis de la Granja, Alberto Reig Tapia y Ricardo Miralles, Siglo XXI, Madrid, 1999, especialmente los artículos de Santos Juliá, Ramón Villares y Juan Sisinio Pérez Garzón.

«tragedia» española, derivarían del fracaso de la revolución industrial y del papel negativo de una agricultura «semifeudal» (Pierre Vilar), manifestados asimismo en la debilidad de la burguesía y de la sociedad civil, la preeminencia social y política de la Iglesia y del ejército y la ineficacia y ausencia de modernización del Estado. Desde Jaume Vicens Vives a Jordi Nadal, pasando por Pierre Vilar, Tuñón de Lara o Nicolás Sánchez Albornoz, esa tesis supuso la primera gran vía de renovación que conoció la historiografía española durante la dictadura de Franco y fue, continúa siendo, muy influyente entre los hispanistas y, a través de ellos, en la interpretación que sobre la historia de España contemporánea se recoge en obras generales sobre la historia de Europa.

La base empírica aportada en los últimos quince años desde las investigaciones sectoriales y regionales han permitido matizar, revisar, e incluso desmontar, algunos de esos postulados del «paradigma dominante»: las décadas centrales del siglo XIX presenciaron un profundo proceso de transformación agraria que a partir de la crisis agraria finisecular y durante el primer tercio del siglo XX dieron paso a un notable cambio y expansión en la agricultura española. El franquismo no fue la culminación de ese atraso sino que, por el contrario, bloqueó un proceso de crecimiento industrial y agrario abierto desde el primer tercio del siglo XX.[8]

8. Todos esos viejos y nuevos argumentos están bien compendiados en Santos Juliá, «La historia social y la historiografía española», pp. 188-193, y, con mayor extensión, en Ramón Villares, «La historia agraria de la España contemporánea. Interpretaciones y tendencias», en *Tuñón de Lara y la historiografía española*, pp. 219-243. Una defensa, apoyada en algunas de esas revisiones, de que España ha sido en la época contemporánea un «país normal» se encuentra en Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox, *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Espasa Calpe, Madrid, 1997. Observaciones útiles sobre las peculiaridades de España en relación con Europa se encuentran en la introducción de Adrian Shubert a su *Historia social de España (1800-1990)*, Nerea, Madrid, 1991, pp. 11-19. No es éste el lugar para recordar la extensa bibliografía sobre las peculiaridades de las diversas historias nacionales, pero hay un artículo ejemplar para observar cómo se ha discutido ese tema en la historiografía alemana: Richard J. Evans, «El mito de la revolución ausente en Alemania», *Zona Abierta*, 53 (octubre-diciembre de 1989), pp. 77-118.

Esa historia económica, muy difícil de separar hasta la década de 1980 de la historia social y muy conectada después con los nuevos estudios de historia agraria, ha sido para muchos autores la rama de la historiografía española más sólida y renovadora en las tres últimas décadas, «el más notable de los ámbitos interdisciplinarios». Influidos desde los años sesenta por *Annales* y el materialismo histórico y fortalecidos por su conversión una década después en disciplina autónoma, esos historiadores fueron también los primeros en disponer de una plataforma asociativa para discutir e intercambiar investigaciones y debates sobre la crisis agraria, la abolición del régimen señorial, las desamortizaciones o la formación de la sociedad capitalista. En palabras de Leandro Prados de la Escosura, activo protagonista de esa renovación, la disciplina alcanzó ya «su mayoría de edad» en los años setenta, reduciendo «el desnivel» que separaba a España de los países occidentales «en el terreno científico". La historia económica, concluye Gonzalo Pasamar confirmando esa idea, «había abandonado su condición de "secano" ya a comienzos de los setenta».[9]

Es muy probable, como afirmaba Santos Juliá hace tan sólo unos años, que ese «corpus de investigaciones de historia económica que ha revisado la arraigada tesis de la frustración/carencia» no tenga equivalente en historia social.[10] Pero no hay ninguna duda de que la historia social ha profundizado, como

---

9. *La historia contemporánea*, p. 234, de quien procede también el entrecomillado sobre su carácter interdisciplinario. Las palabras de Prados de la Escosura en «La historia cuantitativa en España», *Revista de Historia Económica*, II, 1 (1984), p. 69. Un amplio «estado de la cuestión historiográfica», como él mismo lo define, en Eloy Fernández Clemente, «La historia económica de España en los últimos veinte años (1975-1995). Crónica de una escisión anunciada», en Esteban Sarasa y Eliseo Serrano, coords., *La historia en el horizonte del año 2000*, pp. 59-94. El alcance de las investigaciones de esos historiadores económicos vinculados desde 1981 al Grupo de Estudios de Historia Rural y el importante papel del *Noticiario de Historia Agraria* (fundado en 1991) en la difusión de esas nuevas investigaciones puede verse en Ramón Villares, «La historia agraria de la España contemporánea». Más elogios a esa historia económica por su producción y organización en Elena Hernández Sandoica, «La historia contemporánea en España: tendencias recientes», pp. 78-81.

10. «La historia social y la historiografía española», p. 193.

ninguna otra rama del saber histórico, en las vías de renovación y reconstrucción descubiertas desde los últimos años del franquismo. Ha incorporado sujetos nuevos, secciones de la población que habían buscado establecer su identidad al margen de las elites de la historia política y de los trabajadores masculinos de la historia clásica del movimiento obrero. La inserción de lo «periférico», de lo «inarticulado», de la cultura entendida como el estudio de las condiciones de vida y de las experiencias cotidianas, ha seguido el camino de la ya famosa propuesta de Roger Chartier: «De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social».[11]

El paso a esa historia multifacética, de fragmentación del objeto de estudio, donde «lo pequeño es hermoso», requería, y en ello se está todavía, nuevos fundamentos y métodos de indagación, de la misma forma que la historia «desde abajo» marxista de hace cuarenta años había encontrado también dificultades metodológicas y problemas técnicos para ir más allá de la mera interpretación de las fuentes históricas.

Existen notables e ilustrativos signos de esa transformación de la historia social y de la creciente atención a la historia sociocultural de las clases populares. La revista *Historia Social* dedicó el dossier de su primer número (1988) a la historiografía sobre el anarquismo español. El dossier del número 41 (último del año 2001) lo ocupa «la mercantilización del ocio», coordinado por Jorge Uría, uno de los principales impulsores de un tema monopolio casi exclusivo hasta hace poco de los hispanistas franceses.

Mucho ha llovido también, y han pasado poco más de diez años, desde aquellas «propuestas para una historia de la sociabilidad en la España contemporánea» que escribía Jacques Maurice en 1989. Tres años después, Jordi Canal, uno de nuestros mejores investigadores del tema, constataba todavía que «salvo en el caso de los estudios antropológicos, con un par de grupos bien definidos en Andalucía y el País Valenciano, y en el de los historiadores hispanistas franceses, no existen más núcleos consolidados de estudio de la sociabilidad en la España con-

11. Recogida en el trabajo del mismo título publicado en castellano en *Historia Social*, 17 (otoño 1993), pp. 97-103.

temporánea». El balance más reciente que ha hecho Jorge Uría, en el umbral del siglo XXI, poco tiene que ver con aquella «débil, si no nula, propensión de los historiadores españoles contemporaneístas a utilizar la noción de sociabilidad».[12]

Obreros y campesinos, clases trabajadoras en general, y sobre todo las organizaciones políticas y sindicales, se constituyeron en los principales sujetos históricos de una buena parte de las aproximaciones sociales al pasado. Aquella historia del movimiento obrero que se presentaba como historia «social», historia de las masas frente a las clásicas crónicas de los gobernantes, acabó siendo, como ya advirtieron José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma en aquel artículo de 1982 tantas veces citado, una historia del poder de las instituciones del obrerismo organizado. Aquella rectificación que se pedía, convertir la historia apriorística y teleológica del movimiento obrero en una historia de los movimientos sociales, es, veinte años después, una realidad. Fenómenos hasta entonces marginados o ensombrecidos por los relatos militantes han sido rescatados por la pluma de muchos historiadores: motines antifiscales y antiquintas, la violencia anticlerical, los levantamientos de signo contrarrevolucionario, las luchas feministas... y todo tipo de protesta contra el poder, especialmente político, pero también el familiar o cultural. Con todas las virtudes y defectos, la «segunda ruptura» se ha producido: las visiones culturales thompsonianas, aunque nadie ha podido imitar la lucidez de imaginación mostrada por E. P. Thompson, y la acción colectiva de la sociología norteamericana han ayudado a pensar a los historiadores españoles sobre las causas, motivos y manifestaciones del conflicto social.[13]

12. Jacques Maurice, «Propuestas para una historia de la sociabilidad en la España contemporánea», *Estudios de Historia Social*, III-IV (1989), p. 134; Jordi Canal, «La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), p. 189; y Jorge Uría, «Los lugares de la sociabilidad. Espacios, costumbres y conflicto social», en Santiago Castillo y Roberto Fernández, coords., *Historia social y ciencias sociales*, pp. 201-224. Esa atención a los «nuevos sujetos de la historia» ha sido destacada también recientemente por Francisco Sevillano Calero, «*La Historia Contemporánea en España: viejas polémicas y nuevos enfoques historiográficos*», pp. 235-242.

13. Como ya escribía en «El secano español», lo que creo hicieron Álvarez Junco y Pérez Ledesma en «Historia del movimiento obrero ¿una

La historia de la resistencia y protesta campesinas ha experimentado también un vuelco sustancial en los últimos quince años. Es verdad que, por un lado, no se ha abandonado la búsqueda del conflicto abierto, dominante en la historiografía de los años setenta y comienzos de los ochenta, y que depende casi siempre de la cronología dictada por coyunturas políticas o económicas generales. Pero también es cierto que ha surgido una historiografía novedosa que, al calor de los notables avances obtenidos por la historia agraria, ha podido asimilar diferentes frentes teóricos e investigadores procedentes de la sociología, la antropología cultural o la ecología.

---

segunda ruptura?» *Revista de Occidente*, 12 (1982), pp. 19-41, fue recoger los ecos del reexamen crítico que antes habían realizado los marxistas británicos y varios autores franceses en la revista *Mouvement Social*. Álvarez Junco insistía en esas cuestiones en «Maneras de hacer historia: los antecedentes de la Semana Trágica», *Zona Abierta*, 31 (1984), pp. 43-92, pero para esa renovación que él proponía hay que ver su magnífico libro *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Alianza, Madrid, 1990. Los efectos de la «segunda ruptura» se manifiestan también en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, eds., *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, o en Carlos Gil, *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2000, un libro que merece una lectura exhaustiva más allá del interés que uno tenga sobre La Rioja y que ofrece un excelente ejemplo de cómo pueden conectarse las teorías con la investigación empírica. Eso es también lo que yo intenté en la síntesis *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España, 1931-1939*, Crítica, Barcelona, 1997. Conviene contrastar asimismo, para seguir esos cambios, los artículos de Ángeles Barrio, separados por casi una década, «A propósito de la historia social, el movimiento obrero y los sindicatos», en Germán Rueda, ed., *Doce estudios de historiografía contemporánea*, Servicio de Publicaciones, Universidad de Cantabria, Santander, 1991, pp. 41-68, e «Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad», *Historia Social*, 37 (2000), pp. 143-160. Un buen seguidor de esos cambios es Pere Gabriel, «A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea», *Historia Social*, 22 (1995), pp. 43-53 y «Mundo de trabajo y cultura política obrera en España (siglo XX)», en S. Castillo y R. Fernández, coords., *Historia social y ciencias sociales*, pp. 357-372. Un balance del enriquecimiento de la historia social a través de la historia de las mujeres puede encontrarse en el trabajo de Susanna Tavera, «Historia de las mujeres y de las relaciones de género: ¿Una historia social alternativa?», pp. 185-200.

Se han podido conocer así las características de la crisis social agraria que acompañó al declive del régimen señorial; los enfrentamientos entre el liberalismo y el carlismo y los apoyos populares a sus respectivos movimientos políticos; las consecuencias de la revolución liberal, de las desamortizaciones y de la privatización del monte, manifestaciones de la expansión de la economía capitalista que destruyeron parte de los recursos campesinos y alimentaron nuevas formas de resistencia. Junto a insurrecciones y huelgas, ya presentes en anteriores aproximaciones, ha inundado el panorama de los estudios sobre la Restauración todo el repertorio de acciones colectivas que se suponía propio de la multitud preindustrial, como las protestas contra la carestía y la presión fiscal, especialmente contra el impuesto de consumos, o los motines contra las quintas. Empieza a haber estudios detallados de esa base social campesina de pequeños y medianos propietarios que tanto contribuyó a obstaculizar el proyecto reformista republicano y a consolidar el franquismo. Se han revisado, por último, algunas de las imágenes convencionales más extendidas sobre las colectivizaciones de 1936-1937, consideradas las únicas expresiones genuinas de una revolución social campesina en España.

Parece claro que hemos asistido en la última década a lo que podría denominarse «el efecto Scott sobre los historiadores españoles», aunque, como he tratado de demostrar, James C. Scott tomó prestados e incorporó conceptos ya desarrollados por otros autores como Chayanov, Thompson, Shanin o Wolf. Se ha dejado de lado, bajo esa influencia, la casi exclusiva dedicación que existía hacia esos momentos en que los campesinos se enfrentaban abiertamente a las elites agrarias y a la autoridad, para adentrarse en la búsqueda de esas formas de resistencia menos espectaculares pero más constantes y normales entre los campesinos: recursos a la acción judicial, aprovechamientos «fraudulentos» de los montes, incendios, talas de árboles, robos de frutos o de cosechas. Lejos de derrocar el orden y cambiar revolucionariamente la sociedad, el objetivo fundamental de esa resistencia era la subsistencia, suprimiendo los rasgos más opresivos del sistema. La mayoría de esos estudios, además, aparcan también cualquier teoría estructural de las relaciones entre las clases, para elaborar investigaciones históricas detalladas de la

creciente inseguridad que causó al campesinado la expansión de la economía del mercado, las desamortizaciones, la privatización de los montes y comunales y el aumento de impuestos por parte de las clases propietarias y el Estado. Los campesinos, por lo tanto, resisten a causa de las amenazas a su subsistencia y no porque estén enredados en unas formas particulares de relaciones de clase.

En segundo lugar, resulta asimismo evidente, si se atiende a esas nuevas investigaciones, que muchas de esas formas de resistencia ya no van sólo dirigidas contra las denominadas clases dominantes, representadas por enemigos concretos como el terrateniente, el clero o el patrón, sino también contra el Estado y los responsables de las decisiones políticas. Y eso significa que los motines de subsistencia, las revueltas antifiscales, las roturaciones ilegales, la oposición a la pérdida de los derechos comunales o los motines antiquintas son fenómenos que influyen en la formación y ampliación del Estado nacional, mecanismos a través de los cuales políticos, élites sociales y económicas, y las clases populares «disputan –y al disputar, alteran– qué es el Estado, qué será y quiénes tienen acceso a esos recursos». El Estado ocupa, de esa forma, una parte central en el análisis. Podría decirse que, dadas las características del «aparato» y organización del orden público en la España contemporánea, muchas de las protestas y resistencias están causadas directamente por la militarización del orden público y por la persistente utilización de recursos violentos para mantenerlo. La trayectoria de nuestra historia desde la Primera a la Segunda República, pasando por la Restauración y la Dictadura de Primo de Rivera, proporciona múltiples ejemplos de esa violencia y de la que desde abajo se le oponía.

Es obvio, por último, que todas esas investigaciones ponen énfasis en la continuidad, y no sólo en el conflicto, en las llamada «estrategias de riesgo», en la elección «racional» de resistencias individuales antes que acciones colectivas peligrosas; pero no es menos cierto que la historia contemporánea de España presenta también un buen número de conflictos –violentos o pacíficos; de acción directa o negociados– en los que las clases dominantes y subordinadas, la autoridad y los gobernados, se enfrentan a propósito de rentas, de las condiciones de trabajo,

del respeto o incumplimiento de la legislación social. Sabemos además que ni las ideologías ni la indignación por la miseria y la explotación a la que éstas apelaban son las que causan esos conflictos. Se ha demostrado asimismo que las expresiones más radicales de la rebeldía campesina –las insurrecciones durante la Segunda República y las colectivizaciones de la guerra civil– estuvieron instigadas y organizadas por sindicalistas y revolucionarios urbanos, aunque sean tensiones propias del mundo rural las que las provoquen. Y hay pruebas evidentes de que, a no ser que una crisis en los mecanismos de coerción socave la capacidad del Estado para contener esa rebeldía, las protestas, por muy radicales que sean, siempre permanecen dispersas y sin posibilidad alguna de alcanzar el éxito.[14]

No es poco, por lo tanto, lo que se ha hecho y bastantes las imágenes convencionales que se han roto, especialmente sobre Andalucía. Hay, sin embargo, en esas historias, ausencias, lagunas y puntos que permanecen todavía en penumbra. Ausentes, por ejemplo, están las mujeres, a las que en los últimos años se les ha empezado a reservar un espacio en las protestas populares urbanas, en las manifestaciones contra la carestía de alimentos, añadido ya al que habían comenzado a ocupar en el ámbito público de la política, del sufragio y de las organizaciones obreras, aunque poco se sabe de su lugar en la protesta campesina, individual u organizada. Faltan explicaciones convincentes, asimismo, de por qué todas esas «estrategias de bajo riesgo» pasan a un segundo plano en los años republicanos ante el empuje de la movilización política del campesinado sin tierra por parte de anarquistas y ugetistas, quienes, sobre todo estos últimos, transitaron desde un activismo reivindicativo, con el que negociaban mejoras en las condiciones de vida, a una mili-

14. El alcance del enfoque de James C. Scott y un balance de todos esos estudios de la historia social y agraria (que escribí y cerré en el verano de 1997, aunque fue publicado tres años después) lo he proporcionado en «Resistencias individuales, acciones colectivas: nuevas miradas a la protesta social agraria en la historia contemporánea», en Manuel González de Molina, ed., *La historia de Andalucía a debate I. Campesinos y jornaleros. Una revisión historiográfica*, Anthropos, Diputación Provincial de Granada, Granada, 2000, pp. 289-301. De las nuevas miradas al campesinado andaluz hay muy buenos ejemplos en esa obra, resumidas por Manuel González de Molina en la introducción (pp. 7-39).

tancia orientada a transformar y conquistar el poder político. Y hay una dependencia excesiva de la cronología política que es la que marca el ritmo de los conflictos en los numerosos análisis de marcos reducidos disponibles y obstaculiza de esa forma una mejor percepción de los sujetos sociales. Sabemos mucho más, en suma, sobre los movimientos y las protestas que sobre sus protagonistas.

Nada fácil resulta, finalmente, elaborar una interpretación general de la protesta social agraria en la historia contemporánea de España, dada la disparidad regional y local subrayada por la mayoría de los estudios. Pero habría que hacer mayores esfuerzos por incorporar esas investigaciones de ámbitos reducidos a un marco general desde el que, a la luz de las hipótesis y conclusiones obtenidas por la historia agraria, pudiera elaborarse una tipología de las diferentes expresiones de las protestas campesinas. Pese a todos los logros aquí señalados, lo que domina es, por un lado, la historia agraria y económica sin política ni conflictos y, por otro, una concepción tradicional de los enfrentamientos de clase adaptada al mundo rural. Los mejores frutos han llegado cuando esa nueva mirada a las formas de resistencia campesina ha sabido explotar las vetas que le han ofrecido las recientes investigaciones sobre la historia agraria.[15]

Existen pruebas tangibles, en suma, de los cambios tan positivos que se han producido en algunas áreas del conocimiento histórico, como en la historia agraria, la historia económica, la historiografía o, tal y como ha sido examinado en estas páginas, en la historia social. Diversos congresos, nuevas revistas y

15. Esa conexión sólo se ha dado de forma clara en los estudios sobre la privatización del monte y las resistencias que durante décadas generó. Basta con repasar los doce primeros números del *Noticiario de Historia Agraria* para comprobar que la protesta no es un objeto de estudio relevante en las investigaciones de historia agraria. Las comunicaciones más novedosas presentadas al VII Congreso de Historia Agraria (junio de 1995), cuya primera parte se dedicó a «La conflictividad rural vinculada a las transformaciones políticas, sociales y económicas (siglos XI-XX)», tenían que ver precisamente con esos conflictos relacionados con el monte público, asunto en el que la influencia de James C. Scott es patente. Sólo una de ellas, la de Enrique Montañés, elige como marco Andalucía –aunque hay que reconocer que esa es la zona donde más avances se han producido–, y salvo la de Enrique

múltiples balances y «estados de la cuestión» se han encargado, durante los años noventa, de difundir la recuperación de fuentes, revisión de temas y nuevas investigaciones, por períodos y a partir de marcos reducidos, sobre la historia de los siglos XIX y XX.

El peso de la historia local

Reconocidos esos logros, parece también justo recordar los límites que la primacía de esa historia local y regional de tiempos cortos carga sobre las espaldas de la historiografía española. Tal primacía tiene, sin dudas, razones muy lógicas. Desde 1965, año de creación de los departamentos de Historia Contemporánea separados de la Historia Moderna, el número de historiadores profesionales ha aumentado a cientos, especialmente de los años ochenta y comienzos de los noventa. Ese proceso de crecimiento, aunque con algún retraso, resulta muy similar al ocurrido en todos los demás países de Europa occidental y en Norteamérica. Una diferencia importante radica, no obstante, en que en España la necesidad de rellenar los huecos y enormes vacíos que había dejado la ausencia de una sólida historiografía positivista sobre el período contemporáneo, condujo a la proliferación de estudios descriptivos de muy corta duración y espacios muy reducidos.

La mayoría de esos estudios estaban además avalados por universidades provinciales de reciente creación, financiaciones de instituciones locales y editoriales públicas, dependientes nor-

Hervés y otros autores sobre Galicia, no hay ninguna que arriesgue una interpretación general para toda la historia contemporánea. Los estudios sobre conflictos campesinos poseen en la actualidad un pequeñísimo espacio reservado en *Agricultura y Sociedad*, la revista que tanto contribuyó a difundir el asunto en su primera época, y la protesta urbana tiene en general mucha más presencia en la historiografía sobre la España contemporánea que las formas específicas de resistencia campesina. Esa mayor presencia parece muy clara, por ejemplo, en las comunicaciones enviadas al III Congreso de Historia Social (julio de 1997) recogidas después en Santiago Castillo y José Mª Ortiz de Orruño, coords., *Estado, protesta y movimientos sociales*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1998.

malmente de esas instituciones, que no exigían los mínimos controles de calidad, incluido el cuidado formal, para ser publicados. El resultado de todo ello ha sido una historiografía desigual, fragmentada y muy poco dada a afrontar los grandes problemas de la formación del Estado y de la sociedad, desde marcos más amplios, algo que constituyó en otros lugares el pilar fundamental de la reconstrucción historiográfica tras la segunda guerra mundial.[16]

La peculiaridad de nuestra historiografía no reside sólo en la fragmentación o en la multiplicación de estudios poco relevantes, característica –y lamento– muy común a otras historiografías, sino también en la incapacidad para superar esa historia local y de tiempo corto, en la ausencia de buena síntesis, territorio hasta hace poco casi exclusivo de hispanistas, en el escaso o casi nulo cultivo de las historias de otros países y en la ausencia de la comparación, una estrategia de investigación ajena a nuestra formación académica. En realidad, todos esos rasgos están inextricablemente unidos y nos mantienen, en el plano internacional, en el mismo punto en el que estábamos hace tiempo: escasa presencia en los grandes debates de historia de Europa y de Latinoamérica y en las revistas científicas. Nuestra historia contemporánea, a la que le hemos dado una vuelta bastante completa en los últimos años, es básicamente conocida en los

16. El poco desarrollo de los estudios históricos sobre la España del siglo XIX y comienzos del XX ya había sido constatado por Rafael Altamira en *Direcciones fundamentales de la Historia de España en el siglo XIX*, Madrid, 1923, p. 178, y fue citado por José María Jover en «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», p. 226. El texto de Altamira, salido de una conferencia en la Universidad de Valencia el 3 de noviembre de 1922, se reproduce en Pedro Ruiz Torres, ed., *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937)*, Universidad de Valencia, 2000, pp. 247-281. La introducción de Pedro Ruiz (pp. 9-70) constituye un buen esbozo de algunos de los cambios que se estaban produciendo en la historiografía universitaria antes de la guerra civil. Las dificultades para consolidar los estudios sobre historia contemporánea a causa del legado dejado por la larga posguerra han sido bien resumidos recientemente por Gonzalo Pasamar, *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, pp. 222-232. Las virtudes y defectos de esa renovación de la historiografía española contemporaneísta a través de los estudios locales ya los señalé en «Història local, història social i microhistòria», pp. 6-8. El «rechazo de la síntesis y el temor a la generalización» es lo que

restantes países a través de los hispanistas, de los muchos y diversos historiadores que en esos países se dedican a la historia de España. Lo que quieren las editoriales de otros países sobre historia de España es síntesis y eso ya se lo proporcionan en el idioma correspondiente los hispanistas, sin necesidad de traducir historias locales y regionales.[17]

«Cabe preguntarse», escribía no hace mucho José Luis de la Granja, «si este reducido peso de la historiografía española no está en consonancia con las posición secundaria que ocupa España a escala internacional y si no sucede algo similar con las restantes ciencias sociales en nuestro país.» En mi opinión, sin restarle valor a esa observación, se debe más a la forma en que se ha llevado a cabo la reconstrucción de la historiografía española, a la forma de contratar en nuestras universidades (donde no se estimula ni se requiere la presencia de especialistas en otros países) y al peso de la financiación local y regional para emprender investigaciones y tesis doctorales (locales y regionales). En Estados Unidos, por ejemplo, a mediados de los años cincuenta del siglo XX había poco más de una docena de historiadores profesionales especialistas en África; a finales de los setenta eran ya seiscientos. Y en 1958 sólo el veinte por ciento de las tesis doctorales en historia trataban sobre temas sociales y culturales, una tendencia que se modificó por completo en las

---

cree Carlos Forcadell que se deriva de esa «ingente historiografía de carácter local y regional ... la característica más específica de la investigación contemporaneísta» española: «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 13-14 (1995-1996), p. 15. Las dificultades de esa historia local para comprender los procesos de formación de la burguesía, de las clases medias o de la clase obrera como «clase nacional» han sido subrayadas por Santos Juliá en «La historia social y la historiografía española», pp. 193-196.

17. Sobre lo que los hispanistas representan para nuestra historiografía pueden verse los diversos artículos que aparecen en *Historia Contemporánea*, 20 (2000) y el número especial de *Ayer*, 31(1998) coordinado por Ismael Saz. También Julián Casanova, «Narración, síntesis y primado de la política: el legado de la historiografía angloamericana sobre la España contemporánea», y Juan José Carreras, «España en la historiografía alemana», ambos en Esteban Sarasa y Eliseo Serrano, coords., *La historia en el horizonte del año 2000*, pp. 237-251 y 253-267.

dos décadas siguientes. Como sabemos los historiadores, las cosas también pueden cambiar.[18]

Se podría debatir asimismo si toda esa producción de historia local coincide «por sus orígenes, por sus temas, por sus pretensiones teóricas y metodológicas», con la microhistoria italiana, como ha apuntado Carlos Forcadell, lo cual significaría que no carecemos de esas señas de identidad a las que me he referido en alguna ocasión. Pero debería insistir aquí de nuevo en que esa historia local apenas se exporta o se conoce fuera de España y tampoco tiene preocupaciones tan singulares ni narrativas como la microhistoria, al menos si se entiende por microhistoria, como aclaran Justo Serna y Anaclet Pons, los mejores conocedores entre nosotros de esa forma de aproximarse al pasado, «formular preguntas a objetos reducidos y formularlas de tal modo que esos objetos menudos, lejanos y extraños cobren una dimensión universal».[19]

Tampoco la reflexión teórica sobre nuestro propio trabajo ha alcanzado las cotas de desarrollo y calidad logradas por otras historiografías, pese a ese ya considerable volumen de producción sobre la historia de los siglos XIX y XX. Sigue pesando en este punto la separación muy clara que existe en España entre la historia y las restantes ciencias sociales, confirmada todavía más en los nuevos planes de estudios, así como la escasa presencia de la sociología histórica entre los sociólogos españoles y la inclinación hostil de una buena parte de los historiadores españoles, por tradición y formación, a las cuestiones metodológicas y filosóficas.

La historiografía ha sido hasta hace poco una rama del saber histórico separada de lo que hacía el resto de los historiadores quienes, a su vez, veían en general como gente rara a aquellos

18. El entrecomillado de José Luis de la Granja en «La historiografía española reciente: un balance», en Carlos Barros, ed., *Historia a debate. Tomo I. Pasado y futuro,* Historia a Debate, Santiago de Compostela, 1995, p. 306. Los datos sobre Estados Unidos están sacados de Peter Novick, *That Noble Dream*, p. 583.

19. «En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis», en Carmen Frías y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, coords., *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2001, p. 90. La opinión de Carlos Forcadell en «La fragmentación espacial en la historiografía española», p. 24.

que se dedicaban a la teoría y la historia de la historia. En reflexión teórica, más que en ningún campo del saber histórico, importamos sólo lo que nos interesa, o interesa, más bien, a los miembros de los consejos de redacción de las revistas o a los asesores editoriales, que son, en definitiva, quienes deciden traducir esos trabajos. Es significativo, por ejemplo, la escasa repercusión que ha tenido para nuestra profesión el postmodernismo, un asunto que en otras historiografías ha estimulado al historiador a pensar los textos y la narración de otra forma, a interrogarse sobre sus métodos, y ha replanteado, en suma, el debate sobre la objetividad, la verdad y la narración, proponiendo formas más literarias de escribir la historia.[20]

Es pronto para saber si el postmodernismo va a cambiar la forma de pensar y escribir la historia, como la cambiaron, por

20. La literatura existente en inglés sobre el postmodernismo desde finales de los años ochenta es cuantiosa. En relación con la historia, puede comenzarse con las observaciones de Jane Caplan, «Postmodernism, Poststructuralism, and Deconstruction: Notes for Historians», *Central European History*, 22 (1989), pp. 262-268 y con el intercambio de opiniones que sobre el tema publicó *Past and Present* entre Lawrence Stone, quien avisaba en el primer artículo sobre los peligros del postmodernismo, Patrick Joyce, Gabrielle Spiegel y Catrina Kelly (números 132, 133 y 135, de 1991 y 1992). Ese debate y varios más están bien recogidos en la obra de Richard Evans, *In Defence of History*, Granta Books, Londres, 1997 (segunda edición con epílogo en 2000), especialmente los capítulos 3, 4 y 8. Puede verse también, como defensa de la historia, Neville Kirk, «History, Language, Idea, and Post-Modernism: A Materialist View», *Social History*, 19, 2 (1992), pp. 221-240, y Georg G. Iggers, *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Wesleyan University Press, Hanover, New Hampshire, 1997. Miguel Ángel Cabrera es de los pocos que se ha ocupado entre nosotros de esa reconstrucción historiográfica a la que ha obligado de alguna forma todo ese debate en la última década del siglo XX: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Cátedra, Madrid, 2001. Santos Juliá señalaba ya hace unos años que la carencia de teoría entre nosotros «obedece a que en las facultades de Historia y en los encuentros de historiadores no suelen suscitarse discusiones con sociólogos, antropólogos, urbanistas, demógrafos» («La historia social y la historiografía española», en Juan Pablo Fusi, ed., «La historia en el 92», *Ayer*, 10, 1993, p. 41). Sobre las posibles causas de esa ausencia y la escasa presencia en nuestros ambientes universitarios de la sociología histórica y la historia comparada traté en «La sociología histórica en España» (aunque el título que yo envié era «La sociología histórica vista desde España»), *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 16 (1996), pp. 61-73.

ejemplo, el historicismo en el siglo XIX y la historia social en el siglo XX. Por supuesto, hay quienes ya han visto en el postmodernismo una amenaza muy grande para la profesión, para la historia científica anticipada tanto por el historicismo como por la historia social, y se han apresurado a contestar a ese desafío con escritos en defensa de la posibilidad de un conocimiento científico del pasado.

El postmodernismo está ahí pero parece dudoso que, como declaró triunfalmente Frank Ankersmith, uno de sus principales teóricos, el «otoño» haya llegado a la historiografía occidental.[21] Durante las décadas centrales del siglo XX, la relación entre historia y ciencias sociales, reclamada por bastantes historiadores, economistas, sociólogos y antropólogos, también estuvo repleta de tópicos, malentendidos, acuerdos y desavenencias. En ese encuentro entre la historia y las ciencias sociales, hubo desde historiadores profundamente alérgicos a la sociología, hasta los sociólogos que huían del análisis histórico, pasando por los que veían esa conexión necesaria y fructífera, e incluso acérrimos partidarios de su fusión en una «ciencia social unificada». La historiografía, en términos generales, ha salido beneficiada, en varios momentos muy diferentes de la historia, del diálogo con disciplinas más o menos cercanas. Si ese diálogo resulta ser «de sordos» o se percibe como una invasión del territorio del historiador por gente ajena a la disciplina, depende mucho de los términos –empíricos, metodológicos y teóricos– en que se establezca la relación.

Si la relación con las poderosas ciencias sociales nunca puso en peligro el vasto territorio del historiador, y hubo miles de historiadores a quienes los vientos sociológicos les soplaron de refilón, tampoco hay por qué negarse a las influencias de la crítica literaria o de los análisis lingüísticos. Ni la historiografía es un campo homogéneo exento de conflictos o ideas contradictorias entre sus miembros, ni el postmodernismo resulta un movimiento organizado y coherente capaz de arrasar de golpe las pocas, aunque suficientes, certezas que nos han dejado los debates y las idas y vueltas de la historiografía desde Ranke a la actualidad.

21. Frank R. Ankersmith, «Historiography and Postmodernism», *History and Theory*, vol. 28 (1989), p. 149.

En los últimos años hemos aprendido y experimentado que la presencia del modelo de escritura de las ciencias sociales, con sus lenguajes técnicos y frases rebuscadísimas e interminables, nada bueno aportaba a la difusión de la historia. Tampoco han ayudado a ese objetivo legítimo de saber transmitir las investigaciones históricas las enseñanzas impartidas en muchas universidades, basadas en los «apuntes», nunca en las lecturas, y en los exámenes en los que se pide repetir los conocimientos transmitidos por el profesor. La exigencia de hacer un currículo muy deprisa, única forma en la mayoría de los casos de conseguir un trabajo, nunca puede ser, además, buena compañera del sosiego y la reflexión, dos ingredientes básicos para controlar los temas sobre los que se escribe.

El «retorno» de la historia a formas más literarias estaba planteado bastante antes de que el postmodernismo entrara en ese debate y, por otra parte, durante los años dorados de la historia social, hubo muchos historiadores que nunca dejaron de aunar la reflexión y el rigor empírico con la belleza literaria. La «haute vulgarisation», como llamó Hobsbawm a esa forma de escribir que combina rigor académico con atractivo para un lector más amplio, es una destreza que todo historiador debería esforzarse por adquirir.

Pero no toda la historia se mueve en el plazo corto, los acontecimientos singulares o la biografía, y hay que reconocer que la buena narración encuentra más dificultades en aquellas historias, como la de los grandes cambios económicos o los análisis macroestructurales de la sociología histórica, donde no hay protagonistas bien identificados y donde muchos acontecimientos se dan por sentados.[22] Nada tienen que ver desde el punto de vista de la belleza literaria *La conquista pacífica*, de Sydney Pollard, *Los Estados y las revoluciones sociales*, de Theda Skocpol, y *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg. ¿Habría que dejar de analizar, en ese caso, la revolución industrial en Europa durante dos siglos o las causas y consecuencias de las revoluciones sociales en el mundo contemporáneo?

22. Hay una discusión de este tema, centrada en la historia británica, en John Tosh, *The Pursuit of History. Aims, Methods & New Directions in the Study of Modern History*, Longman, Londres, 1984, pp. 110-129.

La relevancia de algunos acontecimientos y su relación con otros requiere en ocasiones análisis y es muy probable que, pese a todos los retornos a la narración, a las llamadas del mercado o a los consejos postmodernistas, haya historias que nunca dejen de ser analíticas. La historia, dice John Tosh, «es una disciplina *híbrida*, que combina los procedimientos analíticos y técnicos de una ciencia con las cualidades imaginativas y estilísticas de un arte».[23]

En las últimas décadas del siglo XX los historiadores ampliaron muy notablemente sus objetos de estudio, sus métodos y sus maneras de abordar el pasado. Casi todo se convirtió en objeto de estudio y fueron muchos los que percibieron, bajo diversas denominaciones, que la historia ya no constituía un cuerpo coherente de conocimiento. Ese pluralismo y fragmentación, «el colapso de la comunidad» lo llamó Peter Novick, fue aprovechado por unos para reafirmar la historiografía como una ciencia neutral y objetiva y por otros, por el contrario, para propagar y ampliar su falta de confianza en la posibilidad del conocimiento histórico. Unos y otros, nostálgicos de la vieja historia tradicional y postmodernistas, dieron por enterrada la historia social, la causante, por diferentes razones, de todos los males que afligían al estudio de la historia.

La historia social no está muerta, aunque no es, como pensaron algunos en los años sesenta del siglo XX, en su edad de oro, la única llave para comprender el pasado. La historia social rescató a todos aquellos individuos y grupos sin historia, que nada contaban para el historiador tradicional. Sacó a la luz las estructuras de desigualdad social y abrió todos los caminos que después transitaron la microhistoria, las historias de la vida cotidiana o las diferentes reivindicaciones culturales de la vuelta del sujeto.

La historia es una disciplina que debe parte de su fascinación y complejidad al hecho de nadar entre muchas aguas, las de las humanidades y las de las ciencias sociales. El hecho de que ya no haya rey en Israel, por utilizar la frase de Peter Novick para designar la quiebra de paradigmas y absolutismos, puede ser una buena oportunidad para establecer una «repúbli-

23. Ibidem, p. 129.

ca de aprendizaje» y análisis de la historia.[24] Una república de múltiples puntos de vista en la que, sin embargo, no todo vale. Habrá que seguir buscando, como algunos lo venimos haciendo desde hace ya tiempo, un término medio entre el hiper-relativismo postmodernista y el tradicional historicismo empírico. Un camino que pasa por redefinir la relación entre el historiador y los hechos, reconocer los límites de la objetividad y no confundir a ésta con la neutralidad.

Estamos construyendo, en conclusión, una historia bastante plural desde el punto de vista de las influencias que orientan la investigación y de los temas objeto de estudio. Hemos recuperado una buena parte del desfase en que nos dejó ese período tan excepcional que fue el franquismo, por su dureza, duración y miseria intelectual. No falta la buena producción y el territorio está más extendido que nunca. Pero no hay que ser demasiado autocomplacientes con nuestra propia situación. Se publica mucho porque es muy fácil publicar en la red de editoriales dependientes de las instituciones públicas, pero sólo investigamos sobre el pequeño mundo o pueblo que nos rodea. Algo necesario, aunque insuficiente. Esta es la conclusión de mi primera y última revisita a aquel «secano español».

JULIÁN CASANOVA

Zaragoza, junio de 2002

24. La expresión «nueva república» la tomo de Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth about History*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 1994, p. 271.

PRESENTACIÓN

Este libro es la expresión de las virtudes y los defectos de un historiador que, cansado de la penuria de nuestras universidades, tuvo la posibilidad de hallar fuera lo que buscaba. En Londres encontré varios amigos que contribuyeron a allanar caminos y a perfeccionar mis hipótesis y argumentos. Raphael Samuel, Pat Thane y Ronald Fraser son algunos de ellos. Mis protectores en la capital inglesa, sin embargo, esos dulces guardianes que uno siempre desea tener cuando se encuentra lejos de su ambiente, fueron Paul Heywood y Paul Preston. A este último le debo además mi estancia como Research Fellow *en el Queen Mary College. De que fuera allí a aprender tienen también la «culpa» otros amigos de aquí que siempre me animaron a dar el salto. José Álvarez Junco fue el primero y mi deuda intelectual con él es mayor de lo que imagina. De Juan José Carreras procede, como se verá, mi interés por la historiografía en general y la alemana en particular. En la primera fase de elaboración de este estudio pude discutir también mis ideas con Santos Juliá quien, en su reciente libro, plantea ya algunas de las cuestiones sobre las que aquí se insiste. Josep Fontana, uno de nuestros escasos historiadores que ha reflexionado con rigor sobre la teoría de la historia, leyó las diferentes partes de este trabajo y pensó que merecía publicarse. En todo ese recorrido de búsqueda y formación siempre me acompañó Lourdes, quien ha tenido que soportar algunas de las excentricidades propias de la profesión. Ninguna de las personas mencionadas, por supuesto, es responsable de mis errores e insuficiencias.*

Las páginas que siguen no inventan nada. Lo que se ha hecho es seleccionar, ordenar y discutir algunos de los ejes centrales de la evolución de la historia social, desde su nacimiento a la crisis actual. Es evidente que no puede esperarse, y tampoco lo he pretendido, abarcar

en una síntesis todos los aspectos de un campo de estudio que se ha desarrollado con enorme celeridad en las últimas décadas, donde las orientaciones teóricas son tan diversas —y a menudo tan vagas y poco claras—, las peculiaridades nacionales tan importantes, y cuyas orientaciones futuras están siendo hoy replanteadas. Pero tampoco conviene pasarse con las excusas. Mi intención era proporcionar las claves para la comprensión del desarrollo de la historia social y es al lector a quien corresponde juzgar si el objetivo se ha cumplido. Un lector que, en momentos de recuperación del gusto por la reconstrucción novelada de la historia, tendrá que soportar numerosas notas a pie de página. Tiempo habrá de escribir novelas. Por ahora, lo que ofrezco es un análisis historiográfico dedicado a estudiantes, historiadores y a todos aquellos que consideran la historia como fuente común de inspiración, creación y debate.

JULIÁN CASANOVA

Zaragoza, julio de 1990

1. LAS REACCIONES FRENTE AL IMPULSO HISTORICISTA: LOS ORÍGENES DE LA HISTORIA SOCIAL

Sociedad, economía y cultura han cautivado recientemente la atención de los historiadores. En las últimas décadas, la vieja historia política se ha convertido en un cadáver al que muy pocos parecen respetar. Si Ranke se levantara de entre los muertos para poder leer libros de historia, comprobaría que los herederos de sus discípulos, pese a ocupar algunos de ellos los sillones más cómodos del mundo académico, habían perdido gradualmente las posiciones dominantes. De regreso a la tumba, el maestro suspiraría posiblemente al recordar la época en que la historia política era una forma exquisita, aristocrática y elitista de pensar y escribir sobre el pasado.

Obviamente, esa identificación entre el reino de la política y el de las elites dirigentes, que hacía de la historia un relato de las acciones y aspiraciones de los notables, no fue un invento de la escuela histórica alemana del siglo XIX. Nos encontramos, más bien, ante una tradición secular renovada a comienzos del Renacimiento con la aparición de los estados monárquicos, sólo obstaculizada por las intenciones subversivas —por aquello de su oposición al estilo aristocrático— de algún filósofo del XVIII como Voltaire que declaraba su intención de escribir «la historia de los hombres en vez de la historia de los reyes y de las cortes» y cuyas prerrogativas tampoco fueron destruidas por la revolución francesa de 1789. La historia, desde los tiempos de Tucídides y su *Guerras del Peloponeso*, fue concebida como una forma de literatura, regida por criterios retóricos e interesada, frente a la fábula, en la reconstrucción del pasado a

través del examen crítico de la evidencia.[1] Lo que aportó el siglo XIX fue un rápido proceso de profesionalización que condujo a los historiadores a considerar su disciplina como una ciencia, distinta a las ciencias naturales, pero capaz de proporcionar un conocimiento fidedigno de los hechos. Desde ese punto de vista, el siglo XIX es considerado un período de esplendor para la historia. La época en que publicaron sus trabajos Tocqueville, Fustel de Coulanges y Taine, Macaulay y Maitland, y brillando por encima de ellos, los historiadores alemanes, las auténticas estrellas de la historiografía decimonónica a quienes todos querían imitar.

De entrada, convendría deshacer una importante confusión que se escurre a menudo irreflexivamente por las páginas de algunos manuales muy difundidos en nuestras universidades: la identificación absoluta entre Ranke y la tradición historiográfica alemana, el historicismo y la historia positivista.[2] Por historicismo debe entenderse, en un sentido muy distinto al utilizado por Karl R. Popper para designar esas interpretaciones que pretenden mostrar la existencia de leyes fijas de desarrollo histórico, un paradigma de pensamiento y práctica históricas que ha puesto un especial énfasis en la singularidad e individualidad de los fenómenos históricos. En la medida en que les fuera posible, los historiadores deberían comprender esos fenómenos de acuerdo a los criterios de su propio tiempo, en

1. Sobre los factores que hicieron florecer a ese tipo de historia política ha tratado Jacques Le Goff en «Is Politics Still the Backbone of History», *Daedalus*, vol. 100, n.° 1 (1971), pp. 2-4, de quien está tomada la frase de Voltaire. La orientación secular de esa historia es también señalada por Georg G. Iggers en su introducción al *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Methuen, Londres, 1980, pp. 1-2.

2. Las ideas que quí se exponen sobre el historicismo están sacadas fundamentalmente de Georg G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, Conn., 1983 (segunda edición revisada) y Jürgen Kocka, «Theoretical Approaches to Social and Economic History of Modern Germany: Some Recent Trends, Concepts and Problems in Western and Eastern Germany», *The Journal of Modern History*, 47 (1975), pp. 101-102. En castellano puede verse J. Kocka, *Historia social. Concepto-Desarrollo-Problemas*, Alfa, Barcelona, 1989, pp. 70-80 y Josep Fontana, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, pp. 124-132. Entre nosotros, no obstante, la exposición más precisa del tema se encuentra en Juan José Carreras Ares, «El historicismo alemán», en *Estudios sobre historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, 1981, tomo II, pp. 627-641.

lugar de analizarlos a partir de leyes generales o de los principios morales presentes. Vistas así las cosas, el historicismo representaba un profunda ruptura con los conceptos que sobre el hombre y la historia había inspirado la tradición clásica de los escritos históricos. Frente a la posibilidad de ver en el pasado modelos para el presente, la nueva concepción historicista subrayaba la imposibilidad de comparación significativa entre épocas históricas.

Ocurre, sin embargo, que la conexión entre la evolución de la sociedad alemana en el siglo XIX y el propio historicismo es muy compleja. Desde Ranke, un hombre de la Restauración, a Meinecke, exponente del auge y crisis final del movimiento a través de una larga vida que se extiende más allá de la segunda guerra mundial (1862-1954), pasando por Droysen, que vive con la Unificación, y Treitschke, cuya obra se produce en el marco de la gran depresión de finales de siglo, el historicismo conoció escenarios muy diferentes. En realidad, en su desarrollo a lo largo de ese siglo pueden distinguirse dos grandes momentos. En el primero, el historicismo legitima el estancamiento alemán que inaugura la época de la Restauración y se establece como contraposición a las tendencias revolucionarias presentes en Europa occidental. Más tarde, esos historiadores exaltarán con su metodología individualizadora un fracaso, el de la revolución burguesa en Alemania y, por consiguiente, el de un auténtico sistema parlamentario y constitucional. Tal fracaso tendrá importantes consecuencias en el desarrollo futuro de la política alemana, que irá ya para siempre acompañada de calificativos como «autoritaria», «militarista», «burocrática», «prusiana». Y precisamente eso es lo que hacía de Alemania un país diferente a Francia o Gran Bretaña.[3]

Con Leopold von Ranke comienza el primero de esos dos grandes momentos del historicismo y con él se supone que estamos ante

3. El carácter excepcional de Alemania, junto con la individualidad histórica y el primado de la política exterior, al que posteriormente haremos referencia, serán, según J. J. Carreras, los principios básicos del historicismo (*ibidem*, pp. 630-633). Un excelente análisis de las premisas fundamentales de la historiografía alemana sobre el problema de la revolución burguesa y las diferencias con el modelo británico puede verse en los capítulos elaborados por Geoff Eley para David Blackbourn y Geoff Eley, *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in Nineteenth Century Germany*, Oxford University Press, Oxford, 1985, pp. 39-155.

el inicio de la era científica, crítica, de la historiografía moderna. Ranke va a reafirmar el conocimiento histórico frente a su enemigo más próximo, la filosofía, y en especial frente al método «a priori» de la filosofía de la historia hegeliana. Entre historia y filosofía hay, según sus argumentos, una diferencia esencial. La primera versa sobre lo particular, la segunda sobre lo general. La historia aspira a comprender las cosas, la filosofía a explicarlas. Los historiadores, por consiguiente, al transmitir las acciones voluntarias de los grandes personajes, cuentan historias y dejan de lado el análisis. El carácter científico de la historia reside, en definitiva, en la «imparcial» inmersión en las fuentes, en la reconstrucción de las intenciones de los actores y del curso de los acontecimientos, y en la percepción intuitiva de un contexto histórico más amplio.[4] Y para transmitir todo eso, el historiador encuentra en la narración la forma más precisa y correcta de elaborar su discurso.

Esa teoría del conocimiento histórico iba en Ranke inextricablemente unida al relato de los hechos militares y políticos. Si la individualidad es el fenómeno clave para entender el historicismo, el individuo por antonomasia para Ranke será el Estado y sus servidores. Un Estado «que no es solamente ni sobre todo *Macht* (poder), sino *Geist* (espíritu)».[5] Lo cual quiere decir que el Estado poseía una personalidad propia y una idea que guiaba sus acciones y desarrollo. Y como individuo, se relacionaba con otros individuos, con otros Estados. De ahí que todas las consideraciones sobre política interna tenían que subordinarse a las exigencias de la política exterior. Porque el asunto distintivo de la historia eran las relaciones internacionales, en especial el balance de poder entre los grandes Estados europeos. Y fue precisamente ese énfasis en el poder uno de los aspectos al que con más fuerza se agarraron una buena parte de los historiadores alemanes y de otros países en el siglo XIX para ela-

4. En opinión de Gerog G. Iggers, la contribución primordial de Ranke a la disciplina histórica en el siglo XIX no fue la mera aplicación de métodos críticos, cuyo origen era más antiguo, sino haber creado una mayor conciencia sobre el uso riguroso de esas fuentes: introducción a *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West Germany Historical Writing Since 1945*, Berg, Leamington Spa, 1985, p. 2. El rechazo de la filosofía hegeliana ha sido subrayado por Arnaldo Momigliano en *Studies in Historiography*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1966, p. 105.

5. Juan José Carreras, «El historicismo alemán», p. 630.

borar su discurso histórico. El problema es que esa concepción del Estado se adaptaba mejor a la edad del absolutismo, momento en el que Ranke desarrolló la mayor parte de su trabajo, que a esa Europa posrevolucionaria, liberal y capitalista de la segunda mitad del siglo XIX a la que trasladan el concepto muchos de sus admiradores.[6]

Volvemos, por consiguiente, a la incorrecta consideración del historicismo como un movimiento, «la gran revolución espiritual» dirá Meinecke, monolítico, que traspasa ese siglo sin verse afectado por los cambios sustanciales experimentados por Europa y Alemania. Del conservadurismo político de Ranke al apoyo a la agresividad imperialista del Segundo Reich por parte de Treitschke, existe un largo camino jalonado por la derrota en la revolución de 1848, la unificación alemana y una rápida industrialización acompañada del surgimiento de una clase obrera organizada en sindicatos y en el Partido Social Demócrata. No es extraño, por consiguiente, que el supuesto liberalismo inicial de los discípulos de Ranke, que les permitió incluso criticar las posiciones políticas reaccionarias del maestro, acabara en una defensa encarnizada del orden social capitalista frente a las masas, esas oscuras fuerzas que se salían del marco de la metodología individualizadora y a las que Meinecke, en momentos de quiebra del historicismo, ya en pleno siglo XX, y en un intento por salvar al Estado y a sus servidores, responsabilizará del hundimiento del mundo imperial alemán.[7]

Lo que interesa aquí retener, no obstante, son los cambios que de esa evolución del historicismo resultaron tanto en el uso riguroso de métodos críticos para interpretar textos —es decir, en la hermenéutica— como en los enemigos de la metodología individualizadora que preconizaba. Por lo que respecta a los métodos críticos de interpretación, el énfasis constante en los documentos escritos como base de la historia condujo a un abandono —alejamiento— de las pers-

6. Consideraciones sobre esa y otras degradaciones de la obra de Ranke pueden verse en el trabajo ya citado de G. G. Iggers, *The Social History of Politics*, pp. 3-8; en Jürgen Kocka, *Historia social*, pp. 74-75; en Josep Fontana, *Historia*, pp. 126-127 y en Juan José Carreras, «El historicismo alemán», pp. 632-633.

7. Juan José Carreras define en pocas palabras ese largo recorrido: «De la misma manera que el maestro Rånke nunca supo comprender el fenómeno capital del siglo XIX, la revolución burguesa, Meinecke es incapaz de desvelar el verdadero sentido de la contrarrevolución por excelencia del siglo XX, el fascismo» (p. 641).

pectivas sociales y cosmopolitas que habían caracterizado a los historiadores de la Ilustración. Aunque Ranke todavía escribió obras en las que intentaba revelar las tendencias intelectuales y políticas que operaban en la historia moderna, la generación posterior, al subrayar sobre todo los aspectos técnicos de la disciplina histórica, recurrió cada vez más a los estudios monográficos o, en otras palabras, a pensar que sólo lo pequeño podía ser estudiado científicamente. El interés de Ranke y Droysen por comprender y explicar los hechos —una comprensión basada en la homogeneidad del sujeto y del objeto— derivó en la creencia de que la historia era una mera reconstrucción de acontecimientos. Y fue esa versión mutilada y deformada de los métodos críticos de la escuela alemana la que se extendió a los países europeos donde imitaron el modelo de historia profesionalizada. La confusión entre historicismo e historia positivista estaba servida.

Por otra parte, los enemigos de este tipo de conocimiento que aprehendía las individualidades también cambiaron. Si para Ranke era la filosofía, con sus supuestos generalizadores, la que se oponía a la singularidad de los fenómenos históricos, en el caso de Droysen y sobre todo de Treitschke iba a ser la naciente sociología el adversario a batir. Efectivamente, los historiadores con esa nueva orientación «científica» libraron una dura batalla con esa doctrina de la filosofía de la ciencia llamada positivismo e introducida en la sociología por Auguste Comte. Donde los sociólogos positivistas buscaban la explicación histórica en términos de generalizaciones y leyes de desarrollo, los historiadores historicistas insistían en que la historia versaba sobre intenciones y objetivos humanos que no podían ser reducidos a fórmulas abstractas.[8] Dado que la historia sólo

8. Positivismo es otro de los conceptos cuya evolución ha originado más de un cambio de significado. Sus muchos críticos, bastantes veces con razón, le han colgado siempre etiquetas peyorativas, pero tampoco es infrecuente ver utilizado ese término para descalificar a cualquier adversario que ose cuestionar nuestras propias interpretaciones. Aplicado a la sociología, lo que le identifica es una convicción de que esa disciplina puede ser científica en la misma medida que, por ejemplo, la física; una preferencia muy marcada por la cuantificación y una tendencia hacia explicaciones sociales estructurales frente a esas referidas a los motivos e intenciones humanos. Una introducción precisa a ese concepto puede verse en Nicholas Abercrombie, Stephen Hill y Bryan S. Turner, *Dictionary of Sociology*, Penguin Books, Harmondsworth, 1988, pp. 190-191.

podía ser comprendida a través del comportamiento humano guiado por ideas conscientes, había determinados terrenos de la existencia humana que caían fuera de la incumbencia del historiador. Las masas, las clases sociales, la cultura popular no tenían interés histórico. Sólo el reino de las elites, de aquellos que tomaban decisiones, formulaban y ejecutaban la política, constituía un asunto legítimo de estudio.

Llegados a este punto, podemos hacer un balance, aun reconociendo la dificultad que su propia evolución presenta para la utilización correcta del término, de los ingredientes primordiales de esa forma de hacer historia propuesta por el historicismo alemán y dominante en las universidades europeas durante el siglo XIX y comienzos del XX. Una historia centrada en el relato de los acontecimientos políticos y militares, con especial énfasis en las relaciones internacionales entre Estados, que formuló métodos individualizadores-hermenéuticos como específicos de esa disciplina y que opuso resistencia a los supuestos generalizadores y abstractos de las ciencias sociales así como a la intromisión de cualquier dimensión social o económica para la comprensión de los hechos históricos. Una historia, en definitiva, política, al servicio de los poderes legitimados, que rechazaba la teoría y que tenía a la narrativa como hilo conductor.

Con esos supuestos tan limitados, parece comprensible que se produjera una reacción en favor de una nueva historia. O dicho de otra forma, que en una Europa donde la penetración del capitalismo y la industrialización había producido fuertes dislocaciones sociales, tuviera lugar un debate internacional sobre la naturaleza del conocimiento histórico en el que participaran filósofos, sociólogos e historiadores. Y lo que resultó de ello fue, simplificando el asunto, un interés acusado por las llamadas cuestiones sociales. Habrá que prestar la debida atención a esas reacciones por las consecuencias que tuvieron para lo que con el tiempo llegó a denominarse historia social. Pero antes debemos detenernos en la recepción de ese modelo histórico alemán en los restantes países y en el uso que se hizo de la historia para promover la integración política de la sociedad en un contexto de formación y consolidación de los Estados nacionales. Porque reducir los logros de aquellos historiadores a una crónica de acontecimientos bélicos e intrigas palaciegas o a una adoración del positivismo del hecho histórico, es una caricatura, muy

extendida a partir de Lucien Febvre, de un legado cultural no exento de virtudes.[9]

Esa herencia incluye la aplicación de métodos críticos al uso y evaluación de fuentes, la adopción de técnicas reconocidas para presentar y editar el material, y un notable ingenio en el estudio de los errores en la transmisión de información —la copia de documentos, por ejemplo— y en la determinación de los prejuicios y fiabilidad de los testimonios individuales. Para lograr ese objetivo se requería, asimismo, un auxilio institucional que posibilitara el establecimiento de institutos de investigación histórica, la fundación de revistas especializadas y la creación de cursos de formación histórica. Los conceptos básicos e ideas que sostenían esa profesionalización de la historia en el siglo XIX estaban estrechamente conectados al desarrollo general del pensamiento durante ese período pero sobre todo a los cambios en las estructuras institucionales y políticas de los países europeos desde la era de la revolución francesa y de Napoleón.[10]

Las reformas efectuadas en las universidades tras esa revolución crearon las bases para liberar a la historia de ser una ciencia auxiliar —adjunta a la filosofía moral, a la teología o al derecho— y dotarla de una posición independiente. Primero se crearon, con apoyo financiero de los gobiernos, institutos de investigación que muy pronto fueron incorporados a las universidades. En esa fusión de la investigación y de la enseñanza de la historia, se elevó al profesor de universidad a una posición eminente desde la que dominaba la enseñanza, la escritura y la investigación. Y para llegar allí, no sólo se re-

9. Lo cual en absoluto quiere decir, como se comprobará más adelante, que aquí se defienda una vuelta a Ranke. Parece, no obstante, que para ese viaje de retorno no harían falta demasiadas alforjas. Si se acepta la propuesta de Juan Pablo Fusi —«ya se sabe que no existe vieja y nueva historia, sino buena y mala historia»—, todo lo que se requiere, independientemente de la teoría que guíe los pasos de cada uno, es ser un buen historiador (!): «Por una nueva historia: volver a Ranke», *Perspectiva Contemporánea*, SEGUEF, n.° 1 (1988), p. 154.

10. La utilización de ese conjunto de técnicas resulta también relevante para las ciencias sociales, como señala Eric J. Hobsbawm en «The contribution of history to social sciences», *International Social Science Journal*, vol. XXXIII, n.° 4 (1981), pp. 626-627. El proceso de profesionalización de la historia durante los siglos XIX y XX es abordado por Felix Gilbert en «European and American Historiography», en John Higham *et al.*, *History*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey, 1965, pp. 317-387, de quien proceden las referencias que sobre esa cuestión aparecen en el texto.

quería interés por la política o talento literario sino, sobre todo, un conocimiento de las fuentes originales y de sus métodos críticos de evaluación. Así las cosas, y aunque durante el siglo XIX se mantuvo la idea de que el historiador debería conocer todos los diversos períodos y campos de la historia, parece lógico que se adoptaran pronto algunas divisiones cronológicas —historia antigua, medieval, moderna— e incluso se llegara en 1891 a establecer una cátedra dedicada a la Revolución francesa, la primera estrictamente limitada a un período particular de la historia.

Ese gran salto adelante para lograr un conocimiento «científico» de la historia va a producirse en la mayoría de los países del continente europeo y, con algunos matices, en Gran Bretaña. Los historiadores, conscientes de la independencia que su territorio había alcanzado, buscaron también salidas propias para sus publicaciones. En 1859 se creó la *Historische Zeitschrift* alemana; en 1876 la *Revue historique* francesa; en 1884 la *Rivista storica italiana* y en 1886 la *English Historical Review*. La profesionalización presidía así un proceso en el que se generó una variedad notable de actividades —investigadores, archiveros, bibliotecarios y profesores— para las que el aprendizaje de la historia era útil y necesario. Sólo Estados Unidos, un país sin historia que en el siglo XIX todavía no necesitaba poseer grandes archivos o centros de investigación y donde faltaban algunos de los presupuestos que habían originado el desarrollo de la historiografía europea, se escapó a ese movimiento de imitación institucionalizada de los métodos críticos.[11]

En Europa, el surgimiento de la conciencia y ciencia históricas

11. No es este el lugar para medir con detalle el grado de aceptación de esos métodos en los distintos países. La recepción del modelo alemán en España es examinada por Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró en *Historiografía y práctica social en España*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1986, pp. 20-27. En Francia fue precisamente Alphonse Aulard, el primer ocupante de esa cátedra establecida en la Sorbonne para estudiar la revolución francesa, uno de los principales transmisores de esa metodología (véase D. G. Wright, *Revolution and Terror in France, 1789-1795*, Longman, Harlow, 1987, pp. 9-10). Las peculiaridades del caso británico, y las posibles causas por las que se prestó menos atención a la profesionalización de la historia, son abordadas por Doris S. Goldstein, «The Professionalization of History in Britain in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries», *Storia della Storiografia*, vol. 3, 1983, pp. 3-25. Los factores que motivaron las diferencias entre Europa y Estados Unidos se encuentran en Felix Gilbert, «European and American Historiography», pp. 337-339.

acompañó al ascenso y despliegue del Estado nacional, un proceso gradual que condujo a la centralización de la administración y a la participación activa de la burguesía en política. La educación, convertida en algunos de esos países en un monopolio del Estado, resultó un excelente mecanismo de integración en el orden existente para aquellos grupos que habían sido oprimidos por las elites dominantes tradicionales. En los programas educativos, la historia llegó a ser la piedra angular; al demostrar el destino común de todos los que vivían en la misma nación, la historia se utilizó para subrayar los lazos que unían a la gente, ocultando los intereses antagónicos de las diversas clases sociales. Aspecto este de importancia primordial para los que estaban en el poder, para los gobernantes y sus ministros de educación, porque la enseñanza de la historia serviría así para generar una mayor lealtad de los ciudadanos a los dirigentes del Estado. Lo cual explica, sin duda, el alto aprecio y el fuerte fomento público que adquirió durante ese siglo pero también, como señala Jürgen Kocka, algunas de sus peculiaridades y debilidades temáticas: su orientación autoritario-estatal y una notable ceguera para los procesos económicos y sociales.[12]

Frente a esa apología del poder, ya desde mediados del siglo XIX hubo formas alternativas de escribir la historia pero estas permanecieron fuera de la principal corriente de erudición especializada. El despliegue industrializador y las transformaciones profundas en el desarrollo capitalista generaron agudos conflictos de clases que exigían otros instrumentos de análisis. El concepto de sociedad se impuso como arma de combate antiestatal y bandera de las demandas liberales, democráticas y socialistas. Precisamente esos son los años en que Karl Marx comenzó a divulgar una nueva teoría que, como la naciente sociología, pretendía ser una ciencia general de la sociedad y estaba orientada a comprender los cambios resultantes del desarrollo del capitalismo industrial y de las revoluciones políticas del siglo XVIII. Las conexiones entre Marx y los sistemas sociológicos de Comte y Spencer se hicieron evidentes desde el momento en que su campo de análisis y sus ambiciones eran las mismas y

12. *Historia social*, pp. 166-167. El mismo autor advierte, no obstante, en otra parte del libro que los mejores productos de la investigación histórica acuñada por el historicismo incluían también factores sociales y económicos pero siempre en el marco de la consideración política, como presupuestos y consecuencias de la actividad del Estado (pp. 73-74).

hasta cierto punto recurrían a similares fuentes intelectuales: las historias de la civilización, las teorías del progreso, el estudio de la sociedad industrial de Saint-Simon y la nueva política económica. Las diferencias sustanciales, sin embargo, también salieron a la luz muy pronto porque Marx, frente al positivismo de Spencer y Comte, defendió una concepción de la sociedad más estructural que orgánica, con un espacio más amplio para la acción humana, una concepción menos determinista de las fases de la evolución social y unos mecanismos dialécticos e internos de cambio (tecnológicos y ecológicos en el nivel económico, y revolución y lucha de clases en el político). Se trataba de situar el modo de producción y la sociedad capitalistas en un esquema histórico de desarrollo social. De concebir la historia, en suma, como «movimiento social», como historia de la sociedad que incluía todos los ámbitos de la actividad humana.[13]

De momento aquí lo único que interesa es dejar constancia de la creciente influencia, tanto intelectual como política, que la teoría de Marx comenzó a ejercer, especialmente tras su muerte en 1883, en dos direcciones distintas que han llegado hasta el presente: en la historia del movimiento obrero y en las ciencias sociales académicas. Por una parte, el marxismo se convirtió muy pronto en la teoría social o doctrina preeminente de la clase obrera organizada. A través de la fundación de sindicatos y partidos socialistas en países diversos, logró establecerse una amplia red de instituciones educativas y culturales independientes, editoriales, escuelas y periódicos. Casi sin excepciones, y especialmente en Alemania a causa de sus condiciones políticas particulares, la exposición y discusión de la teoría marxista tuvo lugar al margen del mundo académico oficial, en libros y periódicos publicados por grupos y partidos socialistas. No obstante, y en un proceso marcado sólo por ligeras diferencias cronológicas, la teoría marxista inició también un duradero impacto en las ciencias sociales, especialmente en la economía y en la sociología. Ya Tönnies, en el prefacio a *Gemeinschaft und Gesellschaft* (1887, Comunidad y Asociación), reconoció su deuda con Marx, a quien describió como el «más notable y profundo de los filósofos sociales». En

13. Las conexiones entre marxismo y sociología en el capítulo de Tom Bottomore «Marxism and Sociology» incluido en T. Bottomore y Robert Nisbet, ed., *A History of Sociological Analysis*, Heinemann, Londres, 1979, pp. 118-148. Las diferencias entre marxismo y positivismo en Christopher Lloyd, *Explanation in Social History*, Basil Blackwell, Oxford, 1986, pp. 198-199.

el primer congreso internacional de sociología, en 1894, autores procedentes de varios países presentaron ponencias que debatían la teoría marxista y en la década de 1890 el marxismo comenzó a enseñarse en algunas universidades.[14] Unos años después, tal esfuerzo de difusión alcanzó también al derecho, la historia o la antropología pero fue en la sociología —en Alemania y Austria, aunque no en el mundo anglófono— donde penetró más profundamente. Antes de la primera guerra mundial, por consiguiente, el marxismo se había consolidado como una teoría social ampliamente debatida en el movimiento socialista y en algunos círculos académicos, que comenzaba también a infundir nuevos aires a las investigaciones sociales.

Conviene advertir, no obstante, que muchos de los trabajos de historiadores marxistas posteriores se inspiraron en escritos desarrollados al margen de la tradición marxista e incluso independientes de ella. En Francia, la deuda de los historiadores marxistas con sus predecesores republicanos y demócratas resulta ineludible y existe una línea de continuidad muy clara en la historiografía de la revolución francesa desde Jules Michelet, el primer historiador que ya a mediados del siglo XIX puso al pueblo llano en el centro del escenario revolucionario, a Georges Lefebvre, pasando por Jean Jaurés y Albert Mathiez. Ese hilo conductor y la revitalización del jacobinismo por el socialismo constituyen las raíces de la historia popular, un campo de estudio que floreció tras la segunda guerra mundial y al que contribuirán con especial dedicación los historiadores marxistas británicos de la segunda mitad del siglo XX. Precisamente esta historiografía, hoy tan sólida y conocida, fue precedida también en Gran Bretaña por una historia popular, en versión radical y democrática más que socialista por sus ideas básicas, que emergió en los años sesenta y setenta del siglo pasado. Una larga tradición, por lo tanto, que engancha al marxismo posterior a través de un cordón umbilical muy difícil de separar. Nos encontramos asimismo ante los primeros desafíos serios a la historia política tradicional y a las prácticas intelectuales dominantes. Eso era, y no otra cosa, la *Short History of the English People* (1887) en la que J. R. Green escribía

14. Los casos más conocidos, los de Antonio Labriola en la Universidad de Roma y de Carl Grünberg, quien enseñó historia económica e historia del movimiento obrero en la Universidad de Viena desde 1894 a 1924, año en que fue nombrado director del Instituto de Investigación Social de Frankfurt. Datos proporcionados por Tom Bottomore, «Marxism and Sociology», pp. 128-130.

«una historia no de los Reyes o Conquistadores ingleses sino del Pueblo» y para conseguirlo prefería considerar superficialmente «los detalles de las guerras internacionales y diplomacias, las aventuras de reyes y nobles, la suntuosidad de las cortes o las intrigas de los favoritos, y extenderse en los acontecimientos de este progreso constitucional, intelectual y social en el que desciframos la historia de la nación».[15]

No eran sólo marxistas o demócratas radicales, sin embargo, los que oponían resistencia a la historiografía dominante. También entre los historiadores académicos se desarrolló una rica literatura de historia económica y social, donde supieron captar, dentro del modelo tradicional orientado por el Estado como sujeto, las relaciones entre la sociedad, el Estado y la economía. Esa insatisfacción no se plasmó, en principio, en una ruptura con el método individualizador del historicismo pero algunos de esos planteamientos novedosos —así pueden calificarse los del economista Gustav Schmoller, o los de los historiadores Otto Hintze y Jacob Burckhardt— adquirieron una notable popularidad a finales del siglo. El más influyente de todos ellos, prosiblemente porque el reto procedía del corazón mismo de la escuela histórica alemana, fue Karl Lamprecht. Sin abandonar el espacio de la comunidad nacional alemana como objeto de estudio, su enfoque difería del de sus colegas en dos importantes aspectos. Por un lado, combinaba el examen del desarrollo político de Alemania desde el medievo con un interés en la economía, las condiciones sociales y la cultura. Desde el punto de vista metodológico, además, añadía, a un planteamiento clásico cronológico y narrativo, el intento de formular leyes de desarrollo histórico. Eso en absoluto significaba volver a la filosofía de la historia de Hegel, frente a la cual el historicismo había reaccionado, porque sus métodos, a través de los cuales había deducido las fases del desarrollo histórico desde lo que él consideraba su necesaria correspondencia con los procesos clásicos de la mente humana, seguían juzgándose falsos. Pero, eso sí,

15. Citado en Raphael Samuel, «British Marxist Historians, 1880-1980», *New Left Review*, 120 (1980), p. 38. Las raíces entre historia popular y marxismo en el caso francés han sido señaladas por Eric J. Hobsbawm, para quien Michelet «es el primer gran profesional» de esa forma de abordar el pasado: «History from below-some reflections», en Frederick Krantz, ed., *History from below: Studies in popular protest and popular ideology in honour of George Rudé*, Concordia University, Montreal, 1985, p. 64.

Hegel estaba en lo cierto al asumir que existía una obligada conexión causal en la historia universal a partir de la cual era posible descubrir y formular leyes de desarrollo histórico. El establecimiento de esas leyes requería, para obtener resultados válidos, un procedimiento puramente inductivo —«científico»— y abandonar el deductivo. Tales opiniones causaron un amargo debate en el mundo académico alemán en el que Lamprecht salió derrotado.

Fuera de Alemania, la puesta en escena de esas preocupaciones sirvió para demostrar que Lamprecht no estaba solo. Y con el cambio de siglo comenzaron a surgir voces entre los historiadores profesionales que cuestionaban parcelas importantes del hasta entonces bien guardado territorio historicista. La historia, argumentaban, debería ser más comprehensiva en su campo de acción, incluyendo diversos aspectos de la vida económica, social y cultural. Por consiguiente, la narración pura, centrada en los acontecimientos vividos por las elites, era insuficiente y debía ser completada por el análisis de las estructuras sociales en que esos acontecimientos ocurrían y esas personalidades ejercían su poder. En otras palabras, la historia era una ciencia social que examinaba procesos sociales con la ayuda de teorías explícitas y un aparato conceptual que, no obstante, debería tener en cuenta la historicidad del contexto único en el que esos fenómenos ocurrían. Con esos argumentos, no parece extraño que el debate derivara en un defensa del establecimiento de estrechos vínculos entre la historia y las otras ciencias sociales —en la que coincidieron sociólogos como Max Weber, Émile Durkheim o François Simiand—, aunque, al menos en esos años, nadie pensaba seriamente que ello debía acarrear el sacrificio de la autonomía de la historia.[16]

Todas esas cuestiones que envolvían a la naturaleza del conocimiento histórico adquirieron una especial relevancia en Francia y Estados Unidos. En contraste con Europa, donde a la historia se le suponían sus propios métodos y objetivos distintos de los otros campos del saber, en Estados Unidos aparecía mucho más atractiva la

16. Sobre el surgimiento de esas insatisfacciones y los argumentos defendidos puede verse Georg G. Iggers, ed., *The Social History of Politics*, pp. 9-11; Felix Gilbert, «European and American Historiography», pp. 340-344; Gertrude Himmelfarb, *The New History and the Old*, Belknapp Press, Cambridge, Mass., 1987, pp. 1-2; Jürgen Kocka, *Historia social*, pp. 79-92 y Santos Juliá, *Historia social/sociología histórica*, Siglo XXI, Madrid, 1989, pp. 3-12.

opinión de que la historia era una ciencia social más y debía, por lo tanto, contribuir al descubrimiento de las leyes del desarrollo humano. Fue en ese momento cuando surgió y obtuvo una notable influencia el concepto de historia científica, que reflejaba esa tendencia de unir la historia a las ciencias sociales. Como consecuencia de ello, los creadores norteamericanos de esa historia científica creyeron en la posibilidad de hacer compatibles el concepto de individualidad de cada período histórico de Ranke con el de las leyes de causalidad de Lamprecht, algo que ningún historiador europeo, y menos aún alemán, hubiera aceptado.

Claro que había razones históricas para que a las teorías sobre las leyes del desarrollo social se les prestara mayor atención en Estados Unidos. Mientras que en Europa era un sistema político el que asignaba a cada disciplina su lugar y rango en la jerarquía del conocimiento, en las instituciones educativas americanas esas conexiones filosóficas eran más débiles y la utilidad proporcionaba el criterio para determinar el orden de los distintos campos del saber. Dado que en ese país el objetivo de los profesores era más bien dar a sus estudiantes una educación general que se adaptara mejor a cualquier clase de actividad y no un aprendizaje en una profesión especializada, esos terrenos del conocimiento que resultaran útiles para comprender y conocer a fondo el mundo externo parecían especialmente valiosos. El hecho de que los colegios y las universidades dependieran del apoyo financiero privado —y no estatal— y de que no hubiera la imperiosa necesidad de usar la historia como mecanismo de justificación del poder, contribuyen también a explicar las diferentes condiciones sociales en que se desenvolvía la historiografía en ambos continentes.[17]

Al concebir la historia como una rama de las ciencias sociales, los historiadores americanos intentaron interpretar el pasado con las mismas herramientas que esas utilizaban. El resultado fue una revisión de las tradicionales concepciones de la historia estadounidense. Y a eso se le comenzó muy pronto a llamar *New History*. Aunque ya en 1898 la *American Historical Review*, el bastión de la vieja historia, publicó un ensayo titulado «Características de la Nueva Historia», donde se copiaba a Lamprecht, en realidad fue James Harvey Robinson quien en 1912 proclamó, en un manifiesto, la llegada de

17. Felix Gilbert, «European and American Historiography», pp. 354-358.

esa nueva ortodoxia. Tanto Robinson como sus colegas F. J. Turner y Charles Beard rechazaban las premisas básicas de la historia tradicional: que el asunto distintivo de la historia fuera esencialmente político y que el modo natural de escribirla fuera la narración. Robinson efectuaba incluso un alegato en favor de una historia del «hombre común» que pasara de largo los «detalles triviales» de las dinastías y guerras, y utilizara los hallazgos de «antropólogos, economistas, psicólogos y sociólogos». Una historia radical muy similar a la ya comentada de J. R. Green en Inglaterra, pero que añadía algunos de los rasgos que iban a constituir el programa básico de la historia social en sus años de consolidación a mediados del siglo XX.[18]

Pese a que ese consciente desafío de algunos historiadores norteamericanos al modelo imperante no carece de valor, casi todos los estudiosos apuntan a Francia cuando se trata de mostrar los orígenes de la historia social o, en términos similares, de exponer los esfuerzos en favor de una concepción más sociológica e interdisciplinaria de la historia. Y exageraciones e inexactitudes al margen, el recorrido que suele seguirse es también conocido y no será necesario, por consiguiente, insistir mucho en ello. En 1900 apareció el primer volumen de la *Revue de synthèse historique*. Henri Berr, su fundador y editor, estaba convencido de que si los historiadores utilizaban en sus investigaciones los resultados aportados por los otros campos científicos del conocimiento, serían capaces de mostrar el modelo de evolución de los humanos desde el comienzo de la civilización. Eso significaba que la historia política debía sucumbir ante la embestida de una nueva clase de historia apoyada por las nuevas ciencias sociales —la geografía y sobre todo la economía y la sociología—, desde las que Vidal de la Blache, François Simiand y Émile Durkheim ya habían tendido un puente a los historiadores. Aunque a Berr se le trató en Francia con más respeto que a Lamprecht en Alemania, hasta la primera guerra mundial fue un marginado frecuentemente envuelto en polémicas con los «historiadores historizantes», como él llamaba a sus oponentes que dominaban entonces el mundo académico francés. De las energías gastadas por Berr se

18. Las citas de Robinson pertenecen a su libro *The New History: Essays Illustrating the Modern Historical Outlook*, Nueva York, 1912, y están sacadas de Gertrude Himmelfarb, *The New History and the Old*, pp. 1-2.

beneficiaron muy pronto otros historiadores que siguieron sus pasos. Los que adquirieron más fama, aquellos a quienes incluso se ha adorado como los verdaderos padres de la historia social, fueron Marc Bloch y Lucien Febvre, que en 1929 fundaron la revista *Annales d'historie économique et sociale.*

Las numerosas páginas dedicadas desde entonces a esa corriente historiográfica llamada *Annales* muestran hasta qué punto los historiadores son —somos— capaces de polemizar acerca de un mismo tema. Sobre *Annales* se ha dicho ya casi todo. Y según la perspectiva adoptada —que depende asimismo de la nacionalidad del autor, de la naturaleza de las fuentes utilizadas, de sus concepciones políticas, sociales y religiosas y de otros muchos factores que complican todavía más eso—, el resultado final en nada se parece al del vecino. En este trabajo va a considerarse a *Annales* como un círculo que se inició en los años treinta como reacción frente a lo existente, intentó desde ese momento una reconstrucción de la historia sobre bases científicas establecidas a partir de conceptos prestados por otras disciplinas y acabó desintregrándose en los años setenta en múltiples direcciones que han dejado perplejos a algunos de sus primeros admiradores. La reacción inicial no significaba tanto una ruptura como un importante punto de inflexión en un proceso que ya desde el siglo XIX había arrastrado a firmes partidarios de incorporar al análisis histórico los factores económicos y sociales. En sus orígenes esa protesta iba dirigida contra el trío formado por la historia política, la historia narrativa y la historia episódica (*événementielle*). Para Bloch y Febvre eso era pseudohistoria, «historia superficial». Lo que había que poner en su lugar era «historia en profundidad», una historia económica, social y mental que estudiara la interrelación del individuo y la sociedad.

Esa forma de entender el pasado de los individuos y grupos en su contexto geográfico, social y cultural presentaba algunos rasgos comunes que ejercieron después una notable influencia sobre un sector muy importante y amplio de los denominados historiadores sociales. La tesis que aquí se defenderá es que en esas formulaciones iniciales estaban ya los gérmenes de su propia desintegración. No hay, por consiguiente, traición a los principios de los fundadores sino una lógica interna que en su desarrollo ha ido acompañada también de circunstancias y condiciones externas muy distintas a las que conocieron Bloch y Febvre. Baste por ahora realizar unas bre-

ves observaciones en torno a esos rasgos comunes de la historia propugnada por sus fundadores.[19]

El primero es que la historia debía ser una ciencia, diferente a la pretensión científica del positivismo comtiano —interesado en leyes universales de evolución— y opuesta a esa «historia historizante» que presenta como única exigencia la narración de los acontecimientos. No es, por consiguiente, una «ciencia de lo particular» sino «el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras».[20] A una ciencia de ese tipo no le queda más remedio que intentar revelar lo profundo, las condiciones estructurales profundas y los mecanismos de la sociedad. Entramos así en la segunda característica: frente a la historia política, «la historia que es, por definición, absolutamente social». Y precisamente se elige ese término, «social», porque su vaguedad —se le han dado tantos significados, decía Febvre, que al final no quiere decir nada— permitía echar abajo los tabiques y «hacer circular por encima de los pequeños despachos cerrados en que operan los especialistas, con todas las ventanas cerradas, la gran corriente de un es-

19. Tampoco es aquí necesario reseñar todos los libros o números especiales de revistas que se han dedicado al tema. Una selección de esos trabajos puede verse en Santos Juliá, *Historia social/sociología histórica*, pp. 90-92. Dos obras exhaustivas sobre el tema se deben a T. Stoianovich, *French Historical Method: the Annales Paradigm*, Cornell University Press, Ithaca, 1976, y a P. Ricoeur, *The Contribution of French Historiography to the Theory of History*, Oxford University Press, Oxford, 1978. Un resumen de los argumentos de Stoianovich en su artículo «Social History: Perspective of the *Annales* Paradigm», publicado en *Review*, vol. 1 (1978), la revista en inglés que más atención a prestado a *Annales*. Una visión crítica de la reconstrucción intentada por *Annales* en Josep Fontana, *Historia*, pp. 200-213.

20. Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, 1975, p. 40. Puede verse también el breve capítulo titulado «Sobre una forma de hacer historia que no es la nuestra. La historia historizante», pp. 175-181. Aunque es cierto que en Febvre parece haber una aceptación de una parte de la herencia positiva dejada por los historiadores profesionales del siglo XIX —en especial el establecimiento de la crítica rigurosa de documentos—, no lo es menos que lo que él difunde es la versión deformada del positivismo del hecho histórico que se cultivaba en esos momentos en los seminarios de historia franceses. Tampoco resulta extraño que fueran los representantes de la escuela tradicional alemana los que, en nombre de una metodología alérgica a las ciencias sociales, formularan inicialmente las críticas más duras a *Annales*. Véase Juan José Carreras, «El historicismo alemán», p. 627.

píritu común, de una vida general de la ciencia». O lo que es lo mismo: frente al «espíritu de especialidad», el diálogo con las restantes ciencias sociales.[21]

Pero una tarea de esa magnitud, en la que el historiador con el auxilio de los otros científicos sociales descubre y selecciona los «depósitos» de las sociedades pasadas, requiere una organización sistemática de los hechos. Organizar es darle sentido al pasado pero también proporcionar a la historia —y al historiador— una función social en el presente. En este terreno, las ambigüedades de esa historia profunda afloran a la superficie. Febvre nos dice, y repite siempre que puede, que «sin teoría previa, sin teoría preconcebida no hay trabajo científico posible». La teoría es una «construcción del espíritu que responde a nuestra necesidad de comprender». Toda teoría está fundada «en el postulado de que la naturaleza es explicable». Y el hombre forma parte de la naturaleza. Por consiguiente, el hombre es para la historia algo que hay que entender, que hay que «pensar».[22] De esta forma se cierra el silogismo sin concretar la propuesta teórica. Porque no la hay. Todo lo que el historiador necesita es pensar, huir de la sumisión pura y simple a los hechos. La historia como problema, en suma, que derivará, como veremos, en auténtico problema: en discusiones interminables para decidir qué métodos utilizar para solucionar el problema.

En resumen, la aportación esencial de *Annales* consiste en alinear a la historia entre las ciencias sociales, en hacer de ella una sociología del pasado. Al superar el documento, material preferido de los historicistas, el historiador debe explotar todo signo o huella de la actividad humana, debe acoger los resultados y métodos de las otras ciencias sociales, aunque insertando los trabajos parciales en un contexto social global. La economía, la demografía, los análisis cuantitativos de los hechos son los únicos terrenos sólidos sobre los que el historiador puede apoyar sus conclusiones, una vez que ha renunciado al documentalismo de la historia política. La historia se convierte, al fin, en una ciencia asimilable a todas las demás: la ciencia de las sociedades humanas del pasado.

Ocurrió, además, que en esas primeras formulaciones la historia de lo «social» fue utilizada en combinación con la historia de lo

21. Lucien Febvre, *Combates por la historia*, pp. 39 y 162.
22. *Ibidem*, pp. 179-180.

«económico» y formó la historia económica y social. A finales de los años veinte se fundaron varias revistas que representaban ese nuevo enfoque. En realidad, si se exceptúa el mundo británico —donde desde 1929 se publicará la *Economic History Review*—, todas esas publicaciones incluían en sus títulos los dos vocablos: ese es el caso de la alemana *Vierteljahresschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, pionera desde 1893 de la historia económica y social; de la *Revue d'Histoire Économique et Sociale* francesa (1913); de *Dziejow Spolecznych i Gospodarczych*, fundada en Polonia en 1926 y por supuesto de *Annales d'historie économique et sociale* (1929).

Cierto es que «la mitad económica de esa combinación era abrumadoramente preponderante». Pero eso significaba, en cualquier caso, que para esos historiadores la historia económica incluía también lo social. Porque economía y sociedad eran ámbitos de la realidad inextricablemente unidos. O, si se quiere de otra forma, no ocurrían aislados de sus efectos sociales. Así lo entendieron por aquellos años famosos historiadores como Henri Pirenne y Mijail Rostovtzeff, pero también los primeros historiadores sociales británicos —fabianos o marxistas— del período de entreguerras (los Webb, los Hammond, Cole...) para quienes la historia social fue historia económica «en pequeña escala»: niveles de vida, transporte, sanidad, cercamientos, ley de pobres y categorías de «clase» generadas desde la economía.[23]

Tal matrimonio —que posteriormente acabará, como veremos, en brusca separación— surgía de la marginación y revelaba el deseo en favor de un enfoque diferente del clásico de la historia política. Con el reconocimiento general de la importancia y utilidad de la economía, los historiadores se dieron cuenta del papel del factor económico en el pasado y, en consecuencia, de la relevancia que

23. Lo de la preponderancia de la «mitad económica» es de E. J. Hobsbawm, «From Social History to the History of Society», *Daedalus*, vol. 100, n.° 1 (1971), pp. 21-22, a quien sigo también en el examen de las posibles razones de ese predominio. Los datos sobre las revistas están sacados de la introducción de G. G. Iggers al *International Handbook of Historical Studies*, p. 5. Esos nuevos planteamientos, con especial referencia al caso alemán, aparecen también recogidos en Jürgen Kocka, *Historia social*, pp. 81-92. La conexión entre historia económica y social en el caso británico es señalada por I. C. Barker y C. D. Clark en sus respuestas a *What Is History Today?*, editado por Juliet Gardiner, Macmillan, Londres, 1988, pp. 34-35 y 51.

eso podía tener para el análisis de las estructuras y cambios sociales.

El dominio de lo económico sobre lo social se debía, en opinión de Eric J. Hobsbawm, a dos razones. A una visión de la teoría económica —presente en Marx y en la «escuela histórica de la economía política» alemana— que rechazaba aislar lo económico de lo social, lo institucional y de otros elementos y, por otra parte, a una clara ventaja inicial de la economía sobre las otras ciencias sociales. Si la historia debía integrarse en las ciencias sociales, la economía era la primera y con ella era con quien había que tener buenas relaciones. Por último, para aquellos que aceptaban la teoría de Marx, también tenía un considerable peso su argumento de que, cualquiera que fuera la inseparabilidad de lo económico y lo social en la sociedad humana, la base analítica de cualquier investigación histórica sobre la evolución de la humanidad debía ser el proceso de la producción social.

Hemos esbozado, por consiguiente, en estas páginas iniciales los tres primeros significados que en el pasado adquirió el término historia social.[24] El primero se refería a la historia de los pobres o de las clases bajas, y más específicamente a la historia de los movimientos de los pobres («movimientos sociales»). El término, como ya quedó claro, podía incluso limitarse a la historia de la clase obrera, de las ideas socialistas y de sus organizaciones. Por razones obvias, esa conexión entre historia social e historia de la protesta social o de los movimientos socialistas ha sido intensa y duradera. Aunque la historia militante está hoy sometida a revisión, parece claro que un buen número de historiadores sociales prestaron atención en el pasado a ese tipo de historia porque eran radicales o socialistas y, por lo tanto, interesados en temas de gran relevancia sentimental para ellos.[25]

24. La consolidación de la historia social como disciplina académica, tema que ocupará el siguiente capítulo, amplió esos significados. Por significados debe entenderse aquí primeros usos del término y no concepciones acerca de la naturaleza de la historia social. Para ello sigo las páginas citadas del trabajo de Hobsbawm y la respuesta de John Breuilly a Juliet Gardiner, ed., *What Is History Today?*, pp. 49-50.

25. Y son precisamente las críticas a esa estrecha relación entre militancia e historia las que constituyen el punto de partida de una nueva revisión. Véanse las precisiones de Georges Haupt en *El historiador y el movimiento social*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 9-34; de Gareth Stedman Jones sobre el caso británico en «The Poverty of Empiricism», en Robien Blackburn, ed., *Ideology in Social Science, Rea-*

En segundo lugar, el término fue utilizado para designar trabajos sobre un conjunto de actividades sociales que en la concepción tradicional de la historia quedaban fuera del núcleo central de la explicación, el político-diplomático-militar. Actividades humanas, por otra parte, muy difíciles de clasificar y que aparecen en el mundo angloamericano bajo términos como maneras, costumbres, ocio y vida cotidiana. Esa forma de hacer historia no estaba particularmente orientada hacia las clases bajas —más bien lo contrario— y derivó con el tiempo en una visión residual de historia social cuyo mayor peligro ha resultado ser la exclusión de la política, de la economía o de las ideas. Un peligro confirmado con la famosa definición de historia social de G. M. Trevelyan (en su *English Social History*, 1944) como «la historia con la política excluida» y llevada a sus últimas consecuencias, como veremos, por la segunda generación de *Annales*.

Eso no es lo mismo, sin embargo, aunque verse en ocasiones sobre temas similares, que la denominada por los alemanes «historia de la cultura», un concepto con diversos significados que surgió con fuerza a finales del siglo XIX, frente a la historiografía política-individualizadora dominante. La historia de la cultura debía comprobar la relación recíproca entre los campos culturales singulares (religión, moralidad, organización del Estado, intereses materiales), proporcionar explicaciones causales y posibilitar el análisis comparativo entre naciones. Eso es lo que pretendieron de formas muy diferentes Eberhard Gothein, un historiador de la economía para quien la historia de la cultura debería describir el devenir interno de los pueblos, de las ideas y de la cultura general; Ernest Bernheim y su definición como «historia del hombre en sus actividades como ser social»; y Karl Lamprecht, con su intención de integrar bajo esa denominación dimensiones económico-sociales, políticas, espirituales y artísticas.[26]

Sobre el tercer significado del término, el más común y el más relevante, hemos dicho ya lo fundamental: la historia de lo social se

---

dings in Critical Social Theory, Fontana, Glasgow, 1972, pp. 101- 107; y, referido al caso español, las de José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, n.º 12 (marzo-abril de 1982), pp. 19-41.

26. Jürgen Kocka, *Historia social*, pp. 83-85.

fundió con la historia de lo económico para formar un campo especializado y marginado por la historia general. En ese nuevo terreno coincidieron, además, figuras significativas de la historia académica —como Henri Pirenne—, historiadores orientados sociológicamente —como Kurt Breysig—, sociólogos interesados en la historia concreta de la sociedad —Max Weber como ejemplo sobresaliente— y algunos de esos historiadores radicales y socialistas —especialmente ingleses— dedicados a examinar el pasado desde la óptica de las clases desposeídas. No resulta difícil tampoco comprobar la huella que en una buena parte de esos autores dejó la obra de Marx y sus intentos de introducir explicaciones causales en áreas hasta entonces inexploradas.

Interesa, por último, resaltar que hasta después de 1945 ninguna de esas tres versiones de historia social produjo un campo de especialización académica. En otras palabras: esos nuevos enfoques que cambiaron la disciplina de la historia tras las dos guerras mundiales tienen sus orígenes en los últimos años del siglo XIX y comienzos del XX pero antes de la Gran Guerra —y con todos los matices que se quiera introducir la afirmación sirve también para el período de entreguerras— el escenario académico fue dominado por los historiadores que siguieron las sendas de la historia política tradicional. Frente a ellos, los innovadores, aquellos que buscaban mejorar la profesión haciendo uso de los descubrimientos de las modernas ciencias sociales, fueron siempre considerados unos sujetos extraños y peligrosos. Cuando en el Congreso Histórico Internacional de Berlín, en 1908, Kurt Breysig sugirió un nuevo plan de historia universal que integrara los factores políticos, económicos e intelectuales, la *Revue historique* caracterizó sus ideas como «muy peligrosas desde el punto de vista científico». Y a continuación le espetaban la sana advertencia de que, como discípulo de Nietzsche, no permitiera que su imaginación dominara a la ciencia y acabara sustituyéndola.[27]

La gran mayoría de historiadores académicos de principios del

27. Citado en Felix Gilbert, «European and American Historiography», p. 344. Las apreciaciones que siguen sobre el predominio de esa historia historicista —en su versión deformada de positivismo del hecho histórico— en los principales países capitalistas europeos, proceden de Gareth Stedman Jones, «The Poverty of Empiricism», pp. 97-98; de Josep Fontana, *Historia*, pp. 96-97 y 116-117; y de la introducción de G. G. Iggers a *The Social History of Politics*, pp. 11-20.

siglo xx, por consiguiente, no vieron razones para alterar las concepciones decimonónicas en torno a los métodos y contenidos de la historia. Una buena muestra de ello la encontramos en el plan que Lord Acton —de formación alemana— estableció para *The Cambridge Modern History*. No hubo dificultad en encontrar un equipo de colaboradores de diversos países porque se suponía que todos ellos estaban de acuerdo en que la política, las relaciones internacionales y los asuntos internos deberían ser los hilos conductores de los diferentes capítulos y volúmenes. La «recopilación exhaustiva de los hechos» y «la solidez del juicio histórico» en la interpretación de las pruebas documentales eran las virtudes esenciales del historiador que necesariamente habían de conducirle a conclusiones fructíferas; y por conclusiones fructíferas se entendía un «registro de verdades» válidas de modo definitivo, adquiridas gracias al conocimiento del pasado pero proyectadas también hacia el futuro.[28] No es extraño, por lo tanto, que *The Cambridge Modern History* no se adentrara en nuevos e inexplorados territorios. Fue básicamente una codificación de opiniones en torno a la historia que habían sido desarrolladas en el siglo XIX y eran entonces consideradas válidas —y autorizadas— por casi todos los historiadores.

Eso significaba, en consecuencia, que las tendencias hacia la especialización y organización que habían acompañado a la profesionalización de la historia en el siglo XIX iban a ser incrementadas. El culto al documento desembocó en la creencia de que un trabajo histórico sólo tenía valor si todas las fuentes disponibles sobre el tema habían sido agotadas. La obtención de un puesto académico relevante exigía un trabajo meritorio basado en fuentes nuevas —es decir, no utilizadas ni publicadas anteriormente. El resultado lógico fue que los libros de historia llegaron a ser cada vez más extensos, mientras los temas tratados en ellos resultaban cada vez más reducidos. Seignobos justificaba la elección del tema de su tesis doctoral —«El régimen feudal en Bourgogne hasta 1360»— declarando que

28. Un modo sencillo, sin duda, de condimentar los hechos. En su carta de instrucciones a los colaboradores, Acton formulaba el requisito de que «nuestro Waterloo debe ser satisfactorio para franceses e ingleses, alemanes y holandeses por igual». Estamos, evidentemente, ante la culminación de esa tradición empírica británica que tenía como uno de sus principales presupuestos la total separación entre el sujeto y el objeto. Citado por E. H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, Seix Barral, Barcelona, 1979, p. 12.

era «una región suficientemente pequeña para ser estudiada con detalle, típica del régimen feudal y había abundantes fuentes en el archivo de Dijon». Una afirmación en consonancia con las premisas que orientaban su famoso libro, elaborado junto con Langlois, *Introduction aux études historiques*: «nada puede suplir a los documentos; sin documentos, no hay historia».[29]

Con la demanda de esos historiadores en favor de una exclusiva dependencia de las fuentes documentales, hemos llegado al final de nuestro recorrido por las diversas manifestaciones que adquirieron los estudios históricos en el siglo XIX y primeras décadas del XX. La tradición secular de historia política, concebida como una narración de los acontecimientos vinculados al núcleo de lo político-diplomático-militar, fue consolidada en la primera mitad del siglo XIX por la escuela historicista alemana. Aunque, según hemos tratado de demostrar, los mejores productos del historicismo estaban muy lejos de constituir una mera crónica de hechos bélicos e intrigas palaciegas, su paradigma, muy extendido a los restantes países a partir del último tercio de ese siglo, situaba los factores sociales y económicos en una posición absolutamente marginal. Frente a él, y como consecuencia de una rápida industrialización que dividió la sociedad en campos hostiles, algunos historiadores, influidos básicamente por la teoría de Marx pero también por la aparición de las nuevas ciencias sociales, sintieron la necesidad de insertar los procesos sociales y económicos en el análisis del desarrollo histórico. Se trataba, por consiguiente, de acogerse al Estado como objeto propio y exclusivo de la historia; o de realizar una profunda reorientación que, a través de la modificación de los conceptos y contenidos, incluyera en el estudio de la historia los restantes ámbitos —no estatales— de la realidad.

El triunfo rotundo de la primera vía en el mundo académico significó en la práctica un rechazo del análisis de los fenómenos colectivos, una repulsa de la intromisión de las ciencias sociales en la historia y una adhesión a las posiciones autoritario-estatales, defensoras del orden social capitalista y enfrentadas a los intentos de democratización de la sociedad o —en el más extremo de los casos— de su transformación revolucionaria. Cuando, a partir sobre todo de

29. Véase Felix Gilbert, «European and American Historiography», páginas 346-347.

la segunda guerra mundial, esa forma de hacer historia demostró su incapacidad para comprender los complejos procesos que estaban transformando las estructuras sociales y económicas mundiales, la segunda vía, que bajo diversas formas se había ido gestando con la misma denominación de historia social, emergió con una vitalidad y fortaleza notables. Hasta tal punto llegó su energía creadora, que muchos de sus practicantes, sumidos en una ambición totalizadora desproporcionada, llegaron a afirmar que toda historia era historia social. A esa ilusión, a sus virtudes y defectos, logros y fracasos, y a su necesaria revisión —que incluye, como veremos, recuperar las partes más sustanciales de lo despreciado—, van a dedicarse las páginas centrales de este trabajo.

2. LA EDAD DE ORO

Todas esas tendencias insatisfechas con los métodos y enfoques tradicionales alcanzaron su máxima influencia tras la segunda guerra mundial. Eso que en las universidades y en los numerosos círculos de historiadores profesionales comenzó a denominarse, ahora ya sin temor, historia social no era un nuevo invento. En realidad, era una expresión de diferentes rebeliones frente a las explicaciones dominantes. La novedad residía en que esa brecha abierta de una forma lenta y gradual en el edificio historicista se convirtió en un espacioso agujero por donde penetraron las fuerzas de la oposición.

En Francia, siempre puesta como modelo pionero y extraordinario, los avances reformistas generaron una auténtica ruptura: en 1946 la Sexta Sección de la École Practique des Hautes Études (desde 1975 École des Hautes Études en Sciences Sociales) fue instituida como un centro de investigación y enseñanza para la integración de la historia y de las ciencias sociales que, con Lucien Febvre de presidente, asumió la publicación de *Annales*. Tan extraordinario y notable fue ese hecho que hay quienes lo han comparado con una revolución en la que «los revolucionarios derrocaron al antiguo régimen y se hicieron cargo del gobierno». En otros lugares, las cosas transcurrieron de manera más pacífica. No hubo asalto al poder sino un lento y desigual desarrollo en el que los nuevos enfoques hicieron oír su voz en las aulas universitarias y sobre todo propagaron sus ideas a través de revistas especializadas e interdisciplinarias. En Estados Unidos existen buenos ejemplos que van desde *Comparative Studies in Society and History* (1958), hasta la más reciente *Review* (1978), pasando por *Journal of Social History* (1967) y *Journal of Interdisciplinary History* (1970). En Inglaterra, en 1952, había aparecido *Past and Present*, una publicación que en las últi-

mas décadas ha contribuido notablemente a la consolidación de esas nuevas formas de plantear el debate histórico; y en 1976 vieron la luz dos revistas que continuaban esa tradición, *Social History* y *History Workshop*. Incluso en Alemania —y desde 1949 en la República Federal de Alemania—, donde el paso de la narrativa al análisis social encontró siempre tremendos obstáculos, una nueva generación de historiadores críticos abrió a partir de los años sesenta las puertas al diálogo con las restantes ciencias sociales.[1]

Cien años después de Ranke, por consiguiente, un número considerable de historiadores habían dado la vuelta a sus argumentos. Para muchos de ellos, la invasión de lo social significaba una nueva edad de oro en la historiografía, de la misma forma que lo había sido en el siglo XIX para aquellos que se habían adherido a la metodología individualizadora del historicismo y a su gusto por la narración de los acontecimientos políticos. La historia social ya no era la cenicienta de los estudios históricos, injustamente postergada por la miopía de los círculos académicos dominantes. En los años sesenta y setenta, su momento culminante, abundaron las declaraciones optimistas de historiadores de muy distinto signo que se regocijaban por el estado floreciente de la disciplina. Con el paso de los años, esas visiones tan favorables han perdido fuerza y el descenso del entusiasmo ha ido acompañado de la aparición de posturas críticas que propugnan una revisión de lo realizado, y en ocasiones un retorno a aquello con tanta energía rechazado y olvidado. Pero no anticipemos acontecimientos porque conviene antes detenerse en el triunfo de esa nueva ortodoxia. Y es que vista en términos historiográficos, esa transformación, producto de reformas más bien que de una revolución, fue profunda. Se había pasado de una «historia historizante» —*événementielle* dirían los franceses— a una «historia sociológico-estructural».

Ni que decir tiene que esas innovaciones historiográficas reflejaban el impacto retardado de cambios fundamentales ocurridos en las estructuras políticas, sociales y económicas —y en las actitudes

1. La frase que ilustra la toma del poder por los representantes de *Annales* es de Peter Burke, «Reflections on the Historical Revolution in France: the *Annales* School and British Social History», *Review*, vol. I, 3/4 (1978), p. 147. La importancia de esas revistas para la difusión de las nuevas ideas ha sido señalada también por G. G. Iggers en la introducción al *International Handbook of Historical Studies*, p. 5.

intelectuales— durante el siglo xx. Dos guerras mundiales y una revolución, que extendió después su poder a otros países, habían destruido el monopolio político y social de las elites tradicionales. El dominio europeo del mundo se había acabado y extensas áreas, que los historiadores occidentales consideraban anteriormente fuera de la historia, alcanzaron su independencia natural subvertiendo en ocasiones los valores racistas dominantes. La historiografía tradicional, anclada en una concepción elitista de las sociedades humanas, no podía comprender esos complejos procesos sociales y económicos vinculados a menudo a fuerzas ajenas al control y conciencia de los humanos. Además, ya no podía contemplarse la historia como la única disciplina ocupada en la investigación de las fuerzas que determinaban la estructura del mundo social y su desarrollo. Había otras, en especial la economía, la sociología y la psicología, que podían también contribuir a su comprensión y que lograron, en consecuencia, un notable apoyo en la vida académica.[2] La atmósfera que envolvía a las universidades se hizo también más democrática. A partir de los años sesenta, el rápido desarrollo de la educación superior en la mayoría de los países occidentales permitió a una nueva generación de profesores acceder a puestos de trabajo que hasta ese momento habían sido de uso privado de historiadores conservadores y posibilitó la aparición de movimientos estudiantiles enfrentados a los enfoques y métodos más arcaicos de la enseñanza.

Sería erróneo y peligroso, no obstante, identificar esa edad de oro de la historia social con una situación milagrosa en la que todos los historiadores habían claudicado ante los nuevos rumbos de la auténtica historia. Por un lado, continuaron existiendo aquellos historiadores interesados únicamente en reconstruir, a partir de la evidencia aportada por los documentos escritos, las actividades de las elites. Alérgicos a cualquier vehículo teórico que guiara los hechos —especialmente si el conductor era marxista—, ni siquiera se plan-

2. E. J. Hobsbawm señala la «general historización de las ciencias sociales» que tuvo lugar en ese período como una de las causas más significativas del rápido desarrollo y creciente emancipación de la historia social. Esas revoluciones y la lucha por la emancipación económica y social de los países coloniales atrajeron la atención de los gobiernos y de organizaciones internacionales de investigación. Así, temas que hasta entonces habían estado fuera de la ortodoxia académica en las ciencias sociales y despreciados por los historiadores, aparecieron en la primera página de sus respectivas agendas: «From Social History to the History of Society», p. 23.

tearon seriamente la existencia de las ciencias sociales. Por otro lado, ese caudal de historiadores sociales no era uniforme. El marxismo, desde la muerte de Engels (1895), experimentó lo que Josep Fontana ha denominado «un doble proceso de desnaturalización y de recuperación» que, obviamente, afectó a la práctica historiográfica de él nacida.[3] Una práctica diversa, difícil de clasificar bajo una misma tradición teórica, a la que atenderemos por sus resultados en la investigación histórica concreta. *Annales* ha sufrido también modificaciones en el transcurso de su existencia y ya desde los años sesenta (en 1956 Fernand Braudel sucedió a Febvre como director de la Sexta Sección) sus representantes comenzaron a hablar diferentes lenguajes: el de la historia demográfica; el de las mentalidades; el de la «nueva historia económica» (éste con acento americano); el del psicoanálisis y el del estructuralismo. Por último, a esos dos modelos originales de historia social se han sumado en las últimas dos décadas diferentes grupos defensores de una «historia científico-social», analítica, que inventan —o en la mayoría de los casos los toman prestados de otros disciplinas— conceptos, técnicas e hipótesis en torno a estructuras, movimientos y procesos que orientan sus historias de la sociedad, de la economía y de la población.

Tal diversidad de técnicas y enfoques teóricos ha conducido inevitablemente la historia social a múltiples puertos. Algunos barcos encargados de transportarla se quedaron anclados para siempre en el muelle, felices sus ocupantes con la posición conseguida. Otros iniciaron el retorno, desilusionados por los resultados y separados finalmente de la sociología tras un matrimonio no demasiado duradero. Los hay también que van a la deriva y, por si llega algún nuevo salvador, han firmado la renuncia de su pasado. Y quedan, por último, los que, sin renunciar a la potencialidad científica que ha demostrado la historia social, rechazan aquella ambición de captar totalidades y buscan una revisión continua de la manera de abordar

3. En opinión de este autor, esas tendencias «que habían de enriquecer y empobrecer, respectivamente, al marxismo» han coexistido desde finales del siglo XIX y es precisamente en el tema de la historia donde mejor se aprecia ese hecho: *Historia*, pp. 214-246. Una evolución similar la ofrece Tom Bottomore desde la perspectiva de la teoría sociológica. La hegemonía bolchevique (1917-1956) significaría la domesticación del marxismo y la represión de otras formas dialécticas (Korsch, Lukács y Gramsci), mientras que la quiebra del estalinismo daría paso a la «renovación del pensamiento marxista»: «Marxism and Sociology», pp. 125-148.

la tarea histórica. Esa rica diversidad ilustra también perfectamente la historia de la historia social. Una historia que surge como rebelión, se consolida como alternativa (aliada con las restantes ciencias sociales), conquista espacios importantes para ampliar su empresa y acaba desintegrándose en diferentes compartimientos o sucumbiendo a los peligros de una suma especialización. E ilustra asimismo la trayectoria de sus definiciones —o indefiniciones— compartidas por unos y rechazadas por otros. Consideremos por ahora, en este capítulo, los signos de su triunfo. Antes, y como necesario punto de partida, convendrá rastrear las huellas definidoras de la historia social.

2.1. En busca de una definición

La vitalidad inicial de la historia social derivó —y en parte procede todavía— de su carácter opositor. En esto parece existir un acuerdo unánime.[4] El sitio que en la vieja historia ocupaban las elites privilegiadas pasaba ahora a ser conquistado por las «clases inferiores». Frente a la aridez de los hechos constitucionales y administrativos, la historia social evocaba la cara humana del pasado. Tendía a ser analítica más que narrativa, temática más que cronológica. Donde la vieja historia colocaba a la política, la diplomacia y la guerra, la nueva situaba a las clases y a los grupos sociales, el trabajo y los conflictos de él emanados. La vieja era, en definitiva, y aunque en este terreno entren ya otros matices, «historia desde arriba», «historia elitista»; la nueva, «historia desde abajo», «historia popular».

La revuelta estaría, así, bien vista. Porque destruía ídolos y ponía en su lugar otros mejores. Aquello había sido una triple rebelión o, en otras palabras, una rebelión en tres fases dirigida contra la historia de las elites, la historia política y la especialización de la historia en una disciplina distinta. La primera, en su intento de extender

4. Sobre el significado de la oposición entre nueva (social) y vieja historia (política) tratan, por ejemplo, tres autores tan diferentes como Gertrude Himmelfarb: *The New History and the Old*, pp. 4 y 14; Theodore Zeldin: «Social History and Total History», *Journal of Social History*, vol. 10, 2 (1976), pp. 238-239, y Raphael Samuel en Juliet Gardiner, ed., *What is History Today?*, p. 43.

el alcance de la historia a todas las esferas de la actividad humana, incluía la demanda de su democratización. Algo de eso había ya en Voltaire hace dos siglos; Michelet y J. R. Green mostraron cómo llevarla a cabo en la segunda mitad del siglo XIX, pero fue en Estados Unidos (Turner en 1891 y sobre todo Robinson en 1912) donde las prédicas recogieron más adeptos. Durante algún tiempo, por razones ya examinadas, acabó identificada con la historia obrera. La segunda rebelión, al rechazar el dominio de la historia política, impregnó a la historia social de un sentido negativo: la historia que omite la política, según la tan citada y criticada fórmula de G. M. Trevelyan.[5] Entre la gente no especializada, esa fue posiblemente la definición que prevaleció. Y para muchos historiadores profesionales, con la excepción de los marxistas casi siempre interesados en la conexión entre la organización económica y el poder político, relegar la política a un segundo plano —y en muchas ocasiones omitirla— ha sido un símbolo inconfundible de una buena y rigurosa obra de historia social. La tercera rebelión, dirigida fundamentalmente contra la práctica historicista, incitaba a los historiadores a trabar amistad con las ciencias sociales. Eso es lo que quería Henri Berr, a comienzos del siglo XX, cuando argumentaba que la historia estaba dejando de ser atractiva por su temor a las generalizaciones.[6]

El triunfo de esa clase de historia no allanó el terreno de ambiguas definiciones en el que se había movido hasta ese momento. A partir de ahí, todos los intentos para definir su objeto y vocabulario han oscilado entre clasificaciones amplias —«la historia de los hombres que viven en sociedad»— y definiciones limitadas que la reducen a una descripción de grupos sociales. En el primer caso toda historia es historia social, una idea expresada casi siempre en términos llenos de nostalgia por la totalidad. Desde este punto de vista, la historia social no puede nunca ser otra especialización como la historia económica porque resulta imposible aislar su sujeto —lo so-

5. *English Social History*, Londres, 1944, VII. En el libro de Trevelyan había una concepción del tema mucho más rica de lo que esa frase sugiere y eso rara vez se reconoce. Tampoco en 1944, en una síntesis de «historia social inglesa», podía salir una obra maestra porque la investigación básica todavía no había sido hecha. Por supuesto, no habían escrito sus obras historiadores tan significativos como E. Hobsbawm, E. P. Thompson, K. Thomas, L. Stone o P. Laslett.

6. Citado en Theodore Zeldin, *Social History and Total History*, p. 239.

cial— de los otros aspectos del ser humano, a no ser que se caiga en la tautología o en una extrema insignificancia. Algunos de los representantes más cualificados de la historiografía francesa de los años sesenta y setenta difunden ese espíritu de síntesis orientado a integrar todas las contribuciones relevantes de las ciencias sociales a la historia. Ellos se consideran, por consiguiente, simplemente historiadores —a quienes incluso resulta incómodo que les añadan el calificativo de «sociales»— y su meta es conseguir una historia «global» o «total».[7]

A esa historia, opuesta a una serie de especializaciones inconexas, Eric J. Hobsbawm prefiere llamarla «historia de la sociedad». Una aspiración, ya esbozada por K. Marx, en permanente construcción. La historia de la sociedad (del hombre en sociedad) tiene al «tiempo cronológico real» como una de sus dimensiones, porque se ocupa no sólo de las estructuras y sus mecanismos de persistencia y cambio, de las posibilidades para su transformación, sino también de lo que en realidad ocurrió. Surge, así, de la colaboración entre modelos de estructura social y cambio, y los fenómenos específicos acontecidos en el pasado. Y una historia de esas características nos obliga a elaborar un orden aproximado de las prioridades de investigación y una hipótesis operativa acerca de lo que constituye el vínculo central entre esas estructuras.[8] Algunos historiadores, Hobs-

7. Para Albert Soboul, «todo el campo de la historia, incluyendo el más tradicional, depende de la historia social» (*Colloque de St. Cloud*, 1965); según Georges Duby, «toda historia es, en realidad, historia social» (*Annales*, enero 1971); y Pierre Goubert declaraba también en 1965: «para mí, historia ha significado siempre historia social» (*Colloque de St. Cloud*). Las citas proceden de Michelle Perrot, «The Strenghths and Weaknesses of French Social History», *Journal of Social History*, vol. 10, 2 (1976), p. 175. Entre nosotros, la identificación entre historia social e historia total estaba ya presente en esos años, como reflejo más bien aislado de la divulgación de esa historiografía francesa, en Manuel Tuñón de Lara, *Metodología de la historia social en España*, Siglo XXI, Madrid, 1973.

8. E. J. Hobsbawm, «From Social History to the History of Society», pp. 29-31. Ese necesario vínculo, sin embargo, no está presente en otras definiciones que, bajo la aparente pretensión de abarcarlo todo, desembocan en una mera enumeración de objetos de estudio. Para Peter Burke, por ejemplo, la historia social «debería definirse como la historia de las relaciones sociales; la historia de la estructura social; la historia de la vida cotidiana; la historia de las clases sociales; la historia de los grupos sociales»: *Sociology and History*, George Allen & Unwin, Londres, 1980, p. 31 (traducción castellana: *Sociología e historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1987).

bawm y los marxistas entre ellos, han encontrado eficaz un modelo que comienza con el análisis del entorno material e histórico, continúa con las fuerzas y técnicas de producción, la estructura económica —división del trabajo, intercambio, acumulación, distribución de la plusvalía— y las relaciones sociales que emergen de lo anterior, para acabar con las instituciones y su funcionamiento. Otros, Braudel y sus colegas de *Annales* en particular, prefieren recurrir a los «tres tiempos» (estructura, coyuntura y acontecimientos) para salvar el escollo. Ambas propuestas plantean, como veremos, importantes problemas. La primera, porque ha conducido a menudo a la rigidez determinista del modelo base-superestructura. La segunda, por su incapacidad para identificar los factores esenciales que producen el cambio en las sociedades.

Entendida así, la historia social es considerada «superior» a la historia política tradicional. Es una historia estructural capaz de transmitir el poder de los fenómenos colectivos, supraindividuales, los cambios en las estructuras y no sólo las acciones individuales, las experiencias personales o los acontecimientos. Se interesa, ante todo, por los fenómenos relativamente duraderos, plantea nuevas preguntas (el «porqué», más bien que las viejas fórmulas del «qué» y el «cómo») y convierte en objeto de estudio campos de la realidad y fenómenos para los que resulta más adecuado adoptar una organización analítica del material que la comprensión hermenéutica-individualizadora.[9]

Frente a esa aprehensión histórico-social de la historia en general, surgen visiones más restringidas, aquellas que ven la historia social como un campo de estudio parcial, comparable a otros ámbitos de la historia como el económico, demográfico, político o militar, pero mucho más difícil de definir porque carece de un núcleo intelectual —o concepto organizado— sólido. En los años culminantes de su expansión, cuando se desarrolló rápidamente, se crearon departamentos específicos en las universidades, se fundaron múltiples revistas y se organizaron congresos por doquier, la historia social comenzó a fragmentarse en áreas específicas. Más investigación significaba, en consecuencia, mayor especialización. Y, como sus

9. Sobre ese modo de consideración estructural puede verse Jürgen Kocka, *Historia social*, pp. 96-100 y Lawrence Stone: «La historia y las ciencias sociales en el siglo XX», en *El pasado y el presente*, FCE, México, 1986, pp. 34-36.

críticos se han encargado de recordar, todo ello desembocó en una amalgama de temas —cuando no de modas o caprichos— que hacían imposible su definición. Hobsbawm, en 1971, se atrevió a ordenar todo ese repertorio de la historia social en torno a seis grandes cuestiones: demografía y parentesco; estudios urbanos; clases y grupos sociales; mentalidades; transformaciones sociales (modernización o industrialización, por ejemplo) y movimientos sociales y fenómenos de protesta social. En realidad, esas divisiones han generado múltiples subdivisiones y ha aparecido en toda su extensión el peligro de sucumbir a una estrecha —e insignificante— especialización, donde la fascinación por nuevos temas convierte la historia social en un sujeto en busca de identidad en un bosque de términos procedentes de otras disciplinas: cultura, mentalidades, psicología colectiva, representación, ideologías... Y si de los temas pasamos al campo de acción de los trabajos elaborados bajo su rúbrica, el concepto tampoco gana en precisión. Fluctúa desde las historias «microscópicas», reconstrucciones imaginativas de episodios basados en testimonios personales, al estudio de las «macroscópicas» estructuras de larga duración. Así las cosas, la mayoría de los puntos de vista sobre qué es la historia social pueden ser perfectamente válidos —porque efectivamente lo social abarca todo—, pero pocos resultan convincentes.

Tantos problemas de descripción y explicación surgen precisamente por la dificultad de establecer qué es la sociedad y cómo puede abordarse su historia. O en otras palabras, de las diferentes formas en que puede ser conceptualizado el objeto de investigación propio de la historia social. Y existen, en términos generales, tres modos fundamentales de concebir la sociedad que los historiadores han adoptado —a menudo combinando aspectos de los tres— en su discurso sobre el pasado.[10]

La concepción que Lloyd denomina *aggregational* entiende la sociedad como una colección de individuos distintos y fragmentados

10. No se trata de encasillar a todos los historiadores en alguna de esas tres concepciones sino de averiguar las posibles fuentes teóricas de las que emana esa múltiple y plural práctica investigadora. Sigo para ello, como punto de partida, la exposición que sobre esa cuestión ofrece Christopher Lloyd: *Explanation in Social History*, pp. 15-24, aunque no acepto su proyecto final de una «ciencia social unificada» basada en una triple división del trabajo entre la teoría social, la historia estructural y la historia de la acción (pp. 313-317).

entre los que hay una relación más o menos casual. La «sociedad» es, así, un término completamente instrumental que se utiliza para describir teóricamente esa entidad pero que no se refiere a una cosa real que existe independientemente de las personas que la constituyen. Aunque subscribir una visión reduccionista tan extrema no parece un camino apropiado para llegar a ser historiador social —porque lo mínimo que esa etiqueta debería exigir es un interés por explicar la historia de la sociedad como sociedad y no sólo acciones individuales—, en la práctica algunos «cliometras» y defensores de la historia cuantitativa empírica ponen especial énfasis en demostrar que el objetivo primario de la historia es el cómputo «científico» de acontecimientos individuales. En la misma posición estarían los historiadores «individualistas» que consideran la historia social como una mera reconstrucción interpretativa de las experiencias perceptibles del «pueblo llano». La diferencia con la historia tradicional residiría en este caso únicamente en la clase de gente que trata.

En el extremo opuesto aparecen las teorías generales que versan sobre las estructuras, un concepto utilizado en las ciencias sociales para referirse a toda la sociedad o alguna parte o nivel de ella y que existe independiente de la serie de individuos. Las principales versiones del estructuralismo han sido desarrolladas por lingüistas, antropólogos y filósofos francófonos (Saussure, Lévi-Strauss y Althusser); por historiadores de la segunda generación de *Annales* (especialmente Braudel); por los sociólogos estructural-funcionalistas americanos (Merton, Parsons y Smelser) y por numerosos historiadores marxistas. Por lo que a la explicación histórica se refiere, todas esas teorías pueden clasificarse en dos grandes grupos. La «holista» concibe a la sociedad como una entidad histórica «muy estrechamente integrada», con existencia, carácter, necesidades, principios e incluso con poderes de acción propios. Su análisis, por consiguiente, debería partir de las instituciones «a gran escala» y de sus relaciones, y no del comportamiento de los individuos. Interpretaciones de este tipo con efectos poderosos sobre la explicación histórica las encontramos en el funcionalismo parsoniano y en el estructuralismo de Braudel, quienes atribuyeron a sus objetos poderes históricos: el sistema o estructura, como entidad, causa su propia historia.

Su trabajo puede contrastarse con el de todos aquellos historiadores interesados en la interrelación en el tiempo entre las estructuras de la sociedad y la acción colectiva e individual. Una concepción

de este tipo —que Lloyd denomina «estructurismo»— considera a la sociedad como un ordenado, independiente pero «sueltamente integrado», conjunto de relaciones, reglas y representaciones en constante cambio, que sostiene una colectividad de individuos. La sociedad, por lo tanto, no está simplemente constituida de individuos sino que tiene una organización, propiedades y poderes propios, que surgen de las acciones colectivas, y de las características y motivos de muchos individuos a través del tiempo. Y para seguir existiendo, deber ser colectivamente reproducida por esos individuos cuyas acciones pueden a su vez transformarla. Estamos, en definitiva, ante un intento de establecer un compromiso entre las versiones extremas del estructuralismo y del individualismo, con el fin de evitar tanto la idea de que la estructura determina las características y acciones de los individuos como la de que son los individuos los que crean independientemente su mundo. Ese compromiso ha sido buscado recientemente por algunos marxistas británicos para dar significado al concepto de lucha de clases como una serie de acciones tomadas por individuos o grupos de individuos frente a los poderes determinantes de las estructuras sociales. Y algo similar pretende Anthony Giddens con su concepto de «estructuración», que expresa la mutua dependencia, más que la oposición, de la acción humana y de la estructura. El problema de ese compromiso, al que habrá que volver a menudo, es que el equilibrio resulta muy difícil —como muestra el debate E. P. Thompson-Perry Anderson a propósito de Althusser— y tampoco Giddens, un pensador muy influyente en el mundo británico, ha proporcionado una ilustración empírica de su propuesta teórica.[11]

11. La disputa entre Perry Anderson y E. P. Thompson es vieja y procede de artículos publicados por Anderson («Origins of the present crisis») y Tom Nairn («The English working class») en *New Left Review* (1964), a los que respondió Thompson en 1965 con su famoso «The peculiarities of the English». La segunda parte de la disputa comenzó con la publicación en 1978 del libro de Thompson *The poverty of Theory and other essays* (cuya traducción al castellano, *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981, no reproduce el ensayo «The peculiarities ...») y siguió con la respuesta de Anderson en 1980, *Arguments within English Marxism* (traducido en Siglo XXI, 1985, con el título de *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*). La teoría «estructuracionista» de Giddens está desarrollada sobre todo en su obra *Central Problems in Social Theory*, Macmillan, Londres, 1979. Una introducción a sus argumentos puede verse en Josep Picó, «Anthony Giddens y la teoría social», *Zona Abierta*, 39-40, (1986), pp. 198-223.

Pese a tales dificultades, todo discurso histórico debe necesariamente abordar la relación general entre las acciones individuales y las estructuras sociales. Y eso es algo que los historiadores sociales «individualistas» —interesados sólo en explicar la acción— y los «holistas» —definidos así precisamente por su desprecio por los actores sociales— no logran hacer. Porque las estructuras poseen continuidad temporal y son los «recipientes», compulsivos, de los procesos, acciones y acontecimientos que existen en el tiempo. Lo cual quiere decir que las distinciones histórico/estructural y pasado/presente carecen de significado y se rompe así con la división entre el discurso histórico y sociológico concebidos en términos de cambio y singularidad frente a continuidad y generalidad.

Al aceptar eso, sin embargo, surge el problema de explicar las causas de los procesos particulares de las estructuras sociales. Comprender que toda sociedad está en proceso no es lo mismo que descifrar los ejemplos particulares de cambio y transformación. O dicho de otra forma, frente a quienes reivindican que la tarea del historiador es comprender interpretativamente los «significados» de las acciones, acontecimientos y procesos, el historiador social —precisamente porque admite la sociedad como objeto de la historia— debe buscar la causalidad de los fenómenos. Y llegamos así al final: si la sociedad puede ser conceptualizada de diversas formas, la explicación causal dependerá también de la teoría que guíe la práctica investigadora del historiador. La solución no es sencilla porque hay historiadores —y pueden llamarse también sociales— que desechan cualquier relación entre teorías y hechos observables; los hay que recurren a las diversas aportaciones teóricas de las ciencias sociales y en los últimos años han salido a la luz, como reacción frente a esa dependencia de las ciencias «no históricas», propuestas que preconizan la búsqueda de una teoría propia para la historia.

En conclusión, pese a presentarse como solución frente a los límites de la historia política tradicional e historicista, la historia social ha reproducido con el paso del tiempo muchas de las tendencias —y propensiones— de sus predecesoras. Las tres vías diferentes para definirla —como una historia residual, sin política, de actividades sociales mezcladas; como historia de la sociedad y como historia de la experiencia social de individuos o grupos— no parecen conducir a puerto seguro. Tanto si se examina su repertorio de temas, su objeto de estudio —sociedades totales, cambio estructural, hechos sociales

concretos—, las teorías de la causalidad que la orientan y su modo de presentación —organización analítica del material o narración—, la práctica de la historia social es plural y diversa. Algo que no debe extrañar porque en relación con los fenómenos sociales es difícil negar que las teorías determinan la descripción de la realidad y cuando aquellas cambian en algún aspecto fundamental no nos enfrentamos con una concepción diferente de los mismos fenómenos sino con otros fenómenos diferentes.[12]

Pero el reconocimiento de que no hay una única teoría, ni un único paradigma ni un único aparato conceptual para tratar científicamente los fenómenos sociales, nunca puede llevar a un neoempirismo en el que los hechos parecen hablar por sí mismos, ni al eclecticismo que procura coger lo mejor de cada teoría sin contrastar las posibles incompatibilidades, ni a extremismos pragmatistas del «todo vale» o *do it yourself*. Estas dificultades técnicas y teóricas han tenido también el efecto positivo de ampliar el conocimiento histórico y de legitimar nuevas áreas de investigación. De lo que se trata es de posibilitar un entendimiento mínimo tanto sobre el vocabulario y conceptualización esenciales como sobre la teoría que explique por qué los hechos por ella seleccionados y reconstruidos son significativos. En la medida en que ello permita superar los enfoques tradicionales histórico-políticos e individualizadores-hermenéuticos, desaparecerán las causas primordiales de la existencia de una historia social como disciplina separada y unitaria.[13] La historia social ya no sería una clase específica de historia sino una dimensión

12. La pluralidad y diversidad de la teoría social como explicación a la práctica plural y diversa de la historia social es defendida en la actualidad por muchos sociólogos e historiadores. Hay un buen ejemplo reciente en Santos Juliá, *Historia social/sociología histórica*, pp. 23-35. Resulta más dudoso, sin embargo, que el camino empírico —es decir, examinar la práctica de quienes se llaman a sí mismos historiadores sociales— que elige Juliá, aplicando un método muy utilizado por los *social historians* norteamericanos, sea el más correcto. Si se sigue ese camino rigurosamente, existen bastantes más «corrientes» que esas tres —*Annales*, marxistas británicos e historiadores sociales norteamericanos— que en su libro se analizan y llevado ese método al extremo puede llegarse a identificar la historia con el trabajo de historiador (y hay, desde esa perspectiva, tantas historias como historiadores). Algo de eso parece desprenderse de las propuestas ambiguas y desconcertantes de Theodore Zeldin en su «Social History and Total History», pp. 243-245, donde clasifica a los historiadores en «sistemáticos», «personales» y «sociales», según los motivos que les impulsan a escribir historia.

13. Véase Jürgen Kocka, *Historia social*, p. 136.

que debería estar presente en cualquier forma de abordar el pasado. Habrá que profundizar al final de este recorrido en esa propuesta pero, de entrada, parece claro que eso es algo muy distinto a lo que hace una décadas se resumía en la frase «historia total». Tal ambición tuvo su origen en la pretensión de dotar de status científico a la historia a partir de las aportaciones teóricas de las otras ciencias sociales. En realidad, la necesidad de abrir el diálogo condujo en muchas ocasiones a considerar esas ciencias —especialmente la sociología— como cajas de herramientas-conceptos de donde podían cogerse acríticamente los que mejor sirvieran para los fines propuestos.

2.2. Historia-sociología-antropología: el cambio social como problema

La crónica de la relación entre historia y sociología está repleta de tópicos, malentendidos, acuerdos y desavenencias. Defensores y detractores de esa amistad tienen, obviamente, visiones diferentes y el grado de defensa o rechazo abre también un abanico de múltiples posibilidades. Desde historiadores profundamente alérgicos a la sociología, hasta los sociólogos que huyen del análisis histórico, pasando por los que ven esa conexión necesaria y fructífera o acérrimos partidarios de su fusión en una «ciencia social unificada del pasado», la cuestión ha dado lugar a opiniones para todos los gustos. Viendo esa relación en su desarrollo histórico, puede trazarse un recorrido que comienza con un encuentro, sigue con una profunda separación y acaba en un cruce de caminos donde se dan la mano algunos de los productos más sólidos de ambas disciplinas.[14]

14. Argumentos muy optimistas —y poco reales— sobre la convergencia entre sociólogos e historiadores tras el histórico «diálogo de sordos» pueden verse en P. Burke, *Sociology and History*, pp. 13-20. La orientación histórica de los padres de la sociología —y la ruptura posterior— es señalada por Charles Tilly, *As Sociology Meets History*, Academic Press, Nueva York, 1981, pp. 37-39; Theda Skocpol, «Sociology's Historical Imagination», en el libro compilado por ella, *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge University Press, Cambridge, Mass., 1984, pp. 1-4. Sobre el eclipse de la historia en la ciencia social han tratado también S. Juliá, *Historia social*, pp. 58-67, y Ch. Lloyd, *Explanation in Social History*, pp. 1-2. Una defensa de la naturaleza histórica de la sociología en A. Giddens, *Sociology: A Brief but Critical Introduction*, Macmillan Press, Londres, 1982.

Hoy parece claro que las ciencias sociales modernas, y especialmente la sociología, procuraron inicialmente comprender y controlar los orígenes, naturaleza y consecuencias de la comercialización capitalista y de la industrialización en Europa. Los principales trabajos de quienes han llegado a ser considerados los fundadores de la sociología moderna —Karl Marx, Alexis de Tocqueville, Émile Durkheim y Max Weber— abordaron esas cuestiones y desde ese punto de vista puede afirmarse que en sus inicios la sociología fue un proyecto que ofrecía conceptos y explicaciones para ser utilizados en análisis históricos. O lo que es lo mismo, todos esos autores combinaban un interés en la construcción teórica acerca de la estructura social con una comprensión de la historia de la sociedad, de los procesos de cambio. Porque, efectivamente, sin un convencimiento implícito de que la sociedad es una entidad histórica, resultaría inútil investigar su naturaleza, su relación con la acción o las causas de su transformación.

A partir de esas premisas, tales estudios sociológico-históricos presentaban alguna o todas de las siguientes características. Esencialmente, formulaban preguntas en torno a las estructuras y procesos sociales ubicados en un tiempo y espacio concretos y, por lo tanto, tenían en común esa sucesión temporal para explicar las consecuencias. En segundo lugar, prestaban atención a la influencia recíproca entre las acciones relevantes y los contextos estructurales, con el fin de apercibir el desarrollo de los resultados deliberados y casuales en las vidas individuales y en las transformaciones sociales. Por último, esos estudios destacaban los rasgos «particulares» y «variables» de modelos específicos de estructura social y cambio. Junto a los procesos temporales, las diferencias culturales y sociales adquirían una especial significación para aquellos sociólogos que se tomaban en serio la historia. No todos lo hicieron en la misma medida pero ninguno de esos fundadores sintió un especial entusiasmo por elaborar abstracciones teóricas, conceptualizaciones y una filosofía de la evolución universal al margen de la historia.[15]

Sin embargo, desde el propio siglo XIX comenzó paulatinamente a abrirse una grieta entre las fórmulas de indagación abstractas y

15. Esa es la opinión de Theda Skocpol, de quien proceden también las características que comparten esos estudios: «Sociology's Historical Imagination», pp. 1-2.

concretas, de tal forma que la sociología y la historia llegaron a convertirse en campos separados de investigación. Por un lado, ese contenido histórico de la sociología se esfumó muy pronto en beneficio de un esfuerzo muy diferente por crear una «ciencia natural de la sociedad». Ya Auguste Comte, que vivió desde 1798 a 1857 y a quien se atribuye la acuñación del término «sociología», proporcionó a esa visión una formulación clara y comprehensiva. En conjunto, y pese a los esfuerzo de Weber y algunos de sus seguidores, los sociólogos más eminentes del siglo xx se dedicaron al estudio del presente y sobre todo mostraron cada vez una menor propensión a considerar a la historia importante o merecedora de atención sociológica. Precisamente en el momento en que la sociología —especialmente en Estados Unidos tras la segunda guerra mundial— se convirtió en una disciplina académica completamente institucionalizada, sus modelos teóricos más prestigiosos rompieron con la tradición histórica y triunfó el antihistoricismo del «empirismo abstracto» y de la «gran teoría» representada por Talcott Parsons y el funcionalismo estructural.[16] En definitiva, el desarrollo de la sociología había culminado en las primeras décadas del siglo en un abandono de la perspectiva evolucionista de la historia que había caracterizado sus primeros pasos.

Por otro lado, y un proceso ya descrito, el trabajo de los historicistas alemanes del siglo XIX y la acrítica adopción por parte de muchos historiadores de una epistemología empírica simplificada contribuyeron, también, a legitimar esa creciente división entre el discurso supuestamente general y teórico («nomotético») y el particular («idiográfico»). A partir de ahí, se hicieron esfuerzos considerables —en ambos bandos— por definir sus propias jurisdicciones y fronteras. Algunas eran muy simples y aceptadas, como esa de que los sociólogos se preocupan por el presente y los historiadores por el pasado. O esa tan típica de que los historiadores gustan del lenguaje sencillo, dirigido al público en general, y los sociólogos se sienten orgullosos de sus poderes descriptivos y analíticos, de su habilidad para inventar conceptos y de su capacidad, en suma, para hablar a

16. La exclusión de los componentes históricos del pensamiento de Weber por Parsons es tratada en David Zaret, «From Weber to Parsons and Schutz: The Eclipse of History in Modern Social Theory», *American Journal of Sociology*, 85, 5 (1980), pp. 1.180-1.201.

los científicos. Otras eran más sofisticadas. Siguiendo a Collingwood, ses ha reivindicado la naturaleza «práctica» de la historia, fundada en el deseo de «autoconocimiento humano», mientras que la sociología, por el contrario, sería «teórica», siempre dispuesta a sugerir hipótesis y proporcionar estructuras conceptuales. Tampoco debe extrañar, por último, que en esa serie de tópicos apareciera alguna tontería solemne, condenada a convertirse en frase lapidaria: «la sociología es historia sin el trabajo duro; la historia es sociología sin el cerebro».[17]

En realidad, esas fronteras delimitadas por muchos profesionales de ambas disciplinas fueron muy pronto atravesadas porque no se sostenían, aunque parece indudable que reflejaban —y reflejan— la conducta real de bastantes sociólogos e historiadores. Los primeros que las atravesaron e intentaron con ello cerrar la brecha abierta fueron, según hemos visto, los historiadores. Y concretamente siempre se piensa en Lucien Febvre y Marc Bloch, esos historiadores que, desde sus enseñanzas en la Universidad de Estrasburgo en los años veinte, iniciaron un fructífero reencuentro de la historia con las ciencias sociales plasmado en la fundación de *Annales*, un faro seguro para todos aquellos que querían huir de las concepciones estrechas del historicismo. Fue, por lo tanto, una reacción de historiadores contra historiadores la que posibilitó el abrazo de la historia con la sociología pero en un momento, y eso es importante destacarlo, en el que el horno sociológico no estaba para cocer bollos históricos. La segunda generación de *Annales* y muchos otros historiadores sociales consolidaron esa tendencia en los años cincuenta y sesenta, unas décadas en las que el estructuralismo y el antihistoricismo impregnaban la sociología y la antropología pero también a un sector importante de marxistas. Bajo esas circunstancias, la necesidad de ese reiterado diálogo derivó en una recepción indiscriminada de conceptos y métodos inservibles para el análisis histórico.

Tras los historiadores, fueron algunos sociólogos —sobre todo norteamericanos— quienes a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta superaron los límites fronterizos en dirección a ese te-

17. Citada en W. J. Cahnman y A. Boskof, eds., *Sociology and History: Theory and Research*, The Free Press of Glencoe, Nueva York, 1964. Sobre la arbitrariedad de estos tópicos puede verse Asa Briggs, «Sociology and History», en A. T. Welford *et al.*, eds., *Society. Problems and Methods of Study*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1962, pp. 92-93.

rreno de la historia que ya sus predecesores habían transitado. Los análisis histórico-comparados de la industrialización y de las revoluciones comenzaron a aparecer en las revistas sociológicas y la historia se convirtió de nuevo en objeto de estudio relevante. Entre los muchos factores que explican ese reencuentro, los propios protagonistas han subrayado tres. En primer lugar, los éxitos de la historia social en la aplicación de métodos cuantitativos y científicos en materias tan queridas por los sociólogos como la familia, la demografía, la movilidad social o las estructuras urbanas, hicieron que estos tomaran en serio una historia que ya no se reducía al relato de lo singular. Resulta significativo, por ejemplo, que el trabajo de los historiadores de *Annales*, hasta entonces sólo apreciado por especialistas en historia de Europa, alcanzara en esos años una fama considerable entre los científicos sociales estadounidenses.[18] En un proceso paralelo en el tiempo, además, los discursos del marxismo económico-deterministas y evolucionista-lineales perdieron la atracción que habían tenido entre los intelectuales occidentales. Por el contrario, otras versiones diferentes del marxismo que ponían especial énfasis en la conciencia de clase, en el proceso histórico y en la naturaleza cambiante de las estructuras políticas y culturales, empezaron a ejercer una influencia notable en círculos de jóvenes académicos críticos con las ortodoxias científico-sociales dominantes. Algunos de los principales escritos de Marx fueron releídos y los escritos históricos de Antonio Gramsci adquirieron también una visible popularidad.[19]

18. Como significativo resulta que uno de los autores más reconocidos de esa sociología histórica, I. Wallerstein, bautizara su centro de investigación en la State University of New York con el nombre de Fernand Braudel. O que uno de sus más aventajados discípulos, Daniel Chirot, considere a Marc Bloch «uno de los padres de la sociología histórica contemporánea»: «The Social and Historical Landscape of Marc Bloch», en T. Skocpol, ed., *Vision and Method*..., p. 22.

19. Los cambios e innovaciones en el marxismo occidental durante el siglo xx han sido expuestos por Perry Anderson, *Considerations on Western Marxism*, Verso, Londres, 1979 (traducción castellana: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Siglo XXI, 1979), sobre las tendencias marxistas recientes en los ambientes intelectuales norteamericanos trata Michel Burawoy: «The Resurgence of Marxism in American Sociology», en M. Burawoy y T. Skocpol, eds., *Marxist Inquiries. Studies of Labor, Class and States*, The University of Chicago Press, Chicago, 1982, pp. 1-30. Tampoco carece de significado que en la obra compilada por Skocpol bajo el título de *Vision and Method in Historical Sociology* se dedique sendos análisis detallados a los trabajos de dos autores tan distintos como P. Anderson y E. P. Thompson (a quien muchos niegan cualquier vinculación con la sociología).

Finalmente, la desilusión con los modelos de modernización y desarrollo motivó que los sociólogos interesados en el cambio social volvieran a la historia. Tras dos décadas de entusiasmo por esas teorías, muy de moda también en los círculos gubernamentales norteamericanos, que relacionaban la «modernización» social y económica con la estabilidad política y que confiaban en exportar los secretos de las excelsitudes capitalistas al mundo «subdesarrollado», se comprobó que el argumento no funcionaba y, por consiguiente, resultaba inadecuado para explicar lo que ocurría en esos países bautizados con el nombre de «Tercer Mundo». Incluso politólogos y teóricos conservadores comenzaron a darse cuenta que no había una relación automática entre la modernización social y económica y la estabilidad política. Porque las estadísticas —¡eso tan importante!— mostraban que, en el período posterior a la segunda guerra mundial, había habido un incremento substancial de la violencia política, del desorden y de la inestabilidad, y tal incremento no había sido menor en los países que se habían beneficiado de la ayuda norteamericana. Pero el golpe mortal a esas versiones «desarrollistas» del funcionalismo estructural se lo proporcionó una explicación alternativa, presente en las luchas antiimperialistas de los años sesenta, de las desventajas de los países pobres como consecuencia del imperialismo capitalista. De acuerdo con ella, la situación en esos países era el resultado de un largo y lento proceso histórico de conquista, explotación y control. Se negaba así la idea de un proceso de desarrollo que se repetía una y otra vez en diferentes partes del mundo, y la división del mundo en sectores «tradicional» y «moderno» (este transformando a aquel). Y esas negaciones acercaron a los estudiosos del mundo contemporáneo a una comprensión del presente a partir de los resultados de la lucha histórica por el poder y el beneficio. No es extraño, desde esa perspectiva, que fueran Marx y Lenin los que proporcionaran las piezas claves de ese sistema teórico enfrentado a los enfoques funcionalistas de la modernización. Al fin y al cabo, en el origen de éstos había una nítida pretensión de rescatar del comunismo a los países «en desarrollo».[20]

20. Esa alternativa a las teorías de la modernización fue formulada principalmente por neomarxistas estudiosos del mundo latinoamericano como Gunder Frank y Ernesto Laclau. Del primero puede verse *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1970. De Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI, Madrid, 1971. Las diferen-

En ese mismo período, una lectura diferente de las ideas de Max Weber, muy alejada de la divulgada por Parsons, ha suscitado un renovado interés por los estudios del cambio social y las estructuras sociales comparadas. Aunque en absoluto todos los sociólogos muestran interés por el papel de la cultura en las transformaciones estructurales —un aspecto primordial del pensamiento weberiano—, por los procesos temporales, los acontecimientos concretos y la relación dialéctica entre las acciones significativas y los determinantes estructurales; y pese a que tampoco son todos los que tratan temas como los orígenes del desarrollo del capitalismo y de los estados, la difusión de las ideologías y religiones o las causas y consecuencias de las revoluciones, parece indudable que el movimiento de regreso a los estudios históricos ha prendido con fuerza. Eso no significa un acercamiento general de la sociología y la historia —y menos aún el punto de partida para su fusión— sino un desafío a las teorías sociológicas que han despreciado sistemáticamente el tiempo histórico. Un rechazo, en suma, de una sociología sofisticada, abstracta y antihistórica y un reconocimiento de una tradición —que arranca fundamentalmente de Marx y Weber— más ansiosa de responder a cuestiones apoyadas históricamente que de elaborar paradigmas teóricos.

Así se cierra ese recorrido de encuentro, separación y reencuentro entre historiadores y sociólogos. Esa nueva historia en contacto con las ciencias sociales preconizada por algunos historiadores desde principios de siglo, y consolidada especialmente en Francia en los años cincuenta y sesenta, acabó bautizada como historia social. A la conversión más reciente de algunos sociólogos, especialmente en Estados Unidos, al trabajo histórico se la ha denominado sociología histórica. Las diferencias entre ambas son relevantes y pueden referirse a la selección de problemas a estudiar, a la disposición o no al análisis comparado y al uso de teorías. En otras palabras, profesionales de ambas disciplinas persisten en adoptar conceptos y métodos divergentes al designar sus estrategias de investigación.[21] Las

cias substanciales entre sus propuestas son apuntadas por Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989, pp. 47-52. La desilusión con los modelos de modernización es señalada por Charles Tilly, *As Sociology Meets History*, pp. 38-40.

21. Esa es una cuestión subrayada por Victoria E. Bonnell: «The Uses of

de la historia social han entrado en la actualidad, tras un período de consolidación, en una fase de fragmentación, especialización y crisis de identidad. Las de la sociología histórica se encuentran en expansión y auge precisamente en un momento en el que notables historiadores sociales llaman a la emancipación de la metodología histórica frente a la sociología o evidencian un creciente cansancio en relación con el modelo estructural-sociológico dominante en las últimas décadas. Pero a esas propuestas y a los logros de la sociología histórica les dedicaremos más adelante el espacio que merecen. Ahora es tiempo de atender a las implicaciones que ha tenido para la historia ese largo y amistoso abrazo con la sociología, esos vínculos «del espíritu, de amistad y de corazón».[22]

El cambio de perspectiva de la «nueva historia» social respecto a la «vieja» o tradicional —pasar del análisis de aquellos hechos singulares de los que queda testimonio escrito a la totalidad de la experiencia humana— ya implicaba desde el principio una necesidad de alimentarse de los conceptos y métodos de las restantes ciencias sociales. En el apogeo de esa historia, en las décadas posteriores al segundo conflicto bélico mundial, tal necesidad llegó a convertirse para muchos en un símbolo de rigor. La historia «científico-social» debía caracterizarse por la formulación de problemas, por su precisión empírica, por el uso de teorías, modelos y «tipos ideales», por su interés en estudios interdisciplinarios y comparativos, y por la orientación de sus investigadores hacia la comprensión de «sociedades enteras».[23]

Tras ese hambre conceptual subyacía la idea de que la historia carecía de un cuerpo teórico capaz de proporcionar conceptos e hipótesis, resultado lógico de una herencia hermenéutica que, tolerante con las descripciones impresionistas, le impedía elaborar valoraciones precisas y afirmaciones científicas. De ahí que la mejor cura para esas

Theory, Concepts and Comparison in Historical Sociology», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 22, 2 (1980), pp. 158-159. Peter Burke, sin embargo, ve «irrelevante» la distinción entre historia social y sociología histórica: *Sociology and History*, p. 30.

22. Así los conceptualiza Fernand Braudel en «Historia y sociología», recogido en *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 113.

23. Pérez Zagorin, «Theories of Revolution in Contemporary Historiography», *Political Science Quarterly*, 58, 1 (1973), p. 35. Tal caracterización era compartida en esos años de expansión por la mayoría de los historiadores sociales.

dolencias fuera, según declaraba una autoridad tan reconocida como la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, «una aplicación extensiva y sistemática de las técnicas y conceptos sociológicos». Y eso era así, argumentaba Lawrence Stone poco tiempo antes de divulgar su defensa del retorno a la narrativa, porque las ciencias sociales obligaban a los historiadores a hacer aserciones y presuposiciones más explícitas y precisas; les «aguijoneaba» para que definieran sus términos con más cuidado; les ayudaba a refinar las estrategias de investigación; a utilizar los métodos cuantitativos y les proporcionaba, por último, hipótesis verificables y contrastadas con los testimonios del pasado. En definitiva, la sociología debe ofrecer, afirma más recientemente otro destacado autor, lo que la historia social carece: una serie de teorías sobre el cambio social elaboradas en el curso de la investigación empírica de datos históricos y contemporáneos, y continuamente sometidos a crítica y revisión desde diferentes perspectivas.[24] Dicho de otra forma y en términos más genéricos, lo que el historiador iba a buscar en la sociología era aquello de que estaba falto: conceptos, status científico y teoría.

La primera forma de proceder, y posiblemente la más común, en esa aproximación a la sociología ha consistido en la incorporación de algunos de sus conceptos primordiales al análisis histórico. De esta forma, conceptos como «clase social», «movilidad social» y «status» se convierten en instrumentos explicativos no necesariamente orientados por una teoría explícita. Nada malo hay, de entrada, en utilizar ese procedimiento si lo que se pretende con ello es ordenar e interpretar el material histórico de una manera más significativa, pero algunos de los principales malentendidos que han surgido entre historia y sociología se deben a la consideración de la literatura sociológica por parte de algunos historiadores «como una

24. En realidad, y en la medida en que la sociología y la antropología se ocupan también del pasado, la definición de historia social dada por Jean Hecht en la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, podía hacerse también extensible a esas: «La historia social es el estudio de la estructura y del proceso de la acción e interacción humana, tal como se ha producido en los contextos socioculturales del pasado de que tenemos noticia» (Aguilar, Madrid, 1975, vol. 5, p. 430; edición en inglés en 1968). Lo de L. Stone pertenece a «La historia y las ciencias sociales», pp. 30-32. Eso de las teorías sobre el cambio social es de Dennis Smith, «Social history and sociology — more than just good friends», *The Sociological Review*, 30, 2 (1982), p. 287.

especie de almacén académico que contiene una colección de herramientas prácticas».[25] Uno puede entrar en el almacén, por ejemplo, hallar el concepto «clase» y convertirlo en un tipo de estratificación social desligado de sus determinantes económicos. O coger la herramienta «movilidad social» para explicar la estabilidad de la sociedad industrial y omitir así el análisis de la acción colectiva revolucionaria. Lo cual quiere decir que, para evitar que esos instrumentos de análisis sean desvirtuados, ha de tenerse presente que fueron elaborados como partes de enfoques teóricos más inclusivos, designados para tratar los problemas de la investigación, interpretar el cambio social y comprender las relaciones entre los diferentes niveles de la realidad social. Y, como en todas las profesiones, en la sociología hay importantes disputas sobre esas materias y, por consiguiente, los conceptos no son neutrales.

Además de incorporar conceptos, los historiadores debían también acoger los resultados y métodos de las otras ciencias sociales y poder lograr así un enfoque «científico» de la tarea historiográfica que tiene poco que ver con los puntos de vista «intuitivos» del historicismo. Lo importante es «reconstruir sociedades» y para ello son perfectamente válidos los estudios seriales, los análisis cuantitativos de los fenómenos sociales. Sin cuantificación no hay historia científica, nos dice Emmanuel Le Roy Ladurie en su acalorada defensa de la sustitución del acontecimiento por la serie. Y en la obra *Hacer la historia*, dirigida por Jacques Le Goff y Pierre Nora, verdadero manifiesto de una generación de historiadores franceses, la mayoría de los artículos contenidos en los tres volúmenes no versa sobre problemas exactamente históricos, sino sobre las relaciones entre la historia y las otras ciencias sociales. La consigna parece ser adoptar nuevos y sofisticados métodos sin prestar atención a consideraciones específicamente históricas. Los problemas metodológicos dominan al material histórico y, como resultado, «el papel activo de los seres humanos ha ido desapareciendo de la historia y con él cualquier intento de reflexión teórica en sí misma».[26]

25. *Ibidem*, pp. 287-288.

26. Elisabeth Fox-Genovese y Eugene Genovese, «La crisis política de la historia social», *Historia social*, 1 (1988), p. 80. Lo de E. Le Roy Ladurie pertenece a *The Territory of the Historian*, Harvester, Sussex, 1979, p. 15. Los tres volúmenes de *Hacer la historia* fueron publicados en castellano por Laia, Barcelona, 1978 (edición en francés en 1974).

Y, sin embargo, una tarea historiográfica de esa envergadura, que integra al dato antes considerado único en «series» —de forma diacrónica— o en «situaciones» o «estructuras» —si se ve desde una perspectiva sincrónica—, y que entiende cada época como una «estructura histórica» cuyo desciframiento y compresión permite iluminar el significado de acontecimientos, doctrinas y objetos propios del pasado, requiere algo más que conceptos o métodos. Porque el principal problema con ese enfoque sociológico-estructural reside en la dificultad de introducir el elemento propiamente histórico, el cambio. Es decir, ¿cómo se pasa de un sistema o estructura a otros, de una época a otra? ¿Cómo y por qué nació tal estructura? ¿Cómo, en definitiva, ha evolucionado la humanidad desde las comunidades paleolíticas a la moderna sociedad industrial o, en una frase gráfica, «desde un tiempo en el que era asustada por el león a otro en que tiene miedo de las armas nucleares»?[27] Para responder a esa básica cuestión, la historia, esa historia en contacto con las ciencias sociales, estaba obligada a solicitar a éstas una teoría. Y teorías para elegir no faltaban porque el análisis del cambio social ha sido un tema de especial interés para la sociología y la antropología.

Tal preocupación se originó en el siglo XIX a partir del conocimiento de las consecuencias sociales radicales de la industrialización sobre las sociedades europeas y de una apreciación de la brecha abierta entre esas sociedades industriales y las denominadas «primitivas». Las teorías del cambio social se centraron, por consiguiente, en la naturaleza del desarrollo capitalista o industrial y en la ausencia aparente de evolución social en esas sociedades que habían constituido el imperio colonial de Europa. Una tarea ambiciosa que exigía, sin duda, la elaboración de teorías de cambio social estructural a largo plazo y a gran escala. Surgieron así los dos grandes modelos o aproximaciones teóricas a la explicación del cambio social: las teorías del cambio social revolucionario (o del conflicto) y las teorías evolucionistas.[28]

27. E. J. Hobsbawm, «The contribution of history to social sciences», p. 630.

28. El asunto es bastante más complejo y la tipología de esas teorías más amplia, como puede comprobar cualquiera que se introduzca mínimamente en esa materia. Así, por ejemplo, R. P. Appelbaum distingue entre teorías evolucionistas, del equilibrio, del conflicto y cíclicas: *Theories of Social Change*, Markhem, Chicago, 1970, p. 9, y Christopher Lloyd analiza cinco tradiciones teóricas (evolucionismo, individualismo, estructuralismo, realismo simbólico y «estructuralismo relacional»)

El planteamiento de K. Marx, el exponente más representativo del primer modelo, resumido en el «Prefacio» a *Contribución a la Crítica de Economía Política* (1859), contiene tres aportaciones primordiales. En primer lugar, proporciona un mecanismo fundamental de transformación histórica a través de los cambios en el modo de producción (y reproducción) social, en el que se establecen diversas relaciones sociales que corresponden a una etapa determinada del desarrollo de las fuerzas materiales de producción y que ocasionalmente entran en conflicto. En segundo lugar, suministra un modelo de relación entre todos los niveles de la sociedad —estructura económica, superestructura y formas de conciencia—. Y por último, facilita una concepción, poco elaborada, de la conexión entre la acción humana consciente y la historia estructural «objetiva». El dato básico de esa interpretación reside, por lo tanto, en la localización del antagonismo en la estructura misma de la sociedad (entre fuerzas productivas y relaciones de producción) y en la convicción de que de esa tensión estructural resulta un conflicto de clases que es la fuerza animadora del cambio social.

Un modelo tan general como ese ha generado, evidentemente, lecturas posteriores muy distintas. Todas comparten la localización de la fuerza básica para el desarrollo social dentro del nivel material de la sociedad, pero no todas están de acuerdo en cómo definir lo «material», cómo lo material causa la historia y cuál es la relación entre el modelo materialista histórico y la evidencia histórica. Lo importante para nosotros no es tanto averiguar cuál de ellas es la «verdadera» —con lo que se supone, en consecuencia, que no ha abandonado la línea de análisis esbozada por Marx en ese «Prefacio»— como atender a los frutos que esas interpretaciones han dado. Desde ese punto de vista, parece que ni el materialismo histórico «vulgar» (menos vulgar, no obstante, que el que difunden sus enemigos), que supone un modelo mecánico simple en el que la superestructura política e ideológica es un reflejo de la base económica/tecnológica, ni la teoría holista de la historia de Althusser, que atri-

---

separadas por las diferentes relaciones que establecen entre la acción humana, la estructura y la historia: *Explanation in social history*, pp. 191-192. De lo que se trata aquí, sin embargo, es de rastrear las fuentes teóricas originales que sirvieron de apoyo a aquellos historiadores que, en el período de máxima expansión de la historia social, acudieron a la sociología en busca de auxilio.

buye poderes totales de acción a la entidades sociales y resuelve el problema de la relación del individuo con la sociedad negando la acción humana, resultan causas buenas a defender por el historiador. O dicho de otra forma, para construir un enfoque marxista apropiado de cambio social es necesario concebir a la sociedad como una totalidad en movimiento y tratar de averiguar las relaciones dialécticas entre los seres sociales fundamentadas en los procesos productivos y en la lucha de clases, y la conciencia social.

Y los historiadores que han seguido ese camino —abierto por el propio Marx y allanado por la reexaminación que de su pensamiento hicieron en los años veinte teóricos como Georg Lukács, Karl Korsch y Antonio Gramsci— han rechazado escribir una historia puramente teórica, conservando un importante lugar para la relativa autonomía de la evidencia empírica, la variabilidad de la experiencia histórica y el poder transformador de la acción colectiva e individual que a menudo conduce también a consecuencias no deliberadas. Detrás de todo ese enfoque hay, no obstante, una clara —y general— orientación teórica que guía, pero no determina, el análisis de la interrelación de todos los momentos y niveles de la totalidad social. Algo o mucho de eso hay en la historia social marxista —británica, francesa y norteamericana, especialmente— que sale a la luz con fuerza desde los años cincuenta y tiene en los trabajos de Christopher Hill, Eric Hobsbawm, E. P. Thompson, Albert Soboul o Eugene Genovese a sus mejores representantes. Trabajos que resultan de debates colectivos en torno a temas fundamentales —transición del feudalismo al capitalismo, revoluciones y formación histórica de la clase obrera—, elaborados a partir de investigaciones históricas concretas y no de especulaciones filosóficas.[29]

Aunque esa teoría marxista del cambio social —en sus diferentes y opuestas versiones— tuvo un eco notable, fueron las teorías evolu-

29. Una síntesis de esas aportaciones en Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*. Lo que aquí se defiende en absoluto implica considerar irrelevante al estructuralismo althusseriano, que ha planteado importantes cuestiones —en sus ataques al empirismo y a las versiones economicistas de las etapas del desarrollo histórico— que los historiadores tienen la obligación de abordar. Existe buena muestra de su importancia en el cruce de opiniones entre Thompson y Anderson y en la polémica aparecida en la revista *History Workshop*, difundidas e introducidas entre nosotros por R. Aracil y M. García Bonafé, *Hacia una historia socialista*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1983.

cionistas —y sus nuevas versiones— las que en los «años dorados» de la historia social impregnaron el trabajo de la mayoría de los historiadores —franceses fundamentalmente— que buscaban en la sociología refugio teórico. La visión evolucionista clásica, elaborada sucesivamente por A. Comte, H. Spencer y É. Durkheim, se distinguía por su concepción de que el «desarrollo histórico» de las sociedades humanas incluía etapas básicas por las que se progresaba desde una organización simple y primitiva a un modelo de creciente complejidad y perfección. A partir de esa presunción, consideraba los cambios en la estructura social inevitables, resultado de fuerzas internas e inherentes a toda sociedad, pero su descripción de las fuerzas determinantes de la evolución era demasiado unilateral y tan falta de evidencia empírica como cualquier «ley general de la historia». Un auténtico problema que tampoco han superado las formulaciones más recientes de esa teoría en torno al concepto y fenómeno de la modernización, por el que se supone que todas las sociedades acabarán abandonando sus pautas tradicionales para evolucionar hacia el modelo industrial-capitalista, en busca del sistema democrático-liberal, símbolo de la estabilidad política y máximo exponente del civismo. De ahí que no resulte extraño que, en el escenario político y social estadounidense dominado en los años cincuenta por el maccarthismo y la caza de comunistas, se planteara la posibilidad de que el cambio pudiera ser también introducido en esas sociedades desde fuera. Habrá que referirse por lo tanto al funcionalismo, por ser la mejor conocida de las teorías que consideran que los cambios sociales significativos se deben a fuerzas exógenas.

El funcionalismo, en su intento de revivir las teorías evolucionistas en la sociología del siglo xx, contempla el cambio como la adaptación de un «sistema social» a su entorno a través de un proceso de diferenciación mental y de creciente complejidad estructural. Pero, en realidad, para Talcott Parsons y sus seguidores de lo que se trata es de considerar al funcionalismo como una «teoría de equilibrio»: los «sistemas de acción social» tienden al equilibrio incluso aunque nunca lo alcancen y, por consiguiente, el cambio social es un movimiento de un estado de equilibrio a otro. Eso quiere decir que los distintos componentes de un «sistema social» son, en principio, compatibles entre sí, y si no aparecen interferencias exteriores, ninguno de ellos cambiará su posición ni su relación con los demás. Las posibles tensiones y conflictos —surgidos en el enfrentamiento dia-

rio con el entorno— no abren la vía para el cambio social sino que, por el contrario, son «desajustes» que forman parte del proceso y que la sociedad tenderá a eliminar por medio de sus mecanismos, casi automáticos, de «reintegración».[30] El equilibrio, en cualquier caso, siempre acaba triunfando y, así las cosas, esta escuela de pensamiento sociológico carece de interés para explicar el cambio social y el conflicto en la historia.

Tal concepción de las sociedades como sistemas caracterizados por el equilibrio ha sido llevada al terreno del análisis histórico por la segunda generación de *Annales*. Para solucionar el escollo de la conexión entre la lógica formal de las estructuras sincrónicas y el carácter histórico o cambiante de los acontecimientos —una vez más, cómo pasar de una estructura a otra—, Fernand Braudel nos propone distinguir entre «larga duración»; los ciclos económicos con sus distintas fases coyunturales, las formaciones sociales y las fluctuaciones demográficas (el «tiempo social»); y los acontecimientos o «tiempo individual». Pero, curiosamente, el propio Braudel tiende a primar la importancia de la larga duración (y de estructuras tan inmóviles como las geográficas) y en su extensa obra no acaba de funcionar de manera clara la conexión entre lo estático y lo dinámico, entre la geografía o el clima y los acontecimientos políticos cotidianos; ni tampoco están claros, en los niveles intermedios, cuáles son los factores esenciales que producen el cambio en las sociedades. Su ambicioso enfoque conduce, así, a una negación del dinamismo porque los agentes históricos son las víctimas de estructuras como el clima, la demografía y la mentalidad y su acción, o capacidad para reaccionar frente a las estructuras, no les permite controlar su propio destino.[31]

30. T. Parsons, «An Outline of the Social System», en T. Parsons *et al.*, *Theories of Society*, Free Press, Nueva York, 1961, pp. 70-74. La conexión entre conflicto y sistemas sociales en el funcionalismo puede verse en John Rex, *El conflicto social*, Siglo XXI, Madrid, 1985, pp. 59-73.

31. Una amplia exposición de las propuestas de F. Braudel en *Écrits sur l'histoire*, Flammarion, París, 1969, pp. 41-83. Aunque resulta imposible enumerar aquí todas las críticas que esa negación del cambio social ha generado, creo que constituye un buen ejemplo el reciente trabajo de Michel A. Gismondi: «"The gift of theory": a critique of the *histoire des mentalités*», *Social History*, 10, 2 (1985), pp. 211-230. Josep Fontana insiste también en algunos de esos puntos en *Historia*, p. 210. La conexión entre *Annales* y la sociología está bien tratada, desde una posición de simpatía hacia ese grupo, en Norman Birbaum: «The *Annales* School and Social Theory», *Review*, 1, 3/4 (1978), pp. 225-235.

La distinción realizada entre teorías evolucionistas y del conflicto responde a una división analítica fundamental pero las teorías del cambio social pueden ser además clasificadas desde el punto de vista: (1) del nivel de análisis («macro» o «micro»); (2) de si los cambios derivan de factores internos o externos a la sociedad; (3) de las causas del cambio social (presiones demográficas, conflictos de clase, transformaciones en el modo de producción, innovaciones tecnológicas o nuevos sistemas de creencias); (4) de los agentes del cambio (elites intelectuales o «innovadoras», clase obrera, campesinado) y (5) de la naturaleza del cambio (una gradual difusión de los nuevos valores e instituciones o una radical fractura del «sistema social»). Cualquiera que sea el punto de vista adoptado, interesa retener aquí —como hemos tratado de demostrar— que hay quienes consideran que los conflictos pueden equilibrarse o ser neutralizados por la sociedad, mientras que para otros las tensiones son inherentes a ciertos elementos de las estructuras sociales y de ahí que la vida social tienda a la inestabilidad y a un constante (o periódico) reajuste. Estos teóricos del conflicto, tanto marxistas como no marxistas, sitúan el origen de los antagonismos sociales en la distribución desigual del poder —económico, político o de prestigio. Son, en suma, las desigualdades sociales las que producen los conflictos que finalmente dan lugar al cambio social.[32]

En la sociología actual, aunque la cuestión del cambio social estructural a largo plazo se mantiene todavía vigente, existe un acuerdo bastante amplio de que una teoría general del cambio resulta demasiado vaga y poco útil para la explicación de las transformaciones históricas. La tendencia dominante parece ser adscribirse a «teorías intermedias» —ni grandes esquemas conceptuales ni campos de hipótesis limitados— que puedan interpretar el carácter más o menos determinante o significativo de cada uno de los múltiples y pequeños cambios en las instituciones, en los grupos sociales y en las creencias; y no tanto las transformaciones de las sociedades en con-

32. La naturaleza revolucionaria o gradual de esos cambios sería una diferencia fundamental entre marxistas y no marxistas (como Raymond Aron o Ralf Dahrendorf). En ambos casos, la teoría del conflicto, como señala J. Rex, «no implica la reducción de la sociedad a una situación de guerra de todos contra todos todo el tiempo»: *El conflicto social*, p. 120. Los diferentes aspectos que pueden intervenir en una clasificación de las teorías del cambio social están sacados de N. Abercrombie, S. Hill y B. Turner, *Dictionary of Sociology*, p. 224.

junto. El problema, no obstante, permanece. Dado que la estructura o modelo de sociedad de que se trata son creaciones mentales de los teóricos, son ellos quienes determinan en cada caso la importancia de los cambios. El papel de historiador en todo ese juego reside en estudiar el cambio social aplicado a estructuras sociales concretas y, en definitiva, aportar los datos empíricos que permitan el contraste de esos enfoques con las transformaciones sociales que se han producido en el tiempo. La sociología, como cualquier otra ciencia social, se divide en las mismas líneas ideológicas que la propia historia y la pretensión de invocar a ella como una salida a los problemas de interpretación revela un oportunismo empirista considerable, a no ser que se disponga de una disciplina teórica considerable que impida jugar con categorías tomadas de teorías sociológicas incompatibles. Toda categoría o «modelo» derivado de un contexto debe ser probado, refinado e incluso reformado en el curso de la investigación histórica. Lo esencial, por consiguiente, es reconocer los «problemas» históricos y tratar de solucionarlos. Y para ello, independientemente de que se sea marxista o no, está claro que no es lo mismo dejarse guiar por una «sociología del sistema social», donde los agentes son criaturas completamente manipulables y determinadas por ese, que por otra de la «acción social» que concibe al sistema como resultado de la acción humana y de la interacción entre ambas.[33]

Dichas observaciones resultan también pertinentes para introducir la relación entre antropología e historia, una cuestión que presenta un visible paralelismo, aunque con ligeras diferencias cronológicas, con el recorrido antes trazado para ilustrar la existente entre historia y sociología. Porque tras unos comienzos en los que sus precursores y fundadores intentaron formular leyes del desarrollo histórico, la antropología —precisamente también en el momento en el que se difundía como disciplina académica reconocida en las universidades— desembocó en una ciencia social claramente hostil, o indiferente en el mejor de los casos, al análisis histórico. A finales de los

33. Sobre la oposición de esos dos tipos de análisis en la sociología moderna puede verse Alan Dawe, «Theories of Social Action», en T. Bottomore y R. Nisbert, *A history of sociologycal analysis*, pp. 366-367. Sobre los peligros de tomar prestados enfoques teóricos incompatibles ha advertido E. P. Thompson en «Folklore, antropología e historia social», *Historia social*, 3 (1989), p. 81.

años cincuenta, cuando la historia social seguía firme en su progresión gradual hacia la captación de «totalidades» auxiliada por las otras ciencias sociales, el «bricolage teórico» de la antropología se componía de tres importantes paradigmas: el funcionalismo estructural británico (descendiente de A. R. Radcliffe-Brown y Bronislaw Malinowski); la antropología cultural y psicocultural norteamericana (heredera fundamentalmente de Margaret Mead y Ruth Benedict) y la antropología evolucionista norteamericana (de fuertes afiliaciones arqueológicas, configurada en torno a Leslie White y Julian Steward). Los tres aparecían unidos, al igual que los difusionistas y los seguidores de la escuela alemana «Kulturkreislehre», por su rechazo e ignorancia de la investigación histórica. La justificación estaba repleta de los mismos tópicos observados en relación con la sociología y no hay necesidad, por lo tanto, de insistir más en ello. En cualquier caso, merece la pena subrayar la distinción metodológica que esos antropólogos hacían, con unos términos que ya hemos visto en sociólogos e historicistas, entre las ciencias «generalizadoras» (donde clasificaban a la antropología social entre las ciencias naturales) y las ciencias «particularizadoras» como la historia.[34]

La ruptura del puente entre las dos disciplinas llevó a la antropología por los mismos derroteros del «empirismo abstracto» y de las «grandes teorías» que caracterizaron a la sociología en esos mismos años. Debido a la ausencia de lo que Evans-Pritchard denomina un «tratamiento sociológico del material histórico», se impuso entre los antropólogos la concepción de que antes de la dominación europea todas las sociedades «primitivas» eran estáticas. En vez de recoger las tradiciones de un pueblo, establecer su validez histórica situándolas en una escala temporal e interpretarlas a la luz de una

34. La separación entre historia y antropología y las consecuencias de esa ruptura fueron analizadas hace años por E. E. Evans-Pritchard, *Anthropology and History*, conferencia publicada por Manchester University Press, 1961, traducida al castellano en sus *Ensayos de antropología social*, Siglo XXI, Madrid, 1978. Véase también Keith Thomas, «Historia y antropología», *Historia social*, 3 (1989), pp. 62-80 (publicado en inglés en 1963). La mayor parte de la información que proporciono procede, no obstante, de Sherry B. Ortner, «Theory in Anthropology since the Sixties», *Comparative Studies in Society and History*, 26, 1 (1984), pp. 126-166. El nacimiento y evolución de la antropología están tratados de forma exhaustiva en Marvin Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

teoría operativa, esos antropólogos acababan reduciendo el problema de la historia a la dualidad primitivo-moderno, un razonamiento presente también en el concepto de «mentalidad» de los fundadores de *Annales* tomado de la obra antropológica de Lucien Levy-Bruhl en los años veinte.

Frente a carenelas tan significativas, surgieron a partir de los años sesenta nuevas teorías —la antropología «simbólica», la «ecología cultural» y el estructuralismo— que tampoco modificaron la propensión anterior a subestimar la historia. En el caso del estructuralismo de Claude Lévi-Strauss, considerado por Ortner «el único paradigma social-científico del siglo xx auténticamente original», esa inclinación inundaba los dos rasgos más característicos de su argumento central: la negación de la relevancia de un sujeto intencional en los procesos sociales y culturales y el rechazo de cualquier impacto significativo de la historia —o del «acontecimiento»— en la estructura. Cuando ese armazón estructuralista fue adoptado unos años después por marxistas como Althusser o Godelier, en el intento teórico más serio de mediación entre los campos «material» e «idealista» en que se había dividido la antropología hasta ese momento, sus posiciones condujeron en la práctica al mismo descuido de la historia y de la actividad creadora humana.

No todos los antropólogos, sin embargo, se distanciaban con la misma celeridad de los análisis históricos. Desde el mismo marxismo, e inspirada en las teorías de la sociología política del «sistema mundial» y del «subdesarrollo» (Wallerstein y Gunder Frank), surgía a finales de los años setenta la escuela antropológica de la «economía política». En contraste con el marxismo estructural que, al igual que los estudios antropológicos convencionales centraba su atención en sociedades o culturas separadas, estos antropólogos dirigían el punto de interés hacia los sistemas económico-políticos «a gran escala» y al análisis de los efectos de la penetración del capitalismo en las sociedades agrarias. El énfasis sobre el impacto de las fuerzas externas, y sobre las formas en que esas sociedades cambian, vincula de alguna manera esta escuela a la «ecología cultural» de los sesenta y en realidad muchos de sus actuales seguidores fueron educados bajo sus premisas. Pero mientras que para la «ecología cultural», que estudiaba a menudo sociedades «primitivas», la fuerza externa fundamental eran las circunstancias naturales, para los antropólogos de la «economía política» —y sus análisis sobre el

campesinado— los factores primordiales del cambio son el Estado y el sistema capitalista mundial.[35]

A ese aparente compromiso con una antropología completamente histórica le acompañan, no obstante, los mismos puntos débiles que aparecen en los análisis sociólogos de Wallerstein. El llamado modelo de «economía política» resulta demasiado económico, estrictamente materialista, y poco político. Se dedican páginas y páginas a salarios, al mercado, a la explotación económica, al «subdesarrollo», pero apenas se mencionan las relaciones de poder, dominio, manipulación y control en que esas relaciones económicas actúan. Desde ese punto de vista, tanto el marxismo estructural como el de los «economistas políticos», y eso les conecta con teorías antropológicas anteriores, dan por sentado que la acción humana y el proceso histórico aparecen sistemáticamente determinados por la mano oculta de la estructura o por la fuerza inexorable del capitalismo. Eso significa, en otras palabras, que la mayoría de las corrientes antropológicas han considerado a la sociedad (o a la cultura) como una realidad objetiva con su propia dinámica, separada en buena medida de la acción humana. Otros, especialmente los antropólogos culturales y psicoculturales norteamericanos, han subrayado las formas en que la sociedad y la cultura configuran la personalidad, la conciencia y los modos de pensar y sentir. Pero hasta hace muy poco, se han gastado escasas energías en comprender cómo la sociedad y la cultura se producen y reproducen a través de la acción y de las intenciones humanas. Y es precisamente en torno a esa cuestión donde ha surgido en los últimos años un área común de investigación y una nueva aproximación entre antropología e historia. Algunos autores ven ya en la historia el símbolo dominante para definir la antropología de los ochenta, el cambio de rumbo teórico desde un análisis estático y sincrónico a otro diacrónico y procesal (temporal). La propuesta tiene muchos partidarios pero, dada su proximidad en el tiempo, resulta demasiado aventurado valorar si estamos ante una auténtica alternativa a los modelos existentes o

35. Las manifestaciones más importantes de esta escuela han salido a la luz, no obstante, en los años ochenta y no modifican, por lo tanto, el argumento que aquí se defiende sobre la naturaleza ahistórica o antihistórica de la mayoría de las teorías antropológicas hasta finales de la década de los setenta. Un puente entre la «ecología cultural» y la «economía política» lo constituye en mi opinión la obra de Eric R. Wolf, *Las luchas campesinas del siglo xx*, Siglo XXI, Madrid, 1972.

ante una mera ampliación del campo de interés de los antropólogos.[36]

Unos breves párrafos dedicados a la antropología han bastado para mostrar la desintegración en que se encontraba también ese campo de análisis a finales de los años setenta. Aunque la antropología, como cualquier otra ciencia social, nunca ha adoptado un único y compartido paradigma teórico, hubo al menos un período en el que existían unas cuantas categorías de identificación teórica. En opinión de algunos afamados antropólogos, ese momento, desgraciadamente, ha pasado. Marvin Harris, en el congreso de la Asociación de Antropología Americana de 1978, señalaba que los «místicos, fanáticos religiosos y devotos de California» se estaban apoderando de la antropología; los congresos aparecían dominados por expertos en «ritos mágicos», brujería y «fenómenos anómalos»; y los «ensayos científicos basados en estudios empíricos» habían sido excluidos del programa. Dos años después, y en el mismo escenario, Eric Wolf afirmaba que el terreno de la antropología estaba partiéndose en mil pedazos. Los diferentes campos de análisis, «subcampos» (y «sub subcampos») se dedicaban únicamente a sus intereses especializados. Ya no había un discurso compartido, un conjunto de términos a los que todos los profesionales podían dirigirse y ni siquiera se hablaba ya el mismo lenguaje.[37]

Tal circunstancia no tendría para nosotros relevancia alguna si no fuera porque en el momento en que se producía esa desintegración muchos historiadores sociales adoptaban esos métodos y teorías antropológicas tan cuestionadas desde dentro de la disciplina. Y esa actitud, que como en el caso de la sociología rara vez va acompañada de un buen conocimiento de las teorías que se buscan como guía, produce una historia de baja calidad —aunque en el caso de la

36. Según Carlo Ginzburg, la reciente aproximación entre las dos disciplinas ha sido provocada por dos crisis: el fin de la confianza en un concepto de historia construida con sus propios recursos y la creciente conciencia entre los antropólogos de que las culturas nativas eran también un producto histórico. Ambas crisis aparecen también vinculadas al final del sistema colonial mundial y al colapso de la noción unilineal de la historia propia de ese mecanismo de dominio: «Anthropology and History in the 1980s. A Comment», *The Journal of Interdisciplinary History*, 12, 2 (1981), p. 277.

37. Citado en Sherry Ortner, *Theory in Anthropology Since the Sixties*, página 126.

historia antropológica no pueda decirse, como se ha dicho de la sociología, que resulte aburrida— y «reduce la historia a la condición pasiva de quien vive de préstamos, eximiendo a los historiadores de la eventualidad de incidir sobre las cuestiones intelectuales de nuestra época y librándoles mientras tanto de la responsabilidad inherente a su metodología». No se trata, una vez más, de coger todo lo que sirva y «hurgar» en las ciencias sociales para hallar fórmulas, hipótesis, modelos o métodos que tengan una «aplicabilidad inmediata a nuestra labor», sino de incorporar todo aquello que abra nuevas perspectivas para el historiador, sirva para localizar nuevas cuestiones e ilumine los problemas históricos.[38]

Y como se ha tratado de demostrar, el cambio social ha constituido un problema de especial dificultad para la sociología, la antropología y los historiadores que buscaban con entusiasmo en esas disciplinas el bagaje indispensable para sacar a la historia de sus derroteros tradicionales. Lo cual no tiene nada de extraño porque para construir un planteamiento viable del cambio social, se requiere tener una teoría general de la relación dialéctica entre los «grandes y pequeños momentos» de la totalidad social (conciencia, acción, cultura y estructura social) y los «niveles» de las grandes estructuras (economía, política, estado, geografía). Todos esos momentos y niveles son interdependientes y las disciplinas que los abordan separadamente en realidad están manejando abstracciones. Las dificultades que presenta una tarea de este tipo, que no han sido salvadas por las corrientes dominantes en la historia social, la antropología o la sociología, han dado lugar a diversas reacciones surgidas desde el mismo seno de esos campos de análisis y formuladas con mayor o menor precisión en la última década.[39]

38. La primera cita corresponde a Charles M. Radding, «Antropología e historia. O el traje nuevo del emperador», *Historia social*, 3 (1989), p. 112. La posición contraria, lo de «hurgar» en las ciencias sociales para aprender sus métodos, es de L. Stone, «La historia y las ciencias sociales en el siglo xx», p. 33.

39. En antropología, esa alternativa se llama «teoría de la práctica», un intento de fusión entre los sistemas de Marx y Weber que tiene claros paralelismos con el «estructuracionismo» de Giddens en sociología, con el marxismo «cultural» de E. P. Thompson en historia y con las propuestas de Raymond Williams en literatura. Véase Sherry Ortner, «Theory in Anthropology Since the Sixties», pp. 145-147. Esa es también una cuestión ampliamente tratada por Christopher Lloyd en *Explanation in Social History*, pp. 279-312.

Lo que interesaba en este apartado era dejar constancia de las virtudes, límites y defectos que rodearon la convergencia entre historia, sociología y antropología en el período de máxima expansión de la historia social. Durante todos esos años se invocó a las ciencias sociales para que solucionaran los grandes problemas pendientes de la historia. Y se les pidió auxilio en un momento en el que en esas disciplinas dominaban tendencias claramente no históricas. El resultado fue la adopción acrítica e indiscriminada de métodos y teorías que no servían para explicar la evolución, funcionamiento y transformación de las sociedades humanas. Y, en consecuencia, un descuido importante en la elaboración de premisas propias y en la reflexión sobre los problemas históricos. El debate sigue abierto y no parece que la mejor solución a esos males sea olvidar el matrimonio e iniciar de nuevo la separación. Enriquecidos —y escarmentados— con las experiencias vividas, convendrá en el futuro elegir bien el terreno en el que los tres discursos deben relacionarse. Además, en esas décadas, no en todos los sitios triunfó tan fácilmente la historia social ni toda la investigación histórico-social aceptó con tanta facilidad el flujo de préstamos procedentes de las otras disciplinas. Entre nosotros, la proximidad y divulgación del «ejemplo francés» —una reacción enérgica contra el historicismo que condujo a un temprano nacimiento y consolidación de la historia social— ha hecho pensar a muchos que eso era lo que ocurrió en todos los países «avanzados» y que España, una vez más, era la excepción. En realidad, al trasladar el punto de mira a otros lugares, puede comprobarse que las cosas no fueron tan similares y que, desde esa perspectiva, Francia resulta más bien la excepción.

2.3. Alemania y Gran Bretaña: el peso de las costumbres

El prestigio adquirido por la historiografía francesa como pionera de la historia social durante la primera mitad del siglo XX ha sido a menudo contrapuesto al estancamiento o «atraso» que en el mismo período sufrieron los estudios históricos alemanes. Así utilizado, el término «atraso» implica considerar la correcta aplicación de las teorías y métodos de las ciencias sociales como una fuente potencial de progreso para los historiadores. Si en el siglo XIX, la erudición histórica alemana, identificada con el nombre de Ranke, fue

ampliamente aceptada por todo el mundo como modelo de investigación histórica, desde el período de entreguerras esa misma historiografía entró en crisis como ejemplo a seguir y hasta hace muy poco ha sido notablemente ignorada fuera de sus fronteras. Mientras que a partir del cambio de siglo, y con creciente rapidez desde las dos guerras mundiales, los estudios históricos en otros países exploraron nuevos métodos y nuevos temas, la mayoría de los historiadores académicos alemanes se mantuvieron firmes en las nociones históricas y políticas pertenecientes al período de la unificación alemana. Aunque las causas de esa divergencia son múltiples y complejas, parece inevitable referirse a la extendida creencia entre los historiadores alemanes en la superioridad de los principios historicistas y a las tan debatidas «peculiaridades» de la historia alemana.[40]

Como ya se ha señalado, la disciplina histórica estaba muy reconocida y poseía una alta reputación en la Alemania imperial. Existía un sólido cuerpo de historiadores que controlaban completamente el acceso a la profesión y cuya desahogada posición social se debía a las funciones que sus enseñanzas y escritos habían desempeñado en el desarrollo, fortalecimiento e integración del Estado nacional. En consecuencia, los principios de la historiografía decimonónica se encontraban suficientemente afianzados para repeler los impulsos antihistoricistas que emergieron en diferentes países con el cambio de siglo. Mucho más que algunos de sus colegas norteamericanos y

40. Estas páginas pretenden sólo proporcionar los elementos primordiales para explicar la inexistencia y desarrollo tardío en Alemania de lo que hemos conceptualizado como historia social en sus diversas versiones. Para ello se han elegido básicamente tres fuentes ya citadas que permiten contrastar las diferentes visiones del «problema» historiográfico alemán. La primera corresponde a Georg Iggers, un reconocido especialista en historiografía alemana que consigue ofrecer un examen bastante preciso de las claves de la evolución de los estudios históricos desde Ranke a la actualidad: *The Social History of Politics*, pp. 1-48; la segunda es de Jürgen Kocka, uno de los principales divulgadores de la necesidad de incorporar los métodos y teorías de las ciencias sociales al análisis histórico: «Theoretical Approaches to Social and Economic History of Modern Germany», pp. 101-119; la tercera, elaborada desde posiciones «neomarxistas», constituye una profunda revisión de las premisas fundamentales de la historiografía alemana y pertenece a los historiadores británicos David Blackbourn y Geoff Eley: *The Peculiarities of German History*. Se encuentran también observaciones muy útiles en Juan José Carreras, uno de nuestros mejores especialistas en cuestiones históricas alemanas, «La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo y las nuevas tendencias» (conferencia inédita, Teruel, mayo, 1989).

franceses sentados en los mejores sillones universitarios, los historiadores alemanes continuaron desatendiendo e incluso rechazando la cuantificación y la generalización, la comparación y las tipologías, en nombre de los principios historicistas. La inmensa mayoría despreciaron las nacientes ciencias sociales y por lo general ignoraron sus modelos, métodos y teorías. La oposición al denominado «positivismo» occidental, a la sociología y al marxismo constituyeron de esa forma uno de los fundamentos esenciales de su discurso.

Las consecuencias desastrosas de la derrota de 1918 fomentaron un mayor endurecimiento de los rasgos historiográficos dominantes. La profesión histórica se mostró unánime en el rechazo de las tesis de culpabilidad por la guerra expuestas en el artículo 231 del Tratado de Versalles. La opinión pública alemana, incluidos los comunistas, también protestó frente a la injusticia de responsabilizar sólo a su país del estallido de la guerra, pero es que la mayoría de los historiadores académicos fueron más allá de esa «justa» condena para argumentar que en realidad Alemania era la única potencia inocente. Las posiciones políticas e historiográficas aparecían así estrechamente conectadas y el análisis crítico de los factores sociales continuaba excluido de la interpretación histórica. Viejos y jóvenes historiadores combinaron su rechazo político de la República de Weimar con una reafirmación del énfasis tradicional en el poder nacional como tema central de la historia. Las voces disidentes, aquellos que como George W. F. Hallgarten, Arthur Rosenberg o Eckart Kehr plantearon nuevamente una crítica social de la política —que incluía la utilización de conceptos analíticos sobre el conflicto social—, apenas tuvieron influencia en una profesión caracterizada por un fuerte consenso nacionalista conservador y por supuesto, tras la conquista del poder por los nazis, fueron eliminados de la vida académica y obligados a exiliarse.[41]

41. La estructura del sistema educativo alemán y en particular de las universidades explica en parte, según Iggers, por qué en la profesión histórica no se reflejaron algunos de los cambios ocurridos en la sociedad alemana durante la República de Weimar. El sistema de educación secundaria reducía virtualmente la admisión a la universidad a los hijos de las clases «instruidas» y adineradas, algo también común en otros estados europeos. Pero la relación de esas clases con la democracia parlamentaria era muy diferente en Gran Bretaña o Francia y el procedimiento alemán por el que los poseedores de cátedras universitarias podían por un voto secreto bloquear el acceso de cualquier candidato a la profesión aseguraba la uniforme orientación ideológica y política de los historiadores: *The Social History of Politics*, p. 16.

La dictadura fascista no necesitó romper el dominio de esa orientación porque entre la ideología histórica de los nazis y la de los conservadores existían muchos puntos de acuerdo. En cualquier caso, y pese a algunas divergencias, la mayoría de los historiadores dieron la bienvenida al fin de la República de Weimar, a la abolición de los partidos y sobre todo a la nueva y agresiva política exterior. Desde el punto de vista profesional, en todas las cuestiones fundamentales —la revisión del Tratado de Versalles, la anexión de Austria y los Sudetes, las campañas contra Francia y Rusia— se adhirieron a las posiciones nazis. El colapso de ese régimen tampoco alteró las cosas en lo que pronto llegó a ser la República Federal de Alemania. Unos cuantos historiadores, los más comprometidos con las ideas raciales nazis, perdieron sus empleos pero no su capacidad para participar en las revistas, publicaciones y congresos históricos; otros, también implicados y sin demasiados remordimientos sobre su pasado, fueron reintegrados. Así las cosas, por lo que a la profesión histórica se refiere, la Universidad de 1945 era esencialmente la de 1933, purgada de sus elementos más críticos y radicales.

El tono de los debates en la posguerra reveló hasta qué punto esos historiadores ignoraban —o no querían comprender— la tremenda significación de lo acontecido en Alemania. La opinión expresada por el octogenario Friedrich Meinecke en su *Die deutsch Katastrophe*, publicado en 1946, iba a ser ampliamente repetida por la historiografía alemana hasta finales de los años cincuenta. La explicación de la ascensión nazi al poder no debía buscarse en las tradiciones políticas alemanas sino en «fuerzas» comunes a Europa occidental y esencialmente ajenas a Alemania. El 30 de enero de 1933 fue un accidente en la historia alemana. Ahora podía ya desaprobarse el nazismo y la responsabilidad por el estallido de la segunda guerra mundial —de la primera todavía no se aceptaba culpabilidad alguna— se atribuía a las decisiones personales de Hitler quien, muerto ya, disponía de anchas espaldas para cargar con crímenes, errores y barbaridades. Los jóvenes historiadores conservadores del período republicano, especialmente Gerhard Ritter y Hans Rothfels, quienes llegaron a ser las autoridades más influyentes de la profesión en la República Federal, se identificaban con esa posición «moderada». Y esa fue también la orientación del poderoso Instituto de Historia Contemporánea, fundado en Munich en 1950, y de su revista *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte*. El nuevo destino

de Alemania occidental, vinculado al de sus aliados de la OTAN, exigía mitigar la insistencia en la «vía particular» de la historia alemana y en el rechazo del legado intelectual y político de la Europa capitalista, un tema que había sido dominante en la doctrina de los historiadores nacionalistas radicales y moderados.

Desde el punto de vista metodológico, los portavoces más autorizados de la profesión seguían siendo muy críticos con los nuevos enfoques históricos; no sólo con los procedentes de la historia social de *Annales*, que Ritter condenó enérgicamente, sino incluso con aquellos que, como Karl Dietrich Bracher en su estudio de la disolución de la república de Weimar (1955), intentaban aplicar conceptos analíticos extraídos de la ciencia política al examen de los procesos políticos. El análisis del pasado —y especialmente del fascismo— a partir de categorías sociales y la cooperación entre la historia y las ciencias sociales eran asuntos vedados en una profesión en la que a finales de los años cincuenta reinaba una considerable concordia y cuyos puestos dominantes estaban todavía ocupados por los hombres educados en la Alemania imperial y que habían comenzado sus carreras en la República. Además, obras como las de Bracher eran consideradas producto de la ciencia política. Nadie dramatizaba la situación porque constituía una excelente oportunidad «para reafirmar la especifidad del método histórico frente al más esquemático de la politología».[42]

Bajo esas condiciones, no debe extrañar que la obra de Fritz Fischer sobre la primera guerra mundial, *Der Griff nach der Weltmacht*, publicada en 1961, significara un desafío directo a las premisas básicas que regulaban tal acuerdo. Las polémicas y el escándalo que a partir de ella se originaron no nos interesan tanto por su ruido —atribuir la culpa de la guerra sólo a Alemania podía remover la conciencia profesional de muchos historiadores alemanes pero esa

42. Juan José Carreras, «La historiografía alemana en el siglo xx», p. 7. En esos años cincuenta existía también una generación intermedia de historiadores como Werner Conze, Otto Brunner y Theddor Schieder, que no había vivido la época guillermina y la primera guerra mundial, como sucedía con Rothfels, Meinecke o Ritter, pero tenían en común con ellos la experiencia de Weimar y una formación inicial análoga. Aunque postulan una «historia social», sus innovaciones metodológicas se caracterizan por las precauciones con que se llevan a cabo «en un momento en que fuera de Alemania las cosas se planteaban con una crudeza que sólo llegó allí veinte años más tarde» (p. 5).

era una cuestión que fuera ya habían planteado algunos— como por las consecuencias que tuvo en el giro historiográfico desde una historia diplomática tradicional a una que se postulaba como ciencia crítica de la sociedad.[43] Porque los métodos convencionales de crítica de textos empleados por Fischer no bastaban para responder a las cuestiones que su propia investigación suscitaba. O dicho de otra forma, las causas de lo que él consideraba el catastrófico desarrollo de Alemania en el siglo xx no podían ser explicadas por medio de la narrativa histórica. Y en la estela de ese debate, salieron a la luz dos claras líneas de análisis. Por un lado, estaba la tradicional, esa que argumentaba que las diferentes políticas alemanas en esa etapa crucial debían entenderse a partir de las exigencias del escenario internacional. Los que así pensaban podían incluso cambiar de temas pero no necesitaban introducir novedades en los métodos de investigación. La otra posición consideraba que las decisiones de la política internacional estaban profundamente entrelazadas con los asuntos internos. Para analizar esa relación, sin embargo, sí que hacía falta un examen de esos factores intelectuales, económicos y sociales que no aparecían en la historia narrativa reconstruida por medio de documentos. Ahora bien, como señala G. Iggers, lo que distinguía a esa nueva orientación de las otras corrientes de historia social que en ese momento estaban desarrollándose en el extranjero —y que la hermanaba a su vez con la tradicional— era su énfasis casi exclusivo en la historia nacional y esencialmente en la historia política del Estado germano-prusiano tal y como había sido creado por Bismarck. Lo que les obsesionaba era buscar una explicación para el «curso fatal» de la historia alemana en el siglo xx.

La reexaminación crítica de ese pasado fue acometida por una generación más joven de historiadores que habían sido educados en

43. Del libro de Fischer hay una versión abreviada en inglés: *German War Aims in the First World War*, Nueva York, 1967. Frente a las tesis «revisionistas» de los años treinta de académicos como H. E. Barnes, S. B. Fay y G. P. Gooch, que expresaban sus «reservas» en torno al tratamiento dado a Alemania en la posguerra, el historiador A. J. P. Taylor ya había vuelto a plantear unos años antes que Fischer la responsabilidad alemana: *The Sruggle for Mastery in Europe* (1954), y de nuevo en 1961 en su famoso y polémico *Origins of the Second World War*, donde defendía que Hitler, lejos de ser un malvado dirigente, lo que hizo en realidad fue continuar la política expansionista de los gobiernos alemanes anteriores. Las consecuencias de la polémica Fischer en G. G. Iggers, *The Social History of Politics*, pp. 24-26, y J. J. Carreras, «La historiografía alemana en el siglo xx», pp. 8-9.

la posguerra, libre de los vínculos emocionales con los valores conservadores alemanes y abierta a la discusión científico-social generada especialmente en el mundo anglófono. Y aunque de él procedían algunos de sus postulados, esos historiadores estaban también influidos por aquellos autores antes mencionados —E. Kehr y Hans Rosenberg en particular— que ya en la república de Weimar habían incorporado métodos de análisis social al estudio del pasado.[44] Su orientación teórica, no obstante, la hallaron en las dos tradiciones más importantes de ciencia social en Alemania, la marxista —aunque ellos no lo fueran— y la de Max Weber. Compartían con ellos, sobre todo con el último, algunos elementos de su concepción sobre la «desigual y tardía modernización» de Alemania pero lo que les diferenciaba de ambos era su incondicional adhesión a una democracia liberal y social, un aspecto crucial para comprender lo que Iggers define —y así identifica a esos autores— como una crítica «historia social de la política».[45] En ese sentido, la nueva orientación resulta tan política como la tradicional de los historiadores nacionalistas a quienes combaten. Aceptan básicamente la tesis habitual en torno al desarrollo divergente de Alemania respecto al curso principal en las democracias occidentales, pero invierten el argumento: no es Alemania sino Europa Occidental y Estados Unidos quienes ofrecen el modelo para un desarrollo político normal; el problema reside en que a la industrialización alemana no le acompañó su correspondiente proceso de «modernización social y política». Nos encontramos así ante el «anacronismo» del que hablaba Marx en 1843 por la ausencia de una revolución burguesa triunfante en Alemania.

44. Kehr había muerto en Washington en 1933 y Rosenberg, también exiliado entonces, seguía en los años sesenta en Estados Unidos. La reivindicación de la olvidada heterodoxia de Kehr fue abordada a mediados de esa década por quien iba a ser el cabeza de grupo de los nuevos historiadores sociales, Hans-Ulrich Wehler. Muchos de esos historiadores se habían formado en los seminarios fundados tras la guerra por W. Conze en Heidelberg y por Theodor Schieder en Colonia. Un buen resumen de todos esos cambios en la historiografía alemana se encuentra en Wolfrang J. Mommsem, «Between Revisionism and Neo-Historicism. Recent Trends in West-Germany Historiography», *Storia della Storiografia*, 11 (1987), pp. 104-121.

45. Ese compromiso y sus implicaciones —la utilización de un «vocabulario de ciencia política liberal» y de una renovada interpretación *whig* de la historia vestida con las nuevas preocupaciones de los historiadores sociales— son, sin embargo, factores básicos del ataque que a ellos les dirigen D. Blackborun y G. Eley. Véase por ejemplo el capítulo «Possibilities of Reform in Britain and Germany» de su obra ya citada (pp. 98-117).

Obviamente, para que esa revisión del pasado aconteciera en un país con una tradición ininterrumpida de historia política e individualizadora, tuvieron que producirse algunas transformaciones. O formulado de otra forma, deben averiguarse los motivos por los que ese terreno abonado de «historia social y económica» en Alemania —a cuyos moradores hemos visto derrotados en varias ocasiones en su batalla frente al historicismo— inició a partir de los años sesenta su expansión acelerada. Y nada mejor para descubrirlos que recurrir a la explicación de Jürgen Kocka, uno de los principales pilotos de ese despegue, quien identifica cuatro importantes causas.[46] Por un lado, la experiencia de la dictadura fascista, de la guerra y de la derrota, «contribuyó a desacreditar profundamente ciertas orientaciones nacional-estatales e idealistas que estaban ampliamente difundidas en la burguesía culta alemana». En consecuencia, los paradigmas tradicionales de análisis históricos fueron también seriamente cuestionados. Las «rupturas» de la historia reciente alemana perforaban, por fin, algunas de las barreras que habían impedido a los historiadores incorporar a su trabajo una apreciación de la importancia capital del cambio socioeconómico en la historia moderna. Ese impulso fue, en segundo lugar, político en su origen y antihistoricista en la realidad. El por tanto tiempo apreciado principio de que los fenómenos históricos debían comprenderse de acuerdo con los criterios de su propio tiempo, fue criticado por su inherente conservadurismo. Era necesario relacionar los acontecimientos del pasado con las cuestiones presentes. Y para ello se requerían teorías y el uso sistemático de las ciencias sociales. En tercer lugar, de modo distinto a lo ocurrido en la época de Weimar, la historiografía alemana «fue influida crecientemente por modelos franceses, ingleses y americanos» que le transmitieron sus experiencias «científicas» y un inusitado interés por la historia social. De ahí, finalmente, que en el «clima crítico-social y de reformas» de finales de los años sesenta y comienzos de los setenta todas esas «tendencias de transformación» alcanzaran su punto culminante. La atmósfera en las universidades había definitivamente cambiado y se había producido un cambio de guardia con la jubilación de historiadores como Ritter y Rothfels que habían dominado hasta entonces la pro-

46. Esbozadas en «Theoretical Approaches», pp. 103-106, y ampliadas en *Historia social*, pp. 92-95.

fesión. La crítica de la tradición encontraba así su vehículo apropiado para avanzar viento en popa y a toda vela.

Las consecuencias de todo ello, si se acepta la visión «triunfal» de Kocka, pueden adivinarse.[47] Por encima de todo, un desplazamiento focal desde una descripción de las decisiones de las elites políticas a un examen del contexto social y político; un viraje desde la narración al análisis; y como telón de fondo, la ya aludida necesidad de utilizar las ciencias sociales. Dada la inexistencia de una ciencia social unificada, y eso es algo que Wehler y Kocka reconocen de entrada, el historiador debería proceder eclécticamente en la aplicación de métodos y conceptos. Aparecían así los riesgos ya diagnosticados en el apartado anterior. El pluralismo inexcusable, porque efectivamente plural es la teoría social, podría resultar en un eclecticismo sin justificaciones —«pragmatismo» dirán otros— que acababa identificando a las ciencias sociales con un «almacén académico» repleto de herramientas teóricas.

Como en otros países, todo ese proceso fue acompañado de la creación de nuevas universidades y nuevas cátedras de historia donde una generación de historiadores más jóvenes, nacidos en los años treinta y cuarenta, encontraron empleo. En una empresa de ese tipo tampoco podía faltar, por otra parte, una plataforma pública desde donde divulgar esas ideas. En 1975 fue fundada, bajo un consejo editor que incluía a historiadores como Wehler, Kocka o Wolfgang J. Mommsen, la revista *Geschichte und Gesellschaft* (Historia y Sociedad). Comparada en ocasiones con la francesa *Annales*, por su hermanamiento con las ciencias sociales, la equiparación resulta engañosa. Frente a *Annales*, que conscientemente despreciaba la política y se centraba en las estructuras económicas, sociales

47. Le atribuyo el término «triunfal» porque todo ese movimiento ha sido juzgado en la historiografía alemana de diferentes formas. Hay quienes, como Jörn Rüssen en 1976, le ponían una etiqueta tan dura como «Paradigmawechsel», cambio de paradigma en el sentido dado por Thomas S. Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, Madrid, 1984; y otros, como Konrad Repgen, que prefieren hablar de «cambio de orientación» sin «cambio de aparato metodológico». Revolución o reforma, está claro que muchas cosas se agitaron en la historiografía alemana de esos años. Pero también es evidente que esa nueva historia, por razones de tradición —lo que aquí se ha titulado «el peso de las costumbres»—, no iba a lograr un triunfo tan completo como el obtenido por esa *nouvelle histoire* francesa que siempre se utiliza como marco de referencia. Véase J. J. Carreras, «La historiografía alemana en el siglo xx», pp. 1 y 13.

y mentales de las sociedades preindustriales, *Geschichte und Gesellschaft* mostró desde el principio un notable interés por los problemas del cambio en las sociedades industriales modernas, consideradas en el sentido amplio, tal y como el «Prefacio» al primer número manifestaba, de una «historia de los fenómenos sociales, políticos, económicos, socioculturales e industriales». Lejos de rehusar la historia política en favor de una historia social «con la política excluida», esta nueva orientación procedía de preocupaciones políticas, vinculadas estrechamente al curso fatal de la historia alemana desde Bismarck, y pretendía analizarlas en el contexto de la estructura social y cultural de la Alemania contemporánea.[48]

Llegamos así al punto crucial de lo que ha significado la variada versión alemana de historia social. Siempre ha permanecido inextricablemente unida al análisis de los sistemas políticos y sus principios orientadores fueron y son esencialmente políticos. Las relaciones de poder y subordinación, ausentes en los estudios antropológicos de *Annales* sobre la vida cotidiana —se refieran a la clase obrera, al tiempo libre, al crimen, a la locura o a la educación—, constituyen aquí la espina dorsal del relato. No hay peligro, nos dirá Jürgen Kocka, de caer en una estrecha «historia del pueblo sin política», una amenaza que en otros países ha maleado la credibilidad de la historia social. Y no hay peligro, añadiría Juan José Carreras, porque «el reflejo defensivo» de la historiografía tradicional nunca adormeció. Al contrario de lo que ha sucedido en Francia, la nueva historia social alemana no había iniciado su andadura dedicándose a nuevos temas con nuevas técnicas (demografía, estudio de precios, estructuras agrarias, mentalidades...) y olvidando conscientemente la «superficialidad» de los hechos políticos. En realidad, «las nuevas corrientes historiográficas alemanas realizaron un trabajo concurrencial y de revisión crítica de los resultados establecidos de la historia convencional, provocando desde el comienzo la polémica».[49]

48. G. G. Iggers, *The Social History of Politics*, p. 34. Pese a esa diferencia fundamental, J. J. Carreras cree que esa revista «desempeñó estratégicamente un papel análogo al de *Annales* en los años cincuenta y sesenta en Francia». La búsqueda de lo que los editores denominaban «una historia política socialmente fundamentada» es un reflejo, por otra parte, de las pretensiones totalizadoras y «afanes imperialistas» que ya hemos observado en la historia social francesa («La historiografía alemana en el siglo XX», pp. 12-13).

49. *Ibidem*, pp. 13-14. Lo de J. Kocka pertenece a «Theoretical Approa-

Una rica polémica que, efectivamente, se ha manifestado en enérgicos ataques desde múltiples bandas, con la historia alemana —y especialmente la política exterior— como telón de fondo. Unos les acusan de ser una «nueva ortodoxia» que ha mantenido, sin embargo, las concepciones básicas y los enfoques metodológicos de la historiografía tradicional. Hay otros, por el contrario, que molestos por su crítica revisión del pasado alemán y por su aceptación incondicional de los métodos de las ciencias sociales, de la «imposición de paradigmas ajenos», se refugian en la defensa de la especifidad de la historia y tratan de recuperar el «concepto de ciencia objetiva del historicismo» frente a la «ideologización utópico-social de la historiografía». Oteando y envolviendo a esa polémica aparecen también todas las grandes o pequeñas cuestiones que también en otros países han alimentado desde finales de los años setenta la tesis de la crisis-desintegración de la historia social. Dejemos por ahora ese asunto, que en el orden aquí establecido tiene un importante espacio en el siguiente capítulo, y busquemos una valoración final.[50]

Tras un período de «prudente revaluación de las desviaciones aparentes de Alemania de lo que podía considerarse el recto camino» —con 1945 como punto de partida—, las tradicionales interpretaciones de la historia alemana fueron sometidas a partir de los años sesenta a un importante examen. Tales actividades incluyeron desde el principio una enérgica crítica de la historiografía ortodoxa y una reorientación metodológica que pudiera romper con las «nociones idealistas y el optimismo» del clásico historicismo. En lugar de ese modelo al servicio de las elites y del Estado, se preconizaba una historia social auxiliada por las ciencias sociales, y con Max Weber y la investigación social empírica como puntos de referencia fundamentales. Aunque la «escuela revisionista» nunca conquistó la

ches», p. 112. Según este autor, el descuido de la dimensión política por parte de *Annales* es precisamente una de las razones por las que su «impacto» ha sido relativamente pequeño entre unos historiadores que «continúan interesados por la política aunque ellos piensen y digan que escriben historia social».

50. Tampoco es este el lugar para realizar un resumen de los libros y artículos, réplicas y contrarréplicas, que ilustran esa discusión. Hay un buen compendio de todo ello en G. G. Iggers, *The Social History of Politics*, pp. 37-48. Por lo que se refiere a la historia social de la clase obrera en Gran Bretaña y Alemania, resulta sugerente el artículo de Geoff Eley y Keith Nield, «Why does social history ignore politics?», *Social History*, 5, 2 (1980), pp. 249-271.

mayoría de las cátedras de historia, obtuvo muy pronto un considerable ímpetu —ayudada por influencias intelectuales externas y por el clima «modernizador» de la sociedad alemana en esos años— y el aprecio de un público bastante amplio. Así las cosas, su contribución a los estudios históricos parece incuestionable. Han tendido un puente para salvar el precipicio que en Alemania ha existido entre la disciplina académica de la historia en las universidades y la admirable tradición de sociología histórica desde Marx a Weber y Hintze. En esa tarea, además, han conseguido evitar la evasión del importante reino de la política que tanto ha distinguido a la mayoría de sus colegas de *Annales*. Pero a ese «revisionismo», en un escenario en el que el historicismo nunca fue sepultado, le salieron también muy pronto serios críticos, algunos naturales y otros imprevistos. Al margen de su resultados, y de la estimación que merezca, el debate ha proporcionado ya un ejemplo de rigor intelectual digno de conocimiento. En un breve espacio de tiempo, y con retraso, muchas cosas se han movido en la historiografía alemana. Unos años que también han servido, no obstante, para confirmar la fuerza de la herencia del pasado.[51]

El peso de la tradición constituye asimismo un buen hilo conductor para penetrar en las peculiaridades de la historia social en Gran Bretaña, un mundo muy singular en el que muchos han alabado —y otros deplorado— la notable ausencia de trastornos y revoluciones de cualquier tipo. En el siglo XIX, tras las sacudidas luditas

51. Todos los entrecomillados pertenecen a Wolfgang J. Mommsen, quien sintetiza de forma precisa los tres períodos de la historiografía de la República Federal de Alemania desde la segunda guerra mundial hasta la actualidad. Parece dudosa, no obstante, la tesis de que fue el propio éxito del «revisionismo» el que le hizo posteriormente perder terreno, porque mucha gente comenzó a pensar que ya había hecho su trabajo «o incluso que estaban hartos de él»: «Between Revisionism and Neo-Historicism», pp. 104-105. De las fuentes utilizadas, la valoración más positiva del alcance de esa historia social se encuentra en G. G. Iggers, *The Social History of Politics*, pp. 47-48. Una más escéptica la transmite J. J. Carreras: «La historiografía alemana en el siglo XX», pp. 11-16. En el caso de D. Blackbourn y G. Eley lo que se hace es reconocer sus «logros substanciales» y explicar críticamente a partir de ellos los problemas formulados, porque «las voces de los epígonos no constituyen el mejor de los tributos»: *The peculiarities*..., p. 9. De la visión de Kocka lo mejor que puede decirse es que constituye un buen relato desde dentro —y nada autocomplaciente— de los logros y límites de la aplicación de las teorías de las ciencias sociales al análisis histórico.

y cartistas de las primeras décadas, el temporal radical amainó y se logró la «estabilidad de la sociedad capitalista». En torno a esta cuestión se han gastado regueros de tinta y articulado múltiples debates que a más de uno le han hecho perder el sueño. «Control», «consenso», «integración», «aristocracia obrera», son términos que frecuentemente ocupan el bagaje utilizado para explicar las características «gradualistas» de los movimientos sociales británicos. Las clases dominantes europeas carecían del «confortante espectáculo» de observar al sindicalismo obrero bajo la hegemonía del liberalismo, la ausencia de una divulgación significativa de las ideas socialistas (ese fantasma que recorría Europa) y la inexistencia de un partido obrero independiente. Eso eran privilegios de la historia británica. Algunas de las peores «mercancías» europeas nunca habían podido atravesar el canal y no precisamente a causa de la niebla. El carácter y la política cambiantes y flexibles del Estado, la carencia de camarillas «derechistas» en la iglesia, el ejército y la administración y la fortaleza de los partidos liberales, inquebrantables creyentes en el parlamentarismo —frente a los débiles y desacreditados homónimos del continente—, constituían importantes muros de contención. Ya en el siglo XX, esos mismos factores, que actuaron en otros países como ejes importantes de presión y radicalización del obrerismo organizado, siguieron consolidándose. Ni el fascismo ni el comunismo llegaron a ser nunca en las islas movimientos de masas. Gran Bretaña no era el paraíso terrenal pero sí la mejor de las sociedades posibles. Había alcanzado el capitalismo industrial antes que los demás, con un sistema inteligente de pactos colectivos que desmontaba con celeridad toda llamada nociva a la revolución social.

Aunque en absoluto todas las visiones de la historia británica son tan complacientes, parece indudable que un escenario así descrito —con muchos más ingredientes, por supuesto— respaldó durante mucho tiempo la interpretación *whig* (liberal) de la historia, una ciencia que debía averiguar los hechos, proporcionar lecciones morales y ratificar la idea del progreso, entendido como la manifestación de la razón, el conocimiento y el avance tecnológico de la industrialización.[52] Los hechos resultaban de las acciones de los indi-

52. Como se sabe, esas teorías del progreso fueron incapaces de responder algunas cuestiones fundamentales en torno al cambio social: qué grupos sociales se beneficiaban del progreso; quién definía qué debía considerarse «progreso» y quién

viduos, que los «producían» a través de los sistemas institucionales. Todo ello eran realidades empíricas verificables que el historiador, una vez establecidas y confirmadas, tenía la obligación de juzgar. Por el contrario, había realidades imperceptibles como las clases sociales, los modos de producción o algunas actitudes culturales, que no podían probarse empíricamente. Y por consiguiente, tampoco podían simplemente averiguarse a través de documentos ni proporcionar los rectos criterios de las declaraciones morales. De ahí que la historia fuera mejor interpretada como la interacción entre los grandes personajes y las instituciones que ellos creaban, modificaban o combatían; y que el énfasis en los grandes personajes fuera siempre acompañado de un desprecio a las «turbas» y a la «multitud». Porque, como señalaba Charles Kingsley en su lección inaugural como catedrático de historia de Cambridge en 1861, «recurrir al populacho como teoría de la humanidad es tan sensato como ignorar a Apolo y Teseo, y determinar las proporciones de la figura humana a partir de esa multitud de enanos y tullidos». Todavía en 1925, H. W. C. Davies, *Regius Professor* en Oxford, atacaba a esos «supuestos historiadores sociales» que «nos dicen que lo que más necesitamos saber sobre cualquier civilización en el pasado es lo que sus miembros más pobres y analfabetos pensaban y hacían», para aseverar a continuación que «la humanidad se estudia mejor a través de los ejemplos más eminentes que ha producido».[53]

Nada nuevo bajo el sol. Ese tipo de afirmaciones eran también

---

decide qué costes sociales eran tolerables en relación con el grado de progreso pretendido. Precisamente fueron esas cuestiones —a las que se consideraba sólo resueltas en favor de las clases dominantes— las que configuraron los ejes básicos de una contratradición crítica, germen de la historia social marxista. Pero ese es un tema en el que no vamos a entrar en este libro. Resulta bastante sugerente y provocador el análisis de R. Samuel, «British Marxist Historians, 1880-1980», *New Left Review*, 120 (1980), p. 21-98.

53. *Regius professor* es el profesor que ocupa una cátedra instituida por dádiva real en las universidades de Oxford o Cambridge. Las citas y las referencias al empirismo proceden de Gareth Stedman Jones, «History: The Poverty of Empiricism», en Robin Blackburn, ed., *Ideology in Social Science. Readings in Critical Social Theory*, p. 98. Resulta curioso que por entonces Jones, muy comprometido ya en la tarea de «establecer las bases teóricas de la historia», invitara a los «historiadores socialistas» a seguir el ejemplo, «agresivo e iconoclasta», de *Annales*. Definitivamente, aquellos eran otros tiempos y muchos historiadores marxistas británicos, protagonistas en la lucha contra el peso del legado *whig*, utilizaban la historia estructural francesa como arma arrojadiza frente a él.

comunes por aquel tiempo en los círculos dominantes de la historia profesional europea. De lo que se trata aquí, no obstante, es de descubrir las razones del tardío desarrollo en el mundo académico británico de esa historia social emancipada de los contenidos y métodos de la historia política tradicional y estrechamente vinculada a las ciencias sociales. O lo que es lo mismo, los motivos que inducían a Harold Perkin, el primer historiador que en 1967 ocupó una cátedra de historia social en Gran Bretaña, a afirmar en 1953 que la historia social era «la Cenicienta de los estudios ingleses» y a reconocer en una fecha tan tardía como 1976 que «Gran Bretaña es todavía un país subdesarrollado en historia social». Y aunque a más de uno entre nosotros tales aseveraciones le puedan parecer una frivolidad, hay bastantes autores que, desde muy diferentes posiciones ideológicas, las corroboran con nuevos datos. A finales de los años cincuenta, nos dicen, la historia que básicamente se enseñaba en las universidades inglesas era la de las instituciones y de los acontecimientos políticos. La historia social, introducida en Francia tres décadas antes —a través de una «revolución» muy añorada por algunos historiadores británicos—, era todavía una categoría residual y los escasos historiadores profesionales que hasta ese momento habían producido una obra importante y creativa, encontraban tremendas dificultades para ser reconocidos entre los «respetables» ambientes académicos. Aunque las causas de ese atraso son complejas y muy difíciles de precisar en unas páginas, vamos a prestar aquí especial atención a tres de ellas: el peso de la tradición empírica, del individualismo metodológico y, en definitiva, de la interpretación *whig* de la historia; la escasa o nula tradición histórica en la sociología británica y las fuertes tendencias también «ahistóricas» de la antropología hasta fechas recientes.[54]

54. El dominio del empirismo —la «miseria» lo denomina él— aparece bien ilustrado en el trabajo ya citado de Stedman Jones. La significación de ese dominio para explicar el amplio rechazo entre los historiadores británicos de la historia propugnada por las dos primeras generaciones de *Annales* puede verse en Peter Burke, «Reflections on the Historical Revolution in France», pp. 147-156. Sobre el nacimiento y consolidación institucional de la disciplina, hay datos útiles en Harold Perkin, «Social History in Britain», *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), pp. 129-143. El análisis de un marxista; el de un declarado «convertido» a *Annales* y un relato institucional constituyen, por lo tanto, las tres fuentes básicas de información para apoyar nuestro primer argumento.

Como había ocurrido en Alemania con la formación y consolidación del Estado nacional, la historia como disciplina ocupó un lugar prominente en la cultura del imperialismo británico. Combinada con algunas nociones superficiales procedentes de la economía política y con algo que Jones define como «ardor misionero de la filosofía de la "ciudadanía" de T. H. Green», la historia proporcionó una exposición razonada del capitalismo británico y una justificación triunfante de sus trofeos imperiales antes de 1914.[55] Son años en los que, precisamente a causa de la fortaleza de ese capitalismo y de la persistencia de la tradición liberal-individualista, Inglaterra apenas participó en el movimiento de renovación de las ciencias sociales —y en las críticas a las premisas más simplistas de la metodología positivista—, experimentando de esa forma una especie de «autarquía intelectual». Por otra parte, en ese mismo período la obra de Marx provocó escasas reacciones en la sociedad y en la cultura inglesas. Fue reconocido como un gran historiador de la economía pero no se advirtió su completo rechazo de todas las clases de pensamiento liberal. De ahí que su legado fuera utilizado como un compendio de argumentos frente a la escuela de Manchester (esos políticos «radicales» como Cobden y Bright que a mediados de siglo tanta fe profesaban en el libre comercio y en el *laissez-faire*) o tratado, como en el caso de Shaw y los fabianos, con un «benévolo desprecio». A todo ello contribuían, en una relación causa-efecto, dos importantes fenómenos ya señalados: la inexistencia de un partido independiente de la clase obrera y la hegemonía liberal en las secciones mejor articuladas y organizadas del movimiento sindical. Frente a lo que ocurría en Europa, en Inglaterra, al menos desde la perspectiva de los intelectuales, la clase obrera constituía no tanto una amenaza potencial revolucionaria como un «problema social». Y todos los enfoques que surgieron en torno a ese problema —reafirmación del liberalismo, fabianismo y el «neoliberalismo» radical y crítico del

55. Esa historia peculiar y «victoriosa» —exenta en esos años de revoluciones y guerras que obligaran a los historiadores a reflexionar y reaccionar frente a ella— y una cierta tradición en el dominio del conocimiento histórico, son, en opinión de Doris S. Goldstein, buenas razones para explicar la poca atención prestada en Gran Bretaña a la «profesionalización» de la historia, aunque sí se manifestó en esos años, como en otros países, un notable interés en la utilización crítica de las fuentes y en el examen de los documentos: «The Professionalization of History in Britain in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries», pp. 3-27.

imperialismo pero no del capitalismo como tal— compartían como rasgo común la conexión de la teoría social con propuestas detalladas y concretas de reforma social. La ausencia de profundo sentido de alejamiento de la política parlamentaria burguesa, tan característico sin embargo en algunos grupos intelectuales de otros países, sostuvo la tradición liberal-individualista en un momento en el que análogas herencias del racionalismo ilustrado y del positivismo eran desafiadas en Europa.

Si creemos a G. Stedman Jones, «esa irregularidad del desarrollo intelectual constituye una pista crucial para la evolución de la historiografía británica». Los historiadores, alejados de las ciencias y las teorías sociales, no estaban preparados para la conmoción que significó la primera guerra mundial y cuando las ilusiones de la Inglaterra liberal se hicieron añicos, cayeron en un intenso vacío intelectual. La firme creencia en el progreso, con sus adornos positivistas, fue rápidamente abandonada. Pese al naufragio de las premisas de la metodología positivista decimonónica, la mayoría de los historiadores británicos hicieron pocos intentos por reformular sus presuposiciones históricas. Dominaba todavía la idea de que los hechos podían hablar por sí solos y aunque se consideró necesaria una revaluación de las interpretaciones históricas del período victoriano, las preguntas realizadas al material no se modificaron. Bajo esas circunstancias, tampoco debe resultar extraño que cualquier cosa que oliera a teoría fuera automáticamente rechazada y que esa aversión a pensar bloqueara también el posible diálogo con la antropología y la sociología. Los escasos autores que, desde fuera de la tradición académica liberal, avanzaron en esa dirección —especialmente Tawney con su aplicación de la sociología de la religión de Weber a la historia inglesa, y Namier con su interés en las teorías de las elites de Pareto y en el psicoanálisis freudiano—, tuvieron que esperar varias décadas para que se les tomara en serio.

La demolición del edificio victoriano —y de las premisas que lo sustentaban— dejó, por consiguiente, a la disciplina histórica sin un núcleo aglutinante. La historia política y constitucional había proporcionado hasta entonces la vértebra principal sobre la que confiar la ambición de una historia universal. Tras la primera guerra mundial, «lo que había sido un sólido bloque de mármol se convirtió en un panal». A la historia política se le añadieron diversas historias con diferentes calificativos (administrativa, económica, eclesiástica,

militar, local, etc.), sin que en el período de entreguerras se hiciera el mínimo esfuerzo por fusionar esa colección de especializaciones en una «significante totalidad histórica». Así las cosas, «el galante intento de Sir Karl Popper de salvar a Inglaterra de los vicios perniciosos del pensamiento holista resultó un esfuerzo baldío». En realidad, aunque el espectro de la «miseria del historicismo» —tal y como era entendido por Popper— nunca se manifestó de forma amenazante en Inglaterra, los historiadores académicos conservadores, especialmente en el contexto de la guerra fría, no pusieron demasiados reparos a la hora de agitarlo. Y es que ya se sabe quiénes eran los «enemigos» de la «sociedad abierta» popperiana. La «contrarrevolución», en esos años posteriores a la segunda guerra mundial, se extendió tanto al ámbito de la teoría como al de las investigaciones históricas concretas. Sólo hay «pensamiento histórico», diría en 1954 Sir Isaiah Berlin, cuando los hechos pueden diferenciarse «no meramente de la ficción, sino también de la teoría y de la interpretación». La dicotomía entre hechos e interpretación constituía todavía la piedra angular del positivismo más reciente. Echarla abajo fue la tarea que se propuso E. H. Carr en *What is History?* (1961), el ataque más enérgico surgido en el mundo británico frente al empirismo, la falsa objetividad y la subordinación del análisis histórico a la censura moral.[56]

Algunos pensarán que el panorama aquí descrito es demasiado sombrío porque ya en los años treinta habían aparecido en Gran Bretaña los primeros frutos serios de dos viejas tradiciones, la historia económica y la del movimiento obrero, que podrían considerarse algo más que formulaciones embrionarias de historia social. Sus logros, sin embargo, dejaron incólumes los principios básicos de la historiografía dominante. La historia económica se consagró cada vez más a la tarea de apropiarse de lo «económico» como un objeto autónomo de estudio y a establecer como método preferido de análisis el «empirismo acrítico». Los métodos de la historia del movimiento obrero tampoco se diferenciaban mucho de los de la historia

56. La primera edición en castellano es de Seix Barral, Barcelona, 1966. Las frases entre comillas y la cita de I. Berlin proceden de G. Stedman Jones, *History*, pp. 106-108. Sobre la «destrucción de la ciencia histórica» en el período de entreguerras, al que seguirá un proceso de «reconstrucción» con «cuerpos teóricos renovados en otras disciplinas», ha tratado también Josep Fontana, *Historia*, páginas 153-166.

económica y los primeros autores que relataron las acciones del sindicalismo y de las clases trabajadoras lo hicieron con el mismo enfoque que sus antecesores habían utilizado para la historia de reyes, batallas y tratados. En palabras de G. Stedman Jones, construyeron «una especie de variante plebeya de la teoría *whig* de la historia».

Frente a esas dos tradiciones, atrapadas en la postguerra en estrechos confines metodológicos y de investigación, y frente a la más amplia y general tradición profesional de empirismo e individualismo metodológico, se consolidó en los años sesenta una historia social que tomó muy pronto direcciones divergentes. Su producción más sólida, la marxista, tiene su fuente originaria en la versión liberal-radical de la «historia popular» decimonónica y en la obra de demócratas radicales del primer tercio de siglo como R. H. Tawney y los Hammond. Aunque los hoy reconocidos y afamados historiadores marxistas británicos estudiaron historia en Oxford y Cambridge en los años treinta y comenzaron una importante renovación de los estudios históricos en la década posterior a la segunda guerra mundial, hasta finales de los años cincuenta constituyeron un grupo reducido, con una cuestionada reputación izquierdista por su afiliación al Partido Comunista, y cuyas concepciones parecían demasiado «rígidas» a una nueva generación de jóvenes estudiantes e historiadores que querían romper, no obstante, con la historia de las instituciones y de los acontecimientos políticos. En realidad, todas las grandes obras de esos historiadores —excepto la influyente, por los debates que posteriormente promovió, *Studies in the Development of Capitalism* (1946) de Maurice Dobb— fueron publicadas a partir de los años sesenta, tras abandonar la mayoría el Partido, y en un momento en el que el rápido desarrollo de la educación superior abrió múltiples posibilidades a la investigación de cuestiones hasta entonces vedadas o siempre desarrolladas en el marco de una estructura liberal positivista.[57]

57. La reacción crítica de esa nueva historia social frente al «empirismo acrítico» de la historia económica y de la historia institucional del movimiento obrero puede verse en G. Eley y K. Nield, «Why does social history ignore politics?», pp. 249-250. Un resumen de las diferentes opiniones sobre la formación de una tradición de historia marxista en Gran Bretaña —que se remonta, según Samuel, al propio Marx, mientras que para Hobsbawm tiene su origen en el Grupo de Historiadores del Partido Comunista en la inmediata postguerra— se encuentra en H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, pp. 9-21, un libro imprescindible para deba-

Aquellos que, por el contrario, pensaban que a finales de los años cincuenta el marxismo era en Gran Bretaña «demasiado rígido, con todas las cuestiones importantes resueltas antes que la investigación hubiera incluso comenzado», decidieron seguir el camino del «paradigma *Annales*» porque ofrecía, recuerda Peter Burke al transmitir su propia experiencia, la «liberación» de esa historia basada en los «documentos constitucionales» y «resucitaba el pasado». Hubo también quienes, ante el desmantelamiento de la interpretación *whig* de la historia, prefirieron recurrir a la sociología —y más tarde a la antropología— antes que al marxismo. Conviene, no obstante, situar esa aproximación a las ciencias sociales en sus términos justos. La mayoría de los historiadores académicos colocaron su tradición liberal individualista de «parachoques» frente a la invasión de la sociología. G. R. Elton, por ejemplo, distinguido historiador de los Tudor, despreciaba la sociología porque «era ilegítimo imponer una teoría general sobre los hechos». Peter Burke afirma que cuando su generación —historiadores como Henry Kamen, John Bossy o Geoffrey Parker que experimentaron el «real impacto de *Annales*»— llegó a Oxford y Cambridge para estudiar historia a finales de los años cincuenta, los enfoques interdisciplinarios y la discusión de los problemas del método histórico encontraban un insignificante «estímulo oficial» y la sociología apenas era tolerada. El Cambridge Group for the Study of Population and Social Structure, fundado a comienzos de los años sesenta, recibió escasa o ninguna ayuda de la Universidad y resultó ser más bien el invento de tres miembros de esa institución —los historiadores Peter Laslett y Roger Schofield y el geógrafo Anthony Wrigley—, interesados en aplicar los métodos de la escuela de historia demográfica de *Annales* —fundada por Louis Henri y Le Roi Ladurie— a la sociedad preindustrial inglesa. Y por último, existen pruebas de que fueron precisamente los marxistas los primeros —y únicos inicialmente— que consideraron a la «escuela francesa» como «la cosa más interesante» que había ocurrido en la historiografía europea.[58]

---

tir la aportación colectiva e individual de Dobb, Hill, Hilton, Hobsbawm y Thompson. Sobre Thompson en particular resulta útil la introducción de Rafael Aracil y Mario García Bonafé, «Marxismo e historia en Gran Bretaña», en *Hacia una historia socialista*, pp. 7-51. Santos Juliá les dedica también un importante espacio en *Historia social/sociología histórica*, especialmente pp. 41-49.

58. La reacción hostil a *Annales* por parte de la mayoría de los historiadores

Ahora bien, si la sociología ha sido desechada incluso recientemente en los círculos académicos británicos —especialmente por los historiadores— por ser «una moda intelectual de los sesenta», no es menos cierto que entre los sociólogos británicos nunca existió preocupación alguna por el trabajo histórico. Al desdén excesivo y constante de los historiadores hacia las ciencias sociales le correspondía, por consiguiente, una absoluta indiferencia de los sociólogos por la investigación histórica. Cuando, a partir de los años sesenta, tanto historiadores como sociólogos reclamaron mejores y más intensas relaciones interdisciplinarias, la frontera fue cruzada principalmente en una sola dirección, ya transitada unas décadas antes en Francia y en Estados Unidos, que conducía a los historiadores a un explícito interés por los métodos y conceptos de las ciencias sociales.[59] La sociología británica, por el contrario, creció en esos años bajo la triple sombra de la antropología social británica, la teoría social europea y la sociología empírica norteamericana, tres tradiciones científicas profundamente antihistóricas. Mientras que, según vimos, en la sociología estadounidense las críticas al funcionalismo parsoniano y a las teorías de la modernización resucitaron la preocupación por la historia, en la sociología británica nada surgió comparable a los estudios de Barrington Moore sobre las bases sociales de las estructuras políticas, a los trabajos de Charles Tilly en torno a la violencia colectiva y a la formación de los estados o a la teoría del sistema

---

académicos británicos aparece bien reflejada en P. Burke, «Reflections», pp. 147-151, de quien es también eso de que el marxismo era «demasiado rígido». Sin embargo, Hobsbawm matiza algunas de esas afirmaciones y cree que Burke exagera el «atraso» de la recepción de *Annales*. Cuando Hobsbawm se refiere a la «escuela francesa», está pensando en la «confluencia» de la historia económica, del marxismo (Labrousse y Lefebvre) y de las primeras grandes obras de *Annales*: «Comments», *Review*, 1, 3/4 (1978), pp. 157-162. La cita de G. R. Elton procede de Stedman Jones, «History», p. 110. Una información bastante completa acerca de la tardía expansión institucional de la historia social en las universidades, que no comenzó en realidad hasta finales de los años sesenta, la proporciona Harold Perkin en «Social History in Britain», pp. 129-143.

59. En ese contexto y con esa clara intención está escrita la famosa frase de E. H. Carr: «Cuanto más sociológica se haga la historia, y más histórica se haga la sociología tanto mejor para ambas» (*¿Qué es la historia?*, p. 89). La información que sigue procede de Craig Calhoun, «History and Sociology in Britain. A Review Article», *Comparative Studies in Society and History*, 29, 3 (1987), pp. 615-625. Puede vese también Dennis Smith, «Social history and sociology», pp. 296-299.

mundial de Immanuel Wallerstein. Tampoco la sociología marxista, que experimentó un importante crecimiento en los años setenta, mostró especial simpatía hacia la investigación histórica. En realidad, y bajo la influencia del estructuralismo althusseriano, hubo en ese período toda una generación de teóricos sociales británicos que consideraban la investigación histórica como una variedad de «herejía empírica». Estamos, sin duda, ante una de las polémicas más fascinantes que han impregnado el mundo intelectual en las dos últimas décadas y buena prueba de su complejidad es la división de opiniones existente entre los círculos del marxismo inglés: mientras que los sociólogos pasaban la mayor parte de su tiempo asimilando y analizando el marxismo continental —y especialmente el «antiempirismo» de Althusser—, algunos de sus principales historiadores, E. P. Thompson a la cabeza, arremetían contra la pretensión de construir una teoría histórica abstracta.

Al margen de ese estructuralismo marxista, la sociología británica ha conocido desde mediados de los años setenta otros caminos diferentes de renovación. El primero, un intento de restaurar la unidad intelectual de la disciplina, lo ha rastreado de forma bastante solitaria Anthony Giddens, a quien muchos consideran el teórico más sobresaliente de la sociología británica actual. Del segundo, que ha conducido a los sociólogos hacia la historia, existen pruebas palpables en la preocupación por la metodología de la investigación histórica y por sus implicaciones para la sociología que ha mostrado la *British Journal of Sociology*. Desde 1973 a 1978, años en los que se inició ese recorrido, esa revista publicó 33 artículos con claro contenido histórico, entre los que destacan las aportaciones de G. Stedman Jones, G. Roth, P. Laslett, I. Wallerstein y E. P. Thompson —todas en 1976— acerca de la conexión entre ambas disciplinas. Ese fue el preludio de claros ofrecimientos de convergencia y futura fusión en un campo común que Philip Abrams denominó, con términos que recuerdan de nuevo a Giddens, «la problemática de la estructuración social». No parece una cuestión irrelevante que esas propuestas llegaran en el momento en que los historiadores que más habían defendido el contacto con las ciencias sociales iniciaban el repliegue hacia viejos cauces políticos o narrativos. Dicho de otra forma, justamente cuando algunos sociólogos comenzaban a recuperarse del trauma de no haber atendido suficientemente los asun-

tos históricos, los historiadores sociales buscaban nuevas vías de emancipación frente a la sociología.[60]

Con todo lo dicho, poco queda que añadir respecto a la antropología, aunque dos importantes ideas deben ser aquí resaltadas. El dominio de la antropología sobre la sociología en las universidades británicas fue una de las principales razones por las que la sociología tardó tanto tiempo en ser reconocida como una profesión respetada. En Oxford, la cuna de la antropología social, no existió un departamento de sociología hasta los años setenta y en Cambridge la cátedra de sociología fue inicialmente cubierta por un antropólogo. Hasta tal punto llegaba esa subordinación que algunos de los presidentes y miembros de la British Sociological Association —John Barnes, J. C. Mitchell, Peter Worsley— comenzaron sus carreras como antropólogos. Y esa fortaleza fue acompañada durante toda la primera mitad del siglo xx de un sesgo marcadamente antihistórico. Porque si la reputación de la tradición empírica de la historiografía británica residía en el riguroso tratamiento de las fuentes primarias, en el desprecio por la teoría y en la aversión a las ciencias sociales, la de la antropología, especialmente en sus años dorados del período de entreguerras con Radcliffe-Brown como máxima figura, descansaba en el descubrimiento de generalizaciones sobre la sociedad humana a través del mismo método inductivo utilizado en las ciencias naturales. Así las cosas, antropólogos e historiadores transitaron caminos muy diferentes hasta que desde finales de los años cincuenta surgió una acusada tendencia en ambas disciplinas a apro-

60. Vistas así las cosas, parece que la sociología británica ha superado en la última década lo que D. Smith denomina su «crisis de identidad». La aproximación de la sociología a la historia ha tenido en los estudios campesinos uno de sus terrenos más abonados. Theodor Shanin es una excelente muestra de ello. *The Awkward class. Political sociology of peasantry in a developing society: Russia, 1910-1925*, Oxford University Press, Oxford, 1972 (traducción castellana: *La clase incómoda* Alianza Editorial, Madrid, 1983). Philip Abrams ya esbozó su propuesta en «The Sense of the Past and the Origins of Sociology», *Past and Present*, 55 (1972), pp. 18-32 y en «History, Sociology, Historical Sociology», *Past and Present*, 87 (1980). El resultado de todo ello es su ya citado *Historical Sociology*. En cualquier caso, conviene insistir en que, frente a lo sucedido en Estados Unidos, los únicos autores que han hecho florecer la sociología histórica en Gran Bretaña son historiadores y proceden del marxismo. El ejemplo más representativo, y el que más se aproxima al terreno de la historia comparada tal y como lo han concebido los sociólogos norteamericanos, es sin duda Perry Anderson.

ximar lo que siempre deberían haber sido líneas de investigación paralelas. Por un lado, Evans-Pritchard, sucesor de Radcliffe-Brown en la cátedra de antropología de Oxford, corrigió la propensión de la antropología a formular vastas generalizaciones y realizó un notable esfuerzo para estimular la cooperación, continuada desde entonces de forma ininterrumpida. Por otro lado, la explosión casi coetánea de la historia social ha incitado a muchos historiadores a aventurarse, con más o menos rigor, por derroteros antropológicos. Resulta significativo, en este sentido, el reconocimiento por parte de Eric J. Hobsbawm de que en Gran Bretaña «la antropología social ha sido la disciplina crucial en las ciencias sociales, al menos la única que algunos historiadores, yo incluido, han encontrado interesante y de la que han podido sacar algún beneficio». Aunque, como ya señalábamos en el apartado anterior, queda como importante cuestión de fondo la incomprensión de la evolución histórica por la mayoría de los modelos antropológicos, ese es un elogio que Hobsbawm —u otros notables historiadores marxistas británicos— nunca hubiera destinado a la sociología.[61]

La resistencia de la tradición liberal individualista y empírica, la insensibilidad de la sociología respecto a la investigación histórica y la inclinación antihistórica de la antropología frenaron durante mucho tiempo la apertura de fronteras entre esas disciplinas. Así, la carencia de un «doble tráfico» fluido entre la historia y la sociología, que E. H. Carr reclamaba todavía en 1961, contribuyó notablemente a la tardía consolidación de una historia social reconocida académicamente que en otros países —especialmente Francia— había encontrado precisamente en esa convergencia uno de los motivos primordiales de su existencia. Por otra parte, la ausencia de una ruptura teórica con los supuestos y métodos que sostenían la interpretación *whig* de la historia —la tan admirada y exagerada «revolución historiográfica» francesa— configuró también las características de la historia social británica: gusto por el empirismo y la averiguación documental de los hechos más que por la teoría y la

61. «Comments», p. 161. Del interés crítico de E. P. Thompson por la antropología hay una buena muestra en «Folklore, antropología e historia social», pp. 81-102. El sesgo antihistórico de la antropología británica es especialmente subrayado en los trabajos ya citados de K. Thomas, «Historia y antropología», pp. 62-80, y de Evans-Pritchard, «Antropología e historia», pp. 44-67.

construcción de totalidades históricas; sumo cuidado del estilo literario y una disolución de la disciplina desde sus comienzos en inconexas especializaciones que pretendían tan sólo una reconstrucción interpretativa de las experiencias humanas. En realidad, y pese al visible cambio de objeto, temas y técnicas de trabajo, los ingredientes substanciales del empirismo y de la metodología positivista habían subsistido intactos en la transición desde una historia liberal-individual a la denominada social. Se comprende así que los recientes intentos por devolver la historia a sus raíces no vayan tanto dirigidos a erradicar los estudios que se presentan bajo la denominación genérica de historia social como a expulsar definitivamente de la historia al estructuralismo, los abusos científico-cuantitativos y la teoría marxista. Es decir, todo aquello que resultaba ajeno a la tradición dominante en la historiografía británica.[62]

Y ajena a esa tradición resulta la historiografía marxista, aunque muchos de sus representantes nunca hayan podido liberarse de las circunstancias y condiciones en que surgió y se desarrolló. El hecho de que esos historiadores procedieran de familias acomodadas, estudiaran en Oxford y Cambridge y alcanzaran el status profesional en buenas universidades, en absoluto implica que no transformaran los estudios históricos. Y el hecho de que en términos rigurosos no pueda hablarse de ruptura radical tampoco significa que no haya existido ruptura. Porque, efectivamente, perdura en ellos el deleite por la obra bien escrita, el rigor empírico, e incluso —aunque por

62. Bajo la genérica denominación de historia social ha habido desde los años sesenta en Gran Bretaña una explosión de creatividad y de múltiples especializaciones que resulta imposible abordar aquí. A tal explosión contribuyeron enormemente las nuevas universidades fundadas «en la oleada de entusiasmo» por las innovaciones educativas que acompañó a ese período. Reseñar la cantidad de libros y artículos que han aparecido, por ejemplo, de historia oral, local, urbana, del movimiento obrero, de la mujer, del ocio, de los pobres y del sexo, requeriría cientos de páginas. Las asociaciones, revistas y boletines se han multiplicado e informarse mínimamente de la producción editorial anual en esos temas exige dedicación exclusiva. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones nos encontramos ante viejas historias con nuevos tintes sociales. Una excelente manifestación de lo que Tilly llama el «zoo histórico», con sus divisiones, subdivisiones y «sub-subdivisiones», puede verse en las respuestas a *What is History Today?*, editado por J. Gardiner en 1988. Véase también Santos Juliá, *Historia social...*, pp. 49-57, y el análisis más detallado de David Cannadine: «British history: past, present —and future?», *Past and Present*, 116 (1987), pp. 168-191.

razones distintas a las formuladas por los historiadores tradicionales— una notable alergia a estudios sociológicos abstractos. Pero esos mismos historiadores han roto con los efectos más dañinos de la separación entre hechos y teoría (que al fin y al cabo, como denunció Carr, era la piedra angular de la metodología positivista), han situado al poder y a las relaciones de él derivadas en el centro del análisis y han compartido una tradición teórica configurada en torno a los estudios de luchas de clases, a la prioridad concedida a la acción humana, al énfasis en las experiencias y rebelión de las clases desposeídas y al rechazo del determinismo del modelo base-superestructura. A partir de esos supuestos, pueden añadirse muchos matices y todo tipo de distinciones entre historiadores socioculturales (un saco en el que se mete a Thompson, Hill, Raymond Williams o al norteamericano Eugene Genovese) e historiadores socioeconómicos (Hobsbawm, Hilton y Perry Anderson). Y es que ahí precisamente reside la solidez de esa historiografía, en que ha sabido elaborar unas premisas teóricas flexibles donde caben cosas tan diferentes como el modelo general de Anderson cercano a la sociología histórica, la historia «total» (de la sociedad) de Hobsbawm, las lecturas «culturalistas» de clase de Thompson o las reconstrucciones meticulosas —y poco «teóricas»— de experiencias concretas asociadas a Raphael Samuel y el *History Workshop*.[63] En mi opinión, es en la perspectiva de la denominada historia «desde abajo» donde mejor pueden comprobarse esas tensiones, los defectos y virtudes de una tradición de pensamiento que ha hecho de la historia un fenómeno primordial para la comprensión de la sociedad y de la política modernas.

2.4. La historia «desde abajo»: la versión radical de la historia social

La historia de origen popular, vista «desde abajo» o, en términos más genéricos, la historia del *common people*, sólo pudo iniciar

63. Esa flexibilidad ha sido muy criticada desde el mismo seno del marxismo británico y ha inducido a algunos a trazar líneas de separación entre lo que se considera la ortodoxia y la heterodoxia. Mi intención en este libro no es, por supuesto, juzgar autenticidades, sino reconocer que bajo el término marxismo pueden ofrecerse propuestas teóricas e investigaciones históricas muy diferentes. Vuelve a recordarse para ello la utilidad de H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*.

su desarrollo cuando la naturaleza de la política —tema característico de la historia tradicional— y las motivaciones de los historiadores comenzaron a cambiar como consecuencia de las grandes revoluciones de finales del siglo XVIII. Hasta ese momento, los asuntos de la política de las clases dominantes podían ser dirigidos sin la más mínima consideración al grueso de la población sometida, excepto en circunstancias muy excepcionales relacionadas con revueltas e insurrecciones que rara vez se extendían más allá del ámbito local. Eso no significa que la mayoría de la población estuviera satisfecha sino, más bien, que la relación entre súbditos y el poder estaba convenida en términos orientados a mantener el descontento dentro de unos límites aceptables. La mayor parte del tiempo las clases populares aceptaban su subordinación, consideraban prácticamente impensable una alteración radical de las estructuras y valores sociales y reducían sus manifestaciones de protesta a combatir, cuando las condiciones vigentes se hacían insoportables, a esos opresores con quienes tenían contacto inmediato. Los llamados «furores campesinos» o *jacqueries* y los motines urbanos son el ejemplo ideal de esos movimientos.

Las revoluciones burguesas, el desarrollo democrático de los Estados constitucionales —especialmente el gradual reconocimiento del sufragio universal masculino— y la industrialización acabaron con ellos y con las circunstancias que esporádicamente los causaban. Desde ese momento, «el pueblo» se convirtió en un factor constante en la construcción de las decisiones y los acontecimientos políticos. Los historiadores que ya en el siglo XIX captaron la importancia de ese proceso —Michelet, los radicales ingleses como J. R. Green y los socialistas en general— son considerados los precursores de la historia «desde abajo». Sus antecedentes más inmediatos se encuentran en Georges Lefevbre y la historiografía sobre la revolución francesa del período de entreguerras. Como campo de estudio específico, sin embargo, sólo comenzó a florecer a mediados de los años cincuenta del siglo XX, cuando la historiografía marxista pudo liberarse de los enfoques estrechos que hasta entonces habían orientado la historia política e ideológica del movimiento obrero. Esos historiadores marxistas —y sobre todo los británicos— no fueron, por consiguiente, los primeros ni los únicos en explorar esa dimensión desconocida del pasado. Pero son los que han reexaminado críticamente esa tradición, los que han madurado sus temas y métodos y también

los que mejor han solucionado algunos de sus problemas técnicos.[64]

La historia «desde abajo», tal y como la entienden algunos historiadores marxistas británicos, no consiste únicamente en desplazar el foco de interés desde las elites o clases dirigentes a las vidas, actividades y experiencias de la mayoría de la población. Eso es algo que, favorecidos por el descubrimiento de nuevas técnicas para revelar la opinión popular, muchos historiadores han podido recientemente llevar a cabo sin necesidad de planteamiento teórico alguno. Con mayor o menor ingenio, los «anales de los pobres» —los registros de nacimientos, matrimonios y muertes— pueden producir sorprendentes cantidades de información. Desde ese punto de vista, nadie puede negar las contribuciones de los historiadores de *Annales* y de las historias demográficas y cuantitativas al estudio de la sociedad y al hecho social como objetos de investigación. En su historia social, popular en la medida en que subordina la política a lo cultural y lo social, hay siempre una clara intención de ensanchar la base de la historia política tradicional, de utilizar nuevas materias primas y de ofrecer nuevos ámbitos de conocimiento. Ocurre, sin embargo, que el pueblo de la historia popular es un término con múltiples significados y aplicaciones derivadas en ocasiones de las ideas políticas y de las tradiciones históricas que lo sustentan. El pueblo puede ser definido por las relaciones de explotación, por las antinomias culturales o como un conjunto de clases subordinadas desvinculadas de las relaciones de producción y de autoridad. En la perspectiva de historia «desde abajo» de los marxistas británicos, un análisis de las relaciones y luchas de clases en amplios contextos históricos, nunca se pierde de vista que esas relaciones de clase —en cuanto suponen dominación y subordinación, lucha y acomodación— son siempre políticas. Además, frente a quienes consideran que las clases desposeídas parecían estar condenadas a permanecer

64. Todas las maneras de hacer historia tienen sus problemas técnicos pero la mayoría de ellas asumen que existe un conjunto de fuentes materiales, ya confeccionadas, cuya interpretación suscita esos problemas. En la historia «desde abajo» el problema no es tanto descubrir buenas fuentes —incluso las mejores sólo iluminan ciertas áreas de lo que el sector «inarticulado» de la población hizo, sintió y pensó— como construir un marco coherente o modelo —y en definitiva, un sistema de pensamiento— que comprenda esas formas de conducta. Sobre esas dificultades y algunas formas de solucionarlas trata E. J. Hobsbawm en «History from below — some reflections», pp. 63-73.

calladas y pasivas, insisten en que esas clases han sido ingredientes activos y significativos para la totalidad del desarrollo histórico y, por lo tanto, sus luchas y movimientos han contribuido notablemente a las experiencias y luchas de las generaciones posteriores. Por último, lejos de pintar un cuadro triunfal de la oposición y rebelión de los campesinos y trabajadores, descubren los límites de sus luchas y no olvidan las formas de acomodación e incorporación de esas clases al orden social establecido.[65]

Y nada mejor para poder apreciar adecuadamente la perspectiva marxista de historia «desde abajo» que recurrir a los escritos de Georges Rudé, uno de los mejores representantes de esa generación de historiadores marxistas británicos y posiblemente el más brillante estudioso contemporáneo de la protesta popular en Europa. Su prolija obra incluye estudios pioneros de los movimientos populares preindustriales en Francia y en Inglaterra, análisis de la multitud revolucionaria y de la multitud en general, trabajos sobre la naturaleza de la ideología popular, sobre la delincuencia y su deportación a Australia, historias generales del siglo XVIII y de sus tradiciones historiográficas, monografías en torno al Londres de los Hannover, Wilkes y Robespierre e infinidad de artículos sobre temas similares a los tratados en esos libros. Rudé es un historiador que combina la investigación escrupulosa de archivo y análisis cuantitativos detallados, rayando en el «pointillisme», con elaboraciones de categoría teórica, estudios historiográficos y exposiciones generales escritas desde la perspectiva comparada. Más abierto que sus colegas a las modernas ciencias sociales, posiblemente debido a una rica experiencia profesional en Inglaterra, Francia, Australia y Canadá, su producción bibliográfica es un ejemplo de sensibilidad hacia las complejas interacciones de lo social, político y cultural y hacia el papel de la acción humana y de los acontecimientos en el desarrollo histórico. En su intento de síntesis entre la historia estructural y episódica, ha procurado comprender y valorar el comportamiento de la multitud en las dos grandes revoluciones, francesa y británica, polí-

65. Los orígenes, evolución y principales manifestaciones de la historia popular en R. Samuel, «Historia popular, historia del pueblo», en el volumen colectivo *Historia popular y teoría socialista*, pp. 15-47. La perspectiva de la historia «desde abajo» de los marxistas británicos y las diferencias con otras concepciones en H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, pp. 202-211.

tica e industrial, que han configurado el mundo capitalista moderno. En Rudé encontramos, finalmente, el hilo que conecta la excepcional y realmente pionera historia «desde abajo» del francés Georges Lefebvre —y de algunos de sus herederos directos como Albert Soboul— con las elaboradas años después por los marxistas británicos. Por ello, y por otras razones que el lector descubrirá, la obra de Georges Rudé ilustra perfectamente los elogios y críticas que los historiadores marxistas británicos suscitan. Muy marxistas y teóricos para los historiadores tradicionales, muy empíricos y poco teóricos para algunos sociólogos, demasiado pragmáticos para otros, sus supuestas virtudes se convierten en defectos según el prisma desde el que se miren. De lo que no cabe duda es que Rudé comparte con Hill, Hilton, Hobsbawm, Thompson, Samuel, Stedman Jones y muchos otros, un tipo de marxismo flexible, humano y libre.[66]

El interés de Rudé por los movimientos populares se deriva, al igual que ocurre con el resto de historiadores marxistas británicos, del compromiso humano que ha orientado su vida. George Rudé, hijo de padre noruego y madre inglesa, nació en Oslo en 1910. Su familia se trasladó a Inglaterra en 1919 y allí fue llevado a un colegio privado en el condado de Kent donde, con el fin de evitar las bromas de sus compañeros de escuela, se le aconsejó cambiar la pronunciación de su apellido (*rude* en inglés significa grosero) dándole un acento francés. Tras una carrera nada sobresaliente, consiguió en 1931 un graduado en lenguas modernas por la universidad de Cambridge. Hasta ese momento, con 22 años, no había mostrado interés o convicción política alguna y todas sus preocupaciones eran

66. Todo ello aparece bien reflejado en el volumen colectivo de homenaje a Rudé editado por Frederick Krantz, *History from below: Studies in popular protest and popular ideology in honour of George Rudé*, en el que colaboran autores como Hobsbawm, Hill, Kiernan, Ellen Meiksins Wood, Pierre Vilar o Hugh Stretton, de quien proceden los datos biográficos de Rudé que se proporcionan en el texto. Aunque H. J. Kaye pide disculpas por la no inclusión de Rudé en su estudio historiográfico, resulta difícil, dada la naturaleza de sus argumentos, comprender la omisión y la escasa información que de su obra facilita. Esa es otra de las razones por las que se ha elegido aquí a Rudé como representante de los historiadores marxistas británicos. La última, puramente personal, obedece a una deuda intelectual con la obra de Rudé. En los años sombríos en los que estudié historia en Zaragoza, cuando la lectura era una rara virtud apenas estimulada, *La multitud en la historia* me enseñó que las vidas y las acciones de esos que nunca aparecían en los manuales también podían ser historiadas.

artísticas, algo que su padre le había inculcado desde niño. En el verano del año siguiente conoció por casualidad a un joven atleta de Oxford que iba a visitar Rusia en un viaje organizado y le convenció para que se uniera al grupo. Lo que allí vio y aprendió de sus compañeros en esas seis semanas cambió su vida: salió de Inglaterra despreocupado por la política y ligeramente impresionado por Mussolini y regresó convertido al comunismo y al antifascismo.[67]

Comenzó a leer los textos clásicos de Marx y en junio de 1935 se afilió al Partido Comunista, donde desde 1922 estaba ya Dobb y en el que por esos mismos años ingresaron Hilton, Hill y Hobsbawm. Después de la guerra, que pasó trabajando en el servicio contra incendios, y cansado de enseñar idiomas, empezó a estudiar historia. En 1949, despedido del colegio donde trabajaba a causa de sus actividades políticas, tuvo la oportunidad de trasladarse a París a investigar en los archivos de la revolución y conocer a Georges Lefebvre y Albert Soboul. A finales de los años cincuenta, con el título de doctor en Filosofía en sus manos y su primer libro ya publicado (*La multitud en la Revolución francesa*, 1959, cuando tenía 49 años), comenzó a solicitar un puesto académico. Esa década de «guerra fría» no era, sin embargo, el mejor momento para que un marxista tan comprometido como él encontrara trabajo en las universidades británicas en las que, evidentemente, no expulsaban a los profesores marxistas pero tampoco contrataban muchos nuevos. Su negativa a denunciar comunistas, condición imprescindible para obtener un excelente trabajo que se le ofreció en la universidad norteamericana, le impidió asimismo residir en ese país. Así las cosas, en 1960 aceptó un empleo en la universidad de Adelaida (Australia) e inició su periplo particular que le llevó más tarde a ser profesor visitante en Columbia, Tokio, catedrático en Stirling (Escocia) y Mon-

67. No hace falta insistir en la influencia que el ejemplo revolucionario ruso tuvo durante esos años treinta en la formación militante de los historiadores marxistas británicos. Para Hobsbawm, un judío que tuvo que huir de Berlín cuando Hitler subió al poder, «la Rusia soviética parecía demostrarnos que un mundo nuevo era posible». Unos años antes que Rudé, una visita de Maurice Dobb a Rusia le inspiró la redacción de su *Russian Economic Development since the Revolution* (1928, rescrito en 1948 y publicado en castellano con el título de *El desarrollo de la economía soviética desde 1917*, Tecnos, Madrid, 1972). Y a mediados de esa década, Christopher Hill pasó también un año en la Unión Soviética estudiando la obra de los historiadores soviéticos sobre la historia inglesa. Véase H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, pp. 29, 95 y 125.

treal. En 1975, retirado, volvió al Reino Unido. Para entonces, con la importante excepción de *Ideology and Popular Protest*, su trabajo más teórico, ya había escrito la parte más sustancial de su obra. El abandono de la militancia comunista desde que se fue de Inglaterra y sobre todo la práctica tenaz de las principales virtudes puritanas, trabajo duro y diligencia, le convirtieron en tan sólo veinte años de profesional en uno de los historiadores marxistas más notables y prolíficos del siglo XX.[68]

Durante ese tiempo, dos «géneros» diferentes, a primera vista algo antitéticos, han marcado sus escritos: las descripciones detalladas —donde es capaz de contar los ejecutados en las jornadas revolucionarias o la nacionalidad de los 3.600 deportados a Australia a mediados del siglo XIX— y los análisis de movimientos populares específicos, basados por supuesto en una concienzuda investigación de archivo y en los métodos cuantitativos, y los trabajos más generales, reflexivos y de síntesis en los que es un reconocido maestro.[69] Desde su primer trabajo, no obstante, y con ello entramos ya en el asunto central de este apartado, Rudé rechazó considerar los elementos populares de la protesta «desde arriba», como una «incorpórea abstracción y personificación del bien y del mal» y, por el contrario, intentó reconstruir la multitud revolucionaria «desde abajo», como «una criatura de carne y hueso», con su propia identidad, intereses

68. *Ideology and Popular Protest* fue traducido al castellano con el sorprendente título de *Revuelta popular y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1981. *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, el libro que aquí va a servir de paradigma de la concepción de historia «desde abajo» de Rudé, apareció en inglés en 1964 (editado en castellano por Siglo XXI en 1971 en Argentina y en 1978 en Madrid).

69. Así elogiaba Asa Briggs, otro de los grandes historiadores sociales británicos, su capacidad de síntesis al reseñar en *New Statesman* (24 de noviembre de 1978) *Protest and Punishment*: «La investigación que hay detrás de su libro, meticulosamente detallada, ha requerido una rara combinación de paciencia, diligencia, imaginación y simpatía. Una cualidad adicional se manifiesta también en el resultado final: economía. Muchos historiadores habrían necesitado mil páginas; él se contenta con 270»; citado en Hugh Stretton, «Georges Rudé», p. 48. Evidentemente, esa virtud le acerca mucho más a Hobsbawm que a Thompson —autor de obras voluminosas—, con quienes forma el trío de historiadores más representativos de la historia «desde abajo». Buenos ejemplos en castellano de ese talento sintetizador lo constituyen el ya clásico *La Europa revolucionaria, 1783-1815*, Siglo XXI, Madrid, 1974, y el más reciente *La revolución francesa*, Vergara, Buenos Aires, 1988.

y aspiraciones. Para llegar a esa reconstrucción, proporciona una notable cosecha conceptual madurada y contrastada con sus análisis empíricos, pregunta y responde a importantes cuestiones sobre la multitud y los movimientos populares en general y presenta todas esas claves de su historia en un esquema de desarrollo del cambio social que subraya agudas discontinuidades entre el comportamiento de la multitud en las sociedades preindustriales e industriales. 1848 es el decisivo momento crucial que testifica el cambio desde una acción de la multitud generalmente espontánea y que «mira al pasado» (el motín de subsistencia y la destrucción de máquinas) a otra más organizada y con expresiones que prefiguran ya la protesta social «moderna» (manifestaciones de masas, creación de sindicatos, surgimiento de líderes permanentes, acción obrera de clase independiente). Ideológicamente, esa dialéctica «hacia atrás-hacia adelante» se plasma también en la transición desde conceptos tradicionales —precios y salarios «justos», «justicia natural», «antiguas libertades del inglés nacido libre»— presentes en los motines y rebeliones, a percepciones políticas y económicas más claras de las necesidades populares a largo plazo. Desde el punto de vista metodológico, Rudé trata de identificar el comportamiento de la multitud y su composición para reivindicar para ella su justo sitio como protagonista de la historia.

La multitud en la historia, donde combina el minucioso examen empírico con una estructura teórica y comparada, ejemplifica perfectamente todas esas características del modelo «rudéano». El libro se inicia con una cuidada discusión metodológica y se cierra con reflexiones generales sobre las caras de la multitud, sus motivos y creencias, las pautas de los disturbios y la conducta de las multitudes y sus éxitos y fracasos; en los capítulos centrales, suministra datos fundamentales sobre algunos de los movimientos sociales más olvidados por las historias clásicas del movimiento obrero: las revueltas campesinas y urbanas en el siglo XVIII en Inglaterra y Francia, el ludismo, la destrucción de máquinas en el mundo rural («Captain Swing») y el cartismo.

El valor del concepto «multitud» para los historiadores depende mucho de la solidez de su definición, un asunto que Rudé plantea en la introducción. Los enfoques «estereotípicos», desde Burke y Michelet al racista de Le Bon, pasando por Taine, reducen los hombres y mujeres en ella incluidos a abstracciones sin identidad, a lo

que Carlyle llamó una «fórmula lógica muerta». Gustave Le Bon, por ejemplo, un notable exponente de las concepciones sobre la psicología de la multitud a finales del siglo XIX, utilizaba el término no como una descripción sociológica del comportamiento colectivo sino, más bien, como un símbolo de la irracionalidad de la política de masas asociada al advenimiento de la democracia. Frente a esa visión reaccionaria, Rudé da por sentado que la multitud «es lo que los sociólogos denominan un grupo de contacto directo o cara a cara». En su explícita formulación metodológica, que coincide en el tiempo con otros notables enfoques sobre temas similares a cargo de Richard Cobb, Hobsbawm o Charles Tilly, Rudé sitúa como punto de partida la creencia de que la actividad de la multitud incluye claros objetivos sociales y no, como afirmaban esas imágenes convencionales, la búsqueda de un insensato desorden patológico. Por consiguiente, al considerarla como una parte integral del proceso social, la tarea primordial consistiría en establecer tanto la composición social de la multitud como sus intenciones y objetivos.

Ahora bien, si para huir de los «estereotipos» resulta necesario formular preguntas y hallar las posibles respuestas, el historiador debe además saber seleccionar los fenómenos de primordial interés histórico —y excluir aquellos que no lo tengan— y delimitar su estudio cronológicamente. De ahí que, aunque otros defiendan que cualquier tipo de muchedumbre puede ser material apropiado para la historia, Rudé dirija principalmente su atención a las «manifestaciones políticas» y a actividades «tales como huelgas, revueltas, rebeliones, insurrecciones y revoluciones». De la misma forma, y pese a que algunos cuestionen una división tan arbitraria entre las eras «preindustrial» e «industrial», se ocupa de la multitud en el período comprendido entre 1730 y 1848 porque esos fueron años de transición, en los que se desarrolló la gran revolución política de Francia y la revolución industrial en Inglaterra, que finalmente condujeron a la nueva sociedad «industrial». En la década de 1840, línea divisoria de ese cambio fundamental, «los efectos de las revoluciones tanto industrial como política estaban transformando (primero en la ciudad y más tarde en las aldeas) las viejas instituciones, desarraigando la antigua sociedad, cambiando los viejos hábitos y modos de pensar e imponiendo nuevas técnicas».

Y eso significa asimismo que existe una distinción fundamental entre la forma y los contenidos de los disturbios en la era «pre-

industrial» y las posteriores actividades de protesta de la multitud en la sociedad industrial. La descripción de Rudé de la protesta popular en el período de transición considera el motín de subsistencia como el modo típico de comportamiento. En ese y en otras clases de disturbios populares, miembros de las «clases inferiores» (*lower orders* en Inglaterra y *menu peuple* en Francia), organizados en «bandas itinerantes», administran una «ruda pero eficaz justicia natural» que está sustentada «tanto por el recuerdo de derechos consuetudinarios o la nostalgia de pasadas utopías como por aflicciones actuales o por esperanza de progreso material». Todo eso, sin embargo, tiende a cambiar bajo el impacto de la industrialización. Pues con el surgimiento de las ciudades industriales, la llegada del ferrocarril, de los sindicatos estables, del movimiento obrero, de las ideas socialistas, y con la creación de una fuerza policial profesional, los disturbios populares se expresarán a través de huelgas y manifestaciones políticas, protagonizadas por asalariados y llevadas a cabo con objetivos bien definidos.[70]

Veinticinco años después de ser formulado, el armazón interpretativo de Rudé mantiene todavía algunos de sus apoyos fundamentales —esos que le han llevado a ejercer una influencia tan positiva en estudios posteriores sobre la protesta popular— y ha mostrado también sus debilidades, algo nada extraño si se tiene en cuenta el estado precario en que se encontraba ese tipo de análisis a mediados de los sesenta. Aunque a Rudé se le ha censurado, desde posiciones

70. Las citas corresponden a la edición de Siglo XXI de 1978, pp. 11-24. Un análisis sistemático de las causas de las protestas populares en pp. 221-239. La transición a la sociedad industrial en Inglaterra, en realidad una profundización en los principales cambios que el impacto de la revolución «dual» provocó en la protesta popular durante la primera mitad del siglo XIX, fue brillantemente tratado por Rudé muchos años después en *Revuelta popular y conciencia de clase*, pp. 197-224. Debe recordarse la relevancia que para todos esos temas tienen los estudios de E. P. Thompson sobre el siglo XVIII, compilados algunos de ellos en castellano bajo el título de *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1979; los trabajos de Hobsbawm, especialmente el dedicado al ludismo, incluido en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, y por supuesto sus *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 1974. Hobsbawm y Rudé dejan buena constancia de la afinidad de planteamientos en su «empresa conjunta» —así la definen en el prefacio— *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Siglo XXI, Madrid, 1978.

cercanas a la sociología de Durkheim, proporcionar una definición de la multitud demasiado vaga y concebir el estudio de la multitud sólo desde el punto de vista de la protesta social o, para ser más exactos, asociar la historia de la multitud casi exclusivamente con la protesta social en el período que él denomina de transición hacia la sociedad industrial, las críticas más solidas van dirigidas a su explicación teórica en torno a los cambios en las formas de protesta de la multitud a través del tiempo. En ese punto Rudé presenta «dos tipologías estáticas, sin ninguna indicación de los orígenes del modelo "preindustrial", sin una discusión probada de las fases intermedias de transición al modelo industrial y con sólo una mirada de soslayo a los elementos de continuidad». Dicho de otra forma, resulta muy difícil distinguir tan diáfanamente entre «preindustrial» y otras formas de protesta porque, como han demostrado diversos estudios, existen numerosos «ejemplos de continuidad», de persistencia de tipos de violencia asociados con la protesta primitiva, que aparecen también en etapas posteriores del desarrollo industrial. Inciuso una distinción tan adecuada como la existente entre el motín urbano y la huelga puede quebrarse si uno desciende a estudios de marcos reducidos. Los trabajadores que iban a la huelga y se afiliaban a organizaciones sindicales podían al mismo tiempo participar en motines e insurrecciones. La dicotomía fundamental, en suma, entre «preindustrial/industrial» y «tradicional/moderno» resulta insostenible cuando se la saca de su esquema general. Y así se comprueba, con argumentos alejados del marxismo, que el logro del orden social no es básicamente una cuestión de coerción y dominio de clase y que, por consiguiente, existen en la historia notables casos de persistencia de solidaridad y lealtad social que la multitud utiliza para preservar «la identidad de la comunidad».[71]

71. Algunas de esas críticas, formuladas desde la sociología durkheimiana y centradas en el desprecio de Rudé por la «comunidad», en favor de los conceptos de «ocupación» y «clase», constituyen el núcleo fundamental de discusión de Robert J. Holton en «The crowd in history: some problems of theory and method», *Social History*, 3, 2 (1978), pp. 219-233. Desde una posición teórica muy distinta, la persistencia de formas de protesta «preindustrial» bastante más allá de mediados del siglo XIX, ha sido confirmada por el análisis de G. Stedman Jones: *Outcast London. A study in the relationship between classes in Victorian society*, Penguin Books, Harmondsworth, 1984 (primera edición en Oxford University Press en 1971). Obviamente, a medida que uno se aleja de Inglaterra y Francia y se introduce en la historia de España, Italia o Rusia, los ejemplos se multiplican.

Pese a esas observaciones críticas, derivadas sobre todo de la obligada arbitrariedad —reconocida de entrada por Rudé— que acompaña a una división cronológica tan exacta, parece fuera de toda duda que históricamente existen diferencias significativas entre una sociedad en la que la protesta es «predominantemente» directa y violenta, y otra en la que la principal arma de los trabajadores llega a ser la huelga y la organización. Excepciones al margen, lo que identifica a la sociedad industrial es un tipo de conflicto organizado en una dimensión sin precedentes y con antagonistas —patronos y obreros— claramente identificados dentro del orden industrial. Y en eso, evidentemente, nada se parecía al motín de subsistencia que no era, además, una reacción frente a la industrialización como tal, aunque estuviera dirigida a menudo contra la agricultura capitalista y el libre comercio de granos. Por consiguiente, aun siendo cierto que algunos aspectos de la protesta «preindustrial» persistieron en la nueva sociedad, la configuración de la protesta había cambiado completamente en los estados industriales de Europa. La huelga reemplazó al motín y sobre todo los trabajadores se organizaron. Lo que le interesaba a Rudé era «retratar a la muchedumbre preindustrial en acción» y romper con algunos de los tópicos que habían inundado las visiones convencionales de la multitud. Entre los más vulgares, ese que imaginaba —porque nunca lo habían investigado— que el motín tenía motivaciones y objetivos exclusivamente económicos o, en otras palabras, que era hijo del hambre. Frente a ello, aparece de nuevo la dimensión política de la mejor historia social marxista. Lo que Rudé anticipaba en 1964 era confirmado por E. P. Thompson en 1971: existía una «economía moral» popular que atribuía de forma paternalista al gobierno la obligación de velar por el abastecimiento de los productos alimenticios a unos precios «justos»; cuando, desde mediados del siglo XVIII, las nuevas ideas económicas condujeron a una disminución de la intervención del Estado en el comercio de granos, las protestas populares se dispararon no sólo por causa del hambre sino también por la creencia firme en la inmoralidad de la actuación gubernamental que toleraba el aumento de precios, el acaparamiento y la especulación. En definitiva, era el «atropello» a esos supuestos morales lo que «constituía la ocasión habitual para la acción directa».[72]

72. «La economía moral de la multitud», en *Tradición, revuelta y consciencia*

Identificada la multitud y las causas de la protesta, había que escudriñar los orígenes y el curso de las ideas que «cautivan a las masas» (en frase de Marx), porque el estudio de los motivos «no hace justicia a toda la gama de ideas o creencias que hay debajo de la acción social y política, ya sea de los gobernantes al estilo antiguo, de la burguesía en ascenso o de los grupos sociales inferiores». Una observación que le sirve a Rudé para introducir *Ideology and Popular Protest*, su trabajo más teórico, reflejo de los debates ideológicos del marxismo estructuralista entonces de moda en Francia y en los que intervinieron también los historiadores marxistas británicos. En él Rudé trata de desarrollar, alineándose con Gramsci y alejándose de Althusser, un enfoque teórico que sirva para explicar las expresiones ideológicas de las formaciones sociales «precapitalistas», en un período en el que «ideología popular» no es exactamente equivalente a ideología como «conciencia de clase»; por el contrario, «lo más frecuente es que sea una mezcla, una fusión de dos elementos, de los cuales solamente uno es privativo de las clases populares, mientras que el otro se sobreimpone mediante un proceso de transmisión y adopción desde fuera». Como puede comprobarse, resulta una teoría simple y abierta, un modelo bastante indefinido que sugiere preguntas para responder en cada caso histórico. Los hombres crecen y se forman con una comprensión del mundo «heredada», ideas recibidas de los padres y de la cultura dominante. Durante esa formación vital (individualmente) y en el transcurso del cambio histórico (socialmente), a los hombres se les ofrecen otras ideas de origen distinto —a menudo, especialmente en el período que Rudé trata en el libro, procedentes de otras clases. Esas ideas disponibles pueden ser rechazadas o aceptadas pero frecuentemente cambian al adaptarlas a nuevos objetivos o al añadirlas a la imagen heredada del mundo. Así, en un proceso dialéctico, las ideas adquiridas por una generación, con o sin modificación, llegan a ser parte de las ideas «heredadas» de la generación siguiente. En definitiva, las ideas nunca son sólo fuerzas independientes ni expresiones mecánicas de intereses materiales, porque es la conciencia la que vincula

---

de clase, p. 66. Las diferencias substanciales entre la protesta popular antes de y en la sociedad industrial son señaladas por Dick Geary, quien recopila también todos esos estudios que han servido para matizar la brusca división cronológica de Rudé: *European Labour Protest, 1848-1939*, Methuen, Londres, 1984, pp. 25-89.

los intereses a la acción a través de procesos históricos que necesitan ser investigados en cada caso.[73]

Y llegamos de esta forma al punto crucial en el que la valoración del trabajo de Rudé toma rumbos distintos. Pocos dudan de los logros de su historia «desde abajo», caracterizada por el uso cuidadoso y hábil de nuevas fuentes para desentrañar la cara oculta de los movimientos populares en Francia e Inglaterra en los comienzos de sus revoluciones política e industrial. Otra cosa es, sin embargo, el trato que en su obra establece con la teoría social. Las críticas en este terreno arrecian. Los sociólogos, sobre todo esos académicos que observan las teorías como bienes de consumo, han calificado la parte teórica de su trabajo, donde no encuentran jerga ni álgebra, de débil y anticuada. Los historiadores tradicionales no acaban de creerse nunca eso de las caras de la multitud y lo interpretan como un reflejo —equivocado— del interés marxista por las «masas». Ni que decir tiene que, en el extremo opuesto, los marxistas más dispuestos a establecer modelos teóricos han encontrado su trabajo muy pragmático y propenso a descarriarse debido a la ausencia de «rigor teórico». En realidad, la supuesta indiferencia de Rudé hacia la teoría encaja perfectamente, según algunos, en la distintiva tradición del marxismo británico, de historiadores como Hilton, Hill, Hobsbawm o Kiernan, que nunca han entrado en demasiados debates conceptuales sobre cuestiones fundamentales como las clases, la ideología o el estado y a quienes por eso se les ha denominado «culturalistas», «humanistas» o «anglo-marxistas» al *empirical mode*. Incluso Thompson, que sí ha mostrado su opinión en extensas declaraciones teóricas normalmente ocasionadas por las reprimendas hacia su obra de algunos críticos, resulta siempre sospechoso por sus tendencias literarias e impresionistas, sus arremetidas contra la sociología y su aversión hacia los factores económicos.[74]

73. Las citas corresponden a los capítulos 1 y 2 de *Revuelta popular y conciencia de clase*. La flexibilidad de ese enfoque teórico es subrayada y elogiada por H. Stretton, «George Rudé», pp. 50-51.

74. El mismo Rudé le comunicaba a F. Krantz en 1972 que «a pesar de mi devoción por Marx, yo soy esencialmente un pragmático»: *History from below*, p. 32. Conviene recordar que los debates en los que ha participado Thompson se han desarrollado en un foro político más que historiográfico. Véase para este punto G. Eley y K. Nield, «Why does social history ignore politics?», p. 251. Una crítica al «marxismo culturalista» —«culturalista» es también, según este autor, el concepto

Presentar la obra de Rudé —y la de la historiografía marxista británica en general— como meramente pragmática, detallada y de escaso interés teórico, puede conducir a engaño. Su enfoque teórico sale a la luz en su explícita preocupación por las historias «desde abajo», en sus trabajos acerca de las relaciones entre las ideas y la acción y las formas en que los historiadores pueden mejor comprenderlas. Ocurre, sin embargo, que la teoría va siempre acompañada de la tarea permanente de descubrir, comprender y valorar aquellos hechos y tendencias que el autor considera más importantes para la interpretación del desarrollo histórico. En ese viaje de ida y vuelta, de constatar los hechos y luego explicarlos, Rudé y sus colegas aprendieron de Marx y de Engels más que de nadie. Aprendieron que las vidas y las acciones de la multitud, del pueblo, de las clases desposeídas, constituyen la verdadera substancia de la historia. Aprendieron también que la historia debe ser constantemente reinterpretada. Lo que nunca aprendieron de ninguno de los dos es que la historia debía ser explicada desde el punto de vista de un determinismo económico estrecho. Algo que molestará sin duda siempre a quienes identificaron a Marx con ese determinismo y a todos aquellos que creían —y creen— que la historia es una «cosa objetiva» y que los datos encerrados en archivos —«los hechos»— son la única base fiable para las generalizaciones. Frente a esa «ilusión empirista», los historiadores marxistas británicos han demostrado que el análisis detallado de los hechos no está reñido con la teoría y que además de construir modelos, el historiador necesita imaginación y conocer la materia; un conocimiento que le permita eliminar hipótesis de partida inservibles, escapar a la ignorancia o evitar la comisión de importantes anacronismos. Porque, en palabras de Georges Lefebvre, «sin erudición, no hay historia». Un lema que en manos de los historiadores marxistas británicos han proporcionado excelentes resultados.

---

de multitud— en Richard Johnson, «Edward Thompson, Eugene Genovese y la historia socialista humanista», en *Hacia una historia socialista*, pp. 52-85, y en «Culture and the Historians», en J. Clarke, C. Critcher y R. Johnson, eds., *Working Class Culture: Studies in History and Theory*, Hutchinson, Londres, 1979, pp. 41-71. Por el contrario, notables elogios a E. P. Thompson como «el historiador de los sociólogos» pueden verse en A. Giddens: «Out of the Orrery: E. P. Thompson on consciousness and history», en su *Social Theory and Modern Sociology*, Stanford University Press, Stanford, 1987, pp. 203-224.

3. LA CRISIS

Otras teorías explicativas y metodologías de investigación no marxistas han dado también notables resultados y, sin embargo, en la última década han aparecido en el seno del floreciente campo de la historia social importantes signos de desconfianza, insatisfacción y disidencia. Es como si tras un largo y fecundo período de dominio, esa nueva ortodoxia (ahora ya vieja) hubiera alimentado sus lógicas herejías. O como si el ejercicio arrogante del poder, constantemente manifestado en su reivindicación de superioridad respecto a la historia tradicional, hubiera generado un merecido descontento entre sus súbditos y seguidores. La edad de oro, la expansión sin precedentes, ha dado así paso a una crisis de la que dejan constancia numerosos escritos y debates difundidos desde finales de los años setenta. Y como en toda crisis o enfermedad importante, resulta mucho más fácil diagnosticar sus causas y naturaleza que aportar los remedios precisos. En realidad, remedios se conocen pocos. Lo que ha habido hasta la fecha ha sido bastante nostalgia, algunos lamentos y duras advertencias a una situación que sufre en opinión de esos críticos un alto riesgo de contaminación.

Las «confesiones de nostalgia» van inequívocamente dirigidas a avisar de los peligros que supone abandonar la historia política tradicional. Es normal, se dice, que todos esos riesgos no se percibieran en los momentos de euforia pero ahora, tras varias décadas de historia social, pueden apreciarse perfectamente. De seguir por el mismo camino, «perderemos no sólo el tema unificador que ha dado coherencia a la historia, los notables acontecimientos, los individuos e instituciones que han constituido nuestra memoria histórica y nuestro patrimonio, no sólo la narrativa que ha hecho a la historia legible y memorable —no sólo, en suma, un pasado significativo—, sino

también una concepción del hombre como un animal político y racional». De ahí que, antes de llegar a esa «radical redefinición de la naturaleza humana», sea preferible ampararse en una historia política que considere a las leyes y a las constituciones como algo más que maniobras manipuladoras del poder, y en una historia intelectual que tome en serio las «ideas serias» y no como meros instrumentos de producción y consumo. Incluso podría aceptarse una historia social que no se creyera tan dominante y superior, y menos aún «total». Porque, efectivamente, profesionales de esa historia social han producido algunos de los mejores trabajos de los años sesenta y setenta pero, precisamente a causa de ese éxito, «han tendido a exagerar el poder explicativo de la interpretación social de la historia», han privilegiado, en suma, los fenómenos sociales a costa de las ideas.[1]

No todos están de acuerdo, ni mucho menos, en que esa nostalgia sea un síntoma de crisis de historia social. Al fin y al cabo, en sus años dorados hubo muchos historiadores que nunca abandonaron el viejo barco historicista que capitaneaban y se opusieron a la adopción de cualquier modelo científico-social para la investigación histórica. Lo que hicieron entonces autores «individualistas» y empíricos como J. H. Hexter, G. R. Elton y Paul Veyne o incluso defensores de la «metahistoria» como Hayden White, ha tenido ahora continuidad en quienes pretenden difundir una nueva atracción por esa vieja historia. Son signos, por consiguiente, de que el cadáver de la historia política de las elites y del Estado nunca pudo enterrarse del todo. Frente a esa realidad —ya se sabe que siempre habrá histo-

1. En el centro de esa oleada de nostalgia aparecen aquellos historiadores tradicionales a quienes los temas sociales siempre les parecieron triviales, algunos autores muy nerviosos por el «dominio» sociológico y marxista de la historia social, y académicos partidarios del eclecticismo que defienden «una acomodación real de la nueva y la vieja historia, una combinación de lo mejor de las dos», como si tan sólo fuera una cuestión de «mezcla coctelera». Entre estos se encuentra, aunque la irreverencia del último entrecomillado es mía, Gertrude Himmelfarb, *The New History and the Old*, a quien pertenece también la cita sobre los peligros de abandonar la vieja historia (pp. 8-9, 12 y 25). El desprecio del papel de las ideas por la historia social es muy criticado y constituye el hilo argumental de Trygve R. Tholfsen, *Ideology and Revolution in Modern Europe. An Essay on the Role of Ideas in History*, Columbia University Press, Nueva York, 1984, de quien procede la última cita (pp. XI y XII).

riadores dispuestos a relatar las hazañas de los grandes personajes—, la historia social debe recuperar su norte, aquel que le sirvió para legar a la historiografía importantes frutos en el estudio de los grandes procesos, de los fenómenos colectivos y de la sociedad en su conjunto. Surge así el lamento —y también la añoranza— por una historia que después de tantas batallas por abarcar totalidades —y ahí están, se afirma, lo mejor de la tradición marxista y de los fundadores de *Annales*— ha sucumbido al peligro de la especialización y se ha fragmentado en múltiples pedazos. No se trata de reivindicar de nuevo aquella ambición totalizadora, algo que nadie se atreve a hacer hoy, sino de interpretar cada hecho en su contexto —la «historia de la sociedad» opuesta a una serie de especializaciones inconexas— y no reducir la tarea del historiador social a una mera colección de evidencias.[2]

Nostalgia por lo anterior, lamentos por la desintegración, pero las críticas más enérgicas a la actual situación de la historia social proceden de aquellos autores que recelan, rechazan o —en el caso más extremo— abominan el abrazo amistoso que ha sellado la relación entre la historia y las ciencias sociales, especialmente la sociología, durante las décadas centrales del siglo XX. Ya en 1976 Lawrence Stone y Gareth Stedman Jones advertían, desde premisas historiográficas muy distintas, que la senda por la que transitaban los novios no estaba cubierta con una alfombra de rosas. Mientras que Stone criticaba el «inmerecido desprecio» con que los historiadores «social-científicos» trataban la «temática y la metodología de los historiadores tradicionales», Jones denunciaba que esa relación había dejado intacta la propensión tradicional a identificar a la historia con lo empírico y a la sociología con lo teórico. En ambos casos, sin embargo, se tomaba como punto de partida la debilidad teórica de la sociología y el estado de aguda crisis de «legitimidad científica» que estaban atravesando las ciencias sociales. La cosa no carecía de relevancia porque, al intentar resolver la frustración ante el problema pendiente del contenido y status científico de la historia, se había recurrido a las aportaciones teóricas de las ciencias so-

2. Muchos análisis historiográficos aluden a esa desintegración. Un buen ejemplo en los artículos de G. G. Iggers y G. Eley en *International Handbook of Historical Studies*, especialmente pp. 8 y 56. A esos lamentos se refiere también S. Juliá en *Historia social/sociología histórica*, pp. 56-57.

ciales, unas ciencias eminentemente no históricas y al parecer tampoco demasiado «científicas». Había llegado, por consiguiente, el momento de que las «ratas históricas» abandonasen «el barco científico del campo social —en lugar de permanecer en él hacinadas en medio del desorden—, ya que éste parece estar haciendo agua y requerir urgentes composturas.»[3]

A esa atmósfera de escepticismo acerca del valor de las ciencias sociales para el análisis histórico —impensable una década antes en los ambientes de la «nueva historia social»—, han ido sumándose otros historiadores provenientes de muy distintos lugares del firmamento historiográfico. Los historiadores más conservadores siguieron insistiendo, con un discurso nada nuevo aunque ahora afín al de algunos desencantados, en la autonomía de la historia frente a las ciencias sociales. Algunos *social historians* norteamericanos —ni marxistas, ni «annalistas» pero algo alérgicos a los modelos analíticos— pensaban también que la sociología no proporcionaba «refugio adecuado» debido a su «ausencia de conciencia histórica» y propugnaban el reconocimiento de la historia social «como una disciplina separada». Entre los «neomarxistas» británicos —mucho más radicales en este punto que los clásicos como Hobsbawn o Thompson— sonaba la alarma porque la obsesión por el método y las técnicas a la que había llevado esa amistad había desprovisto al trabajo histórico de contenido teórico. De todas partes, en suma, surgían quejas por haber permitido la intromisión de sociólogos y supuestos teóricos ajenos a la profesión.[4]

3. Lawrence Stone, «La historia y las ciencias sociales en el siglo xx» (originalmente en inglés en 1976), p. 46. Tal relación iba acompañada, en opinión de Stone, de tres tendencias peligrosas que suponían serias amenazas a la profesión histórica: el uso «desmedido e irreflexivo» de la cuantificación; la psicohistoria y el «hábito de restringir la explicación histórica dentro de una jerarquía causal exclusiva y unilateral, que en la actualidad se está volviendo el sello distintivo de gran parte de la moderna erudición francesa». El análisis de G. Stedman Jones, al que volveremos posteriormente, se encuentra en su artículo «From historical sociology to theoretical history», pp. 295-305.

4. La petición de una historia social como «disciplina separada» es de Peter N. Stearns, editor de la revista norteamericana *Journal of Social History*, en «Coming of Age», el artículo que cerraba el número especial que esa revista, con motivo de su décimo aniversario, dedicaba a la historia social (vol. 10, 2, 1976, p. 254). Una crítica global a la historia social desde el «neomarxismo» británico en Tony Judt: «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians», *History Workshop*, 7 (1979), pp. 66-94.

Ocurre, sin embargo, que no todas esas expresiones de insatisfacción poseen —ni pueden poseer— el mismo valor. Una cosa es intentar corregir los excesos y restablecer algunas virtudes olvidadas y otra muy distinta repudiar cualquier interpretación social de la historia para volver a la situación tradicional. Y tampoco es lo mismo plantear la necesidad de abandonar las teorías sociológicas inservibles para la historia, con el fin de realizar una profunda revisión del trabajo histórico, que alejarse con esa excusa de cualquier preocupación teórica y conducir de nuevo a la disciplina histórica al puro terreno empírico. Conviene, por lo tanto, centrar las cosas, comprobar qué es lo que no funciona en la historia social y conocer el contenido de esas críticas. Unas, tras observar las dificultades experimentadas por la historia social para salvar la dicotomía regularidad frente a hechos particulares, defienden la conveniencia de regresar hacia métodos y temáticas que se consideraban superados: la historia narrativa y la historia política. Otras conducen su análisis hacia aguas más profundas y vislumbran claros signos de «una completa pérdida de fe en la historia», de un desarme teórico y político de las tareas historiográficas. Entre esos dos planos críticos transitan diversos planteamientos que formulan objeciones parciales a la historia social —no por eso menos importantes— pero que no encuentran en esas alternativas soluciones satisfactorias al problema. El panorama crítico reproduce, en consecuencia, la misma indeterminación, complejidad y pluralidad que ha acompañado la trayectoria de la historia social desde sus orígenes. No hay ninguna anomalía en ello, como tampoco la hay en el hecho de que algunas de esas propuestas alimenten todavía más el presunto caos en el que se afirma está inmersa la historia social.

3.1. La moda de los retornos

En la última década han surgido defensores de un relativo repliegue de la historia desde los terrenos sociológicos hacia sus viejos cauces narrativos, sin renegar, obviamente, de las perspectivas «sociales» que han enriquecido a la historiografía desde comienzos del siglo xx. Y por «narrativa» se entiende una historia que, frente a la estructural, organiza el material de forma descriptiva más que analítica y centra su punto de mira en el hombre y no tanto en las cir-

cunstancias. Una historia que versa sobre lo particular y lo específico y no sobre lo colectivo y estadístico. La narración representa, por lo tanto, una forma de escribir historia que afecta y resulta también afectada por el contenido y método. Desacreditada y desplazada por la historia social, existen claros indicios de la presencia en los últimos años de una inversión de tendencia, un cambio de estilo en el seno de notables círculos de historiadores sociales que les ha conducido de nuevo a ese terreno proscrito. Eso es lo que observó ya hace un tiempo Lawrence Stone en una clara toma de posición en favor de un conveniente «regreso a la narrativa» que dio lugar a una interesante polémica en la revista *Past and Present*.[5]

Stone evidenciaba un creciente cansancio en relación con el modelo sociológico-estructural dominante (cuyas raíces están, según él, en el marxismo, la interpretación ecológico-demográfica de *Annales* y los métodos cliométricos de la *New Economic History* norteamericana) y lo atribuía a tres conjuntos de fenómenos. En primer lugar, la desilusión ante el determinismo económico-demográfico del modelo, y su habitual relegamiento de los factores intelectuales, culturales, religiosos, psicológicos e incluso políticos como meramente epidérmicos; los vínculos entre cultura y sociedad son indiscutibles, y este es un reconocimiento que debe hacerse a la historia social, pero varían según tiempos y lugares y cualquier intento de reducirlos a un esquema único, o de subordinar lo cultural a «las fuerzas impersonales» de la producción material y del crecimiento demográfico, ha fracasado en sus aplicaciones prácticas a la investigación histórica. Por otra parte, al final —y un poco tarde— se ha tenido que admitir de nuevo que los factores políticos y militares, si bien no deben constituirse en el centro del relato histórico, según se hacía tradicionalmente, tampoco son tan despreciables como ha sugerido la historia social. Y es que, si hacemos caso a Stone, esos factores «han dictado frecuentemente la estructura de la sociedad, la distribución de la riqueza, el sistema agrario, e incluso la cultura de la elite». El último y serio golpe a la historia estructural se lo ha asestado la ambigua valoración que se ofrece en la actualidad sobre los

5. «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24. La réplica en E. J. Hobsbawm, «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past and Present*, 86 (1980), pp. 3-8. La polémica ha sido traducida en *Debats*, 4 (1982), pp. 92-110.

resultados de sus técnicas más características, las cuantitativas. Aunque queda fuera de toda duda el avance que esas técnicas han supuesto para el discurso histórico, los procedimientos utilizados son discutibles, desde los conceptos empleados por los cuantificadores hasta la capacidad técnica de los equipos de trabajo para aplicar estructuras complejas. Pese a haber clarificado el planteamiento de problemas relacionados sobre todo con la demografía, la historia cuantitativa —con sus computadoras, sus fuertes inversiones y sus complicadas tablas estadísticas— no ha podido responder a ninguna de las grandes cuestiones históricas.

Todos estos problemas han llevado, continúa Stone, a un resurgimiento del interés por los factores culturales y políticos o por la historia de las ideas, aunque concebidos en la actualidad en términos muy diferentes a los de la historia tradicional.[6] Es la historia de la sociedad la que interesa, y no la de las elites; pero dentro de esa historia los grandes temas no son sólo los socioeconómicos sino también fenómenos como el del liderazgo político, la fuerza de grupos como la familia, el clan o la nación, el tratamiento de los delitos o el surgimiento de protestas populares vinculadas a esperanzas milenarias. Y para enfrentarse con esas cuestiones, algunos historiadores, según Stone, encuentran más adecuada la narración que el análisis. Así, autores que comenzaron su carrera profesional con historias estructurales han acabado publicando descripciones de acontecimientos únicos: Georges Duby en la batalla de Bouvines; Carlo Ginzburg y su historia detallada de un molinero del siglo XVI; Le Roy Ladurie, con el cuadro «inolvidable» de la vida cotidiana en una aldea occitana a principios del siglo XIV; e incluso en autores marxistas como Carlo M. Cipolla, Hobsbawm o Thompson observa Stone esa tendencia que hubiera sido inimaginable unos años antes.

Hecho el diagnóstico, Stone concluye que el movimiento de regreso de los «nuevos historiadores» hacia la narración marca el fin

6. Hay, en opinión de Stone, cinco diferencias entre la nueva y la vieja narrativa: el interés por las vidas, sentimientos y comportamientos de los pobres y desconocidos, en vez de los grandes y poderosos; el análisis sigue siendo tan esencial para su metodología como la descripción; la apertura a nuevas fuentes; bajo la influencia de las ideas freudianas y de la antropología, explora el subconsciente e intenta utilizar la conducta para revelar el significado simbólico de los fenómenos; y por último, compone su relato para ilustrar el funcionamiento interno de la cultura y de la sociedad pasadas («The Revival of Narrative», p. 19).

de una época, aquella en la que se intentó aportar una explicación científica al pasado. Hundido el determinismo económico y demográfico, heridos de muerte el estructuralismo y el funcionalismo, «hay signos de cambio en la historia». Cambios en los temas centrales, en los problemas estudiados, en las disciplinas influyentes, en el objeto de análisis, en los modelos explicativos del cambio social, en las técnicas de investigación, en la organización del material y en el entendimiento de la función del historiador que pasa a ser más literaria que científica.

Los argumentos de Stone fueron contestados en el número siguiente de *Past and Present* por Eric J. Hobsbawm, quien, sin negar la existencia de esos cambios, disminuye su importancia y los interpreta de modo diferente. Por un lado, los historiadores sociales no han abandonado «el intento de producir una explicación coherente del cambio histórico» y, por consiguiente, siguen interesándose por los «grandes porqués», aunque a veces coloquen el acento en cuestiones diferentes a las que centraban su atención unos años antes. Además, para casi todos esos historiadores que Stone cita, el acontecimiento y el individuo no son fines en sí mismos sino medios de aclarar esa cuestión más general que va mucho más allá de la historia particular y de sus personajes. Y aunque es cierto que ha habido «algunos reduccionistas económicos extremados» y otros que menospreciaban a los hombres y acontecimientos como «ondas insignificantes» de la «larga duración», de la «estructura» y de la «coyuntura», tal radicalismo no ha sido compartido de forma general ni en *Annales* ni entre los marxistas, quienes —especialmente en Gran Bretaña— nunca perdieron el interés en los acontecimientos o la cultura y tampoco aceptaron nunca el determinismo económico que consideraba a la «superestructura» siempre y completamente dependiente de la «base».

Para Hobsbawm, en consecuencia, nada de lo que Stone califica como «cambios en el discurso histórico» cuestiona la historia social, sino que es el resultado de la «diversificación» producida gracias al éxito de esa misma historia y de la ampliación de su campo de interés hacia temas marginales. No es la «narrativa» la que resurge, ni puede aceptarse que haya una renuncia al análisis de las grandes cuestiones historiográficas; lo que ocurre es que la mayoría de los historiadores —posiblemente, eso sí, algo hastiados de las estructuras inmóviles— han ampliado el instrumento utilizado y optan ahora

por el microscopio pero sin rechazar el telescopio como material anticuado. Esa «nueva historia» de los hombres, del pensamiento, de las ideas y de los acontecimientos debe servir para complementar y no suplantar el análisis de las tendencias y estructuras socioeconómicas. En definitiva, los cambios detectados por Stone no significan un rechazo de la historia estructural. Y si el razonamiento es falso y el diagnóstico es incorrecto, concluye Hobsbawm, no hay motivo para moverse del sitio donde uno está.

Estemos ante nuevas tendencias o ante una ampliación del campo de interés, la cuestión de la narrativa ha seguido y sigue en el tintero —o en el ordenador— de muchos historiadores.[7] Una polémica similar, aunque mucho más agria, salió a la luz por esos mismos años en la República Federal de Alemania. La «historia social de la política», como la llama Iggers, o el «revisionismo», en expresión de Mommsen, comenzó a ser atacado tanto desde el bando «tradicionalista» que, recuperado tras su «traumático estado de semi-retiro durante los sesenta y setenta», rechazaba la crítica del pasado alemán de esos historiadores sociales, como desde «la izquierda» que consideraba que la orientación crítica no era suficientemente crítica en su concepción de los métodos y la política y, en consecuencia, mantenía muchas de las presuposiciones de la historiografía tradicional alemana. Y una de las críticas frente a esa «ciencia social histórica» que informaba los trabajos de sus dos principales maestros, Wehler y Kocka, encontró precisamente en la narrativa su hilo conductor. El razonamiento utilizado para ello por los historiadores «tradicionalistas» puede imaginarse: la historia analítica, sin narrativa, sostenía Thomas Nipperdey, no funciona. Y al afirmar eso que nadie interprete que se pretende un retorno a la tradicional historia política «desde arriba» o, añadiría Jörn Rüssen,

7. Curiosamente, en ese décimo aniversario de *Journal of Social History*, Richard T. Vann lamentaba el constante declive de la retórica en la historia, del arte de la persuasión a través de la buena escritura, y observaba también signos de «revival». La narrativa constituía, en su opinión, «la actividad historiográfica esencial», un aspecto muy olvidado, con notables excepciones, en la historia social: «The Rhetoric of Social History», vol. 10 (1976), pp. 221-236. Un amplio análisis, con defensa incluida, de la cuestión en Hayden White, «La questione della narrazione nella teoria contemporanea della storiografia», en el volumen colectivo introducido y compilado por Pietro Rossi, *La teoria della storiografia oggi*, Mondadori, Milán, 1988, pp. 33-78.

la exclusión de la teoría de la explicación histórica. En realidad, era posible una fusión entre una historia que tuviera en cuenta el contexto social y otra preocupada por las acciones concretas de los individuos. Ocurría, sin embargo, que tal unión surgiría no tanto de la declaración explícita de la posición teórica del autor como de la misma narración.[8]

El viaje de regreso desde el análisis de la estructura a la reconstrucción de las vidas de los seres humanos concretos ha sido también emprendido por un grupo de historiadores que, desde posiciones políticas y sociales muy diferentes a las de los «tradicionalistas», defienden la «historia de la vida cotidiana». Para Hans Medick y sus colegas del Instituto de Historia Max Planck de Göttingen, esa nueva «historia social de la política» en Alemania, centrada como la tradicional en la nación y en las decisiones de las elites, despreciaba la acción humana, la vida cotidiana de los hombres, mujeres y niños, y desembocaba finalmente en un análisis de los procesos sociales impersonales. Frente a ella, debía desarrollarse una «perspectiva alternativa», un nuevo enfoque radical de la historia y de la cultura derivada de la antropología cultural que tan bien representa Clifford Geertz en los Estados Unidos. Medick y Geertz están de acuerdo en que el objeto de la historia antropológica consiste en «seleccionar estructuras de significado» y descubrir «la lógica informal de la vida real». Y una tarea de ese tipo no necesita la formulación de teorías como condición previa para el estudio, porque esa «lógica» se revela a sí misma a través de la descripción. La narración se convierte de nuevo en el vehículo del discurso histórico.

Una historia de esas características, con la narrativa como forma de presentación y con exclusión de teorías, es normal que en Alemania siempre huela a historicismo, incluso aunque sea planteada por autores que, como en el caso de Medick, sienten una notable afinidad con las ideas de E. P. Thompson y con las propuestas de «desprofesionalización» de la historia del *History Workshop* británico. De ahí que la respuesta de Wehler y Kocka, desde las páginas de *Geschichte und Gesellschaft*, fuera contundente. Medick era un

8. Véase para esto y lo que sigue la introducción de G. G. Iggers a *The Social History of Politics*, pp. 38-43, y W. J. Mommsen, «Between Revisionism and Neo-Historicism», pp. 104-117. Muy significativo resulta también el contenido del ensayo del mismo Mommsen, donde toca el fondo de la cuestión: «La storia come scienza sociale storica», en *La teoria della storiografia oggi*, pp. 79-116.

historicista que, como los historicistas decimonónicos, sacrificaba «métodos de control racional» por un «intuicionismo subjetivo». Una historia de la vida cotidiana nunca puede lograr la síntesis y, por supuesto, sin conceptos explícitos el análisis histórico no existe.

La polémica entre Medick y los historiadores «científico-sociales» llovía, no obstante, sobre mojado porque unos años antes, a mediados de los setenta, las críticas más incisivas a la nueva historia social en la República Federal de Alemania procedieron de historiadores conservadores que patrocinaban con toda claridad un nuevo historicismo. Poner el epíteto «nuevo» significa reconocer los límites del «viejo», especialmente sus premisas idealistas, el énfasis en las intenciones humanas y su rígida y estrecha aproximación a la política. Las supuestas diferencias, sin embargo, acaban ahí. Su más destacado representante, Nipperdey, propugna en su obra la singularidad e individualidad de los fenómenos históricos, es decir los mismos principios básicos que caracterizaron los escritos de los maestros decimonónicos. Así, la cuestión del contexto social y político en el que los historiadores escriben —uno de los caballos de batalla de la historia social frente a la tradicional— carece de significación porque el tema crucial es la «validez científica» del trabajo histórico. El historicismo, advierte Nipperdey, no debe ser identificado con una tradición decimonónica, ya pasada, de historiografía conservadora en Alemania; además de análisis históricos, abarcaba también estudios humanísticos y sociales y su concepto de individualidad incluía un reconocimiento de los contextos estructurales. El historicismo, por consiguiente, puede ser restaurado y esa renovación incluye un retorno a la neutralidad, a la «objetividad científica» que tanto ha combatido la historia social.

Y si en Alemania el retorno al pasado se llama historicismo, en otros lugares las insatisfacciones con la historia social se han reflejado en un intento de recuperación de la política, especialmente en países como Francia donde la historia política, en otro tiempo la «columna vertebral» de la historia, se había hundido profundamente durante el siglo XX hasta convertirse en un mero «apéndice atrofiado». De ese magno error avisaron ya a comienzos de la década de los setenta algunos notables historiadores formados bajo el amplio paraguas ideológico y social de *Annales*. Desde el seno de esa escuela, por lo tanto, y antes de que les llovieran las críticas desde fuera, se reconocía que la «mala prensa» de la historia políti-

ca entre los historiadores franceses, condenada durante cuarenta años por los ilustres *annalistes*, no debería durar más. Y así, Jacques Julliard evidenciaba ya el «retorno de lo político» —apoyado también en esos años por el peso de la reinterpretación política del marxismo de Althusser y Nicos Poulantzas— y Jacques Le Goff hacía todo lo posible para responder afirmativamente a la pregunta capital que servía de título a uno de sus ensayos más citados: «¿Es todavía la política la columna vertebral de la historia?».[9]

El argumento de ambos, explícito y contundente, puede resumirse en pocas palabras. La historia política languideció «víctima de sus malas compañías». Aquella versión tradicional de la política, que en Francia conserva todavía «un perfume Langlois-Seignobos», fue descalificada tanto por el marxismo como por *Annales*, considerándola «anticientífica» por excelencia, parcial, ignorante del entorno social y «episódica» (es decir, camufladora de la «auténtica realidad» socioeconómica). En la actualidad, tras las notables contribuciones de la sociología, de la ciencia política y del althusserianismo, el concepto y objetivo básicos de la historia política es el «poder» y los hechos que se relacionan con él, una noción que se aplica a todas las sociedades y civilizaciones.[10] Se trata, por consiguiente, de otra concepción de la política diferente de la de la historia tradicional, deudora de la ciencia política actual, de quien toma sus métodos y técnicas, muchas de las cuales son también cuantitativas o seriales, absolutamente opuestas a la primacía del acontecimiento singular. Al convertirse en historia del poder, la historia política es también «historia en profundidad», algo que para los padres de *Annales* sólo estaba reservado a la historia económica, social y de las mentalidades. Reconciliada además con la larga duración, porque el historiador «tendrá que contemplar la temporalidad en la

9. El replanteamiento de J. Julliard, «La política», en J. Le Goff y P. Nora, eds., *Hacer la historia*, pp. 237-257, vol. 2. El de Le Goff, «Is Politics Still the Backbone of History?», apareció en *Daedalus*, 100, 1 (1971), pp. 1-19, curiosamente abriendo el mismo volumen en el que Hobsbawm precisaba su propuesta de «historia de la sociedad». Le Goff apoyaba el «reciente regreso» de la historia política con ejemplos de obras de historia medieval, un terreno en el que, curiosamente también, había echado importantes raíces la historia «social sin política» de *Annales*.

10. En palabras de Raymond Aron, «el problema del poder es eterno, tanto si se trabaja la tierra con un pico como con una excavadora»; citado en J. Le Goff, *ibidem*, p. 4.

que trabaja bajo el ángulo de la permanencia y no únicamente del cambio», la «nueva» historia política descrita por Le Goff y Julliard está dedicada, en definitiva, a las estructuras, al análisis social, a la semiología y al estudio del poder. Aunque eso era todavía un sueño, y así lo reconocía Le Goff, el replanteamiento de la cuestión por historiadores de la tercera generación de *Annales* parecía indicar que también ellos estaban un poco hastiados de los dogmas originarios. En la propuesta no había, ni mucho menos, una aspiración a convertir a la historia política —ahora del poder— en un campo autónomo de estudio, algo inadmisible en un momento en el que todavía se tenía como norte a la historia total, sino más bien un deseo de reinserción de los factores políticos en los fenómenos sociales. Como concluía Le Goff, «al pasar de la edad de la anatomía a la del átomo, la historia política ya no es la columna vertebral de la historia sino su núcleo».[11]

Si el toque de atención de Le Goff y Julliard iba dirigido a sus propios compañeros de *Annales*, no parece que los resultados, casi dos décadas después, hayan sido espectaculares. En realidad, en los últimos años la práctica de la historia social ha sido precisamente atacada por no preocuparse suficientemente de las cuestiones políticas. La mayoría de esos críticos son marxistas que, moviéndose claramente en el campo de la historia social, están de acuerdo en que el trabajo histórico —su condición y posición— debe ser político, aunque, como veremos, las fronteras de lo «político» no sean claramente definidas. Sin embargo, no es sólo la ausencia de política el punto central de la crítica. Podría decirse que en algunos casos, en Tony Judt fundamentalmente, nos aproximamos a una formulación ideal de lo que debería ser la tarea histórica. Entramos así en un territorio profundo y ambicioso, seguro para unos y muy resbaladizo para otros, abierto a críticas y contra-críticas y en el que no hay demasiado lugar para las ambigüedades. Es, en cualquier caso, uno de los pocos territorios en el que ha aflorado la vena reflexiva y teórica de los historiadores. Y eso en la historia social, y en la historiografía en general, es, al margen de su alcance, una buena noticia.

11. *Ibidem*, p. 13. La conclusión de Julliard tampoco dejaba espacio para la duda: «La cuestión no estriba ya en saber si la historia política puede ser inteligible, sino más bien saber si en adelante puede existir una inteligibilidad en historia fuera de la referencia al universo político» («La política», p. 243).

3.2. El desarme político y teórico de la historia social

Las consecuencias del rechazo de la política por parte de la historia social constituyeron ya el hilo argumental de un mordaz artículo que Elisabeth Fox-Genovese y Eugene D. Genovese publicaron en el número conmemorativo del décimo aniversario de la revista norteamericana *Journal of Social History*.[12] La profesión histórica estaba en crisis porque los historiadores sociales burgueses y «liberales de izquierda», que se habían apropiado de la disciplina, ignoraban «el decisivo terreno político del proceso histórico». Las estructuras a través de las cuales la dominación de clase se perpetuaba, era combatida o se transformaba, adquirían un carácter invisible. Un tratamiento así del pasado no sólo resta importancia a la dimensión humana o política de los cambios a través del tiempo, sino que también «niega la posición central de las relaciones de producción, de autoridad y explotación en el momento histórico en cuestión». La crítica iba dirigida a los nuevos historiadores cuantitativos norteamericanos, a la historia social conservadora y «no ideológica» e incluso a radicales y marxistas, pero era la segunda generación de *Annales* y sobre todo Fernand Braudel quien se sentaba en el banquillo de los acusados. El estructuralismo ecológico-braudeliano sería, en opinión de los Genovese, el ejemplo más perfecto de distorsión de la «dimensión temporal», es decir de la misma historia, a la que ha conducido ese abandono de la política.

Una supresión de los procesos políticos que, según otros críticos marxistas, constituía también una «tendencia creciente» en la historia social del movimiento obrero de Gran Bretaña y Alemania. Al describir los aspectos «no políticos» de la vida de las clases trabajadoras —o lo que es lo mismo, examinar los temas «sociales» de la vida cotidiana sin referencia a la conciencia política o a la lucha de clases—, lo que hacen algunos historiadores —y el objetivo de los disparos es ahora E. P. Thompson y su «culturalismo»— es afirmar la «autenticidad» de aquellas situaciones de la experiencia diaria que se hallan fuera de la ideología. Geff Eley y Keith Nield censuran la conclusión implícita en los trabajos de esos historiadores de que la experiencia es anterior a la política. Este tipo de historia social desemboca, en ocasiones sin pretenderlo, en el eclecticismo

12. «La crisis política de la historia social», pp. 77-110.

teórico y en un «empirismo metodológico» basado en modelos sociológicos. Lo malo, además, no tarda en pegarse. Las tendencias «culturalistas» inglesas penetran en Alemania —y en concreto en esos historiadores sociales siempre dispuestos a idealizar y exagerar el carácter democrático del sistema político británico— y reproducen «problemas ingleses»: la separación de la historia social de la historia política y obrera, en vez de realizar una beneficiosa incursión en ambas.[13]

El eclecticismo teórico y la ausencia de la política resultan, para estos críticos marxistas, los dos pecados fundamentales originados por el contagio sociológico a que ha estado sometida la historia social en las últimas décadas. «Este es un mal momento para ser historiador social», escribía en 1979 Tony Judt en una brutal arremetida contra la historia social en general y los *social historians* norteamericanos en particular. Y era un mal momento porque la disciplina se había convertido en un «lugar de tertulia para personas poco eruditas, historiadores desnudos de ideas y sutileza». Sus escritos carecían de «contenido teórico» —encubierto por una notable obsesión por los métodos y las técnicas— y todos ellos representaban en conjunto «una pérdida de fe en la historia». En su reacción frente a los «imperativos cronológicos» de la historia política o económica, los historiadores sociales no han hecho sino perder la sensibilidad hacia los acontecimientos históricos. Existe una constante búsqueda de «status científico», una exigencia comúnmente satisfecha por la «indecorosa e indiscriminada adopción» de términos y herramientas de otras disciplinas. En estas circunstancias, el estudio del pasado llega a ser «una cancha de juego para los golfillos desamparados de otras disciplinas: científicos de ordenador, sociólogos parsonianos y antropólogos estructurales». Resulta muy desconcertante, concluía Judt, «participar en ese escenario de progresiva demencia».[14]

13. G. Eley y K. Nield, «Why does social history ignore politics?», p. 256 y 262-264.

14. «A Clown in Regal Purple», pp. 66-94. Recuérdese que el afamado artículo de Hobsbawm «From Social History to the History of Society» (1971) concluía con una no menos famosa frase: «Es un buen momento para ser historiador social». El artículo de Judt, aunque más sangriento, está en la línea de los publicados sobre la cuestión por G. Eley y G. Stedman Jones —a quienes agradece la ayuda y consejo dispensándoles, no obstante y según una buena costumbre académica, de cualquier responsabilidad— y por los Genovese. He utilizado los entrecomillados para que se advierta el tono de la redacción y pueda contrastarse el tono moderado y compla-

Un comienzo tan fuerte necesita, por supuesto, argumentos. Y Tony Judt, tras aclarar que sólo condena «los trabajos de mala calidad», se atreve a diagnosticar la crisis de la historia social a través de lo que él considera sus cuatro principales defectos: el entusiasmo por la «teoría de modernización»; el olvido de la política; la obsesión por las cifras y la ausencia de una «auténtica problemática o cuestión». Los causantes de ese estado deplorable son, si se atiende a los ejemplos más citados, Peter Stearns, editor del *Journal of Social History*, Louise y Charles Tilly y sobre todo Edward Shorter. Ahí reside, sin duda, el punto débil de la tesis de Judt: reprobar toda una metodología por los supuestos errores de algunos de sus defensores.[15] Porque parece correcto advertir la deficiente calidad teórica y los confusos pensamientos que caracterizan a una buena parte de la producción de la historia social en la actualidad. Pero de esa situación participan, como tratamos de demostrar por las diversas referencias utilizadas en este capítulo, marxistas y no marxistas, discípulos de *Annales* y *social historians* norteamericanos. Nadie parece librarse de una crisis que afecta a los contenidos, métodos y teorías. Ocurre, sin embargo, que al negar sistemáticamente los méritos teóricos e historiográficos de otras interpretaciones —en este caso las que no coinciden con un determinado tipo de marxismo—, lo que se hace en realidad es obstruir un conveniente y siempre necesario debate histórico.

No es difícil apreciar, no obstante, en el razonamiento de Judt los signos inequívocos de una nueva historiografía marxista británica que ha crecido al amparo de la ya clásica y que ha irrumpido en el mercado de trabajo historiográfico en el momento en que se detectaban claras insatisfacciones con lo conseguido. Menos comprome-

---

ciente con *Annales* de Hobsbawm en su reivindicación de «historia de la sociedad» a comienzos de la década de los setenta, con el utilizado por los «neomarxistas» británicos unos años después en su defensa de la historia frente a la sociología.

15. Esa es la observación que le hace Steve Hochstadt, por ejemplo, desde «otra» interpretación del marxismo: «Social history and politics: a materialist view», *Social History*, 7, 1 (1982), p. 75, una discusión crítica, como veremos, de la concepción de la política de los Genovese, Judt y G. Eley-K. Nield. Judt salva de la «progresiva demencia» a algunos notables historiadores —E. P. Thompson, Maurice Agulhon y Nathalie Z. Davis entre ellos— y defiende las contribuciones colectivas de revistas como las británicas *History Workshop* o *Social History*, la alemana *Geschichte und Gesellschaft* y la francesa *Mouvement Social* («A Clown...», pp. 67 y 89-90).

tida que la anterior con las totalidades, más crítica y agresiva con las «teorías» dominantes, ha empleado sus envenenados dardos dialécticos contra lo que sus representantes consideran un «creciente conservadurismo» en los trabajos de historia social. Cabría decir, en este sentido, que con esta segunda generación de historiadores marxistas británicos se han roto de alguna forma los caracteres de escuela unificada que Harvey J. Kaye defiende en su libro. Formados en los años sesenta y setenta, con el notable crecimiento de las universidades y de los movimientos estudiantiles y feministas, estos nuevos marxistas han desafiado profundamente el benévolo clima académico en el que vivían —y viven— la mayoría de los historiadores y han combatido con más energía que sus predecesores «el moralismo liberal» y el «empirismo positivista» que había dejado como herencia la tradición *whig* de la historia. En términos generales, puede considerarse a Gareth Stedman Jones, Raphael Samuel y el heterogéneo círculo configurado en torno al *History Workshop* los máximos exponentes de ese movimiento, y al debate sobre el estructuralismo althusseriano de finales de los años setenta el principal detonador de una importante división —y de una polémica no siempre rigurosa— entre los «partidarios» de la teoría y los «defensores» de la historia. Antes de entrar a valorar esa cuestión, conozcamos, a través de T. Judt, la opinión que a estos nuevos historiadores marxistas británicos les merece la teoría y práctica investigadora desarrollada por la moderna historia social.

La característica más llamativa de muchos de esos historiadores es, según Judt, «su fervor por la teoría de la modernización». Concebida y utilizada originalmente por economistas y sociólogos para explicar y caracterizar la evolución del «tercer mundo», esa «explicación de uso múltiple» se ofrece ahora como «armazón» ideológico para describir el curso de la historia europea. Al combinar la sociología funcional y el neodarwinismo, coloca los acontecimientos y comportamientos pasados en un «proceso lineal» en el que lo fundamental es distinguir entre lo «tradicional» y lo «moderno». Ser moderno es estar donde el «proceso histórico» quiere que tú estés. De ahí que cualquier evidencia acerca de la buena voluntad para adaptarse a las demandas de la «sociedad moderna» es la mejor confirmación de la «naturaleza modernizadora» del individuo o grupo en cuestión. Y por el contrario, esos que no pueden adaptarse, que «protestan» frente a los cambios modernizadores, son

unos «atrasados» que van contra el rumbo de la historia. Todo lo que tiene que hacer el historiador es ordenar, a través de ese proceso, qué es considerado o no «moderno». La teoría que se oculta tras esta interpretación dualista es que la modernización es un proceso inevitable sobre el que nadie tiene control. Al «modernizarse», la sociedad «abre pequeñas cajas» o compartimientos, para que la gente entre o, lo que es lo mismo, opciones y «papeles» entre los que debe elegir. Las mujeres aparentemente exhiben una propensión a elegir papeles que les recuerdan —como una herencia pesada— el lugar (premoderno) del que proceden. Los campesinos y trabajadores de ambos sexos de vez en cuando «dan patadas a esas cajas» como muestra de su frustración «atávica», pero al final «vuelven en sí» y eligen la actitud adecuada. Se adaptan a las circunstancias y se dejan de veleidades revolucionarias. Y en realidad no pueden hacer otra cosa porque esa elección es el resultado de las «presiones económicas» a que la moderna sociedad «en desarrollo» somete a sus miembros.[16]

El recurso a la modernización es, en consecuencia, un claro intento de encubrir la conciencia política y la experiencia de clase de los trabajadores. El olvido de la política por la mayoría de esos historiadores sociales ha hecho realidad la tantas veces ridiculizada frase de Trevelyan. El estudio del momento decisivo —una revuelta, una obra legislativa, una elección, o una crisis económica— requiere una conciencia de la historia como un proceso dinámico, en movimiento y no estático, pero «movido por gente». La obsesión con las estructuras y la demografía es un rasgo característico de las páginas recientes de *Annales* y de muchas revistas anglófonas. El poder, sin embargo, es el concepto clave para el estudio de la sociedad y el rechazo a considerarlo así genera la ilusión de examinar las clases sociales sin referencia alguna al poder económico o al control político. En opinión de Judt, esa es una de las razones primordiales por la que muchos historiadores sociales son incapaces de proporcionar una explicación rigurosa y útil de las revoluciones. Porque si la revo-

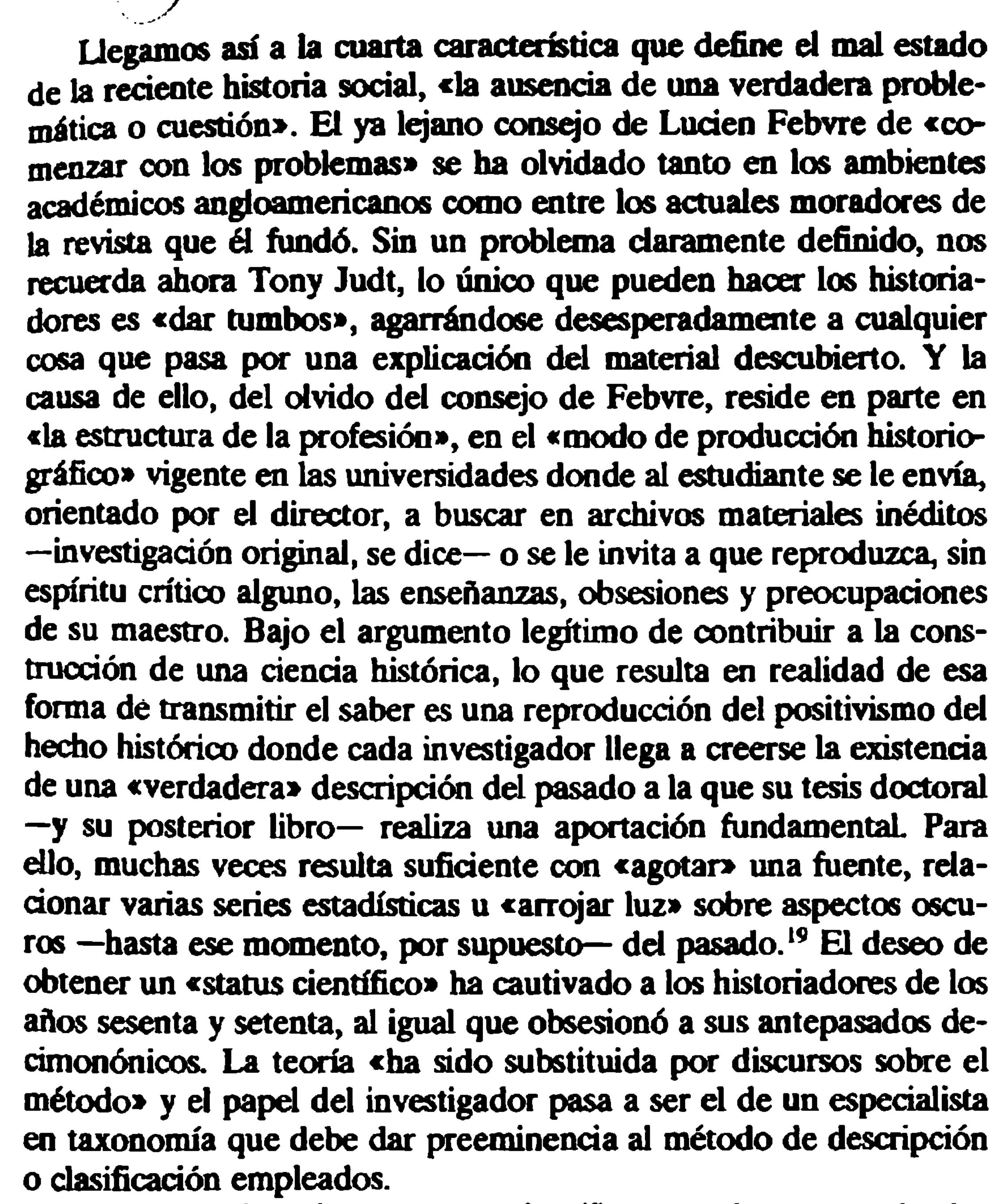
16. Judt utiliza deliberadamente el término «boxes» porque fue Neil Smelser quien en su influyente *Social Changes in the Industrial Revolution* (1969) se refería a las categorías analíticas, o *boxes*, en las que los datos debían insertarse. Unos años antes, en 1962, el mismo autor abrió con su *Theory of Collective Behaviour* una década de análisis sociológico-funcionalistas dedicados a las revoluciones.

lución es una lucha por el poder, por el control del estado, no puede comprenderse si sus componentes esenciales —partidos, ideologías, poder, clases— se dejan fuera del análisis o se denomina «movilización social» a cualquier acontecimiento político que altera el bonito paisaje del pasado. Nada ilustra mejor la condición real de una historia social sin política que la naturaleza de la reivindicación de uno de sus principales impulsores: «Cuando a la historia de la menstruación [*menarche* en inglés] se le dé tanto valor como a la historia de la monarquía [*monarchy*], habremos alcanzado el objetivo».[17]

Entre otras cosas, posiblemente, porque ha habido en la historia muchas más menstruaciones que monarquías. Y la obsesión por las cifras, contar por ejemplo hasta el último siervo del palacio de Versalles, el último tonelero afiliado al sindicato o averiguar cuántos franceses tenían ojos azules en 1815, se ha convertido en otra de las características de esa historia social. Ese interés por los números y sus usos aparece claramente vinculado a la ausencia de «cuestiones históricas adecuadamente concebidas». Dicho de otra forma, recurrir a los datos cuantitativos y cuantificables puede ser un buen recurso para ocultar la falta de argumentos y de un aparato conceptual. Cuando los datos faltan o no es posible aplicar métodos cuantitativos, al historiador no le queda sino un vacío del que no sabe salir. Se gana en precisión pero se corre el peligro de perder el significado de los hechos históricos.[18]

17. La frase es de Peter N. Stearns y estaba escrita con la intención de incitar a los historiadores sociales a que escribieran sobre cosas que le interesaran al público y no sólo sobre cuestiones limitadas a especialistas: «Coming of Age», p. 250. El olvido del poder, y especialmente en el análisis de las revoluciones, no parece en este caso una crítica pertinente si va dirigida a Charles Tilly, un autor que ha situado el conflicto político en el centro de la explicación de esos fenómenos revolucionarios. Otra cosa distinta son las críticas que su enfoque unilateral —considerar sólo el poder estrictamente relacionado con el hecho gubernamental— puedan causar. El análisis de Tilly en *From Mobilization to Revolution*, Addison-Wesley, Reading, Mass., 1978. Un análisis de su teoría en Stan Taylor, *Social Science and Revolutions*, Macmillan, Londres, 1984, pp. 130-150.

18. La frase en este caso pertenece a Peter Burke y es una observación crítica a un intento tan serio y reconocido como el de M. Vovelle —*Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle*, 1973— de estudiar la historia de las mentalidades a través de métodos cuantitativos: «Reflections on the Historical Revolution in France», pp. 155-156. Lo del color de los ojos no es una broma porque, efectivamente, debemos un estudio sobre tema tan fundamental a P. A. Gloor y J. Hondaille: «La couleur des yeux a l'époque du Ier Empire», *Annales*, XXXI, 4 (1976), pp. 677-699.



Llegamos así a la cuarta característica que define el mal estado de la reciente historia social, «la ausencia de una verdadera problemática o cuestión». El ya lejano consejo de Lucien Febvre de «comenzar con los problemas» se ha olvidado tanto en los ambientes académicos angloamericanos como entre los actuales moradores de la revista que él fundó. Sin un problema claramente definido, nos recuerda ahora Tony Judt, lo único que pueden hacer los historiadores es «dar tumbos», agarrándose desesperadamente a cualquier cosa que pasa por una explicación del material descubierto. Y la causa de ello, del olvido del consejo de Febvre, reside en parte en «la estructura de la profesión», en el «modo de producción historiográfico» vigente en las universidades donde al estudiante se le envía, orientado por el director, a buscar en archivos materiales inéditos —investigación original, se dice— o se le invita a que reproduzca, sin espíritu crítico alguno, las enseñanzas, obsesiones y preocupaciones de su maestro. Bajo el argumento legítimo de contribuir a la construcción de una ciencia histórica, lo que resulta en realidad de esa forma de transmitir el saber es una reproducción del positivismo del hecho histórico donde cada investigador llega a creerse la existencia de una «verdadera» descripción del pasado a la que su tesis doctoral —y su posterior libro— realiza una aportación fundamental. Para ello, muchas veces resulta suficiente con «agotar» una fuente, relacionar varias series estadísticas u «arrojar luz» sobre aspectos oscuros —hasta ese momento, por supuesto— del pasado.[19] El deseo de obtener un «status científico» ha cautivado a los historiadores de los años sesenta y setenta, al igual que obsesionó a sus antepasados decimonónicos. La teoría «ha sido substituida por discursos sobre el método» y el papel del investigador pasa a ser el de un especialista en taxonomía que debe dar preeminencia al método de descripción o clasificación empleados.

Pero esa exigencia de «status científico» no alcanza a todos los fenómenos porque hay algunos, especialmente aquellos que caracterizaban a la vieja historia, que no pueden ser explicados científicamente. Por lo tanto, si la historia social pretende ser una «verdadera ciencia social» tiene que hacer todo lo posible por evitarlos. De ahí

19. El argumento de Judt, siempre con ejemplos ilustrativos, se refiere básicamente a las universidades francesas, británicas y norteamericanas. Desgraciadamente, esa es una de las pocas cosas que nuestras universidades tienen en común con ellas.

que en esa historia social moderna no haya demasiado espacio para las ideologías políticas, de la misma forma que tampoco lo había en la sociología de la que deriva. Como es innegable que las ideologías existieron en la historia, lo que se hace normalmente al aproximarse a esa cuestión es «disipar su contenido por medio de una explicación reduccionista de su forma». Y eso se consigue atribuyendo el entusiasmo ideológico a la juventud —que es la que adopta posiciones extremistas en las revoluciones, según ese razonamiento— y situando a la ideología, junto con cualquier otra dimensión del pensamiento humano, en el limbo de los «epifenómenos». Actitudes de este tipo producen historias de la protesta social que no están basadas en el tiempo ni en el apoyo popular hacia una idea o doctrina. Las ideas que supuestamente intervienen en el conflicto social se separan cuidadosamente de los protagonistas y se desechan las ideologías porque una auténtica historia social no debe interesarse por las opiniones de una elite de los oprimidos. Además, de acuerdo con ese planteamiento, el pueblo, «en circunstancias normales», es siempre pasivo. Cuando la protesta localizada es «premoderna», se la califica de irracional; si es «moderna» —o se ha «modernizado» sola—, entonces está claro que ha sido organizada por una ideología «concebida desde arriba» y suministrada a las masas a través de los partidos y las elites. En cualquier caso, concluye Judt, «en ningún momento los campesinos y los trabajadores, hombres o mujeres, adquieren identidad política alguna por sí mismos. Ellos nunca «eligieron» o fueron conscientes políticamente. Se rebelaron a ciegas, o siguieron a los dirigentes».[20]

En definitiva, todos esos síntomas conducen al «desarme» de la historia social, que está siendo transformada de forma gradual en una «antropología cultural retrospectiva». Al no considerar la dimensión política de la historia, importantes áreas de la experiencia

20. «A Clown in Regal Purple», pp. 81-84. Este autor cree que, al negar las ideologías, muchos historiadores sociales, conscientes o inconscientemente, «están dando la batalla a los demonios marxistas». Sigo pensando, sin que eso signifique una absoluta identificación con los argumentos de Judt, que la ausencia de la acción humana y de las ideologías dañaron sensiblemente el contenido del trabajo brillante, ambicioso y provocador de Theda Skocpol sobre la naturaleza de las revoluciones sociales. De todo ello he tratado en «Revoluciones sin revolucionarios: Theda Skocpol y su análisis histórico comparativo», *Zona Abierta*, 41-42 (octubre 1986-marzo 1987), pp. 81-101.

humana se hacen incomprensibles y se priva a los protagonistas del pasado de su identidad ideológica y política. Para estos críticos marxistas, un «retorno» a la posición central de la política, «adecuadamente comprendida», constituye una de las salidas —la salida, más bien— a la actual crisis de la historia social, pese a que las fronteras de lo «político», eso de la «comprensión adecuada», nunca se definen con claridad. Judt en este punto es categórico: «La historia versa sobre la política. Con ello, no me refiero a los debates o aventuras electorales de los parlamentarios, sino a los instrumentos y objetivos por los que la sociedad civil se organiza y gobierna». E. Fox-Genovese y E. Genovese prefieren la metáfora: «La historia cuando trasciende a la crónica, al romance y a la ideología —incluyendo versiones de izquierda— es principalmente el relato de quién domina a quién y cómo». G. Eley y K. Nield son más específicos y teóricos con su insistencia, a partir del concepto de hegemonía de Gramsci, de una «repolitización de lo cultural». Todos ellos, aunque en el caso de los dos últimos autores la afirmación puede matizarse, reivindican que ese énfasis en lo político es «verdadero» marxismo. Una conclusión que, al margen de la imprecisión de la definición de la política, ha molestado, posiblemente con alguna razón, a más de un defensor de la primacía de la «interpretación materialista» del marxismo.

Tal es el punto de partida de la opinión de Steve Hochstadt acerca de esos marxistas críticos de la historia social que «parecen abandonar el básico fundamento materialista» del pensamiento de Marx. Situar la política en el centro, nos dice este autor, «significa la pérdida de nuestra capacidad para explicar la política como el resultado de las relaciones y procesos económicos y sociales». Y aunque esos críticos refuerzan sus tesis con Gramsci y con una «particular lectura» de Marx, «los mejores trabajos elaborados recientemente sobre Marx demuestran la posición central del materialismo en su teoría y proporcionan apoyo textual, así como claridad filosófica, al argumento de que las fuerzas productivas y las relaciones de producción son causalmente más importantes que la política y la ideología». Y esa posición, como se sabe, permitió a Marx explicar el proceso histórico como un desarrollo de las fuerzas productivas que necesariamente acarreaba luchas políticas entre las clases sociales. Así explicaba Marx la política. Lo que no queda claro, añade Hochstadt, es cómo explican la dominación de clase y la explotación

esos que sitúan la política en el centro de su razonamiento. El materialismo, y ese es el verdadero significado de una relación dialéctica, no niega al Estado cierto grado de autonomía; ocurre, no obstante, que esa autonomía, además de limitada, es menor que la de las fuerzas productivas.

Si se acepta esta tesis, por consiguiente, no es posible una simple reconciliación entre el materialismo histórico y el énfasis en la lucha política como la categoría central de la historia. Esas dos concepciones son rivales, pues subrayan como fundamentales diferentes aspectos de la sociedad histórica. Los historiadores que ponen el acento en la política parecen ignorar las diferencias entre sus opiniones y las de otros intérpretes marxistas que les acusan, como Hochstadt, de «haber desplazado a un segundo plano lo que Marx consideraba su contribución fundamental a la historia del pensamiento». Estamos de nuevo ante la cuestión fundamental de la causación —un problema empírico y epistemológico— y de la relación entre la teoría y la evidencia empírica, los dos hilos conductores de los tres grandes debates sobre la «explicación marxista» que ha habido en el mundo anglófono en las últimas tres décadas: el de Anderson y Nairn, con réplica de Thompson en 1964-1965; el de Thompson frente a Althusser y el estructuralismo, con Anderson también de protagonista, a finales de los setenta; y por último, la defensa «funcionalista/teleológica» de Marx por parte de G. A. Cohen —en la que se apoya Hochstadt—, contestada desde el individualismo metodológico y su «teoría del juego» por Jon Elster. Una cuestión, en suma, que se resume en la búsqueda de solución a ese problema de la relación «base/superestructura» que tantos quebraderos de cabeza ha ocasionado a los seguidores de Marx. Hay quien piensa que la única forma de resolver esa polémica es por los resultados empíricos pero eso, como han demostrado todos sus participantes, no hace sino reiniciar el problema porque, al final, todos encuentran importantes puntos de apoyo para corroborar sus argumentos.[21]

21. El ensayo de S. Hoschstadt es una defensa de los logros de la historia demográfica desde «un punto de vista materialista», una forma de historia social olvidada, según él, por Judt, Eley-Nield y los Genovese: «Social history and Politics», pp. 75-83. El análisis de G. A. Cohen en *Karl Marx's Theory of History. A Defense*, Oxford University Press, Oxford, 1978 (traducción castellana: *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Siglo XXI/Pablo Iglesias, Madrid, 1986). La crítica de J. Elster en su reseña «Cohen on Marx's Theory of History», *Political Studies*,

La crítica marxista a la historia social hizo también levantar de sus asientos a aquellos historiadores que aparecían en el blanco de los tiros de Tony Judt y los Genovese. Para Louise A. Tilly, nada de lo que esos marxistas alegan invita —y menos obliga— a renunciar a una historia social en contacto con las restantes ciencias sociales. En el fondo, ¡quién lo diría!, con esa crítica a la política y a los métodos y hallazgos de la historia social, lo que consiguen esos marxistas es compartir con los «conservadores» la misma concepción de la misión y métodos de la historia. ¿Qué es la historia? ¿Es simplemente la «narración de la política»? Esa «exclusiva y limitada definición —advierte Louise Tilly— no garantiza que los seres humanos, con su conciencia o identidad política, volverán como los sujetos característicos de la historia, pese a la fe de Judt y los Genovese en ese retorno. Significa sencillamente que esos cuya conciencia individual e identidad política puede conocerse fácil y directamente llegarán a ser de nuevo los héroes de la historia». Y ya se sabe quiénes son esos: las elites y los dirigentes de los movimientos populares, partidos y organizaciones. Lo que quiere Judt, le replica sarcásticamente Edward Shorter, es volver a los tiempos de la «lucha obrera», «que abandonemos las nuevas direcciones en que hemos intentado movernos, direcciones preocupadas por las formas en que la vida cotidiana privada se ha transformado a través de los siglos, y ¡volvamos a escribir la historia del movimiento sindical!». Con ello se olvida que durante cientos y cientos de años «la mayoría de las clases desposeídas de Europa no tenían el más mínimo interés en el conflicto de clases» y estaban satisfechas con el poder político y social de las clases dominantes. Y son precisamente los silencios y vidas de esos seres humanos olvidados por la historia «teleológica» (marxista) los que la historia social está obligada a iluminar.[22]

XXVIII, 1 (1980), pp. 121-128. La revista *Zona Abierta* ha traducido varias cosas de Elster, entre ellas su conocido «Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos. Alegato en favor del individualismo metodológico», 33 (octubre-diciembre 1984), pp. 21-62, pero su obra capital es *Making Sense of Marx*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985. Lo de la resolución de la polémica por la vía empírica es de C. Lloyd, *Explanation in Social History*, p. 299, quien ya la resuelve para empezar, sea dicho de paso, en favor de Cohen y contra Elster y su individualismo metodológico.

22. Louise Tilly considera, además, que «el examen de las estructuras colectivas y del comportamiento en el pasado puede abordarse independientemente del estudio de la política formal, de la misma forma que el estudio de la política formal puede realizarse separado de la actividad económica y social», «Social History and

La polémica, como puede apreciarse, va más allá de una consideración de la historia social con o sin política y penetra en la disputa sobre qué tipo de conceptos, teorías y metodologías deben informar a la historia social. Una cuestión que deriva a menudo en una defensa de la «imaginación sociológica» como principal proveedor de las perspectivas teóricas —caso en el que se encuentran esos *social historians* estadounidenses— o en una búsqueda de una teoría propia para la historia. Y entre quienes han mantenido la necesidad de una emancipación de la metodología histórica frente a la sociología se encuentra desde hace tiempo Gareth Stedman Jones, un historiador marxista británico, impulsor con Raphael Samuel de *History Workshop*, que ha polemizado frecuentemente con autores de su misma tendencia. En opinión de Jones, la frustración ante el problema pendiente del contenido y «status científico» de la historia se ha resuelto en las últimas décadas recurriendo a las aportaciones teóricas de las ciencias sociales. Y sin embargo, hay dos argumentos que invalidan ese camino: la sociología, además de su debilidad teórica (que está lejos de haber logrado efectivamente constituirse en ciencia), demuestra una especial ineptitud para el planteamiento de los problemas relacionados con la dinámica social; por otra parte, la historia no debe identificarse —como hacían el historicismo alemán y los historiadores tradicionales— con la realidad pretérita o con el transcurso del tiempo. La historia, como cualquier otra «ciencia social», es una «operación totalmente intelectual, que se desarrolla en el presente y en la cabeza». El historiador no investiga sobre el pasado sino sobre los residuos fragmentarios del pasado que han llegado hasta nosotros. Su tarea, por lo tanto, es un «ejercicio intelectual activo» consistente en «construir» los problemas históricos, evaluando el significado de tales residuos. La historia, en definitiva, necesita no sólo unas técnicas sino también una teoría. Y esa teoría, una vez demostrada la incongruencia de incorporar de forma acrítica conceptos sociológicos a la disciplina histórica, sólo puede provenir del marxismo.[23]

El diagnóstico parece correcto pero su propuesta teórica alter-

---

its Critics», *Theory and Society*, 9, 5 (1980), pp. 668-669. Las precisiones de E. Shorter en «"Clowns in Regal Purple". A Response», en el mismo número de esa revista, pp. 670-672.

23. «From historical sociology to theoretical history», pp. 295-305.

nativa sigue sin alcanzar la deseable concreción. La mejor prueba de la complejidad del asunto es la división de opiniones que se observa entre los círculos del marxismo británico. Porque la constante invitación de Jones a que los historiadores establezcan las «bases teóricas» de la historia ha tenido entre sus propios compañeros múltiples respuestas que van desde la incursión en la sociología, al radicalismo historiográfico de la «nueva historia social», pasando por las innovaciones metodológicas de *History Workshop* y, por supuesto, por el estructuralismo. Junto al duro alegato de Stedman Jones contra los historiadores que no poseen una teoría propia y la toman prestada de los sociólogos, nos encontramos con el no menos enérgico ataque que dirige Thompson contra la concepción althusseriana, contra quienes desprecian la sujeción de los conceptos a los datos empíricos y pretenden elaborar una teoría histórica abstracta. Los intentos por conciliar las posiciones enfrentadas, por cruzar la línea de separación entre «la construcción de teoría y la investigación empírica», no han dado hasta la fecha demasiados frutos. El debate en torno a la primacía en la práctica intelectual y política de la «cultura» o de la «estructura» se ha convertido en una oposición entre la historia y la teoría.[24]

Así las cosas, el camino a seguir no parece fácil. La «nueva» historia social se hace vieja y la mejor prueba es que en países como Francia ya tiene abuelos, padres, hijos y nietos; cuatro generaciones de historiadores que han transformado con el tiempo los supuestos metodológicos y estrategias de los fundadores. Frente a la situación de debilidad en la que se encontraba la historia «historizante» y empírica en los años veinte, surgieron en varios países proyectos de renovación orientados a conservar para la historia un lugar de privile-

24. E. P. Thompson ha repudiado la etiqueta «culturalismo» cuando ha sido aplicada a su trabajo y P. Anderson nunca ha formulado una reivindicación del «estructuralismo». Sin embargo, los ensayos de Thompson en *The Poverty of Theory* (1978) representaban perfectamente lo que a esas alturas había llegado a conocerse en Gran Bretaña como «culturalismo»; y los *Arguments within English Marxism* (1980) de Anderson ofrecen una defensa de algunas de las percepciones y preocupaciones políticas asociadas con el estructuralismo. Los términos en que se plantea la polémica están expuestos en H. J. Kaye: *Los historiadores marxistas británicos*, pp. 185-194 y en S. Juliá, «Anderson contra Thompson: tregua en una larga disputa», *En teoría*, 6 (1981), pp. 147-155. La continuación del debate ha sido traducida al castellano en *Hacia una historia socialista*.

gio entre las ciencias humanas. Tales proyectos incluían la exploración de nuevos territorios y la deserción de los dominios tradicionales de la investigación histórica —una historia de las masas que rompiera con las concepciones elitistas y sus héroes—, y un modo estructural de consideración del pasado que pudiera aumentar el poder analítico de la historiografía. «Historia económica y social» fue el término utilizado para designar en el período de entreguerras todos los impulsos renovadores que rechazaban los fundamentos primordiales de la «historia científica» de la escuela alemana y que deseaban como fin obligado la construcción de una «historia total». Algunos consiguieron sus objetivos con una «estrategia interna de grupo» que, como el siempre citado caso de *Annales*, les llevó a conquistar las plazas fuertes de la enseñanza y la investigación y a consolidar sus propias prácticas hegemónicas como una nueva y reconocida «oligarquía cultural».[25] Otros, como los «revisionistas» alemanes y los marxistas británicos, nunca vislumbraron una revolución de tal calibre pero encontraron también sus medios de ejercer un notable dominio en terrenos de estudio ignorados por los historiadores tradicionales.

Una vez en el poder, o enriquecida por la proximidad a él, esa historia social comenzó a mostrar sus límites. La mitad económica de esa unión, amparada en la utilización del lenguaje matemático y la cuantificación, acabó huyendo hacia mundos teóricos específicos considerados mucho más sólidos y se sacudió el añadido de social, de la misma forma que la historia social, a medida que se aproximaba a la sociología y la antropología, tampoco sentía ya la necesidad de sostenerse sobre la económica. En la búsqueda de emancipación y de nuevos territorios, abandonó además la política y la narrativa y, en conjunto, todas las premisas que había sostenido la historia tradicional. La ausencia de un «concepto organizador fundamental», lógica por la indefinición y complejidad de lo social, alimentaba asimismo en su seno los gérmenes de una inevitable desintegración que la han convertido en un enjambre de especializaciones donde, junto a historias «desde abajo» de las clases desposeídas o análisis de estructuras de «larga duración», encontramos «excesos

25. La expresión es utilizada por Charles-Olivier Carbonell en su reseña del libro de Hervé Contau-Begarie: «La phénomène "Nouvelle Histoire", stratégie et idéologie des nouveaux historiens», en *Storia della Storiografia*, 3 (1983), p. 131.

ridículos de cultura mediocre, periodismo de mesa de café», en los que la historia social se identifica con «escándalos sexuales» o «evocaciones nostálgicas de costumbres y morales».[26]

El peligro de sucumbir ante múltiples desintegraciones y a la ilusión de una pura revivificación del pasado, olvidando el esencial papel constructivo de la teoría, ha estimulado finalmente la aparición de críticas y nuevas tendencias historiográficas que se están esforzando, al igual que sus antecesoras, en acumular pruebas que hagan creíble su historia y en elaborar razonamientos que expliquen la significación de los hechos por ellas seleccionados y reconstruidos. El debate sigue abierto y, dada su proximidad en el tiempo, nadie se atreve a proclamar públicamente el fin de la crisis. No seré yo quien lo haga pero, antes de completar el recorrido, justo será dejar constancia de las vías que en mi opinión pueden conducir a una superación de algunos de los malos hábitos adquiridos. La primera, resultado de un fructífero reencuentro de la sociología con la historia, plantea la búsqueda común de la lógica del proceso histórico. La segunda, sin rechazar la convergencia entre historia y sociología, es una defensa del discurso histórico como medio de comprensión de la realidad social. En ambas vías confluyen y se enfrentan perspectivas metodológicas, supuestos teóricos y modelos causales de explicación del cambio social. La coincidencia en ese campo común que Philip Abrams denominó «la problemática de la estructuración social» ha estado bloqueada hasta la fecha por la insistencia de unos en la unidad de la historia y la sociología en una «ciencia social del pasado» y por la pretensión de otros de construir una «ciencia histórica». No parece, por consiguiente, que resucitar el debate sobre las relaciones de la historia con la ciencia sea un buen procedimiento para solucionar la cuestión.

26. La expresión procede de G. Eley, «Some Recent Tendencies in Social History», en G. G. Iggers y H. T. Parker, *International Handbook of Historical Studies*, p. 55 y nota 2 de la página 66, quien observa en la política de reseñas de libros de una revista tan prestigiosa como *Times Literary Supplement* una tendencia a confundir historia social con «memorias divertidas de sociedad, escándalos sexuales históricos, o visiones chismosas de gusto popular». La consolidación y autonomía de la historia económica es abordada por S. Juliá en *Historia social*, pp. 13-21. Esta tendencia a la separación entre lo social y lo económico —y sus peligros— es también señalada por J. Kocka, *Historia social*, pp. 126-127.

4. LA SALIDA DEL TÚNEL O EL CRUCE DE CAMINOS: SOCIOLOGÍA HISTÓRICA E HISTORIA TEÓRICA

Tras el «eclipse parcial» del estudio sociológico del pasado, el movimiento de regreso a los estudios históricos ha echado importantes raíces en la sociología norteamericana. Lo que hoy consideramos sociología histórica presenció un primer renacimiento en los años cincuenta con la publicación de *Work and Authority in Industry* (1956), de Reinhard Bendix, y *Social Change in the Industrial Revolution* (1959), de Neil Smelser; creció considerablemente en los sesenta, una década marcada por la aparición del influyente *Orígenes sociales de la dictadura y de la democracia* (1966) de Barrington Moore; y adquirió pleno reconocimiento en los años setenta cuando vieron la luz los dos volúmenes de *El moderno sistema mundial* (1974 y 1980) de Immanuel Wallerstein, *El Estado absolutista* (1974) de Perry Anderson —aunque en este caso la aportación viniera de un historiador británico— y *Estados y revoluciones sociales* (1979) de Theda Skocpol. El éxito de la obra de B. Moore señaló un significativo cambio de rumbo en las ciencias sociales, el inicio de los estudios históricos comparativos del cambio «macroestructural». A partir sobre todo de ese momento, la sociología histórica enarboló la bandera de la lucha frente a las teorías sociológicas que despreciaban —y desprecian— sistemáticamente el tiempo histórico y reclamó el retorno a la «tradición clásica de la ciencia social». Porque, como señalaba C. Wright Mills en *La imaginación sociológica* (1959), una crítica abierta y elocuente de la «gran teoría» de Parsons y del «empirismo abstracto» de Paul Lazarseld, «es en el nivel de la realidad histórica —es decir, en las estructuras espe-

cíficas sociales e históricas— donde se han formulado los problemas básicos de la ciencia social y donde se han ofrecido las soluciones».[1]

Con la sociología histórica cobra de nuevo fuerza, por consiguiente, una tradición de investigación —que procede básicamente de Marx y Weber— dedicada a la comprensión de la naturaleza y consecuencias de las estructuras «a gran escala» y de los procesos fundamentales de cambio. Uno de sus primeros defensores la definía también como «el estudio de las relaciones humanas en vivo, es decir, en un contexto histórico real, con seres humanos como actores» y cuyo objetivo es proporcionar una explicación de los procesos sociales «iluminados por la teoría». La sociología histórica, desde ese punto de vista, no ambiciona construir una teoría general de una «ficticia sociedad total» donde las sociedades particulares son meras etapas de un desarrollo universal, ni tampoco pretende aislar los diversos aspectos del comportamiento humano en una «acumulación de datos incoherente» que producirá finalmente esa teoría válida del proceso social. Por el contrario, y al reivindicar el tiempo histórico como una categoría fundamental del análisis teórico de la sociedad, lo que intenta es «comprender la relación entre la experiencia y actividad personales y la organización social como algo que se construye continuamente en el tiempo». O en otras palabras, la conexión dinámica entre la acción humana y la estructura social, no como un problema abstracto, sino como una «cuestión empírica» de la historia mundial.[2]

1. La importancia de la obra de Mills —existe traducción al castellano en Herder, Barcelona, 1987— para el desarrollo de esa sociología histórica es subrayada por Dennis Smith en *Barrington Moore: Violence, morality and political change*, Macmillan, Londres, 1983, pp. 6-7 y por Theda Skocpol en «Sociology's Historical Imagination», el capítulo que abre *Vision and Method in Historical Sociology*, pp. 2-3. El que lo cierra, escrito también por Skocpol y titulado «Emerging Agendas and Recurrent Strategies in Historical Sociology», pp. 356-391, es una precisa introducción a las variedades de sociología histórica. Sobre la misma cuestión resulta también muy útil Victoria E. Bonnell, «The Uses of Theory, Concepts and Comparison in Historical Sociology», pp. 156-173. En castellano introdujo el asunto Ludolfo Paramio, «Defensa e ilustración de la sociología histórica», *Zona Abierta*, 38 (1986), pp. 1-18 y recientemente le ha dedicado un importante espacio Santos Juliá en *Historia social/sociología histórica*, pp. 58-84. Las causas de ese reencuentro de la sociología con la historia ya las hemos señalado en el capítulo segundo, pp. 45-48.

2. La última definición es de Philip Abrams en *Historical Sociology*, p. 16. La primera es de Werner J. Cahnman, «Historical Sociology: What It Is and What

Se conceda un interés prioritario a los análisis de grandes estructuras y largos procesos, al estudio de los sujetos individuales o colectivos, o a esa relación entre acción humana y estructura social, en lo que todos parecen estar de acuerdo es que esos sociólogos acometen siempre la investigación sobre el pasado teniendo en la mente algún tipo de teoría explícita o aparato conceptual. Y ahí —y no tanto en esas fáciles distinciones entre enfoque deductivo e inductivo o uso de fuentes secundarias y primarias— residen, nos recuerda Victoria Bonnell, las verdaderas diferencias entre sociología e historia. Los profesionales de ambas disciplinas persisten en adoptar conceptos y procedimientos divergentes al designar su estrategia de investigación. Y aunque esas divergencias pueden derivar de una diferencia simplemente de énfasis y grado, son, no obstante, indicativas de las diferentes orientaciones disciplinarias.

El primer paso de esa estrategia de investigación, la selección de problemas para su estudio, revela ya enfoques opuestos. Los historiadores, por supuesto, recurren también a conceptos y teorías pero lo hacen, según esa autora, de una forma implícita más que explícita y orientan su trabajo a la descripción de la lógica de los acontecimientos en un determinado tiempo y lugar y no tanto a la elaboración de un aparato conceptual. Sociólogos e historiadores difieren también en su disposición a emprender análisis comparativos. Mientras que es «virtualmente axiomático» entre los sociólogos que ese tipo de comparación resulta posible y fructífera, muchos historiadores no aceptan fácilmente una estructura comparada «que se extienda más allá de un período histórico, nación o cultura particulares». Tal renuncia a realizar el «salto conceptual» desde un tiempo y lugar a otro nos lleva directamente a la tercera diferencia, y más importante, entre los sociólogos y los historiadores: sus concepciones de la teoría y su relación con la historia. La inclinación de los historiadores a formular generalizaciones aplicables únicamente a un fenómeno —o fenómenos— de un caso —proceso o acción— particular, puede contrastarse con el deleite que experimentan los sociólogos al buscar teorías que poseen aplicación universal o, por si

---

It Is not», en Baidya Nath Varma, ed., *The New Social Sciences*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1976, p. 107. El mismo Cahnman y Alvin Boskof fueron ya compiladores de un libro publicado en 1964 donde defendían abiertamente la conexión entre historia y sociología: *Sociology and History: Theory and Research*, The Free Press of Glencoe, Nueva York, especialmente pp. 1-18 y 560-580.

a alguien eso le parece inalcanzable, teorías «de orden intermedio» construidas, y situadas, entre «esas hipótesis menores» pero necesarias que se desarrollan en la investigación diaria y los «grandes esquemas conceptuales». Lo peculiar de la sociología histórica consiste, en definitiva, en «hacer explícita la relación usualmente latente entre teoría (sociológica) e historia, dar expresión al diálogo, tan inevitable como reprimido, entre hipótesis teóricas e investigación concreta de hechos históricos singulares».[3]

Sorprende constatar que, planteadas así las cosas, se le asigna a la sociología histórica una especie de misión superior, un papel de «partera» de lo reprimido o de «psicoanálisis colectivo de la ciencia social». Y sorprende porque no toda esa denominada sociología histórica es tan histórica como se afirma, ni tampoco todos los historiadores sienten alergia a hacer explícitos los conceptos y las teorías. El problema, en consecuencia, radica una vez más en el tipo de teorías y aparato conceptual que se utiliza y en las funciones que todo eso cumple en la investigación. Una dimensión funcional que se manifiesta con más claridad cuando consideramos la interacción de las teorías y los conceptos con la evidencia histórica y los diferentes usos de análisis comparativo en la investigación sociológico-histórica. Y ahí entramos en un terreno en el que, como ya observábamos en relación con la historia y el cambio social, no todo vale y es necesario, por lo tanto, llegar a un entendimiento tanto sobre los datos mínimos indispensables para establecer una base que haga imposibles determinadas extravagancias teóricas como sobre el vocabulario y la conceptualización esenciales para referirnos a los fenómenos históricos. Está bien esforzarse en elaborar teorías, en suma, pero resulta excesivo pensar que todas sirven por igual para explicar los «procesos de estructuración» de las sociedades históricas.

En sus «estrategias» de investigación, cuando los sociólogos recurren al estudio de la historia, hay unos que «aplican un modelo general para explicar los casos históricos» y otros que, escépticos acerca del valor de los modelos generales, «usan conceptos para desarrollar lo que podía denominarse interpretaciones históricas signi-

3. La frase es de Ludolfo Paramio, «Defensa e ilustración de la sociología histórica», p. 6. Las diferencias entre las estrategias de investigación de ambas disciplinas en V. Bonnell, «The Uses of Theory», pp. 158-159. El término teoría de «orden intermedio» (*middle-range theory*) fue acuñado ya hace tiempo por Robert K. Merton en *Social Theory and Social Structure*, Free Press, Nueva York, 1957.

ficativas» o para analizar «regularidades casuales» en la historia. Existe, por lo tanto, un tipo de sociología histórica que usa una teoría o modelo para seleccionar, organizar e interpretar la evidencia histórica; y una segunda categoría cuyas generalizaciones analíticas tienden a ser inductivas más que deductivas y en ningún caso utiliza proposiciones causales «nomotéticas» para encontrar leyes generales en las que incluir casos individuales. Cada una de esas dos «estrategias» puede aplicarse, además, a uno o múltiples casos históricos a través de la investigación histórica comparada.[4]

La primera de ellas, a quien nadie discute su legitimidad, tiene para nosotros muchísimo menos interés si de lo que se trata es de buscar los puntos de conexión en los que la cooperación entre sociología e historia más fructífera puede resultar. Su origen se remonta a esos años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial, cuando la sociología norteamericana presumía ser una disciplina capaz de formular una teoría general de la sociedad aplicable universalmente y despreciaba al mismo tiempo al gremio de historiadores por dedicarse a recoger los «hechos» del pasado en los archivos. El primer y mejor ejemplo de ese enfoque fue el trabajo de Neil Smelser *Social Change in the Industrial Revolution* (1959), subtitulado «una aplicación de la teoría a la industria algodonera británica», donde a través de una adaptación de la teoría del funcionalismo estructural parsoniano, el autor dejaba muy claro, como reconocía años más tarde, qué significaba para él la sociología histórica y qué es lo que ponía de relieve su investigación en contraste con lo que hacían los historiadores: «Abordé la Revolución industrial como un caso ilustrativo de un modelo conceptual y explícito extraído de la tradición general del pensamiento sociológico ... Y era este modelo abstracto y analítico el que para mí generaba los problemas y no el período de la Revolución industrial como tal». Podía haber elegido la industrialización en otro país o período —e

4. Los dos trabajos ya citados de Bonnell y Skocpol («Emerging Agendas») las definen e ilustran con precisión, aunque, al no ser «estrategias herméticamente determinadas», en la práctica existen autores que las combinan o que no pueden ser encasillados tan fácilmente en una sola de ellas. Conviene aclarar, como hace Skocpol, que «casos» no necesariamente son «sociedades» y pueden referirse también a «civilizaciones, sistemas mundiales, sistemas culturales, sectores institucionales, grupos, organizaciones o comunidades» (p. 388, nota 22). Un resumen de esas «estrategias» en Santos Juliá, *Historia social/sociología histórica*, pp. 72-77.

incluso cualquier otro «cambio social rápido» en el que la industrialización no ocupara un lugar relevante— porque de lo que se trataba era de acomodar la historia a una teoría preconcebida, de llenar las «cajas teóricas vacías» con evidencia empírica que confirmara o desaprobara la utilidad de esa teoría para interpretar la historia.[5]

La teoría que determina la investigación puede modificarse pero, si se mantienen los fundamentos metodológicos de esa clase de sociología histórica, las dudas sobre la arbitrariedad de aplicar modelos generales al análisis histórico se mantienen. Ese es el caso de la mezcla de teoría sociológica marxista y funcionalista sobre la que gira *El moderno sistema mundial* de Wallerstein. La búsqueda de proposiciones causales nomotéticas conducen a Wallerstein a la investigación histórica «concreta». Inspirado por «la analogía con la astronomía», su modelo se apoya en una afirmación «a priori» tomada de las ciencias naturales y aplicada a la esfera de las relaciones económicas internacionales. Un modelo deductivo, por consiguiente, cuyos dos supuestos principales —la «economía mundo» y el «imperio mundo»— parecen derivarse más de la lógica que del estudio empírico. El modelo de sistema económico mundial funciona también como una «caja vacía» que debe ser rellenada con material histórico y de esa forma la tesis que necesita probarse se incrusta firmemente en la metodología previamente seleccionada.[6]

En el segundo tipo de enfoque sociológico-histórico, el investigador supone que pueden encontrarse en la historia «regularidades

5. Las palabras de Smelser proceden de su artículo «Sociological History: The Industrial Revolution and the British Working-Class Family», *The Journal of Social History*, 1 (1967), pp. 17-36, citado en Victoria Bonnell, «The Uses of Theory», p. 162.

6. Como en Smelser, lo que se plantea aquí no es su teoría —su énfasis, por ejemplo, en las relaciones de intercambio y no en las relaciones de producción, con lo que se sitúa claramente junto a Frank y Sweezy en el debate marxista sobre la «transición»— sino el método de conexión del material empírico con sus preocupaciones analíticas. En ese terreno se mueve la crítica de Bonnell, pp. 163-164. Nadie discute su «influencia substancial en la macrosociología, en la sociología histórica y en el estudio del cambio social». Véase para esto los elogios que sus discípulos Charles Ragin y Daniel Chirot le dedican en «The World System of Immanuel Wallerstein: Sociology and Politics as History», en T. Skocpol: *Vision and Method*, pp. 276-312. La analogía de su método con la astronomía y todas las complicaciones que en torno a él surgen, aparecen explicadas por Wallerstein en la introducción a *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI, Madrid, 1979, pp. 7-18.

causales» por medio de la confrontación entre dos o más teorías y la evidencia histórica. Lo que le separa claramente del anterior es que no se analizan los hechos históricos de acuerdo con un modelo general preconcebido y lo que se pretende, por el contrario, es descubrir las «configuraciones causales concretas» adecuadas para explicar fenómenos históricos importantes. En condiciones normales, esta «sociología histórica analítica» dirige su atención hacia los estudios comparados, donde encuentra los medios apropiados para contrastar los diferentes casos —con sus similitudes y diferencias— y poner de relieve los rasgos particulares de cada contexto individual. En opinión de Skocpol, quien se sitúa por supuesto en este segundo tipo de estrategia de investigación, «la sociología analítica» es la única que puede evitar los extremos de la dicotomía regularidades o uniformidades frente a hechos particulares que tanto limita la utilidad y el atractivo de los otros enfoques sociológicos o históricos.[7] Autocomplacencias al margen, es efectivamente en esa forma de análisis sociológico del pasado y concretamente en el estudio comparado de las revoluciones, donde mejor puede percibirse un intento de síntesis del legado de Marx y Weber y una combinación eficaz del discurso histórico con las teorías sociológicas. Casi un cuarto de siglo después de su aparición, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, de Barrington Moore, merece especial reconocimiento como la obra clásica que abrió ese camino.

Frente a la búsqueda de una teoría general de las revoluciones —obsesión y ambición de la sociología funcionalista estructural y de algunos modelos anteriores y coetáneos a su obra derivados de la

7. «Emerging Agendas and Recurrent Strategies», p. 384. V. Bonnell distingue entre formas de comparación «analítica» e «ilustrativa» (que Skocpol denomina «interpretativa»): «The Uses of Theory», pp. 164-166. Como puede observarse, los términos para designar todos esos diferentes usos y tipos de sociología histórica y análisis comparativo cambian según los autores que los «inventan» y según los criterios utilizados para la clasificación, algo que no debe extrañar en una disciplina que hasta hace dos décadas no tenía espacio alguno en las «agendas» de los sociólogos. La misma Skocpol, en un trabajo firmado también por Margaret Somers, distinguía en 1980 tres formas diferentes de abordar el análisis comparativo: como «demostración paralela de teoría» (donde situaba por ejemplo a Eisenstadt); como «contraste de contextos» (donde estaba entonces R. Bendix, ahora en la comparación «interpretativa»); y como «análisis macro-casual» (con B. Moore a la cabeza): «The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry», *Comparative Studies in Society and History*, 22, 2 (1980), pp. 174-197.

psicología y de la ciencia política—, Moore se propuso el análisis en profundidad de la «transformación de la sociedad agraria en países específicos», con objeto de entender la posible lógica interna generalizable al conjunto. De lo que se trataba era de desarrollar, someter a prueba y refinar hipótesis explicativas sobre acontecimientos o estructuras históricas de los que sólo existen unos cuantos ejemplos y sobre los que, sin embargo, actúan múltiples variables. Desde esa perspectiva, las comparaciones «pueden servir para rechazar de plano explicaciones históricas aceptadas» y pueden también conducir a nuevas generalizaciones históricas. El análisis comparativo no representa, por lo tanto, «ningún sustitutivo para la investigación detallada de los casos específicos. Consiste, más bien, en probar correlaciones entre causas potenciales y las características del fenómeno que se explica. Una estrategia de investigación, en definitiva, donde las generalizaciones que conectan las estructuras y relaciones de clase con las consecuencias políticas no pueden reducirse a fórmulas o modelos.[8]

Porque, efectivamente, la principal preocupación de Moore, que constituye su hipótesis de partida, es la contribución de la clase terrateniente y del campesinado de las principales sociedades occidentales y asiáticas a las instituciones políticas que surgieron durante la modernización. Según la naturaleza y grado de intensidad de la reacción de esas clases sociales ante la introducción de la economía capitalista, pueden distinguirse «tres grandes vías en el tránsito del mundo preindustrial al moderno». La primera de ellas, las revoluciones burguesas que condujeron a Inglaterra, Francia y Estados Unidos a «una versión democrática del capitalismo», ocurrió como consecuencia del «desarrollo de un grupo social con base económica independiente» que, al atacar los obstáculos heredados que se oponían a esa democracia política, logró el apoyo del campesinado o supo dominarlo y se impuso finalmente tras una guerra civil o revolución. La segunda, seguida por Alemania y Japón, fue también capitalista pero reaccionaria y aparece calificada, por consiguiente, como «revolución desde arriba». Una coalición entre las tradicionales elites terratenientes y la débil burguesía comercial o industrial

8. B. Moore, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Península, Barcelona, 1973, pp. 7-8.

dominó a las clases bajas urbanas o rurales. Las formas políticas que acompañaron ese proceso fueron, sucesivamente, un régimen semiparlamentario, un «breve e inestable período de democracia» y, por último, en el siglo xx, el fascismo. La tercera ruta, ejemplificada por Rusia y China, acabó, tras una revolución campesina, en el comunismo. La clave en este caso fue la «inhibición» de la nobleza terrateniente y sobre todo de la burocracia estatal ante los impulsos comerciales e industriales. Eso no sólo mantuvo a las «clases urbanas» demasiado débiles sino que también alimentó la existencia de un «ingente campesinado tradicional» que, «sujeto a nuevas sobrecargas y presiones al introducirse el mundo moderno», respondió ante ellas con la expropiación de la burocracia agraria, despejando así el camino hacia el comunismo.[9]

Lo que despejó Barrington Moore con sus planteamientos, e interesa aquí por encima de todo resaltar, fueron las barreras que obstaculizaban el estudio de las revoluciones en ese cruce de corrientes entre la sociología y la historia. Con él se inauguró una etapa en la que sociólogos y antropólogos, beneficiándose de la materia prima aportada por historiadores sobre casos particulares, profundizaron en el examen detallado de aquellos fenómenos revolucionarios donde se observaban características comunes, con el objeto de explicar no sólo por qué ocurrían sino también sus diversos resultados. Trabajos como los de Eric Wolf, Jeffrey M. Paige, Kay Ellen Trimberger y Theda Skocpol han eliminado los elementos más abstractos del sofisticado cuerpo teórico del funcionalismo estructural y han puesto un especial énfasis en aspectos importantes omitidos por esos modelos generales: los conflictos entre los objetivos de ciertos estados en la fase prerrevolucionaria y la capacidad de recursos de las clases privilegiadas de esas sociedades; los efectos desestabilizadores

9. Moore ilustra todavía a través de la India «un cuarto modelo general que se caracteriza por el débil impulso hacia la modernización» y que se separa algo de los «esquemas teóricos que parece posible construir para los restantes», aunque él siempre confía en «la posibilidad de que categorías fundadas empíricamente trasciendan los casos particulares» (*ibidem*, pp. 9-10). Las «implicaciones y proyecciones teóricas» derivadas de esos casos son analizadas por Moore en la tercera parte del libro, pp. 335-389. Las críticas —muchas, variadas y procedentes de muy diversos campos— a las que ha dado lugar esa magna obra aparecen resumidas por D. Smith, *Barrington Moore*, pp. 25-29. Puede verse del mismo autor, «Discovering Facts and Values: The Historical Sociology of Barrington Moore», en T. Skocpol, ed., *Vision and Method*, pp. 313-355.

de las presiones políticas y económicas internacionales; la importancia capital del campesinado en la determinación del rumbo de las revoluciones; las variables que afectaron a la facultad de los estados para utilizar sus fuerzas armadas y mecanismos de coerción en las crisis internas; y la contribución de las elites dirigentes a la consolidación de la nueva organización estatal.[10] A partir de esos estudios, en definitiva, ha quedado suficientemente comprobado que no existe ninguna posible explicación general a la pregunta de por qué ciertos cambios en la estructura de las sociedades se producen de forma revolucionaria. Y al invalidar cualquier modelo único de teoría macrosociológica, esos autores han demostrado también que todas las cuestiones importantes en torno al cambio social pueden ser continuamente formuladas y replanteadas a través de una completa y detallada confrontación con el proceso histórico.

Habrá de reconocerse que este tipo de sociología histórica posee importantes similitudes con la historia teórica —o historia inspirada teóricamente— preconizada por notables representantes del marxismo británico y francés, por el grupo de historiadores sociales alemanes de la Universidad de Bielefeld y, en general, por todos aquellos que rechazan la acepción acrítica de metodologías y modelos teóricos de interpretación que no hayan surgido en contacto con la investigación histórica concreta.[11] Por teoría debe entenderse aquí un sistema explícito y coherente de conceptos utilizado para organizar y explicar los datos históricos, que, sin embargo, no puede derivar sólo del estudio de las fuentes materiales ni tampoco provenir de

10. Las aportaciones de esos nuevos estudios constituyen el argumento básico de Jack A. Goldstone, «Theories of Revolution: The Third Generation», *World Politics*, 32, 3 (1980), pp. 425-453. Las referencias bibliográficas en torno a esa cuestión las he proporcionado en «Revoluciones sin revolucionarios: Theda Skocpol y su análisis histórico comparativo», pp. 81-101.

11. Dennis Smith emprende en la conclusión de su estudio sobre Moore la tarea de comparar su especial contribución con la de otras «figuras sobresalientes» en el terreno de la teoría política, de la sociología y de la historia, entre los que se encuentran P. Anderson, T. Skocpol, I. Wallerstein y en primer lugar E. P. Thompson. Para Smith, Moore y Thompson escriben historia desde puntos de vista muy similares: la metodología de ambos muestra una peculiar confianza en «la independencia de los hechos históricos», una aversión a los conceptos rígidos y muy elaborados y una «propensión a estimular la prueba de falsedad antes que hacer valer una prueba científica positiva para sus descubrimientos» («History and Truth», en *Barrington Moore*, pp. 149-165).

un proceso de razonamiento puramente deductivo sin relación alguna con el trabajo empírico. Las teorías son, por consiguiente, ingredientes fundamentales en la investigación histórica que ofrecen simplificaciones de los procesos y relaciones sociales que, dependiendo de su campo de aplicación, ayudan al historiador a examinar y comprender casos particulares o construir amplias síntesis históricas donde encajar los estudios específicos de objetos limitados.

Obviamente, si se acepta esta definición, las teorías en nada se asemejan a bienes de consumo ya elaborados que esperan ser utilizados en forma de hipótesis o modelos. Y eso significa que, al margen de su «calidad», novedad o elegancia, las teorías deben valorarse por sus usos sociales, por las funciones o tareas que necesariamente deberían satisfacer en los estudios históricos. En primer lugar, apunta Jürgen Kocka, y dado que los historiadores normalmente se enfrentan a mucha más información que la que resulta posible abordar y considerar, las teorías tienen que proporcionar criterios para la delimitación del objeto y para la selección de los datos relevantes. Ocurre, sin embargo, que el mismo conjunto de datos permite diferentes conceptualizaciones, explicaciones e interpretaciones. La tarea del historiador consiste, por lo tanto, en reconstruir las relaciones entre las diferentes partes o dimensiones de los fenómenos del pasado o, en otras palabras, revelar sus estructuras cambiantes. Aunque las fuentes constituyen la base para tal reconstrucción, la investigación no puede apoyarse exciusivamente sobre ellas. El historiador necesita además teorías que ofrezcan hipótesis para relacionar los diversos factores de esos fenómenos complejos y evitar así lo que Arthur M. Schlesinger denominó el *sandwich method*, la mera adición de dimensiones independientes de la realidad sin mostrar sus interconexiones.

Referidas a la historia, parece obligado aceptar que las teorías, además de ayudar a formular preguntas interesantes —relacionar, por ejemplo, los fenómenos históricos con los puntos de vista y controversias del presente— y atribuir significado a los objetos de estudio, son también necesarias para decidir cuestiones de periodización y distinguir así entre los diversos ritmos de transformación de la sociedad. Y el historiador, igual que el sociólogo, puede abordar esa labor por medio del estudio de objetos limitados como el estallido de una revolución o el crecimiento demográfico en una ciudad y en un momento específicos, o emprender un viaje más ambicioso a tra-

vés de la comparación de fenómenos, sociedades o períodos. En el primer caso, las teorías deberían ofrecer hipótesis causales para la explicación de esos cambios específicos. En el segundo, y si no se quiere caer en el peligro de comparar manzanas con naranjas, las teorías tienen que resultar útiles para suministrar sistemas conceptuales de comparación y designar los elementos del análisis comparativo.[12]

Ahora bien, una vez demostrada la necesidad de las teorías para la historia y precisadas sus funciones, las preguntas que surgen inmediatamente son ¿cómo se originan las teorías?, ¿dónde tiene que ir el historiador a buscarlas? y, por último, ¿existe alguna teoría que cumpla todas esas funciones? Durante los años sesenta y comienzos de los setenta, la «nueva historia social», preocupada por el rápido restablecimiento de un pasado hundido en la «miseria del empirismo», buscó la solución «científica» en las ciencias sociales más próximas. Una facción de ese empuje renovador, dirigida por la segunda generación de *Annales*, hizo de la historia social una disciplina dependiente del cuerpo teórico de la sociología convencional. Fernand Braudel, adelantándose a las declaraciones posteriores y más elaboradas de Wallerstein o Abrams, argumentó que la historia y la sociología constituían en realidad una «aventura intelectual única». Al mismo tiempo, muchos de esos historiadores franceses, algunos británicos y muchísimos estadounidenses, se agarraron al carro de la demografía y sociología norteamericanas, de la econometría y de las estadísticas, utilizando computadoras para el estudio de los archivos parroquiales, de las estructuras de la propiedad o de los numerosos procesos electorales de la historia contemporánea. Los esclavos se convirtieron en objeto de estudio de los cliómetras y, sin teoría tras ella, la historia cuantitativa apareció como una mera presentación descriptiva —muy «científica», eso sí— de series de acontecimientos o fenómenos. Hubo otra facción, por último, muy

12. Las funciones que desempeñan las teorías en los estudios históricos proceden de Jürgen Kocka, «Theories and Quantification in History», *Social Science History*, 8, 2 (1984), pp. 170-173; puede verse también, especialmente para todo lo que se refiere al grupo de Bielefeld, su *Historia social*, pp. 142-144. La evaluación de las teorías por el uso social la defiende Hugh Stretton en «George Rudé», p. 52. En la definición que se da de teoría coinciden Kocka, C. Lloyd, *Explanation in Social History*, IX, y la editorial de *History Workshop*, «History and Theory», 6 (1978), pp. 4-5.

bien representada en Francia y sobre todo en Gran Bretaña, que recurrió a la antropología y al marxismo como fuentes de inspiración. Sus esfuerzos se dirigieron, en este caso, a la recuperación de las culturas del pasado, de los modos de vida «populares» observados desde la perspectiva de los propios protagonistas, «desde abajo».

Todas esas formas diferentes de análisis histórico han utilizado una amplia gama de fuentes materiales para producir una enorme masa de información. Una vez finalizada la investigación empírica, sin embargo, queda la tarea de la explicación teórica como el «bocado» más difícil. Una dificultad que han experimentado en sus propias carnes tanto los que han entrado en el almacén sociológico para alquilar sus herramientas, como los que han confiado todo en una única base teórica —sea o no el marxismo—, e incluso aquellos historiadores, como los del grupo de Bielefeld, que más énfasis han puesto en la construcción de una «historia social científica» liberada de cuerpos teóricos ajenos. La lógica de la aplicación de las teorías a la historia ha resultado, por consiguiente, muy compleja. Tan compleja que, en sus dos extremos, unos han acabado creyendo de nuevo en la ilusión de una pura resurrección del pasado y otros han subordinado completamente los datos materiales a las teorías. En el primer caso, nos encontramos ante un rechazo intencionado del esencial papel constructivo de la teoría. En el segundo, se olvida que las cuestiones que los venerados —y a veces beatificados— teóricos de la sociedad formularon son mucho más importantes que los propios sistemas teóricos que ellos produjeron.[13]

Ante tales dificultades, no debe resultar extraño que la búsqueda de formas más flexibles de combinar las teorías con las fuentes ocupe un lugar destacado en los debates sobre la crisis de la historia social. Y así se comprende también esa idéntica preocupación por las teorías y conceptos que, desde perspectivas diferentes, ha dominado y configurado las estrategias de investigación tanto en el reciente reencuentro sociológico con el estudio del pasado como en los análisis de los historiadores sociales críticos. Porque en el origen de ambos caminos se halla una paralela insatisfacción con las ten-

13. Sobre los riesgos de la «hegemonía» de un esquema teórico «particular» tanto en sociología como en historia, trata D. Smith en «Social history and sociology», pp. 288- 291. El olvido de la teoría en la historia social se examina detalladamente en Craig Calhoun: «History and Sociology in Britain», pp. 620-625.

dencias dominantes: una sociología abstracta sin historia y una historia social sin teoría. A partir de esa premisa, la principal contribución de la sociología histórica «analítica» estriba precisamente en su característico compromiso con el análisis de las estructuras y acontecimientos a través de su dimensión espacial y temporal. Y lo que identifica a esos historiadores es una abierta defensa de una historia orientada teóricamente y un deseo de alcanzar una mejor comprensión del significado, organización y límites del vocabulario conceptual utilizado.

Si tanto se parecen en su origen y objetivos, nos dicen algunos, no perdamos más tiempo y unamos los dos caminos en un mismo discurso. Las diferentes versiones del «estructuracionismo», aunque sólo calificado así por Giddens, deben considerarse, desde ese punto de vista, intentos sintéticos de superar los defectos de las metodologías de explicación socio-histórica existentes, incorporando elementos de diversos enfoques teóricos y combinándolos en un proyecto común. La atracción de un planteamiento de ese tipo ha hecho converger ya a varios pensadores procedentes de campos tan diversos como el posestructuralismo francófono, la teoría social posmarxista inglesa, la sociología de la acción francesa y la filosofía hermenéutica alemana posmarxista y posweberiana. Frente a la dualidad acción humana-estructura social, el «estructuracionismo» reivindica un sistema de pensamiento que sirva para vincular la acción, la conciencia y la estructura, y para estudiar de qué forma la acción «estructura» el mundo y cómo las estructuras sociales hacen posible o incapacitan la acción y conciencia humanas. Sobre ese enfoque «estructuracionista» debe basarse, en opinión de Philip Abrams, el proyecto de «reorganizar la historia y la sociología como sociología histórica». Y con ello no se está refiriendo a la necesidad de dar al trabajo histórico más «contexto social», ni a la obligación de dotar al estudio sociológico de «información histórica», sino a una «reconstrución más radical de los problemas» que conduzca a una fusión de ambas en el campo común de la «problemática de la estructuración».[14]

14. P. Abrams, *Historical Sociology*, p. IX y 16-17. Una completa «integración» de la historia y la sociología la defiende también Anthony Giddens, tras mediar en el debate Thompson-Anderson, en *Social Theory and Modern Sociology*, p. 224. Esas propuestas las examina asimismo C. Lloyd, *Explanation in Social His-*

Frente a la fusión se alzan, sin embargo, demasiadas voces. En realidad, todas las que hemos escuchado aquí propagar su escepticismo o sus posiciones críticas —incluso ante la posibilidad de una buena relación amistosa— poseen el mérito de haber entrado en el debate. Porque a una buena parte de sociólogos e historiadores, la cuestión no les preocupa demasiado y tampoco sufren, por lo tanto, por el posible divorcio. Sus argumentos también los hemos visto: unos creen que son única y exclusivamente historiadores que se mueven en el mundo de las humanidades, de la descripción, de la singularidad de los hechos y del análisis riguroso y detallado del pasado; y otros se consideran por encima de todo «científicos sociales» que pisan firmemente el terreno de la explicación, de la generalidad, de la abstracción y de los sistemas. Si, finalmente, observamos de cerca a aquellos que en ambas disciplinas han puesto verdadero interés en armarse de métodos y teorías, toparemos por un lado con muchos sociólogos que creen que es posible y deseable construir teorías sin recurrir a la historia y hallaremos también a historiadores que, aunque nunca caen en los típicos tópicos generados en torno a las supuestas diferencias entre enfoques «nomotéticos» e «idiográficos», reivindican una dimensión teórica propia para la historia.

Así las cosas, será mejor, apuntan otros, admitir que la historia social y la sociología histórica se han establecido «como programas diferentes de conocimiento científico de la sociedad» y seguirán adoptando conceptos y procedimientos divergentes a la hora de designar sus estrategias de investigación. Está bien que sean buenas amigas, que «las fronteras sigan derruidas y que el tránsito sea fácil de unas a otras», pero la realidad es tan compleja y la labor de documentación, interpretación y explicación sociohistórica tan amplia, que exige una «división del trabajo» entre profesionales de diferentes campos o preferencias. El sociólogo histórico, al examinar de forma comparada las diversas variaciones en la historia con la intención de establecer regularidades causales, tiene una tarea enorme

tory, pp. 306-312. La naturaleza de la «interacción» entre la acción y el sistema es también el tema central de la «teoría de la práctica» surgida en los debates antropológicos de la década de los ochenta, un intento de acoplamiento de las ideas de Marx y Weber que tiene muchos puntos de contacto con los argumentos de Giddens y que preconiza también la «unificación» de los estudios antropológicos e históricos. Un examen detallado de lo que esa alternativa significa en Sherry B. Ortner, «Theory in Anthropology since the Sixties», pp. 144-160.

que requiere además un conocimiento profundo de esos fenómenos y la formulación explícita de una teoría causal. Puede recurrir, por supuesto, a la investigación histórica original, a las fuentes primarias, pero siempre y cuando no se confunda esa tendencia con una «metamorfosis del sociólogo en historiador» y se reconozca que una «insistencia dogmática» en la investigación original podría conducir a la sociología histórica a la «desastrosa» eliminación del análisis histórico comparativo. La tarea de reconstruir procesos y fenómenos y de relatar e interpretar los hechos a través de investigaciones primarias quedará, según esa propuesta de división, en manos del historiador. Naturalmente, nadie le niega al historiador que se meta además a indagar explicaciones causales y regularidades. Ocurre, no obstante, que como no hay tiempo para todo, si se atreve a hacerlo, no podrá acudir a los archivos. El asunto parece simple: si el sociólogo se obsesiona por convertirse en un especialista en historia y pierde el tiempo en archivos, acabará desechando los estudios comparados, la estrategia crucial de la sociología histórica analítica; y si el historiador deja el análisis de las características particulares a cada contexto individual histórico y penetra en las comparaciones «macrohistóricas», se alejará también de las peculiaridades inherentes a su oficio. Situada esa división del trabajo en términos prácticos, en el análisis de las revoluciones por ejemplo, podría decirse, concluye uno de sus defensores, que la sociología nos proporciona el «modelo» que explica por qué «podía haber revolución» en la Francia absolutista o en la Rusia zarista, mientras que la historiografía nos tiene que decir por qué de hecho las hubo.[15]

Algunas de las razones que se aducen para reclamar esa división del trabajo son sin duda convincentes. Suponer que la actividad básica del historiador es establecer y probar «lo que ocurrió» sólo conduce a generar ilusiones imposibles. En primer lugar, como ya se ha señalado en diversas ocasiones, los historiadores deben seleccionar

15. Lo de las estrategias divergentes lo defiende, como ya ha quedado claro, V. Bonnell en «The Uses of Theory», pp. 158-159, quien utiliza eso de la «metamorfosis» (p. 173). El deseo de una buena relación entre la sociología y la historia basado en esa división del trabajo procede de S. Juliá, *Historia social/sociología histórica*, p. 83, y la propugnó antes L. Paramio en *Defensa e ilustración de la sociología histórica*, de quien está sacado el ejemplo práctico del análisis de las revoluciones, pp. 15-18. La de la «insistencia dogmática» y el peligro de olvidar el estudio histórico comparado es de T. Skocpol, «Emerging Agendas», p. 382.

la documentación disponible porque la información sobre el pasado es casi inagotable. En segundo lugar, escoger «lo que importa», lo significativo, entre los innumerables hechos y fenómenos que acontecieron en el pasado, es una cosa que depende de las cuestiones e hipótesis que el historiador introduce en el análisis. El historiador, en otras palabras, no investiga sobre el pasado sino sobre los residuos duraderos del pasado y, como se sabe, no todos esos residuos —documentos o fuentes— son igualmente valiosos. Si se está de acuerdo en que la tarea del historiador es un «ejercicio intelectual» consistente en reconstruir los problemas históricos, evaluando el significado de tales residuos, no resultará difícil aceptar que las fuentes secundarias pueden ser en algunos casos tan apropiadas como las primarias. Especialmente cuando el tema es demasiado amplio y ya poseemos excelentes estudios monográficos sobre él.[16] La división del trabajo, por último, parece un procedimiento correcto para precaverse frente a las ambiciones «imperialistas» de cualquier ciencia social total o «unificada».[17]

Detalles menos relevantes al margen, el problema de fondo que late por debajo de esa propuesta es la naturaleza de la división del trabajo. Planteada así implica de alguna forma, aunque no se pretenda, una diferenciación entre trabajadores intelectuales y manuales, la existencia, por una parte, de «trabajadores inferiores», autores de innumerables monografías y disertaciones como «molienda» para el «molino sociológico», y, por otra, de «grandes teóricos» que especulan y elaboran proyectos o sistemas lógicos. Esa explicación

16. Desde ese punto de vista, no le falta razón a Skocpol cuando afirma que los buenos sociólogos que se dedican al análisis histórico comparativo «deben resistir la tentación de perderse en el examen de las fuentes primarias sobre cada caso particular» («Emerging Agendas», p. 383). Efectivamente, la dependencia de buenas fuentes secundarias «libera» al sociólogo del incalculable tiempo que se pierde en investigaciones detalladas y posibilita emprender análisis de un alto nivel de generalidad. Pero esa misma dependencia, aclara V. Bonnell, limita sus temas a lo ya explorado por los historiadores y excluye de entrada la posibilidad de acercarse a otras muchas cuestiones a las que la literatura monográfica apenas ha prestado atención («The Uses of Theory», p. 172).

17. Tal es la ambición de C. Lloyd cuando propone como conclusión a su denso estudio una «ciencia social unificada» —que él cree debería llamarse «sociología»— basada en una triple división del trabajo entre la teoría social, la historia estructural y la historia de la acción. Tres «niveles» que el «paradigma de investigación estructuracionista» une «a través de la teoría y muestra cómo se relacionan entre ellos en el tiempo»: *Explanation in Social History*, pp. 316-317.

acepta, además, demasiado fácilmente la división convencional entre una supuesta teoría abstracta y una concreta historia empírica. La abstracción —y menos aún otros tópicos ya vistos— no es, sin embargo, lo que distingue los escritos sociológicos o teóricos de los históricos. En realidad, las líneas importantes de diferenciación atraviesan todas las disciplinas y las diferencias fundamentales residen en los argumentos que los investigadores exponen, que son, aunque no siempre aparecen explícitos, ineludiblemente teóricos. La sociología histórica, por consiguiente, no «media» entre la teoría («preexistente») y la historia. En palabras de Abrams, es «sociología al igual que historia»; según la frase de Stedman Jones, «historia teórica». Los temas esenciales de la investigación no los suministran ni los documentos que descansan enterrados plácidamente en los archivos ni son totalmente concebidos en abstracto por teóricos puros. La investigación constante señala también el camino para elaborarlos, especialmente en esos puntos cruciales en los que los argumentos no pueden establecerse por los hechos pero tampoco guiarse sin ellos.[18] Puesto el asunto de nuevo en términos prácticos y con el mismo ejemplo de las revoluciones: el historiador puede perfectamente combinar el modelo estructural con el «análisis del juego de actores»; y puede, y debe, explicar por qué «podía haber revolución» y por qué de hecho la hubo. No se trata de pretender abarcarlo todo —tampoco un sociólogo histórico analítico puede emprender con rigor muchos análisis comparados en su vida—, sino de dejar claro que las monografías históricas son algo más que meras compilaciones de hechos porque en su interior caben también, además de la narración, los argumentos y las teorías. La sociología, en definitiva, no tiene el monopolio del análisis del cambio social comparado «a gran escala» y la historia no debe reducirse al examen de procesos particulares. Si la división del trabajo significa eso, y algunos así parecen creerlo, la verdad es que no hemos avanzado mucho

18. El argumento y los entrecomillados están sacados de C. Calhoun, «History and Sociology in Britain», pp. 624-625. El estructuralismo marxista ha tratado también siempre de probar que las cuestiones filosóficas «abstractas» y los temas históricos «concretos» van siempre inextricablemente unidos. Si eso aparece de otra forma, nos dice Gregor Mclennan, es «en parte el producto de una división académica artificial, algunas veces celosamente guardada, del trabajo»: *Marxism and the Methodologies of History*, Verso, Londres, 1981, p. 233.

desde ese gran debate decimonónico sobre la dicotomía regularidades o uniformidades frente a hechos particulares.

Llegamos así al final de un recorrido en el que hemos introducido algunas de las más importantes cuestiones presentes en los debates historiográficos de los últimos cien años. Comenzábamos con un repaso general a las reacciones contra el historicismo y la historia política y hemos acabado con una invitación a la cooperación —orientada por la práctica investigadora— entre la sociología histórica y la historia teórica. En el camino se han quedado problemas y dudas que afectan fundamentalmente a la definición y ubicación de la historia social en el contexto general de la historiografía; a la relación entre el dominio de la teoría y la investigación empírica; a la construcción de teorías generales y específicas sobre la causalidad y la conexión entre las estructuras sociales y el comportamiento humano en la historia; y a la subordinación o autonomía de la historia frente a las restantes ciencias sociales. Al adentrarnos por esos duros y a veces «cálidos» terrenos, hemos intentado exponer los límites de la historia política tradicional —por desarrollar una concepción elitista de las sociedades humanas—, pero también de aquellos análisis estructurales basados en la distinción entre «instancias» o niveles segmentarios de la realidad social. Hemos tratado de demostrar, asimismo, que en relación con los fenómenos sociales resulta difícil negar que las teorías guían la descripción de esa realidad y que la verdad o falsedad de las teorías no puede determinarse sólo por la evidencia empírica ya que el mismo lenguaje utilizado está cargado de teorización.

Como se ha puesto de manifiesto reiteradamente, la resolución de la división en las ciencias sociales entre, por un lado, los análisis de acción y estructura y, por otro, las aproximaciones determinista y dialéctica a la acción y a la estructura, constituye todavía el problema dominante tanto para los historiadores como para los sociólogos y antropólogos. Los esfuerzos recientes por solucionarlo, vinculados en las tres disciplinas a una misma «tradición» de pensamiento y propuesta teórica que varios autores denominan «relacional-estructuracionista», presentan todavía el importante inconveniente de la ausencia de ilustración empírica.[19]

19. La «fiebre» estructuracionista ha llegado también —en este caso, afortunadamente, con solidez argumental— a algunos de nuestros ambientes universita-

Sobre la cuestión más amplia de la causalidad, por último, hemos encontrado también a los historiadores sociales divididos en tres amplios grupos sujetos a múltiples matices y «subdivisiones»: los que no pretenden buscar causas y conciben su tarea como una mera reconstrucción, descripción e interpretación del pasado, usando la narración para desarrollar una comprensión «hermenéutica» de las acciones individuales o colectivas; quienes desean por encima de todo proporcionar una explicación causal de los procesos sociohistóricos pero consideran que estos poseen sus relaciones causales peculiares y requieren, por lo tanto, métodos y estrategias de investigación diferentes a los de otros discursos; y aquellos que, al aceptar que la explicación social y la histórica forman parte de un único discurso, defienden la posibilidad de una explicación «científico-causal» de la historia con la unificación de los estudios sociohistóricos como meta final.

Rechazar la unificación, sin embargo, nunca debería llevarnos a los historiadores a parcelar de nuevo el territorio, fortificar nuestro supuesto lote y aislarlo de toda influencia ajena. Concebir la historia como una zona de «interacción» entre hechos, teorías y diferentes disciplinas que los estudian y elaboran, no parece un camino erróneo. Posiblemente, en esa amplia y amistosa zona se colarán a menudo —como tantas veces parece haber sucedido ya— intrusos que propongan productos de baja calidad que en nada contribuyen a un estudio riguroso del tiempo histórico. Tampoco debe sonar la alarma por ello. Algunos de los mejores trabajos de historia social aparecidos en las últimas décadas —esos que van más allá del mero descubrimiento para penetrar en el análisis, la interpretación y la explicación— han sido engendrados en ese cruce de caminos. Tanto la buena sociología histórica como la historia social crítica han situado

---

rios. Miguel A. Caínzos, por ejemplo, ve en esa teoría, en forma de «materialismo histórico posmarxista», la posibilidad de «una genuina superación global de las insuficiencias» del marxismo. Las mismas dudas que suscita el bien trabado planteamiento de Giddens reaparecen, no obstante, al final del artículo de Caínzos. Porque, ¿cómo se concreta en la «práctica analítica» eso de un «materialismo histórico posmarxista que invierta productivamente el capital teórico que Marx nos ha legado (recurriendo para ello a su fusión con las aportaciones de otras tradiciones intelectuales), en lugar de dilapidarlo gratuitamente o limitarse a un estéril atesoramiento de la riqueza recibida?». La solución, en el futuro. Véase M. A. Caínzos, «Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo», p. 69.

su investigación empírica particular en un marco de cuestiones teóricas acerca de la naturaleza de la sociedad y los procesos de la evolución social. Para moverse en él, algunos han preferido la seguridad de una única teoría y otros se han comprometido con enfoques teóricos más generales y eclécticos. La diferencia en este caso no reside tanto en la preferencia por una o varias teorías como en la adecuación o no de la teoría aplicada y en la forma —flexible o dogmática— en que se aplica. No hace falta adorar a Marx, por ejemplo, para estar de acuerdo en la proposición básica de que las clases sociales, el conflicto de clase y la conciencia de clases existen y desempeñan un papel importante en la historia. Y tampoco se necesita proclamarse marxista para reconocer que todas las formas de conflicto político derivan de la lucha de clases.[20] Para un seguidor de Weber, por el contrario, serán la cultura y la ideología —y no tanto los intereses materiales, el trabajo y la producción— los factores decisivos para explicar cómo se estructura y se organiza la acción social. Lo que debe hacer el historiador, en definitiva, es comprobar —a través del conocimiento, la imaginación y un sistema coherente de pensamiento— si lo que encuentra en su investigación concuerda con sus hipótesis o no; y si no es así, está obligado a pensar y probar otro modelo. Buena es, efectivamente, la sabiduría pero mejor si va acompañada de libertad y honradez intelectual.

20. Véase en este sentido la posición de Jacques Le Goff: «Is Politics Still the Backbone of History?», p. 17, nota 35.

Apéndice

EL SECANO ESPAÑOL

Los caminos aquí seguidos para examinar la evolución de la historia social a través de sus orígenes, edad de oro y crisis, en ningún caso conducen o pasan por tierras hispanas. El elegido por los franceses, ese de la rebelión contra la historia política tradicional emprendida desde comienzos del siglo xx, difícilmente podía ser transitado en un país en el que no había necesidad de sustituir las versiones que adoraban el positivismo del hecho histórico por la sencilla razón de que ni siquiera esas existían. El desarrollo aparentemente monolítico de la historiografía en Alemania, marcado y caracterizado por el dominio del historicismo, ha ido siempre acompañado, pese a la influencia ininterrumpida de ese modelo básico, de planteamientos alternativos de historia económica y social. Al otro lado del canal, en Gran Bretaña, el imperio del empirismo comenzó también a resquebrajarse ante la embestida de una sólida tradición intelectual —marxista y radical— que aunaba con buenos resultados una interpretación política y social del pasado histórico. Incluso en Italia, por nombrar otro país mediterráneo en el que las ideas de *Annales* tampoco encontraron fácilmente campo libre para su expansión, surgió en el primer tercio de siglo una nueva y dinámica historiografía, tan hostil a la historia tradicional y positivista como la francesa, que encontró en los dos polos ideológicos opuestos de Croce y Gramsci a sus principales hilos conductores. En cualquier caso, y pese a las diferencias ya esbozadas, en todos esos países se produjeron a partir de la segunda guerra mundial profundas transformaciones que modificaron las formas tradicionales de abordar el contenido y métodos de la historia y contribuyeron a una rápida

consolidación de los análisis de los procesos económicos y sociales.[1]

En España, mientras tanto, y tomando como punto de partida la victoria fascista de 1939, se impuso una autarquía intelectual auspiciada por los fieles guardianes de un régimen mucho más interesado en destruir las raíces y fuerzas democratizadoras del Estado y de la sociedad que en elaborar nuevos conocimientos historiográficos. Cuando en los últimos años de la dictadura pudo salirse poco a poco de esa miseria, no había tradición historiográfica que reivindicar y la edad contemporánea era, con la excepción de algunos oasis dispersos, un desierto inexplorado. Se abrió así un proceso de rápida y desordenada asimilación de modas y corrientes surgidas en otros países. En unos pocos años, en definitiva, se han querido reproducir algunas de las tendencias que en otras latitudes necesitaron décadas para madurar y consolidarse. Bajo esas condiciones, no parece nada extraño que hayan dominado versiones simplificadoras y esquemáticas de los modelos originales. Curioso resulta, sin embargo, que en una historiografía tan inconsistente y poco propensa al reexamen crítico del pasado, se alcen voces que propugnan la vuelta a Ranke y a las «viejas y buenas» historias. Difícilmente podrá emprenderse un viaje de retorno cuando todavía no se ha llegado a ninguna parte.[2]

La responsabilidad inicial de que ese viaje de ida fuera tan tortuoso hay que imputársela al triunfo fascista que dio por concluida

1. Sobre Italia se encuentran referencias útiles en Maurice Aymard: «The Impact of the *Annales* School in Mediterranean Countries», *Review*, 1, 3/4 (1978), un artículo que, pese al título, está dedicado exclusivamente al caso italiano; y sobre todo en Daniela Coli: «Idealismo e marxismo nella storiografia italiana», en Pietro Rossi, ed., *La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi*, Mondadori, Milán, 1987, pp. 39-58.

2. Lo que sigue son observaciones generales sobre algunas de las razones del atraso historiográfico español y las peculiaridades que entre nosotros ha tenido el auge y crecimiento de la historia social de la edad contemporánea. Los autores citados han sido seleccionados sólo como ejemplo e ilustración del argumento que aquí se defiende. Obviamente, no abundan en nuestros ambientes los estudios historiográficos y tampoco hemos mostrado nunca demasiada disposición a encajar las críticas. Agradezco a Gonzalo Pasamar el haberme facilitado la consulta de su trabajo inédito «Corrientes y problemática actual de la historiografía contemporaneísta española». Sobre los primeros años del franquismo puede verse también del mismo autor «La historiografía contemporaneísta en la posguerra española: entre el desinterés académico y la instrumentalización política (1939-1950)», en Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, *Historiografía y práctica social en España*, pp. 65-92.

la denominada guerra civil. El aislamiento frente a todos los enemigos externos —los internos, como se sabe, estaban ya bien «aislados»— se manifestó, por lo que a la historiografía se refiere, en una negativa a reconocer cualquier tradición liberal, democrática o republicana en la historia contemporánea y en una irrefrenable obsesión por exaltar los mitos de la España imperial de los siglos XV y XVI y los auténticos valores de la tradición católica. Para ello no hacían falta modelos, ni investigación histórica, ni recepción de planteamientos ajenos. Bastaba una mezcla de leyenda e historia sagrada, con reyes, guerreros, santos, héroes y mártires como protagonistas. Los avatares y entresijos, en suma, de los monarcas y sus servidores pero sólo de aquellos que se suponía no habían manchado el noble nombre de España. Los siglos XIX y XX, por razones obvias, se arrojaban a los infiernos o al pozo del olvido. En cuanto a las fuentes, mejor prescindir de libros, revistas especializadas —¿qué era eso?— o prensa y meterse directamente en los archivos a desempolvar viejos —cuanto más, mejor— documentos inéditos. El que primero llegaba, suyo era el documento y el tema de investigación.

La perspectiva reaccionaria y antiliberal de la historiografía española fue confirmada por aquellos sectores vinculados al Opus Dei que, a partir sobre todo de los años cincuenta, buscaron en el despotismo ilustrado del siglo XVIII los antecedentes «modernizadores» y las fórmulas políticas que sirvieran para justificar el llamado «desarrollismo» español. Esas descripciones históricas, elaboradas con una clara intencionalidad política, ignoraban la esfera socioeconómica y levantaron un poderoso dique de contención frente a las nuevas corrientes en las ciencias sociales occidentales y a los análisis de fuerzas anónimas y colectivas. La influencia de *Annales*, por ejemplo, fue escasísima, aunque *El Mediterráneo* de Braudel se publicó en castellano en 1953 —sólo cuatro años después que en Francia—, y si se exceptúa algún caso aislado como el de J. Vicens Vives, tampoco el edificio de la historia económica vinculado a lo social había comenzado a construirse.

Precisamente de las hipótesis establecidas por Vicens Vives sobre la industrialización y sus efectos en el crecimiento y estancamiento económico del siglo XIX surgió una de las vías de renovación de la historiografía española, aquella que comenzó a contemplar la historia económica como un ámbito especializado de la historia general distinta a la tendencia dominante de la historia política. La re-

cepción de los postulados de la historia agraria francesa y del materialismo histórico —a través de la obra de autores tan influyentes como Marc Bloch, Pierre Vilar, Ernest Labrousse o Maurice Dobb— contribuyó inicialmente a poner los fundamentos de la investigación en torno a las diferencias entre el desarrollo económico español y el modelo capitalista occidental, y proporcionó un aparato conceptual y un interés por los debates teóricos inusual hasta ese momento. En ese contexto conviene insertar las primeras obras de J. Nadal, J. Fontana, R. Garrabou, G. Anes, G. Tortella, S. Roldán, A. M. Bernal y M. García Delgado o las más recientes de M. T. Pérez Picazo-G. Lemeunier, J. Torras, A. García Sanz y P. Ruiz Torres. Lo que aportan fundamentalmente esas monografías es una asimilación y aplicación al caso español de importantes debates teóricos e historiográficos desarrollados fuera de nuestras fronteras sobre la transición del feudalismo al capitalismo y las revoluciones burguesas. Bajo unas circunstancias nada propicias para la discusión y la investigación, se dieron a conocer los mecanismos del despegue industrial catalán, las características de la crisis financiera de la monarquía absoluta, la importancia de la formación tardía del mercado nacional o la conexión entre las fluctuaciones económicas, los comportamientos demográficos y las agitaciones sociales. La historia de España no era ya, definitivamente, un mero relato de las hazañas bélicas en defensa de los valores católicos contra las innumerables conjuras externas.[3]

Una segunda vía de renovación, que alcanzó también su auge con la crisis del franquismo, emergió de la ampliación de los campos de estudio de la historia política tradicional por medio de la utilización de conceptos prestados por la sociología y la ciencia política. Los trabajos de M. Artola y J. M. Jover modificaron sustancial-

3. El influjo del materialismo histórico como «punto de referencia teórico para la reinterpretación de la historia de España» fue subrayado por J. S. Pérez Garzón en un trabajo que resume perfectamente el cambio de rumbo de la historiografía española a partir de la década de los sesenta: «La revolución burguesa en España: Los inicios de un debate científico, 1966-1979», en Manuel Tuñón de Lara y otros: *Historiografía española contemporánea*, Siglo XXI, Madrid, 1980, p. 118. Este volumen constituye, por supuesto, una fuente de información imprescindible para examinar todas esas transformaciones historiográficas. Un repertorio bibliográfico de la primera historia económica puede verse también en R. Aracil y M. García Bonafé, «La història econòmica de l'Espanya contemporània fins a la guerra civil: principals aportacions», *Recerques*, 8 (1978), pp. 207-220.

mente, desde esas premisas, la imagen convencional y peyorativa del liberalismo español decimonónico cultivada por los paniaguados del franquismo y dieron paso a toda una serie de monografías sobre elecciones y partidos en la España contemporánea (M. Martínez Cuadrado, O. Ruiz Manjón, J. Tussell) en las que la prensa y los documentos administrativos constituían la principal fuente de información. A esa revalorización del primer liberalismo le siguió muy pronto una revisión del sistema canovista y un análisis de los diferentes comportamientos políticos durante el período republicano. En realidad, eran tres cuestiones ya presentes en la obra que inauguró una etapa de influjo fructífero de la historiografía angloamericana. *Spain* de R. Carr, efectivamente, trataba de responder a la pregunta de por qué la historia de España culminaba, tras un proceso de diferenciación y anomalías respecto a la europea, en una guerra civil. Sus discípulos educados en Oxford —J. Romero Maura y J. Varela Ortega, fundamentalmente— aportaron nuevos datos a esa preocupación. El liberalismo español había sido incapaz de «modernizar» una sociedad tradicional en la que se impuso un régimen de clientelas —«oligarquía y caciquismo», diría Costa— como único sistema posible. La Restauración se interpretaba así como un período de transición entre la autocracia isabelina —sustentada en el golpismo militar— y el afianzamiento de una sociedad democrática moderna. Para llegar a esta —a la postre, la única meta deseable para cualquier sociedad—, se hizo inevitable, tras el «fracaso» del experimento republicano, pasar antes por un conflicto bélico y, al parecer, aunque nunca se dice así, por una larga dictadura. La mejor tradición de historiografía *whig* británica expandía sus semillas por nuestros ambientes universitarios. Y con ella llegaban, además de los vicios ya señalados, algunas de sus excelencias: ambición literaria, rigor empírico, reflexión y uso de amplia variedad de fuentes. Ninguna de esas obras podría calificarse con rigor de «social» —si por ello se entiende la inclusión en el análisis de movimientos populares, clases sociales y protagonistas colectivos— pero conviene reconocer que, dada la penuria entonces existente, aquellas historias políticas de excelente factura contribuyeron a regar con sus tintes sociales el erial español.[4]

4. Una revisión crítica de *La Rosa de fuego* de J. Romero Maura (Grijalbo, Barcelona, 1974) se encuentra en José Álvarez Junco, «Maneras de hacer historia:

La historia propiamente «social» salió a la luz en España a través de la historia del movimiento obrero, un campo de enorme producción bibliográfica desde mediados de los sesenta que va a ser aquí considerado como la tercer vía de renovación historiográfica. Condenado al silencio por la Dictadura, el asunto —que contaba ya con numerosos relatos de ilustrados comprometidos y activistas obreros— fue retomado por una nueva generación de historiadores formados en el extranjero y en unas universidades en expansión donde se producían las primeras protestas y manifestaciones frente al régimen represor. Sus notables defectos, derivados en ocasiones de sus vínculos con esa lucha antifranquista pero también de la recepción de modas intelectuales procedentes de otros países, nunca deberían hacernos olvidar el carácter reactivo de una forma de abordar la historia que situaba a las clases desposeídas, y no a las dominantes, en el centro de la narración. Sabemos perfectamente en la actualidad que esa historia «institucional», descriptiva y repleta de preconcepciones no explícitas, conducía a graves deformaciones que difícilmente pueden considerarse ejemplos modélicos de historia social. Y hoy parece claro también —gracias sobre todo al replanteamiento que marxistas británicos como Hobsbawm, Rudé o Thompson han hecho del tema— que la historia de los movimientos sociales, entendiendo por ella cualquier protesta frente al poder o cualquier intento colectivo de cambio social, es un concepto más amplio y preciso que no desprecia otras formas de protesta popular diferentes a la obrera. Existe ya efectivamente un grupo considerable de historiadores que han reaccionado frente a la asunción de que la historia de la clase obrera o de cualquier grupo oprimido podía ser entendida a través de la historia de sus dirigentes y organizaciones formales. Pero esas rectificaciones tampoco hubieran sido posibles sin una práctica investigadora previa que generó una abundante bibliografía como punto de partida necesario para formular problemas y conceptos hasta entonces ignorados por la mezquina y exigua historiografía dominante. Si se ha podido hablar de crisis en la historiografía del movimiento obrero español, es porque, al margen de

los antecedentes de la Semana Trágica», *Zona Abierta*, 31 (abril-junio de 1984), pp. 43-92. El influjo de la historiografía política angloamericana sobre el período republicano aparece también revisado en Santos Juliá, «Segunda República: por otro objeto de investigación», en *Historiografía española contemporánea*, páginas 295-313.

sus fracasos o de la pérdida de fe obrerista y revolucionaria, estudios como los de M. Tuñón de Lara, C. Martí, J. Termes, A. Elorza, J. Álvarez Junco y muchos otros, permitieron sentar las bases sobre algunos pilares esenciales que posteriores monografías —apoyadas en análisis regionales, en la asimilación de métodos y corrientes de otras historiografías más avanzadas y beneficiadas por el acceso a nuevas fuentes— han completado, reconstruido o sometido a revisión.[5]

Esas tres vías de renovación —o de construcción, si se prefiere pensar que no había nada que renovar— han tenido que aportar en veinte años todo el repertorio de hipótesis, problemas y estudios empíricos con el que cuenta la actual historiografía española sobre la edad contemporánea. Comparado con el de otros países, el proceso de edificación de un sólido y riguroso conocimiento histórico ha estado jalonado en nuestro territorio por múltiples carencias. Unas, esas que podríamos denominar «estructurales» y de «deformación» profesional, son el triste producto de un pasado nefasto; otras, mejor será en este caso no buscar excusas, proceden del desinterés y de la falta de disciplina intelectual tan típicos en nuestros ambientes universitarios. Ocupadísimos en celebraciones y aniversarios; metidos en oposiciones y más oposiciones; rodeados de alumnos —y jefes— por todas partes; invitados por los «poderes» locales —con abundantes lisonjas por medio— a montar tinglados sin interés y en beneficio sólo de unos pocos; y sin la mínima y necesaria plataforma de discusión, poco tiempo han —o hemos— tenido los historiadores españoles para el debate intelectual y la planificación ordenada de programas de investigación. No nos encontramos, en

5. Desde ese punto de vista, lo que hicieron J. Álvarez Junco y M. Pérez Ledesma hace unos años —«Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», 1982— fue recoger los ecos del reexamen crítico que antes habían realizado esos británicos o varios autores franceses —Jacques Rougerie es un buen ejemplo— en la revista *Le Mouvement Social*. Más que una ruptura, lo que hubo entre nosotros fue una creciente preocupación por desentrañar las claves de los conflictos sociales en la historia contemporánea más allá de la mera descripción de las luchas obreras. La cuestión no consiste tanto en romper con esas historias «clásicas» del movimiento obrero como en recomponer y utilizar de forma crítica esa tradición historiográfica. Afortunadamente, en la actualidad hay ya bastantes historiadores que no consagran su tarea a la producción de mitos. Sobre el «proceso de mitologización» de la historia del movimiento obrero ha tratado Georges Haupt en *El historiador y el movimiento social*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 9-34.

definitiva, ante una crisis de crecimiento —que es lo que aparentemente ha conducido en otros lugares a revisar la historia social— y tampoco parece que puede argüirse entre nosotros cansancio del modelo sociológico o estructural. A un campo con problemas de sequía, por consiguiente, no se le pueden ofrecer las mismas soluciones utilizadas en otros donde el exceso de abono o de producción han causado su abandono.

No se trata, sin embargo, de emprender desesperadamente la búsqueda del tiempo perdido y agarrarse a la estela de todas las modas intelectuales que vayan surgiendo. Un aprendizaje correcto de las experiencias ajenas requiere algo más que una mera imitación o una lectura superficial de sus resultados. Para llegar a ser reconocidas, esas historiografías han tenido que abordar el conocimiento del pasado desde diversos frentes vinculados al debate conceptual y metodológico, a la investigación empírica, a la batalla por el acceso a nuevas fuentes y a la creación de marcos adecuados de discusión e intercambio intelectuales. Y antes de dedicarse a la historia del ocio o del sexo y de reclamar la vuelta a viejos métodos y temas, otros muchos historiadores han afrontado los grandes problemas de la formación de sus estados y sociedades, han establecido un diálogo fructífero con las otras ciencias sociales y han convertido, en suma, a la historia en una fuente de inspiración y debate abierta a múltiples puntos de vista. Desechemos sus vicios, conozcamos sus defectos y no pasemos demasiado deprisa por sus logros. No es una receta mágica pero parece una buena forma de remediar nuestras insuficiencias.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Abrams, Ph., «The Sense of the Past and the Origins of Sociology», *Past and Present*, 55 (1972), pp. 18-32.

—, «History, Sociology, Historical Sociology», *Past and Present*, 87 (1980), pp. 3-16.

—, *Historical Sociology*, Open Books, Somerset, 1982.

Anderson, P., *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Siglo XXI, Madrid, 1985.

Bonnell, V. E., «The Uses of Theory, Concepts and Comparison in Historical Sociology», *Comparative Studies in Society and History*, 22, 2 (1980), pp. 156-173.

Bottomore, T., y R. Nisbet, eds., *A History of Sociological Analysis*, Heinemann, Londres, 1979.

Braudel, F., *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.

Briggs, A., «Sociology and History», en A. T. Welford, ed., *Society. Problems and Methods of Study*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1962.

Burawoy, M., y Th. Skocpol, eds., *Marxist Inquiries: Studies of Labor, Class and States*, The University of Chicago Press, Chicago, 1982.

Burke, P., «Reflections on the Historical Revolution in France: The *Annales* School and British Social History», *Review*, 1, 3/4 (1978), pp. 147-156.

—, *Sociology and History*, George Allen & Unwin, Londres, 1981.

Cahnman, W. J., y A. Boskof, eds., *Sociology and History: Theory and Research*, The Free Press of Glencoe, Nueva York, 1964.

—, *Historical Sociology: What It Is and What It Is Not*», en B. N. Varma, ed., *The New Social Sciences*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1976.

Caínzos López, M. A., «Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo», *Zona Abierta*, 50 (enero-marzo de 1989), pp. 1-69.

Calhoun, C., «History and Sociology in Britain. «A review Article», *Comparative Studies in Society and History*, 29 (1987), pp. 615-625.

Cannadine, D., «British History: past, present —and future?», *Past and Present*, 116 (1987), pp. 168-191.
Carreras Ares, J. J., «El historicismo alemán», en *Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, 1981, tomo 2, pp. 627-641.
Cohen, G. A., *Karl Marx's Theory of History. A Defence*, Clarendon Press, Oxford, 1978.
Cohen, J. S., «The Achievements of Economic History: The Marxist School», *The Journal of Economic History*, 38, 1 (1978), pp. 13-28.
Cohn, B. S., N. Z. Davis, C. Ginzbourg *et al.*, «Anthropology and History in the 1980s», *The Journal of Interdisciplinary History*, 12, 2 (1981).
Crossick, G., «L'Histoire sociale de Gran-Bretagne moderne: un aperçu critique des recherches récentes», *Le Mouvement Social*, 100 (1977), pp. 101-120.
Eley, G., y K. Nield, «Why does social history ignore politics?», *Social History*, 5, 2 (1980), pp. 249-271.
Elster, J., «Cohen on Marx's theory of history», *Political Studies*, 28, 1 (1980), pp. 121-128.
Evans-Pritchard, E. E., *Anthropology and History*, Manchester University Press, 1961.
Febvre, L., *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, 1975.
Fontana, J., *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982.
Genovese, E. F., y E. D. Genovese, «La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y como sujeto», *Historia social*, 1 (1988), pp. 77-110.
Giddens, A., *Sociology. A brief but critical introduction*, Macmillan Education, Londres, 1986
—, *Social Theory and Modern Sociology*, Stanford University Press, Stanford, Calif., 1987.
Gilbert, F., «European and American Historiography», en J. Higham *et al.*, *History*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey, 1965.
Gismondi, M. A., «"The gift of theory": a critique of the "histoire des mentalités"», *Social History*, 10, 2 (1985), pp. 211-230.
Goldstein, D. S., «The Professionalization of History in Britain in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries», *Storia della Storiografia*, 3 (1983), pp. 3-27.
Harsgor, M., «Total History: The *Annales* School», *Journal of Contemporary History*, 13, 1 (1978), pp. 1-13.
Haupt, G., *El historiador y el movimiento social*, Siglo XXI, Madrid, 1986.
Himmelfarb, G., *The New History and the Old*, Belknap Press, Cambridge, Mass., 1987.

Hobsbawm, E. J., «From Social History to the History of Society», *Daedalus*, 100, 1 (1971), pp. 20-45.

—, «The Social Function of the Past: Some Questions», *Past and Present*, 55 (1972), pp. 3-17

—, «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past and Present*, 86 (1980), pp. 3-8.

Hochstadt, S., «Social History and politics: a materialist view», *Social History*, 7, 1 (1982), pp. 75-83.

Holton, R. J., «The crowd in history: some problems of theory and method», *Social History*, 3, 2 (1978), pp. 219-233.

Iggers, G. G., ed, *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West German Historical Writings Since 1945*, Berg, Leamington Spa, 1985.

—, y H. T. Parker, eds., *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Methuen, Londres, 1980.

Jones, G. S., «History: the Poverty of Empiricism», en R. Blackburn, ed., *Ideology in Social Science. Reading in Critical Social Theory*, Fontana/Collins, Glasgow, 1972, pp. 96-115.

—, «From Historical Sociology to Theoretical History», *British Journal of Sociology*, 27, 3 (1976), pp. 295-305.

Judt, T., «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians», *History Workshop*, 7 (1979), pp. 66-94.

Juliá, S., *Historia social/sociología histórica*, Siglo XXI, Madrid, 1989.

Kaye, H. J., *Los historiadores marxistas británicos*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989.

Knapp, P., «Can Social Theory Escape from History? Views of History in Social Science», *History and Theory*, 23, 1 (1984), pp. 34-52.

Kocka, J., «Theoretical Approaches to Social and Economic History of Modern Germany: Some Recent Trends, Concepts, and Problems in Western and Eastern Germany», *The Journal of Modern History*, 47 (1975), pp. 101-119.

—, «Theories and Quantification in History», *Social Science History*, 8, 2 (1984), pp. 169-178.

—, *Historia social. Concepto-Desarrollo-Problemas*, Alfa, Barcelona, 1989.

Krantz, F., ed., *History from below: Studies in popular protest and popular ideology in honour of George Rudé*, Concordia University, Montreal, 1985.

Le Goff, J., «Is Politics Still the Backbone of History?», *Daedalus*, 100, 1 (1971), pp. 1-19.

Lipset, S. M., «History and Sociology: Some Methodological Considerations», en S. M. Lipset y Hofstadter, eds., *Sociology and History: Methods*, Basic Books, Nueva York, 1968.

Lloyd, Ch., *Explanation in Social History*, Basil Blackwell, Oxford, 1986.

Magarey, S., «That Hoary Old Chestnut, Free Will and Determinism: Culture vs. Structure on History vs. Theory in Britain. "A Review Article"», *Comparative Studies in Society and History*, 29, 3 (1987), pp. 626-639.

McLennan, G., *Marxism and the Methodologies of History*, Verso Editions, Londres, 1981.

Mészáros, I., *Aspects of history and class consciousness*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1971.

Momigliano, A., *Studies in Historiography*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1966.

Mommsen, W. J., «Between Revisionism and Neo-Historicism. Recent Trends in West-German Historiography», *Storia della Storiografia*, 11 (1987), pp. 104-121.

Ortner, S. B., «Theory in Anthropology since the Sixties», *Comparative Studies in Society and History*, 26, 1 (1984), pp. 126-166.

Paramio, L., «Defensa e ilustración de la sociología histórica», *Zona Abierta*, 38 (enero-marzo de 1986), pp. 1-18.

Perkin, H., «Social History in Britain», *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), pp. 129-143.

Perrot, M., «The Strengths and Weaknesses of French Social History», *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), pp. 166-177.

Radding, Ch. M., «Antropología e historia. O el traje nuevo del emperador», *Historia Social*, 3 (1989), pp. 103-113.

Rossi, P., ed., *La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi*, Mondadori, Milán, 1987.

—, *La teoria della storiografia oggi*, Mondadori, Milán, 1988.

Samuel, R., «British Marxist Historians, 1880-1980», *New Left Review*, 120 (1980), pp. 21-96.

—, ed., *People's History and Socialist Theory*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1981.

—, y G. S. Jones, ed., *Culture, Ideology and Politics. Essays for Eric Hobsbawm*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1982.

Skocpol, Th., ed., *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge University Press, Cambridge, Mass., 1984.

—, y M. Somers, «The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry», *Comparative Studies in Society and History*, 22, 2 (1980), pp. 174-197.

Smith, D., «Social history and sociology — more than just good friends», *The Sociological Review*, 30, 2 (1982), pp. 286-308.

—, *Barrington Moore: Violence, morality and political change*, Macmillan, Londres, 1983.

Stone, L., «The Revival on Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24.

—, *El pasado y el presente*, FCE, México, 1986.

Thane, P., G. Crossick y R. Floud, *The power of the past. Essays for Eric Hobsbawm*, Cambridge University Press, Londres, 1984.

Tholfsen, T. R., *Ideology and Revolution in Modern Europe. An Essay on the Role of Ideas in History*, Columbia University Press, Nueva York, 1984.

Thomas, K., «History and Anthropology», *Past and Present*, 24 (1963), pp. 3-24.

Thompson, E. P., *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981.

—, «Folklore, antropología e historia social», *Historia Social*, 3 (1989), pp. 81-102.

Tilly, Ch., *As Sociology meets history*, Academic Press, Nueva York, 1981.

Trevor-Roper, H. R., «The Past and the Present: History and Sociology», *Past and Present*, 42 (1969), pp. 3-17.

Zaret, D., «From Weber to Parson and Schutz: The Eclipse of History in Modern Social Theory», *American Journal of Sociology*, 85, 5 (1980), pp. 1.180-1.201.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE